CATHERINE SHEPHERD



THRILLER FORENSE

EL ARTISTA DEL HIELO

EL ARTISTA DEL HIELO

UN THRILLER FORENSE

CATHERINE SHEPHERD

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo

Nota de la autora
Avance: „Mensaje Oscuro“
Créditos / Aviso legal

PRÓLOGO

Siento un frío glacial que, muy lentamente, va deteniendo la vida en mi interior. Trepa por mi cuerpo y penetra desde fuera. Cada vez más hondo, se abre camino hacia las entrañas de mi ser. En algún momento, el frío alcanzará mi corazón. Primero se limitará a envolverlo y luego calará las capas musculares, hasta que deje de latir. A pesar de esta sombría perspectiva, no puedo evitar admirar la belleza del hielo. Reluce y resplandece. La luz se refracta mil veces y crea un mundo mágico sobrecogedor, un palacio de hielo. Ante esta visión, olvido por un instante el dolor en mis extremidades. Mis brazos y piernas han adquirido un tono azulado. No es de extrañar. Las temperaturas están bajo cero y estoy casi desnuda. Normalmente iría de un lado a otro hasta volver a entrar en calor. Pero me lo impide la gruesa cuerda con la que estoy atada. En la nave que me rodea hay bloques de hielo y esculturas repartidos por todas partes. La fría viga de acero a la que estoy sujeta se me clava con dureza en la espalda. Se extiende desde el suelo hasta lo más alto y sostiene el techo. Tengo las plantas desnudas sobre el hormigón. El frío ha fundido mis pies con el suelo gris; los siento como si se hubieran convertido en piedra. Miro el dedo gordo del pie izquierdo, quiero moverlo. Debe moverse. Mi cerebro repite la orden varias veces, pero el dedo no obedece. Lo mismo ocurre con los demás dedos, sí, con todo el pie. ¿Podré volver a llevar tacones

alguna vez? No, más bien me pregunto si saldré siquiera viva de este lugar. El miedo se apodera de mí y me atenaza la garganta. Tiro de las ataduras con desesperación, pero no ceden. Ni un ápice. Quiero llorar, pero mis lágrimas parecen haberse congelado ya. Siento el rostro como una máscara rígida. Ya no soy capaz de mostrar ninguna expresión. Y precisamente mi expresividad es uno de los dones que han hecho de mí lo que soy. Trabajo en el teatro. No son grandes papeles, pero al menos es algo. Voy ascendiendo poco a poco. Al principio me conformo con pequeños papeles secundarios; ahora mis actuaciones se han vuelto más importantes. Incluso me dejan interpretar pasajes más largos. De pronto, noto la lengua pesada y eso me recuerda que nunca conseguiré un papel principal si no logro salir de aquí. Grito; tal vez alguien me oiga. Pero el débil graznido que sale de mi garganta no parece alcanzar siquiera las paredes de la nave. Mi miedo crece sin límite. Pesa sobre mí como una losa inmensa y amenaza con aplastarme. No quiero morir. De nuevo abro la boca y grito hasta que la voz me falla.

Mi ansia de atención y fama tiene la culpa de esta desgracia. Quería hacer una audición para un gran papel; en lugar de eso, he acabado en este lugar gélido. ¿Fui ingenua? ¿No debería haber sospechado que ese tipo no era ningún director? ¿Debería haber desconfiado cuando me prometió conseguirme la mayor actuación de mi vida? Quizá.

Mi deseo de un papel principal me ha cegado. He estado pendiente de cada una de sus palabras y he ignorado todo lo demás. La ausencia de otras candidatas, por ejemplo, o el hecho de que ni siquiera nos hemos reunido en un teatro. Al principio, incluso he pensado que el parque era perfecto para la audición. El punto de encuentro estaba en un lugar solitario y silencioso, detrás del lago. Allí, donde nadie molestaba. Además, la obra debía transcurrir en el frío. Pero, visto ahora, ha sido una estupidez por mi parte no advertir la trampa. Solo cuando me ha apretado un paño contra la cara y mis sentidos se han desvanecido, he comprendido que tramaba algo malo. Me ha pillado completamente desprevenida y, además, todo ha ocurrido tan deprisa que ni siquiera me he resistido.

En algún lugar a mi espalda suena un tintineo y me sobresalto, arrancada de mis pensamientos. Unos pasos se acercan. Mi pulso se dispara de golpe.

—Déjeme ir —suplico, y empiezo a temblar—. No le diré nada a nadie.

Se planta justo delante de mí y me mira con el ceño fruncido. Habría sido mejor que me callara. Lo que he dicho no le gusta. En sus ojos destella algo peligroso. Siento la maldad que emana de él. Presa del pánico, me aprieto contra el pilar anguloso, que en este instante me parece un aliado.

—Te he prometido el papel más importante de tu vida. ¿Ya no lo quieres? —Un rictus desagradable se dibuja en sus labios.

Mi mente va a toda velocidad. ¿Qué respuesta debo darle? Quiero vivir. Asiento lentamente.

Sonríe.

Respiro un poco aliviada. —Me duelen las manos —susurro. Ojalá me desate. Pero se limita a encogerse de hombros y me examina con la mirada. Me estremezco. No responde. En su lugar, trae un vaso con un líquido turbio. De pronto siento sed. Es tan intensa que me bebo el agua amarga de un trago. Me siento mejor durante una fracción de segundo, pero entonces me invade una oleada de náuseas. Un sopor tenaz envuelve mis sentidos como una nube oscura. Mis párpados aletean. Con las últimas fuerzas, lo miro.

—Todo irá bien —dice, y vuelve a sonreír.

Un ardor se extiende por mis venas y me nubla la mente. El frío helado cede ante la oscuridad. No resulta tan terrible. Me dejo llevar. Floto lejos. Lo último que veo es el hielo reluciente.

1

Los dedos de Julia recorrieron el edredón y se encontraron con una sábana vacía. Soñolienta, abrió los ojos. Florian ya no estaba. Suspiró y se dio la vuelta hacia el otro lado. Recordó que el móvil de él había sonado en algún momento de la noche. Probablemente lo habían llamado para una intervención. Lamentó que se hubiera ido. Sin él, la cama parecía fría. Igual que la estación. En la ventana se pegaban copos de nieve. Había vuelto a nevar. El invierno llevaba semanas instalado en Colonia, algo inusual para Renania. Las temperaturas se situaban muy por debajo de cero y Julia aún no se había acostumbrado. Prefería con mucho el verano, el sol y, sobre todo, la luminosidad. Su trabajo en medicina forense la obligaba de todos modos a pasar el día entero en la atmósfera artificial de la sala de autopsias. Por eso siempre se alegraba cuando podía salir al aire libre y disfrutar de unos rayos de sol. El invierno, en cambio, estaba encapotado y, sobre todo, traía consigo aquel año un frío glacial. Por eso le habría encantado acurrucarse junto a Florian y absorber su calor. El despertador de la mesilla marcaba poco después de las siete. Aún le quedaba un poco de tiempo. Con pesar, se hundió en la almohada y esperó a que el sueño volviera a alcanzarla. Pero, al cabo de unos minutos, sonó el teléfono.

—Schwarz —murmuró, aún medio dormida.

—Soy Florian. Perdona que te despierte, pero tienes que venir a ver algo. —Su voz sonaba horrorizada.

Julia se despertó de golpe y se puso las gafas. No conocía a Florian así. Era un comisario de policía criminal experimentado. En realidad, nada lo alteraba con facilidad.

—Ya voy de camino —respondió, y le pidió la dirección.

Saltó de la cama y se vistió a toda prisa. En el baño se cepilló los dientes rápidamente y se peinó deprisa el corte negro a lo paje. Normalmente cuidaba más su aspecto y, sobre todo, no prescindía de una ducha, pero el tono de Florian la apremiaba. Agarró las llaves del coche y salió corriendo del piso. Su viejo Golf estaba aparcado justo delante del edificio. Julia se había planteado deshacerse del coche. Todavía contenía la respiración cada vez que arrancaba el motor y se encendía la radio. Las sombras del pasado no se disipaban tan fácilmente. El recuerdo de su hermano pequeño estaba indeleblemente unido a aquella radio desde su último caso. Aunque ahora estaba a salvo, seguía habiendo noches en las que se despertaba empapada en sudor, con la sensación de ser perseguida.

Aquella mañana no prestó atención a la radio. Pisó el acelerador y condujo hacia el norte de la ciudad. Florian la había citado en el Mediapark, un gran complejo de oficinas y comercios situado en los terrenos de una antigua estación de mercancías, colindante con una zona residencial. Frente al recinto se extendían un pequeño lago artificial y una amplia plaza. Julia se dirigió hacia la plaza y aparcó su coche delante de las cintas policiales, que restallaban con el gélido viento matutino bajo un cielo gris oscuro. Las farolas aún estaban encendidas. Copos de nieve sueltos flotaban en el aire. No parecía que el sol fuera a asomar pronto. Julia bajó del coche y se subió de inmediato el cuello del abrigo. No había pensado en ponerse bufanda ni guantes. Al menos llevaba el calzado adecuado. Botas bien forradas con suelas de perfil firme. Los caminos estaban resbaladizos.

Florian no la vio, pero ella sabía exactamente adónde tenía que ir. A la orilla del lago helado, en el que en verano navegaban pequeñas barcas de colores. Un verdadero enjambre de agentes de policía se había desplegado allí. Rodeaban una elaborada escultura

de hielo iluminada por focos. Entonces un hombre se separó del grupo. Florian. Le hizo una seña con la mano.

—¿Has visto alguna vez algo así? —preguntó cuando Julia casi lo había alcanzado, señalando la estatua. Julia estaba a punto de asentir cuando comprendió a qué se refería Florian. Se quedó boquiabierta de horror. Ante ella se alzaba una escultura de aproximadamente dos metros de altura. Finamente modelada, representaba inequívocamente a una mujer de cabello largo y ondulado, con un objeto angular en la mano que Julia no supo interpretar de inmediato. Lo que le provocó un escalofrío tremendo fue la persona que se encontraba en medio del hielo. Parecía una versión más pequeña de la estatua de hielo, con la salvedad de que se trataba de un ser humano y no de un bloque de hielo inerte.

Julia parpadeó varias veces. Allí, dentro del hielo, flotaba efectivamente una mujer de cabello rojo y ondulado que, al igual que su réplica más grande, sostenía un objeto en la mano. Conmocionada, Julia contempló a la muerta a través de la gruesa capa de hielo.

—¡Madre mía, está congelada ahí dentro! —susurró, sin poder apartar la mirada. Extendió la mano y tocó el hielo. Al instante, el frío se le transmitió, y también la crueldad con la que había actuado el autor del crimen. Nunca antes había visto algo tan terrible.

—Por eso quería que vinieras. No tengo ni idea de cómo ha llegado la víctima ahí dentro. —Florian dio una vuelta alrededor de la figura—. No hay cortes ni grietas. La estatua pesa al menos una tonelada.

Julia observó el rostro de la muerta, que tendría poco más de veinte años. Tenía los ojos y la boca cerrados. Parecía que solo estuviera dormida. El objeto que sostenía en la mano era un espejo. Vestía un sencillo vestido blanco. Alrededor de la cintura llevaba una cinta a modo de cinturón. No llevaba zapatos. Los pies presentaban un tono azulado, al igual que toda la piel visible de la víctima. Aunque la mujer estaba muerta, resultaba hermosa de una manera extraña. Julia no pudo evitar pensar en la Reina del Hielo de una conocida película de animación.

—¿Quién hace algo así? —preguntó, dando también una vuelta alrededor de la estatua.

Florian, que a menudo lograba meterse en la mente de un criminal, se encogió de hombros.

—Como te decía, nunca he visto nada parecido. Ha escenificado su muerte como una obra de arte. En una plaza pública, donde cualquiera puede admirarla. —Miró a su alrededor y señaló hacia la transitada calle que pasaba frente al lago—. Por aquí circulan cientos de coches cada día. Quien haya hecho esto quería que su víctima llamara la atención. Incluso ha iluminado la escultura. Los focos no son nuestros.

Julia observó los tres focos, aparentemente alimentados por baterías, colocados a intervalos regulares alrededor de la estatua. La luz azulada intensificaba el aura gélida del hielo.

—Pasará un tiempo antes de que pueda hacerle la autopsia a la víctima —dijo Julia, examinando de nuevo el cuerpo sin vida—. A primera vista no aprecio lesiones. No hay sangre en ningún sitio. Quizá murió congelada; también es posible que la envenenaran o la asfixiaran. No podré decir nada más concreto hasta que se haya descongelado. Al menos está bien conservada. —Le lanzó una larga mirada a Florian—. ¿Cómo vamos a sacarla de ahí? Este bloque de hielo no lo metemos en el Instituto de Medicina Forense.

—Llamaré a los bomberos. Que retiren todo el hielo que puedan. ¿Cuánto tardarás en poder hacer la autopsia?

—Calculo que dos días, tal vez tres —respondió Julia, y rebuscó en su memoria el último cadáver congelado que, una vez descongelado, había acabado en su mesa de autopsias. Había sido un bebé al que habían metido en un arcón congelador. La madre del niño había ocultado el embarazo y asesinado al recién nacido inmediatamente después del parto. Julia vio ante sí el cuerpecito amoratado del niño. Había muerto congelado en muy poco tiempo. Una muerte atroz que se desarrolla en cuatro fases. Primero, el cuerpo comienza a tiritar y el tono muscular se incrementa. Estas reacciones sirven para generar calor corporal. Los afectados suelen experimentar un dolor intenso en las extremidades. Si la temperatura corporal central desciende por debajo de los treinta y

dos grados, se inicia un estadio de agotamiento. La musculatura ya no responde con la misma rapidez, la frecuencia cardíaca disminuye y la respiración se ralentiza. Sobreviene cierta apatía acompañada de una menor percepción del dolor. Con una temperatura corporal central inferior a treinta grados se alcanza el estadio de parálisis, que sume a la persona en rigidez por frío y pérdida de consciencia. Por debajo de los veintisiete grados se produce finalmente la parada respiratoria. El corazón deja de latir. La persona está clínicamente muerta. Si no se practica una reanimación en ese momento, la vida se pierde definitivamente.

Julia suspiró hondo y volvió a concentrarse en la muerta dentro de la estatua de hielo.

—¿Cómo la trajeron hasta aquí? —le preguntó a Florian, que entre tanto gateaba por el suelo junto a un miembro del equipo de policía científica. Levantó la cabeza y señaló con el dedo índice hacia una cinta policial que ondeaba al viento.

—Allí al fondo hemos encontrado marcas de neumáticos. Creo que el autor o los autores utilizaron una carretilla elevadora.

Julia descubrió a Martin Saathoff, el compañero de Florian, que justo en ese momento inspeccionaba las huellas. Se acercó a él y lo saludó con una breve inclinación de cabeza.

—Llevo muchos años de trabajo policial a cuestas —murmuró, meneando la cabeza—. Más de veinte años de servicio. Pero algo como esto no me lo había encontrado nunca. —Su mirada se desplazó hacia la estatua—. Media ciudad pasa por esta carretera de acceso y puede verla. ¿Por qué demonios tuvieron que congelar a esta pobre mujer ahí dentro? —Saathoff se retorció el largo bigote—. Hasta ahora solo tenemos estas marcas de neumáticos. Nada más. Por desgracia, tampoco hay cámaras de vigilancia. —Señaló hacia el bloque de viviendas de la otra acera—. Lo siguiente será interrogar a los vecinos. Quizá alguno de ellos haya visto algo.

Julia se encogió de hombros. —Ojalá. De lejos, desde luego, no se distingue a la mujer dentro de la escultura. Solo al acercarse.

Saathoff asintió. —Sí, ¡maldita sea! Eso mismo he pensado yo. Ninguno de los conductores que pasan por aquí ve a la muerta. Entonces, ¿a qué viene tanto esfuerzo?

Julia reflexionó. —Es posible que subestimara la distancia. O quizá quería que solo la escultura llamara la atención. Cuanto antes se descubre el cadáver, antes lo retiran; pero así, mucha más gente pudo ver la estatua de hielo. ¿Sabe ya quién es la muerta?

Saathoff negó con la cabeza. —En los alrededores no hemos encontrado nada. Ningún bolso que pudiera pertenecer a la muerta, ni nada parecido. Tendremos que revisar el archivo de personas desaparecidas, a no ser que usted encuentre su documentación congelada en este maldito bloque de hielo.

Julia se volvió para examinar la estatua de hielo una vez más. Hacía falta una enorme cantidad de energía y planificación para crear semejante obra de arte y colocarla allí. El espejo en la mano de la muerta le vino de nuevo a la cabeza. Caminó despacio sobre la fina capa de nieve de vuelta hacia Florian, que al parecer había hallado algo en el suelo. Un compañero tomaba fotos sin parar. Los destellos de su cámara iluminaban los copos de nieve que, entre tanto, caían del cielo en cantidades ingentes.

—¡Menuda porquería! Está empezando a nevar. La policía científica tiene que darse prisa si quiere asegurar algo todavía —maldijo Florian, incorporándose—. Hemos encontrado media huella de pisada. Quizá un cuarenta y dos. El dibujo de la suela me recuerda a una bota de montaña.

—¿Qué crees que significa el espejo? —preguntó Julia, que no veía nada especial en aquel objeto. Florian veía las cosas de otro modo. A diferencia de ella, no se ceñía a los meros hechos, sino que se dejaba guiar por su intuición. Intentaba ponerse tanto en la piel de la víctima como en la del autor del crimen.

—Mmm —murmuró, frotándose la barbilla—. El espejo podría significar muchas cosas. Refleja la propia imagen. Podría representar la belleza, pero también la vanidad. La víctima es sin duda atractiva. Es posible que la mujer fuera arrogante o rechazara al autor del crimen de algún modo. El espejo podría hacérselo ver.

—Sin embargo, tiene los ojos cerrados. Así que no puede contemplarse a sí misma —objetó Julia.

—Es cierto. —Florian se encogió de hombros—. Lo único que parece claro de momento es que no la desfiguraron. Alguien quiso

que pareciera hermosa. Debía resplandecer junto a este lago. —Suspiró—. Este va a ser un caso difícil, porque no tenemos aquí ni una sola pista útil y el tiempo juega en nuestra contra. —Como para confirmarlo, el viento arreció y sopló helado en el rostro de Julia.

—Estás completamente helada —constató Florian, rodeándola con el brazo—. Haré venir a los bomberos en cuanto la policía científica termine. Será mejor que entres en calor. —Le dio un beso en la mejilla. Julia se apartó de él y miró la hora.

—Hoy llega mi nueva asistente. Tengo que darme prisa de todos modos para que Holsten no se me adelante. —Julia sonrió y estrechó la mano de Florian a modo de despedida—. Llámame si encontráis algo más.

Caminó con cuidado por la plaza cubierta de nieve y subió al coche. Le quedaban treinta minutos hasta la llegada de Lenja Nielsen. Manfred Holsten se había mostrado entusiasmado. Las referencias de su nueva asistente eran excelentes. La finlandesa de nacimiento quería trabajar a toda costa unos años en Alemania. Julia aún no sabía si congeniaría con aquella joven de apariencia tan dinámica. Pero eso no se debía a ella, sino a que su antiguo asistente, Emanuel, había sido una persona muy tranquila. Su muerte pesaba enormemente sobre Julia. La idea de tener que sustituirlo le resultaba infinitamente difícil. Pero necesitaba una asistente. Sin ella, era imposible. Tenía que darle a Lenja Nielsen una oportunidad justa. Julia suspiró. Un sinfín de cambios la esperaba en el futuro próximo. Manfred Holsten, director del Instituto de Medicina Forense, estaba a punto de jubilarse. La búsqueda de un sucesor funcionaba a toda máquina. Julia apreciaba mucho a su jefe, que llevaba casi veinte años dirigiendo el Instituto de Medicina Forense y poseía un bagaje de experiencia extraordinario. Para él era importante que sus colaboradores miraran más allá de lo inmediato. En su opinión, un médico forense de éxito debía estar familiarizado también con el trabajo de investigación. Porque solo quien había visto la escena del crimen y era capaz de imaginarse con claridad cómo había actuado el asesino interpretaba correctamente las muchas señales de un cuerpo muerto. Por esa razón, Holsten no tenía la menor objeción al compromiso de Julia y a

su cooperación habitual con la Policía Criminal, y ella le estaba sumamente agradecida por ello. No era en absoluto habitual colaborar tan estrechamente con la policía. El sucesor de Holsten quizá viera las cosas de forma completamente distinta y encerrara a Julia en la sala de autopsias. Conocía a muchos médicos forenses que muy rara vez llegaban a ver una escena del crimen o un lugar del hallazgo, y mucho menos tenían la oportunidad de presenciar interrogatorios de testigos o de acompañar la búsqueda de indicios.

Julia apartó sus preocupaciones y aceleró. Llegó al instituto justo a tiempo. Cuando alcanzó el pasillo de su despacho, Lenja Nielsen ya esperaba ante la puerta. La mujer, alta, le sacaba a Julia media cabeza. Su larga melena rubia debía de formar un marcado contraste con su pelo negro. Julia se había cortado el pelo por razones prácticas, pues no quería llevar siempre una coleta en la sala de autopsias.

—Buenos días —dijo Julia, y le tendió la mano a su nueva asistente. Percibió su firme apretón de manos. Emanuel nunca había apretado con tanta fuerza. Había sido extremadamente sensible. Julia miró a los ojos azul claro de la joven, que le sonreían con amabilidad.

—Hola. Estoy tan nerviosa por cómo irá mi primer día —parloteó Lenja Nielsen con un ligerísimo acento.

Julia frunció el ceño involuntariamente. Esperaba que su nueva asistente no fuera de las que no paran de hablar. Sonrió con cortesía y le pidió a Lenja que pasara.

—Veamos pues qué tenemos para hoy. —Julia cogió un montón de papeles de su escritorio, se ajustó las gafas y hojeó la documentación—. Tenemos el fallecimiento sin esclarecer de un varón de treinta y cinco años, presuntamente alcoholizado, con numerosas contusiones por todo el cuerpo. El hombre fue hallado muerto ante la puerta de su domicilio. Seguimos con una mujer de sesenta y cinco años, causa de muerte desconocida, sin patologías previas, probablemente infarto de miocardio. Y después tenemos un caso con una intensa coloración de los lechos ungueales y livideces de color rojo claro, con sospecha de envenenamiento. —Levantó la vista—. ¿Con cuál empezamos?

Lenja Nielsen se llevó pensativa el índice al labio inferior. —Yo empezaría por el último caso —declaró al cabo de un momento.

Julia enarcó las cejas. —¿Por qué?

—Porque en caso de envenenamiento dependeríamos de los resultados del análisis de laboratorio. Y eso lleva tiempo. Así que, si empezamos por ese caso, obtendremos antes los resultados y aun así podremos completar las tres autopsias hoy. —Miró a Julia con gesto interrogante.

Julia percibió una leve duda en la mirada de Lenja. Eso la hizo más agradable de entrada. Un exceso de confianza le parecía perjudicial. La objetividad y el análisis de todos los hechos en su conjunto tenían la máxima prioridad en la medicina forense. Al menos para Julia. Quien no se cuestionaba a sí mismo constantemente y se precipitaba hacia su objetivo solía pasar por alto detalles importantes.

—Muy bien —dijo, y sonrió—. Pues pongámonos manos a la obra.

2

El aire olía a sudor y laca. El suelo de madera crujía de vez en cuando bajo los gráciles pasos de las menudas muchachas. Annabell iba justo delante. Le dolían los pies, pero el dolor no le molestaba. La enorgullecía. Rechazaba las almohadillas de silicona que podrían proteger sus dedos dentro de las zapatillas de punta. Quería sentir la zapatilla directamente sobre el pie. Al dolor, su compañero constante, se había acostumbrado hacía mucho. La música de piano se aceleró y Annabell cruzó la sala con varios saltos hasta aterrizar en el otro extremo. Con la cabeza erguida, se miró en la pared de espejos y comprobó la posición de las piernas y la colocación de los brazos. Una sonrisa asomaba a sus labios, fingiendo una ligereza que no sentía en lo más mínimo. El ballet era un deporte despiadado. Quien no se superaba a sí misma ya había perdido. Quien quería llegar a algo luchaba cada día mucho más allá del límite del dolor.

—Atrás, chicas. Empezamos otra vez desde el principio.

Annabell gimió para sus adentros. El dedo gordo del pie derecho le daba problemas y palpitaba sordamente. Sentía la humedad dentro de la zapatilla. Sangre. Se le ensanchó la sonrisa y saltó con gracia a la posición inicial. ¿Cuántas veces habían ensayado ya aquel pasaje? Llevaban dos horas y media entrenando. El corazón le

tronaba en el pecho como un fusil de asalto. Le ardían las mejillas. El sudor le corría desde la nuca por la espalda.

—Non, Annabell. Ve a la segunda fila, por favor —ordenó la profesora de danza, una francesa brusca y esbelta como un junco, que consideraba su misión sacar lo mejor de las chicas.

—Pero si no he hecho nada mal —se quejó Annabell, aunque sabía que su protesta era inútil.

Madame Bonnet fulminó a Annabell con una mirada gélida y dio unas palmadas.

—A la de tres empezamos —ordenó, y se acercó a Annabell—. Piensa en tu presencia. Estás colorada y sudorosa. Fíjate en Katharina. Brilla como una reina. —Bonnet apretó los labios y la examinó con un suspiro—. Ligereza, Annabell. Quiero ver ligereza en tu danza.

Se dio la vuelta y volvió a dar palmadas. Las chicas ocuparon sus posiciones. A Annabell se le tensó el cuerpo. Esperó la señal de inicio y arrancó. A aquellas alturas le dolía hasta el último músculo. A eso se sumaban las humillaciones de Madame Bonnet. Esta vez quería bailar el papel principal. Llevaba meses ensayando para ello. La Escuela Superior de Música y Danza de Colonia planeaba una actuación de gran tirón para el público en la gran sala de conciertos. Una interpretación completamente nueva de El Cascanueces de Chaikovski. Moderna y coronada con una coreografía innovadora. Una fusión de ballet clásico y contemporáneo. Las entradas llevaban semanas agotadas. Para Annabell, era la oportunidad de ser vista por fin.

Bailaba desde los seis años. Sin interrupción, en cada minuto libre. Aún recordaba con exactitud sus primeras zapatillas de punta. Eran rosas y en aquel entonces las más bonitas del mundo. Por supuesto, no resultaban ni la mitad de cómodas de lo que aparentaban. La dura punta le desollaba la piel de los dedos sin piedad. Cuando ahora se miraba los pies, de aquella delicada piel infantil no quedaba nada. En su lugar, los callos cubrían los pies y, además, se había destrozado todas las uñas. De azul a negro en vez de rosa pálido: así era su aspecto. Annabell ejecutó una pirueta y elevó los brazos con elegancia. Estiró el cuello y se imaginó al mismo

tiempo un cisne blanco. Así de grácil quería parecer. Borró de su mente a Katharina y a las demás chicas. También a Madame Bonnet, la vieja bruja gruñona. Y entonces, en su imaginación, echó a volar. Se movía con pies ligeros. Flotaba sobre el suelo. Quería ser la mejor. Necesitaba aquella oportunidad.

3

—Exteriormente no puedo apreciar lesiones importantes —murmuró Lenja Nielsen con el rostro encendido—. En las muñecas se observan estrías más oscuras; es probable que la víctima estuviera atada. —Lenja dejó la mano izquierda de la muerta y tiró del vestido blanco.

—¿Qué más observa en las manos? —preguntó Julia con un punto de impaciencia y se mordió el labio al ver encenderse las manchas rojas en el cuello de su asistente. Hasta el momento, Julia no había logrado congeniar del todo con Lenja Nielsen, pero la primera impresión era positiva. Lenja lo hacía bien. Muy bien, incluso. Trabajaba con esmero, minuciosidad y ambición. Lenja parecía extremadamente objetiva. Quizá la reserva de Julia se debiera precisamente a que Lenja se le parecía bastante en ese aspecto. Julia no sabría decirlo. Algo se interponía entre ellas. Una barrera invisible que de momento parecía infranqueable.

—No estoy segura de adónde quiere llegar —dijo Lenja, y volvió a levantar la mano de la muerta.

—¿Qué nos dicen las uñas? —preguntó Julia para ayudarla, esforzándose por sonar amable. Al fin y al cabo, Lenja era una principiante absoluta. No debía exigirle demasiado. Y menos aún porque ella misma no estaba en paz con sus propios sentimientos. Emanuel había muerto. Nadie podía sustituirlo, pero la vida seguía. Cada cadáver que acababa en la mesa de autopsias de Julia merecía

un examen minucioso. Ella era la última instancia que velaba por el derecho de los muertos. Si no descubría qué había sucedido exactamente, o peor aún, si cometía un error, no quedaba nadie que les diera voz y les procurase justicia. El trabajo de Julia era dar lo mejor de sí misma.

—Los lechos ungueales presentan una coloración oscura. —Lenja frunció el ceño—. Si fueran de color rojo claro, pensaría en una intoxicación. Pero así…

—En lo que respecta a la coloración rojo claro, tiene razón. Una intoxicación por monóxido de carbono, por ejemplo, produce ese síntoma en combinación con livideces de color rojo claro, como las que presenta este caso. —Julia suspiró—. Debería haberla llevado al lugar del hallazgo. ¿Recuerda que la mujer fue encontrada congelada en hielo y tardó dos días en descongelarse?

Lenja asintió con gesto vacilante.

Julia la orientó y explicó: —Las uñas impiden que el oxígeno se difunda a través de la piel en esas zonas. Por eso los lechos ungueales presentan una coloración oscura, mientras que, por efecto del frío, las livideces en el resto de la piel aparecen de color rojo claro. En este caso, el desplazamiento de la curva de disociación del oxígeno produce una nueva saturación de la hemoglobina. Es un indicio de muerte por hipotermia.

—Claro. —Lenja dejó caer la cabeza un instante—. Por lo demás, no hay otras lesiones visibles provocadas por violencia. La ataron, la desvistieron y la abandonaron al frío.

Julia asintió. —Cuando la abramos, examinaremos la mucosa gástrica. Si encontramos manchas de Wischnewsky, la muerte por hipotermia será indudable.

—¿Eso significa que alguien la sumergió en agua y después la congeló? —A Lenja se le abrieron los ojos de par en par ante la idea.

Julia se encogió de hombros. —El estómago y los pulmones nos darán la respuesta. Allí encontraremos agua si fue así. Deberíamos desvestirla ahora. —Julia tomó unas cuantas fotos más y después siguió el trabajo de su asistente, que se puso manos a la obra con la prenda.

—¿Qué clase de vestido es este? —preguntó Julia, examinando el dobladillo—. Tiene que haber una etiqueta cosida en algún sitio.

—Aquí está —dijo Lenja—. Aunque solo pone «Made in China». No parece una prenda de marca. —Se detuvo un instante—. Me recuerda a un disfraz.

—¿Un disfraz?

—Sí, como de Carnaval.

Julia se frotó la barbilla con aire pensativo. —¿Cree que se trata de un disfraz? ¿Pero de qué? Conozco muchos disfraces que incluyen un vestido blanco. —Julia se acercó a una mesa junto a la pared y contempló una foto de la escultura de hielo—. Tenía un espejo en la mano. ¿Se le ocurre algo? —Regresó a la mesa de autopsias y le puso la foto delante, pero Lenja negó con la cabeza.

—Me temo que no. Llevo todo el tiempo dándole vueltas. Un vestido tan sencillo recuerda a siglos pasados. Aunque no es que yo entienda mucho de eso.

Julia asintió y se propuso investigar el asunto en cuanto terminara la autopsia. Esperó a que Lenja hubiese despojado por completo a la muerta del vestido. La fina tela seguía empapada a causa de la descongelación. Florian le había informado de que los bomberos habían necesitado varias horas para retirar el hielo del cuerpo sin dañarlo, en la medida de lo posible. Aún no habían podido determinar la identidad de la mujer pese a una investigación exhaustiva. Al parecer, nadie echaba de menos a la joven. Julia examinó el cuerpo esbelto. Un intenso eritema por frío apuntaba igualmente a una muerte por hipotermia. Se trataba de áreas cutáneas de coloración entre rojiza y azulada que se formaban típicamente en la cara externa de los muslos y en la superficie extensora de las articulaciones de las rodillas. Julia observó con ojo crítico la fina braga negra, que no casaba en absoluto con el vestido blanco.

—¿Conoce a alguna mujer que lleve ropa interior oscura bajo una tela clara? —Julia no esperó la respuesta de Lenja—. Yo desde luego no. —Pensó en su propio armario, en el que se aseguraba con sumo cuidado de que la ropa interior no se transparentara, algo que con

las blusas podía suceder con facilidad. Retiró la braga de la muerta y estudió la etiqueta cosida.

—Es una braga de marca —constató, y guardó la prenda en una bolsa de pruebas—. Así que sí le importaba su atuendo.

—Quizá encontremos en el vestido o en la piel alguna fibra que nos revele dónde retuvo el autor del crimen a la víctima. —Julia rodeó la mesa y se detuvo a los pies.

—Las plantas de los pies están limpias —murmuró, examinando la piel con detenimiento—. El agua probablemente eliminó cualquier rastro. —Se detuvo y evocó de nuevo la estatua de hielo. Hasta el momento no tenían ni idea de cómo habían introducido exactamente a la mujer en el hielo. Pero una cosa le parecía lógica a Julia: debió de estar desde el principio dentro del agua que luego se congeló. De lo contrario, habrían encontrado grietas o irregularidades en el hielo. Pero la técnica se le escapaba. Para crear una estatua de dos metros de altura era necesario un enorme recipiente de congelación. Algo no encajaba.

—¿Podemos girar el cadáver? —pidió, y esperó a que Lenja sujetara el hombro. Julia agarró con la mano izquierda la cadera y con la derecha el muslo de la muerta.

—Las livideces no se corresponden con la posición en la que fue hallada. ¿Lo ve?

Lenja asintió. —Sí, primero estuvo tumbada boca arriba. Se ve con claridad. —Presionó con el pulgar sobre una zona de color violeta intenso—. Las manchas ya no desaparecen con la presión.

Volvieron a colocar a la muerta boca arriba. Julia reflexionó. —Eso significa que, tras producirse la muerte, estuvo al menos seis horas tumbada boca arriba y solo después la colocaron en posición vertical.

—Entonces, ¿murió estando tumbada? —preguntó Lenja.

—Eso es difícil de determinar —respondió Julia—. Las livideces pueden desplazarse durante las primeras horas. Podría haber muerto perfectamente en otra posición y haber sido colocada boca arriba inmediatamente después. —Julia suspiró—. Empecemos con el examen interno. Así obtendremos algunas respuestas.

Lenja Nielsen no hacía aquello por primera vez. Su nueva asistente ya había adquirido algo de experiencia práctica en un hospital. Aun así, abrió la cavidad torácica con una soltura sorprendente. La mayoría de los principiantes manejaban el bisturí con demasiada timidez y al primer intento no lograban seccionar por completo las capas musculares más profundas. La resistencia que oponía incluso un cuerpo muerto resultaba inesperada para muchos médicos forenses recién graduados. Lenja Nielsen, en cambio, avanzó con precisión, sin un solo corte en falso. Seccionó las costillas como si fuera el pan de cada día. Julia ya lo había observado en los dos días anteriores, pero no se lo había mencionado.

—¿Cuántas autopsias ha practicado hasta ahora? —preguntó Julia con curiosidad.

Lenja sonrió con cierto apuro. —Solo unas pocas. Pero mi tío tenía una carnicería. Soy de un pueblo pequeño. Toda la familia ayudaba en las matanzas. Cortar carne muerta no me impresiona.

—Es usted sorprendentemente curtida. Al fin y al cabo, aquí se trata de personas —replicó Julia, que solo entonces reparó en que Lenja también había prescindido de la pomada de mentol que la mayoría de los principiantes se aplicaban bajo la nariz mientras trabajaban. Ella misma ya no usaba esa pomada. El mentol le irritaba la piel con el uso frecuente y, además, después de tantos años se había acostumbrado al olor de la muerte. Observó a Lenja Nielsen con aire pensativo. Objetivamente hablando, el instituto había acertado de pleno con esta nueva asistente. La autopsia concluiría mucho antes de lo previsto.

—No hay exceso de líquido en los pulmones ni signos de asfixia —declaró Lenja, y depositó el órgano en una bandeja de acero inoxidable.

Julia asintió distraídamente y se ocupó de la cavidad abdominal. Quería examinar la mucosa gástrica. Pero acceder al órgano no era tan sencillo. A consecuencia de la descongelación, se había formado un lago de diversos líquidos en la cavidad abdominal. Julia tomó un cucharón y extrajo con cuidado la mezcla de agua y sangre. Los órganos presentaban un aspecto normal a primera vista. Julia

desprendió el estómago y lo abrió. De inmediato reparó en unas manchas extensas de color rojo oscuro, casi negro.

—Erosiones hemorrágicas de la mucosa gástrica —dictó, y describió con detalle las alteraciones tisulares cuneiformes, similares a un infarto, que constituían un signo inequívoco de una hipotermia severa.

—Aquí tenemos nuestras manchas de Wischnewsky —explicó, y depositó el estómago en una bandeja—. Si el laboratorio no encuentra drogas ni veneno en la sangre, podemos dar por seguro que la víctima murió por hipotermia. —Julia dictó el peso y prosiguió con la inspección del tracto intestinal. A diferencia del estómago, en las asas intestinales seccionadas no se apreciaba ninguna anomalía. Lo mismo ocurría con los demás órganos. Julia los devolvió a la cavidad corporal y dejó a Lenja el cierre del cadáver. Justo cuando estaban a punto de terminar, la puerta de la sala de autopsias se abrió de golpe y entró Florian.

—Lo siento. Esta mañana ha sido un infierno. Llego tarde. —Su mirada pasó de Julia a Lenja—. Usted debe de ser la nueva asistente de Julia. Mi nombre es Florian Kessler. Trabajo en la Policía Criminal y ante usted yace uno de mis casos. —Sonrió, aunque renunció a estrecharle la mano a Lenja. Julia vio cómo su mirada se detenía en los guantes ensangrentados. Florian carraspeó brevemente y se volvió de nuevo hacia Julia—. ¿Sabes ya de qué murió?

Julia se quitó los guantes de goma y le pidió a Florian que la acompañara a su despacho. Lenja Nielsen tenía suficiente experiencia para concluir la autopsia sola.

—Murió congelada —dijo Julia, dejándose caer en su silla—. Se trata de una mujer de poco más de veinte años que aparentemente gozaba de una salud excelente. No hay otros signos de violencia aparte de las marcas de ligaduras en muñecas y tobillos. Su asesino la dejó en algún lugar expuesta al frío y esperó a que muriera. No la colocaron en posición vertical hasta al menos seis horas después. La distribución de las livideces así lo indica.

Florian frunció el ceño. —¿Qué quieres decir? ¿No la ahogaron?

Julia negó con la cabeza. —Apenas había líquido en los pulmones. La muerte por hipotermia puede sobrevenir si la víctima

permanece inmóvil el tiempo suficiente a bajas temperaturas. La mujer estaba atada de brazos y piernas. Para una muerte así, basta con un piso sin calefacción a las temperaturas exteriores actuales. Si además se seda a la víctima con medicamentos o drogas, no tiene ninguna posibilidad. La muerte se produce en un plazo de entre dos y doce horas; unas pocas horas podrían haber sido suficientes.

—Terrible —exclamó Florian—. Entonces, el autor del crimen primero la dejó morir y después la congeló.

Julia asintió. —A juzgar por su estado, calculo que no lleva muerta más de tres o cuatro días. No puedo ser más precisa, por desgracia, ya que el hielo la conservó.

—Sigo sin comprender cómo alguien pudo hacer algo así. ¿Cómo la introdujo exactamente en el hielo? —Florian se frotó las sienes con esfuerzo—. Han pasado dos días y ni siquiera hemos podido identificarla. Mientras no sepamos quién es, no podemos investigar su entorno. Tenemos que abordar el asunto desde otro ángulo y averiguar cómo se fabrican este tipo de esculturas y dónde. —Miró a Julia y sonrió—. Tengo ahora mismo una cita con un escultor de hielo. Es bastante conocido en el gremio. ¿Te apetece acompañarme? Quizá después de la visita entendamos mejor cómo metió el autor del crimen a la mujer dentro de esa escultura de hielo.

4

La finca se encontraba a las afueras de Colonia. Condujeron hacia el norte sin hablar demasiado. Ambos estaban absortos en sus propios pensamientos. Julia repasaba una y otra vez la autopsia de la mujer. Al cabo de un rato, sus reflexiones derivaron hacia el hielo y las bajas temperaturas. Si estuvieran en pleno verano, podrían acotar el círculo de sospechosos a carniceros, propietarios de cámaras frigoríficas, trabajadores de almacén de supermercados y otras personas con acceso a un buen sistema de refrigeración y que, además, tuvieran talento artístico. Sin embargo, el frío invierno hacía superflua cualquier instalación de refrigeración. Un gran tanque o cualquier depósito al aire libre bastaba. En cuestión de días, el agua se congelaba en su interior hasta formar un bloque de hielo. Julia cavilaba sin descanso. La mujer había estado en medio de la estatua. ¿Cómo había logrado semejante proeza el autor del crimen? ¿Cómo se fijaba el brazo con el espejo dentro del agua? ¿Había aprovechado la rigidez cadavérica? ¿Trabajaba solo o se enfrentaban incluso a varios autores? Julia estaba impaciente por conocer al escultor de hielo.

—¿Qué tal es tu nueva asistente? —preguntó Florian de repente, arrancando a Julia de sus pensamientos.

Se encogió de hombros. —Echo de menos a Emanuel —respondió en voz baja—. Creo que Lenja Nielsen no lo tiene

precisamente fácil conmigo. Pero lo hace bien.

—No parece una médica forense. Yo la habría catalogado más bien como extrovertida y sociable.

—¿Y eso qué quiere decir? —Julia se echó a reír y Florian se ruborizó—. ¿Es que todos los médicos forenses tenemos que ser unos huraños solitarios como yo?

—No. Por Dios, no. No quería decir eso. —Florian le tomó la mano y depositó un beso en ella—. No eres ninguna huraña solitaria. Lenja Nielsen no encaja del todo en la medicina forense. Es solo una sensación. La primera impresión también puede engañar. —Florian giró por una carretera estrecha y condujo el coche a través de un bosque. Los neumáticos crujían sobre la nieve fresca que caía sin cesar del cielo. A ambos lados se alzaban árboles desnudos que resistían tristemente al frío. Sus largas ramas cubiertas de nieve se combaban bajo el peso y a Julia le recordaron brazos que se agitaban pidiendo ayuda. Además, todo parecía más sombrío que en el centro de Colonia. Aunque Julia iba sentada en un coche con calefacción, se ciñó instintivamente el abrigo. Ya le horrorizaba la idea de tener que bajar. Al menos esta vez se había acordado del gorro y los guantes. En la finca de un escultor de hielo, el frío gélido estaba garantizado incluso en los espacios interiores.

A derecha e izquierda se abrieron campos nevados cuando dejaron atrás las hileras de árboles. Florian condujo el coche hasta un edificio de ladrillo rojo oscuro. Sobre el portón de la granja colgaba un gran letrero: «La magia del hielo. Taller artístico Hanjo Wegner».

Se detuvieron y bajaron del coche. Las marcas de neumáticos en el patio delataban que el artista o alguno de los habitantes ya había salido aquel frío día. Una furgoneta y un turismo estaban aparcados frente a la entrada de la vivienda. A ambos lados se abrían construcciones que parecían graneros. En el propio patio no había ningún indicio de que allí trabajara un escultor. En un rincón se amontonaban neumáticos viejos cubiertos de nieve, unos cuantos palés y un pequeño armario. Delante se alineaban numerosos cubos de goma. Contra el granero derecho se apoyaba una escalera de madera, a cuyos pies había una carretilla. Florian llamó al timbre de

la puerta. Pasó un buen rato hasta que por fin alguien abrió. Un anciano de rostro arrugado y un puro en la comisura de los labios apareció en el marco de la puerta y examinó a Florian con ojo crítico.

—Buenos días. Mi nombre es Florian Kessler, de la Policía Criminal de Colonia. Y esta es mi colega, la médica forense Julia Schwarz. ¿Es usted Hanjo Wegner? Hablamos ayer por teléfono.

El anciano entrecerró los ojos y negó con la cabeza. Luego retrocedió al pasillo y gritó al interior: —¡Hanjo! Aquí hay gente que viene a verte. —Los miró de nuevo y murmuró—: Un momento. —Acto seguido se alejó arrastrando los pies al interior de la casa. La puerta quedó abierta. El frío se coló hasta Julia, que habría preferido seguir al anciano hasta la calidez del interior. Tiritando, clavó la mirada en el pasillo, pero no se movió nada.

Solo al cabo de unos minutos oyó crujir los peldaños de una escalera de madera. Un hombre, de unos treinta y cinco años quizá, apareció en el pasillo.

—Soy Hanjo Wegner —dijo, y le tendió a Florian su tosca mano. El hombre medía fácilmente un metro noventa, tenía hombros anchos y robustos y llevaba el cabello oscuro hasta los hombros. Una barba poblada le adornaba el rostro. Julia apenas podía adivinar los labios y los contornos de su mentón. Bajo las espesas cejas destacaban unos ojos azul claro, de apariencia fría. Examinaron a Julia con intensidad.

—¿Puedo preguntar quién es usted? —Su mirada se posó en Julia mientras le tendía la mano a modo de saludo.

Julia le estrechó la mano con firmeza. —Julia Schwarz, del Instituto de Medicina Forense de Colonia.

—¿Medicina Forense? —Se le alzaron las cejas de golpe—. De eso no me había dicho nada. —Volvió a mirar a Florian.

—Ha surgido a última hora. ¿Podemos pasar?

—Oh. Sí. Claro. Disculpen. No todos los días recibo visitas así. —Se hizo a un lado—. Lo mejor es que vayan directamente al invernadero. Desde allí se accede también a mi taller.

Julia siguió a Florian y a Hanjo Wegner por el amplio pasillo, cuyo techo, sin embargo, era bastante bajo. Lo mismo ocurría con el

diminuto salón, al que se unía un invernadero sorprendentemente moderno. Julia tomó asiento en un sillón junto a Florian.

—¿En qué puedo ayudarles exactamente? —preguntó Hanjo Wegner, dejándose caer ruidosamente sobre un banco de mimbre que crujió bajo su peso.

—Quizá lo haya leído en la prensa, que entre tanto ha informado con bastante detalle sobre una mujer muerta en una escultura de hielo. Estamos investigando este caso y nos gustaría informarnos sobre la técnica de la escultura en hielo. —Florian colocó una foto de la escultura de hielo sobre la mesita que había delante del banco de mimbre y se la acercó a Wegner.

—Dios mío —se lamentó el hombre, y contempló la foto largo rato—. Últimamente he estado bastante ocupado y no me he enterado de nada. Dentro de diez días inauguramos una exposición importante y ahora mismo trabajamos a toda máquina. Se me ha averiado un equipo de refrigeración que debería mantener la temperatura del taller a ocho grados bajo cero constantes. Eso no facilita las cosas precisamente. —Miró a Julia y la examinó de nuevo con insistencia—. La exposición va a ser única. Si le apetece, le hago una visita guiada. Somos diez artistas de todo el mundo.

Julia sonrió con reserva. —Como acaba de mencionar mi colega, estamos investigando un caso de asesinato. Nos interesaría especialmente saber cómo se fabrica una estatua así y si puede usted imaginar cómo se coloca un cadáver en su interior.

Hanjo Wegner puso cara de decepción y se levantó. —Entonces lo mejor es que pasen directamente al taller. La fabricación de una figura como esta no es difícil. —Señaló la foto—. Y quienquiera que haya creado esta escultura de hielo no era especialmente bueno.

—¿En qué se basa para decir eso? —quiso saber Florian de inmediato, apresurándose a seguir al artista.

—Se lo muestro enseguida. —Hanjo Wegner avanzó a grandes zancadas por una puerta estrecha. Allí se volvió de golpe y regresó.

—¿Padre? Estamos en el taller —gritó, y retomó su camino.

No hubo respuesta del anciano que les había abierto la puerta. Julia supuso que estaría en la cocina, que daba al pasillo frente al salón y de donde salía sin cesar el humo de su puro.

El taller estaba instalado en uno de los graneros. La temperatura estaba muy por debajo de los ocho grados bajo cero. Julia se abrochó el abrigo y miró a su alrededor. En la pared colgaban diversas herramientas. Martillos, sierras, motosierras, un hacha, cinceles de distintos tamaños y tres sopletes de gas. En el centro de la nave había un gran depósito de unos dos metros de ancho por seis de largo. Sobre él pendía el gancho de hierro de un dispositivo de elevación.

—Maldita sea. Solo tres grados bajo cero. —Wegner negó con la cabeza y señaló la figura a medio terminar de un caballo—. Queríamos pegar el cuello luego, pero para eso tiene que hacer más frío. —Miró su reloj de pulsera y resopló—. Mis colegas llegan en una hora. Tengo que revisar una cosa un momento. —Desapareció detrás de una estantería alta. Julia lo oyó maldecir en voz baja. Los ventiladores del sistema de refrigeración zumbaban sobre sus cabezas. Miró hacia arriba. La instalación parecía casera. Conductos de chapa colgaban del alto techo y vibraban de un modo poco tranquilizador. Avanzó unos pasos y observó el depósito, que estaba empotrado en el suelo y sobresalía aproximadamente un metro. Julia miró al interior. Tenía al menos un metro y medio de profundidad. Dentro había varios paralelepípedos de acero inoxidable llenos de agua.

—Aquí fabricamos los bloques de hielo con los que trabajamos —dijo Wegner, que acababa de reaparecer. Señaló los tubos que conducían a los moldes de acero inoxidable—. Usamos aire comprimido. Así, el agua se mantiene en movimiento durante todo el proceso de congelación. De este modo, el hielo queda completamente transparente y cristalino. Impoluto, por así decirlo. —Sonrió—. Los bloques de hielo crecen dentro de los moldes de acero inoxidable. El proceso dura aproximadamente una semana.

—¿Solo una semana? Eso es bastante rápido —observó Florian, tomando notas.

—Sí. Por eso me gusta tanto trabajar con hielo. A diferencia de la piedra, es fácil de obtener o fabricar, y además la elaboración de una escultura de hielo no suele llevar más de cuatro o cinco días. Para

una figura de mármol se necesitan meses. Me encanta este material, aunque sea efímero.

Julia señaló el depósito de agua. —¿Lo ha construido usted mismo?

Hanjo Wegner asintió con orgullo. —Sí, en el fondo es un arcón congelador gigante. Casi todo lo que ve aquí es de fabricación propia. Los bloques de hielo también se pueden comprar ya hechos. Pero a la larga me resultaba demasiado caro. Solo el transporte en camión frigorífico cuesta una fortuna. —Golpeó el molde de acero inoxidable—. El hielo crece de fuera hacia dentro. En cuanto está listo, sacamos el molde con la grúa y lo dejamos descongelar unas tres horas. Después ayudamos con el soplete de gas para que el hielo se deslice fuera del molde. Allí tienen un bloque de hielo recién hecho.

Julia dirigió la mirada al coloso de hielo que yacía en el suelo junto a la pared.

—¿No se derrite? —preguntó, asombrada.

—A estas temperaturas, no. Siempre que el maldito sistema de refrigeración funcione y estemos a ocho grados bajo cero constantes, prácticamente nunca. Si coloca el bloque de hielo al aire libre en verano, tarda varios días en fundirse. Con este invierno no se derrite nada ahí fuera.

—¿Cuánto pesa este bloque? —Florian pasó la mano por el hielo cristalino.

—Al menos media tonelada —respondió Wegner—. Para bloques tan enormes utilizamos un molde de acero inoxidable especialmente grande que se coloca en posición horizontal dentro del depósito. Las irregularidades de la superficie se eliminan fundiéndolas con un soplete de gas. Por lo demás, el hielo se deja trabajar fácilmente con cualquier herramienta imaginable.

—¿Y eso qué es? —Julia señaló otro bloque de hielo cubierto por una capa de hielo opaco.

—Eso es hielo seco. Sirve para eliminar la humedad de la superficie. ¿Me enseña otra vez la foto?

Florian se la acercó. Wegner recorrió con el dedo índice la escultura de hielo de la imagen. —El hielo no se ve del todo

transparente. Todos los artistas que conozco trabajan con aire comprimido para obtener un hielo cristalino, o compran los bloques a fabricantes profesionales. Si me preguntan, este bloque de hielo se fabricó de forma casera, y además sin aire comprimido. Asimismo, las proporciones de la estatua no son del todo correctas. La cabeza, por ejemplo, es un poco pequeña en relación con el cuerpo. Lo mismo ocurre con las manos y los brazos. ¡Fíjense! —Hanjo Wegner se acercó a una estantería y sacó un libro sobre el arte de la escultura—. Comparen las proporciones —les pidió a Florian y a Julia.

—Lo veo —dijo Julia al cabo de un rato—. Entonces, el autor del crimen probablemente no es un profesional.

—Se podría decir así.

—¿Y cómo introdujo a la mujer muerta en el hielo? —Florian volvió a mirar el bloque de hielo.

Wegner sacó otro libro de la estantería. —Este es el «Hamburger Eiszauber», una exposición de arte en hielo que se celebra cada año en la ciudad hanseática. Yo suministré grandes bloques de hielo con troncos de acacia congelados en su interior para un bar de hielo. —Les mostró la foto de un bar; al fondo se veía una pared de hielo con los árboles, que parecían haber crecido dentro del hielo. El conjunto estaba bellamente iluminado en varios colores.

Julia contempló la imagen, fascinada.

—¿Cómo se colocaron los troncos en el centro del hielo? ¿Utilizó algún tipo de soporte?

—Se puede usar una placa de hielo más pequeña sobre la que se colocan los objetos que se quieren fijar, o bien se fabrican soportes de hielo. Una vez dispuestos los objetos, se vierte agua por encima. Todo se congela sin dejar juntas, de modo que los elementos auxiliares quedan invisibles en el bloque terminado. Para los troncos de acacia bastaron unos cuantos soportes. Para la muerta, supongo que se usó una placa de hielo y para el espejo de mano, soportes. —Wegner se tumbó en el suelo y levantó ligeramente el brazo derecho —. Son solo sutilezas. Pero, ¿ven? El brazo derecho queda alineado con la espalda y la nuca. —Se incorporó y contempló de nuevo la foto con la muerta.

—Sé a qué se refiere —respondió Julia, que hasta entonces no había reparado en ese detalle de la escultura de hielo—. Normalmente, el brazo debería ir un poco hacia delante. —Dobló el brazo e hizo como si se mirara en un espejo de mano imaginario—. La cabeza también está girada un poco demasiado hacia la derecha.

Florian negó con la cabeza. —No entiendo ni una palabra.

De inmediato, Wegner volvió a tumbarse boca arriba y repitió la demostración de la postura. —El brazo simplemente reposa en el suelo. La cara mira hacia un lado. —Se levantó y alzó de nuevo el brazo—. Ahora miro hacia delante, al espejo de mano.

La cara de Florian lo decía todo. Al parecer, seguía sin entenderlo. Julia lo ayudó: —Supongo que la metieron en el agua para congelarla cuando el cuerpo aún era flexible. Es decir, antes del inicio de la rigidez cadavérica. Sin fuerza muscular, el brazo cae lacio hacia un lado, como acaba de mostrar. No se utilizó ningún soporte ni sujeción para imitar a la perfección una postura corporal natural. —Giró la foto hasta ponerla en horizontal—. ¿Lo ves? La mujer no está de pie. Está tumbada.

Florian asintió lentamente. —Ahora lo entiendo.

—Sí —añadió Julia—. Eso también encaja con la distribución de las livideces.

—Así que nos enfrentamos a alguien que no es un buen escultor pero que, aun así, sabe cómo se fabrica básicamente una escultura de hielo. ¿Qué complicación tiene construir un arcón congelador como este? —quiso saber Florian.

—No demasiada. Los materiales se consiguen en cualquier tienda de bricolaje y en internet hay instrucciones. Los equipos de refrigeración para climatizar el recinto se pueden adquirir en tiendas especializadas. Quien quiera puede encargar que le diseñen cámaras frigoríficas completas. Pero como he dicho, no es estrictamente necesario. Los bloques de hielo grandes no se funden tan rápido. Para aprender el arte de la escultura en hielo incluso se pueden hacer cursos. Yo mismo los ofrezco periódicamente. —Wegner hundió los dedos en su frondosa barba y se rascó la barbilla con aire pensativo—. Dentro de cuatro semanas, justo después de la

exposición, empieza el siguiente curso. Pueden participar sin problema.

—No, gracias —respondió Florian—. Creo que de momento tenemos suficiente información. Pero le agradecería que nos hiciera llegar una lista de todos los participantes de sus cursos anteriores. Y también las nuevas inscripciones, si es posible. Seguramente volveremos a ponernos en contacto con usted.

—Hágalo. Ya conocen la salida. Tengo que ocuparme ahora del sistema de refrigeración. Ha bajado un poco la temperatura; quizá funcione ya. —Lanzó a Julia una última mirada penetrante y le estrechó la mano un poco más de lo necesario al despedirse—. No lo olvide, si le interesa la exposición de hielo, la guío encantado. —Le guiñó un ojo y se dirigió de nuevo detrás de la estantería, donde se encontraba el panel de control del sistema de refrigeración.

Florian puso los ojos en blanco. —Parece que tienes un nuevo admirador —susurró mientras salían.

—Psst. —Julia se llevó el dedo índice a los labios—. No vaya a oírnos su padre. —Señaló una nube de humo que en ese momento se colaba lentamente por el pasillo.

—Adiós —dijo en voz alta, y contuvo la respiración. No soportaba el olor de los puros, sin duda porque sabía de sobra qué aspecto tenía un pulmón de fumador por dentro. La imagen de aquel revestimiento negro y aceitoso le repugnaba. Cruzó el pasillo a toda prisa y abrió la puerta de un tirón. Maravilloso, aire fresco. Inspiró hondo. Su mirada se detuvo un instante en la furgoneta blanca que seguía aparcada frente a la casa. Se encaminó hacia el coche de Florian. Al abrir la puerta, sonó su móvil.

Contestó con un «Julia Schwarz», pues en la pantalla apareció el número del Instituto de Medicina Forense.

—Holsten al habla. ¿Dónde está? Tengo que presentarle a alguien.

5

—Annabell, sencillamente aún no estás preparada. —Madame Bonnet agitaba sus flacos brazos en el aire—. Debes tener la gracia de una reina que flota sobre el escenario. Con ligereza. Como una pluma. —La profesora de danza ejecutó una pirueta a modo de demostración—. Nadie debe notar el esfuerzo.

—Pero si he bailado sin un solo fallo. Katharina ha fallado varios pasos.

Madame Bonnet asintió lentamente y le dedicó una mirada compasiva. —No lo sé, Annabell. —Suspiró con teatralidad—. Está bien. Lo intentamos una vez más hoy en el ensayo. Así que, en marcha, a tu posición. —Dio unas palmadas y las chicas se deslizaron hasta sus puestos. Annabell prácticamente voló, casi sin tocar el suelo. Hoy le demostraría a Madame Bonnet que ella era la prima ballerina adecuada. Podía bailar aquel papel. En los últimos días no había hecho otra cosa que ensayar. El estómago le rugía. Tampoco había comido con regularidad. Con el estómago lleno no se bailaba bien. Además, no quería engordar. Se había mantenido a base de batidos de proteínas y ensalada a la que añadía un puñado de tiras de pechuga de pollo. Tensó el cuerpo. Cada músculo le dolía. Entonces Annabell arrancó, en perfecto compás con la música. Una extensión hacia la izquierda, un giro, después un salto largo y tendido. Se dejó caer y abrió las piernas en un grand écart. Inclinó

el torso hacia un lado, los brazos bien estirados hacia arriba. El sudor le brotó en la frente y en la nuca. El corazón le bombeaba. El calor reptó por cada célula. Su cuerpo era una central eléctrica. Se levantó de un salto con pies ligeros, se dirigió al espejo de la pared, comprobó su postura y giró los pies. Las ampollas en las plantas las ignoró. Katharina y las demás chicas la siguieron. Annabell flotó en la dirección opuesta y, a continuación, ejecutó pasos en el sitio, ciñéndose con exactitud milimétrica a la secuencia establecida. Madame Bonnet la observaba con ojos de águila. Sus finos labios estaban fruncidos. Movía los brazos como una directora de orquesta. Entonces el pasaje terminó y Annabell se sentó en el suelo con la respiración entrecortada. Los pulmones le iban a toda máquina. El sudor le corría a raudales por la espalda y le goteaba de la barbilla. Con el rabillo del ojo vio a Katharina. Se volvió y comprobó que su amiga apenas sudaba. Con su trenza impecablemente recogida, parecía no haber entrenado ni un solo minuto. ¿Cómo lo conseguía?

—Ha sido maravilloso, chicas —elogió Madame Bonnet y, contra todo pronóstico, le regaló una sonrisa a Annabell.

Al instante, Annabell se relajó un poco.

—Mañana ensayamos con los chicos. Voy a hablar ahora mismo con Ígor y lo dejo todo preparado. Todavía no tengo claro quién de ellos se llevará el papel principal. Se decidirá entre Philip y Antonio.

El primer nombre aceleró el pulso de Annabell. Él junto a ella en el gran escenario. Sería un sueño. Philip era nuevo. Había llegado a la escuela hacía unos meses y a ella le parecía sencillamente arrebatador. Alto, esbelto, musculoso, ojos verdes de gato y rizos negros. Por no hablar de su sonrisa.

—Ojalá sea Philip —soltó Katharina, y se llevó las manos al corazón—. Me encantaría bailar con él.

Annabell la miró consternada. ¿Qué se creía Katharina? La primera bailarina era ella. Madame Bonnet había parecido satisfecha. ¿Cómo se le ocurría a Katharina pensar que aquel orden pudiera cambiar todavía? Dirigió la mirada hacia Madame Bonnet, que había oído las palabras de Katharina.

La francesa sonrió. No la contradijo. Annabell sintió que la rabia le subía por dentro. No aguantaba ni un segundo más en aquella

sala. El ensayo había terminado de todos modos. Furiosa, agarró sus cosas y salió como una exhalación.

6

Julia entró tiritando por la puerta trasera del Instituto de Medicina Forense. Avanzó con pasos cortos y rápidos por el austero corredor y se detuvo ante el despacho de Manfred Holsten. Intuía que quería presentarle a su sucesora o sucesor. Sentía curiosidad. Con su jefe siempre se había entendido bien. Ojalá eso no cambiara con la nueva incorporación. Julia llamó a la puerta y la abrió. Tras el escritorio, como esperaba, estaba sentado su superior. Al verla, sonrió ampliamente.

—Julia, qué alegría. Pase. Por fin está todo atado y bien atado. ¿Me permite presentarle a mi sucesor y su futuro jefe?

Julia ya no escuchó el resto de las palabras de Holsten. El hombre de la espesa mata de pelo oscuro sentado frente al escritorio se había levantado y dado la vuelta. Julia lo reconoció al instante. Se tambaleó.

—¿Julia? ¿Se encuentra bien? —Holsten se puso en pie también y se acercó a ella rodeando el escritorio con expresión preocupada.

Julia se quedó sin habla. Parpadeó varias veces. Su mente se resistía a aceptar la evidencia.

—¿Valentin? —se le escapó al cabo de un rato, y Holsten observó a su sucesor con sorpresa.

—¿Se conocen?

Julia asintió como si la moviera un resorte ajeno.

—Estudiamos juntos —explicó Valentin Henzler con su típica voz grave y ronca, que al instante le provocó a Julia un escalofrío por la espalda. Hubo un tiempo en que amó esa voz. Y después solo la odió.

—Fuimos pareja —añadió ella secamente, y advirtió cómo a Manfred Holsten casi se le salían los ojos de las órbitas.

Julia fulminó a Valentin con la mirada. —¿Podemos hablar un momento a solas? ¿En mi despacho? —Giró sobre sus talones y casi echó a correr por el revestimiento gris del suelo, que chirriaba con cada uno de sus pasos. Julia tenía la sensación de que el suelo se mofaba de ella con aquellos ruidos repulsivos. Qué ridículo. Rabia, espanto, sorpresa, dolor. No habría sabido decir qué sentía primero ni en qué orden. Quizá todo la asaltaba a la vez. Las sienes le latían ardientes. El estómago le pesaba toneladas. Abrió la puerta de su despacho de un tirón. La hoja golpeó contra la pared. Le daba igual. Avanzó a trompicones hasta su escritorio. Se dio la vuelta. Se apoyó contra el tablero y clavó los dedos en el borde.

Valentin apareció en el marco de la puerta. El rostro un punto más pálido. Su mirada la fijó. Algo parecido a una sonrisa le cruzó los labios. Una señal de turbación. Julia la conocía demasiado bien.

—¿Qué se te ha perdido aquí? —le espetó. Mucho más alto y descontrolado de lo que había planeado.

Valentin cerró la puerta tras de sí.

—Holsten me hizo una oferta estupenda. Me resultaba imposible rechazarla. Y pensé que a ti no te importaría.

Julia evaluó a Valentin con la mirada. Le habría encantado lanzarse a su cuello. Hacía mucho que lo había desterrado de su vida y quería que siguiera así. Su ruptura había sido un año atrás. Su relación ya se había resquebrajado profundamente un año entero antes. Valentin la había engañado.

Aquella traición Julia no la había superado hasta ahora, a pesar de haberse esforzado en serio durante meses. Pero cada vez que Valentin salía por las noches o pasaba mucho tiempo sin dar señales de vida, las dudas se clavaban de nuevo, más hondo, en su corazón. La confianza estaba sencillamente destruida. En algún momento Julia no vio más salida que cortar por lo sano. No quería convertirse

en una mujer amargada ni en alguien que controlara a su pareja a cada paso. Valentin había estado a punto de destruir su fe en el amor. Durante la carrera, Julia no creyó ni por un segundo que su relación pudiera fracasar jamás. Hasta aquel día en que percibió el olor de otra mujer en su camisa.

—Pero te quedará claro que no podemos trabajar juntos —le siseó, y lo taladró con la mirada.

Él torció el gesto y se rascó la oreja con turbación. —Oye, Julia. Eso fue hace una eternidad. ¿No podemos simplemente olvidar el asunto y empezar de cero? —Sonrió de medio lado, y Julia notó que su sonrisa la enfurecía aún más.

—No quiero tener nada que ver contigo. —La frase siguiente, que tenía en la punta de la lengua, se la tragó. No quería insultarlo. Se habían peleado cientos de veces por aquello. Todos los argumentos estaban agotados. No quedaba nada más que añadir. Para Valentin fue un desliz inofensivo; para Julia, el derrumbe de todo su mundo. Dos maneras posibles de ver las cosas. La perspectiva de él le dolía con más fuerza todavía.

—Ve a ver a Holsten y dile que has cambiado de opinión —le exigió.

Valentin apretó los labios hasta reducirlos a dos líneas finas. —No puedo hacer eso.

—¿Por qué?

—Ya he dejado mi antiguo puesto en Medicina Forense de Bonn. ¿Quieres que acabe en la calle? —Dio un paso hacia ella. Su perfume le invadió la nariz. A su pesar, Julia volvió la cabeza hacia un lado.

—Ese no es mi problema —siseó ella—. Ya encontrarás otra cosa.

—Julia, por favor. —Valentin estaba justo delante de ella. Su cercanía la desconcertaba. Su mirada era cálida, suplicante—. No me había dado cuenta de que todavía no habías superado lo nuestro. Pensé que ya no te importaba. Eso fue un error. —La miró directamente a los ojos—. No voy a meterme en tus asuntos. ¿De acuerdo? Tú simplemente sigues como hasta ahora. Apenas tenemos puntos de contacto.

—¿Apenas puntos de contacto? —bufó Julia. Valentin parecía tener un talento especial para quitarle hierro a las catástrofes.

Porque eso era exactamente lo que estaba pasando aquí. Era su ex, fuera de su vida, y ahora irrumpía de improviso en ella. Se cruzarían a diario, pero él minimizaba ese hecho y encima la presentaba como la exnovia amargada que no había pasado página. Julia corrió a refugiarse detrás de su escritorio. Necesitaba poner distancia con aquel insensato. Inspiró hondo e hizo lo posible por mantener la compostura.

—Vamos a tener mucho que ver el uno con el otro. Eso lo sabes tan bien como yo.

Valentin se encogió de hombros. —Seguramente tendremos que consultarnos de vez en cuando, pero eso antes también sabíamos hacerlo. ¿Ya no te acuerdas? Éramos un equipo estupendo. ¿Por qué no iba a funcionar otra vez? Además, llevamos ya más de un año separados. —Se inclinó hacia delante y apoyó las manos sobre el escritorio de ella—. Maldita sea, Julia. Fue tu decisión romper. Pero eso no tiene por qué significar que no podamos al menos trabajar juntos. ¿Es que ya no te importa nada de lo que tuvimos? —Sus ojos castaño oscuro se clavaron en ella. Un destello de dolor asomó en ellos.

Pero Julia no se dejó engañar. Conocía sus juegos. No dejaba de tergiversar los hechos. Él jamás debería haber aparecido allí. Aquel era su instituto. Él había cruzado la línea. No ella. Y que encima se hiciera la víctima colmaba el vaso.

—Tú destruiste nuestra relación —afirmó ella, y se detuvo, porque alguien llamó a la puerta y ya la estaba abriendo.

—¿Puedo interrumpir un momento? —preguntó Lenja Nielsen. Julia prefería no imaginarse cuánto tiempo llevaba su asistente plantada detrás de la puerta—. Es importante. —Lenja examinó a Valentin fugazmente y a continuación volvió a mirar a Julia.

—Seguiremos hablando en otro momento —dijo Valentin y abandonó la sala sin presentarse a la asistente de Julia.

Lenja esperó un instante y después preguntó: —¿Quién era? Me resulta familiar de algo.

Julia suspiró. No era de extrañar. Valentin aparecía a menudo en la prensa. Entre otras cosas, asesoraba a productores de series policíacas de televisión. Siempre que se producía un caso de muerte

espectacular, Valentin estaba en primera fila con sus comentarios. Incluso había salido ya en televisión.

—Valentin Henzler —explicó Julia escuetamente.

Lenja se tapó la boca con la mano. —Vaya. ¿Conoce a Valentin Henzler?

Julia puso los ojos en blanco. Esa reacción era lo último que le faltaba. ¿Qué veían todos en aquel hombre?

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó, desviando así el tema.

Lenja la miró un instante desconcertada y luego agitó la hoja de papel que llevaba en la mano.

—Acaba de llegar el informe del laboratorio sobre el hielo en el que estaba congelada la muerta. Hay dos puntos muy interesantes. En primer lugar, no se utilizó agua potable, sino agua subterránea, y en segundo lugar se encontraron restos de aceites esenciales.

Julia asintió y le quitó el papel a Lenja de las manos.

—De acuerdo —murmuró mientras recorría la tabla con la vista. Según los datos, el agua contenía arena y nitratos. Los nitratos se encontraban sobre todo en los fertilizantes. La arena apuntaba a un sistema de filtrado deficiente. Julia supuso que el agua podía proceder de un pozo situado cerca de una zona agrícola.

—Llame, por favor, al departamento de gestión de aguas de Colonia. Creo que los pozos siempre son de declaración obligatoria, están todos registrados. Quizá así le sigamos la pista al autor del crimen. —Continuó leyendo y estudió los distintos aceites esenciales que el laboratorio había detectado. No solo figuraban aceites esenciales, sino también alcohol y sustancias aromáticas. Julia frunció el ceño. Con expectación, tecleó los componentes en el buscador de su ordenador.

—Perfume —exclamó al cabo de un rato—. El hielo contenía perfume. No me había dado cuenta. ¿Usted percibió algún olor durante la autopsia?

Lenja negó con la cabeza. —Creo que la concentración es demasiado baja para nuestro olfato.

—Qué interesante. —Julia reflexionó y a continuación marcó el número de Florian para comunicarle el resultado, pero nadie

descolgó.

—¿Podría preguntar también al laboratorio si es posible identificar el perfume? Quizá nos ayude. El autor del crimen no eligió al azar la escenificación de la escultura de hielo, el vestido, el espejo ni la composición del agua. —Se frotó la barbilla y de pronto visualizó el depósito de agua del taller de Wegner.

—Tengo que volver a salir —anunció, y le pidió a Lenja Nielsen que se pusiera en contacto con ella en cuanto hubiera averiguado algo nuevo. Julia recorrió a toda prisa el pasillo gris hasta el aparcamiento. Se alegró de que no hubiera ni rastro de Valentin. De aquel problema tendría que ocuparse en otro momento. Cualquier otra discusión con Valentin era, en todo caso, inútil. Quizá consiguiera convencer a Manfred Holsten de cambiar de opinión respecto a su sucesión. Tiró de la puerta del conductor con ímpetu y pisó el acelerador.

Unos veinte minutos después volvió a tener ante ella el cartel del taller de Hanjo Wegner. No obstante, ya no podía descifrar la inscripción porque había oscurecido. Aparcó el coche en el patio, y antes de que pudiera siquiera apearse, la puerta de la casa se abrió. El hombretón de anchos hombros salió a toda velocidad y se detuvo justo delante de su Golf.

—Lo siento. Hemos cerrado —dijo, agitando los brazos.

Julia entreabrió la puerta del coche. —Solo tengo unas cuantas preguntas más —dijo, y se bajó.

—Ah, es usted. —Wegner se pasó la mano por el largo cabello con aire avergonzado—. Discúlpeme. Está ya bastante oscuro. No la he reconocido. —Le tendió la mano y siguió murmurando—: Eso es, desde luego, imperdonable. ¿En qué puedo ayudarla? —El gigante se había vuelto de repente manso como un cordero. Su voz ronroneaba como la de un gatito. Retuvo la mano de Julia mucho más tiempo del necesario. Ella la retiró rápidamente de entre sus fuertes dedos.

—Quería hablar otra vez con usted sobre el tratamiento del agua. Ya disponemos del informe del laboratorio sobre el hielo utilizado y esperaba que pudiera aclararme un par de cosas.

Hanjo Wegner sonrió complacido. Julia vio el destello de sus dientes blancos.

—Con mucho gusto. Pase. ¿Ya ha pensado si quiere visitar la exposición de hielo? Será realmente encantadora.

—No. Todavía no. He tenido demasiado que hacer todo el día.

Wegner empujó la puerta de la casa lo suficiente para que Julia pudiera entrar.

—Ya sabe dónde está el taller. —La miró directamente, y de pronto apareció una arruga en su frente—. Si me permite decirlo, parece un poco afectada. ¿Le ha molestado alguien?

Julia tragó saliva. No habría esperado tanta sensibilidad de aquel hombretón. Buscó avergonzada una respuesta, pero Wegner levantó el dedo índice.

—Oh, por favor, no invente excusas. Se le nota. Está disgustada.

Julia guardó silencio. No quería hablar de sus problemas con un completo desconocido. Wegner entendió la reacción, se dio la vuelta y echó a andar en silencio. El pasillo seguía apestando a los puros de su padre. Sin embargo, Julia no lo vio por ninguna parte. Siguió a Wegner a través del salón y el invernadero hasta el taller. Contra lo esperado, la nave no estaba vacía. Tres pares de ojos se volvieron hacia ella con curiosidad al entrar.

—Permítame que se los presente. Esta es Julia Schwarz, y estos son mis compañeros, con los que organizo la exposición. Todos artistas del más alto nivel. —Sonrió y se acercó a un hombre desgarbado con una coleta rubia.

—Mike Khnert —lo presentó Wegner, chocando el puño contra el del hombre. Julia le dio la mano. A continuación, Wegner se pavoneó hasta un chino con el pelo rapado—. Este es Chang Soy, el actual campeón del mundo.

Julia sonrió y estrechó la mano del artista. No sabía que existieran campeonatos del mundo de escultura en hielo.

—Mucho gusto —respondió el chino con una sonrisa y un acento característico.

—Y este es Frank Barton, nuestro americano.

Julia lo saludó también.

—Lástima que no pueda presentarle al resto del equipo. Los compañeros andan fuera en este momento. Quizá en otra ocasión. Venga conmigo. Le enseño el pozo —dijo Hanjo Wegner y condujo a Julia hasta el fondo de la nave—. Esta mañana, cuando nos vimos, no se lo mostré. Lo siento. No me pareció que pudiera tener importancia. —Sus ojos azul claro examinaron a Julia.

—El laboratorio ha informado de que el hielo contenía una cantidad considerable de partículas de arena. ¿En su caso es igual? —Julia observó las diversas tuberías que salían del suelo del taller y con las que no sabía muy bien qué hacer.

—Nosotros filtramos el agua dos veces. No debería quedar arena. Queremos obtener un hielo lo más cristalino posible. Cualquier partícula arruina ese efecto.

—¿Puedo tomar una muestra? —preguntó Julia, y sacó un frasquito del bolso.

Wegner frunció el ceño. —¿Por qué?

—Quiero que el laboratorio identifique las diferencias. Quizá podamos localizar el pozo a partir de la composición del agua.

—Como quiera —gruñó Wegner. Su expresión resultaba impenetrable.

—¿Trabajan con aceites esenciales? —preguntó Julia, sin dejarse influir por ello, mientras tomaba una muestra de la gran pila.

Algo centelleó en los ojos de Wegner. Miró a sus compañeros, que en ese momento estaban encajando la cabeza del caballo sobre el cuerpo helado.

—¿Angelo no trabajó una vez con perfume? —gritó Wegner a través de la nave.

El chino reaccionó primero. —Creo que quería volver a intentarlo este año. Pregúntale tú mismo. Debería llegar pronto.

—Sebastian también quería probar una nueva combinación de hielo, luz y aroma. Ha diseñado una rosa enorme. —Mike Kuhnert, el rubio de la coleta, señaló un bloque de hielo en un rincón.

Wegner gruñó: —Lo mejor será que le llame. Yo personalmente no soy muy partidario de eso. Se gastan cantidades ingentes de sustancias aromáticas dado el tamaño de los bloques de hielo. A la larga me resulta demasiado costoso. Además, a temperaturas tan

bajas el aroma no se despliega bien. —Se palpó los bolsillos del pantalón—. Mierda. El móvil lo tengo en algún sitio de la casa. —Wegner se dio la vuelta y salió por la puerta hacia el invernadero.

Julia se quedó indecisa. Sus preguntas estaban contestadas, salvo lo de las sustancias aromáticas. Lo más importante era la muestra de agua, cuyo análisis revelaría posibles diferencias entre los bloques de hielo utilizados. Julia confiaba en que los resultados la condujeran a alguna parte. Recorrió el taller con la mirada y observó cómo fijaban el cuello de la escultura del caballo. Los hombres utilizaban planchas de hierro calientes que derretían el hielo en las superficies de contacto. Entre dos de ellos sostenían la pesada cabeza del caballo hasta que el agua volvía a congelarse. Funcionaba como un pegamento.

—Podéis soltar —dijo Chang Soy, que había coordinado toda la operación y la colocación de la cabeza.

Julia dio un paso al frente y admiró la impresionante escultura. Chang Soy sonrió.

—Iluminaremos el hielo. —Señaló a continuación un bloque de hielo en el suelo—. Y todavía nos falta hacer el jinete. Pero eso es trabajo para mañana. Ahora terminamos por hoy.

—¿Puedo? —preguntó Julia, y deslizó las yemas de los dedos por el hielo liso como un espejo. En ese momento se le ocurrió una idea. Sabía que en realidad era tarea de Florian, pero ya que estaba allí, no quería perder el tiempo. Sacó la foto de la escultura de hielo con la muerta.

—¿Quién cree que podría haber creado algo así? —preguntó a Chang.

El chino entrecerró los ojos. —He leído sobre ello en el periódico. Podría haber sido cualquiera de nosotros.

—Pero las proporciones de la figura no son correctas. ¿No fue más bien un principiante?

Chang se encogió de hombros. —La figura no es precisamente pequeña. Se necesita destreza para trabajar un bloque de hielo grande. Hay artistas que dan importancia a las proporciones realistas. Pero también hay quienes distorsionan las dimensiones a propósito. Es difícil de decir. —Chang sonrió con gesto de disculpa.

Julia asintió. Su declaración no la ayudaba.

—¿Me deja ver? —pidió Frank Barton con un fuerte acento americano, y palideció. Se quedó mirando la foto, que empezó a temblarle en la mano.

—¿Tiene una imagen solo de la mujer?

Julia sacó una toma de primer plano del rostro que había capturado durante la autopsia.

El americano cerró los ojos un instante.

—Creo que es la exnovia de mi hermano, Jette Hoffner —susurró con voz ronca.

—¿Está seguro? Sería una coincidencia terrible.

Frank Barton sacó el móvil del bolsillo.

—Tengo un par de fotos de ella con mi hermano, de cuando todavía eran pareja. —Barton deslizó el dedo por la pantalla hasta dar con lo que buscaba—. Aquí —dijo, y le tendió el teléfono a Julia.

Julia contempló la imagen de una mujer joven que, sonriente, se apretaba contra un hombre considerablemente mayor, cuyo parecido con Frank Barton era nulo a primera vista. Quizá se debiera a la espesa barba que cubría gran parte de su rostro.

—Podría ser ella, en efecto —dijo Julia al cabo de un rato—. ¿Y dice que se llama Jette Hoffner?

Barton asintió. —Aunque hace tiempo que no la veo. Mi hermano estuvo con ella hasta hace medio año. Luego conoció a su nueva novia.

—Entiendo —respondió Julia—. Voy a pasar su nombre de inmediato a la Policía Criminal para que lo verifiquen. Me ha sido de gran ayuda. —Julia vaciló antes de continuar—: Le avisaré si se confirma la sospecha. Lo siento de veras.

—Ella es… Quiero decir, era muy simpática. —Barton apretó los labios.

Julia le tocó el brazo en un gesto de consuelo. —Quizá no sea ella.

Ambos sabían que era una esperanza vana. El parecido era asombroso. Barton no replicó. Julia dio las gracias y abandonó el taller en busca de Wegner. Atravesó el invernadero y abrió la puerta del salón. Al instante le asaltó de nuevo el olor acre de los puros. El

padre de Wegner estaba sentado en un sillón fumando. Le dedicó un asentimiento distraído y siguió mirando la televisión. Al parecer estaba acostumbrado a que desconocidos deambularan por la casa. Julia avanzó unos pasos y oyó la voz de Hanjo Wegner procedente del vestíbulo. No sonaba nada serena.

—Escucha, me da igual por qué has hecho lo que has hecho. No quiero volver a oír hablar de esa mujer. Mueve el culo hasta aquí. La Policía Criminal me pisa los talones, maldita sea. Yo… —Se cortó al advertir la presencia de Julia—. Ya te llamo —añadió, y colgó.

—Disculpe. Los artistas no son precisamente la gente más fiable del mundo. Parece que a Angelo se le ha pasado que solo nos quedan unos días para la exposición. —Sonaba compungido.

Julia pensaba a toda velocidad. Sus pensamientos estaban puestos en la muerta, cuya identidad probablemente acababa de salir a la luz.

—¿Le ha preguntado si mezcla sus bloques de hielo con aceites esenciales o perfume?

—Sí. Angelo lo probó el año pasado, pero desde entonces no lo ha vuelto a hacer. Recuerdo que Sebastian está experimentando con ello ahora mismo. Tiene un taller propio. Pero no coge el teléfono. Ese desgraciado es por lo menos tan poco fiable como Angelo. Los dos tenían que haber venido hoy. No volveré a sacar adelante una exposición si esta vez la fastidiamos. —Descargó un puñetazo furioso contra la pared. Julia se sobresaltó, porque al mismo tiempo su móvil empezó a sonar. Era Florian. Lo saludó con alegría, pero no pudo meter baza.

—¿Estás en casa de Hanjo Wegner?

—Sí.

—Escucha, Julia. Sal de esa casa ahora mismo. Súbete al coche y márchate.

—Pero… —No llegó más lejos. Florian la interrumpió de nuevo.

—Nada de peros. Arranca y llámame en cuanto estés en camino. No dejes que se te note nada —dijo Florian con severidad. Jamás lo había oído hablar así.

—De acuerdo —respondió con voz ronca y colgó. Solo entonces reparó en que Wegner la estaba mirando fijamente. A Julia le subió

el calor al rostro. Esperaba no haberse puesto colorada. Nerviosa, volvió a guardar el móvil.

—Era mi compañera. Tengo que irme, ha surgido una cita.

—¿A estas horas? ¿No es un poco tarde para la medicina forense? Al fin y al cabo, los muertos no se van a escapar, ¿no? —Wegner sonrió de medio lado—. ¿Qué le parece una copa?

Julia se dirigió hacia la salida. —Muy amable de su parte. La próxima vez, encantada. Ya le avisaré.

El cuerpo macizo de Wegner se interpuso ante la puerta de entrada. —¿Por qué tanta prisa? Quizá Sebastian me devuelva la llamada en un momento y pueda seguir ayudándola. —Le agarró el brazo.

Julia se quedó helada y durante un instante no supo qué hacer. ¿Era Wegner una amenaza? Las palabras de Florian retumbaban en su cabeza.

—Como le decía, no puedo quedarme. Tengo que ayudar a mi compañera. Es nueva todavía, y no sería justo por mi parte dejarla colgada. —Lentamente se zafó de su apretón.

Wegner suspiró. —Está bien. ¿Pero me llama mañana? ¿Prometido?

Julia asintió y se arrancó una sonrisa.

Pero Wegner no se apartó. —Espere. Tengo una idea mejor. Me da su número de móvil y la llamo yo en cuanto sepa algo de Sebastian.

El escultor de hielo se separó finalmente de la puerta, aunque solo un poco. Julia seguía sin poder pasar. Sacó el teléfono del bolsillo.

—¿Cuál es el número? —preguntó, y empezó a teclear afanosamente mientras Julia le dictaba su número de móvil.

Wegner seguía sin hacer ademán de dejarla salir. Julia ya notaba cómo una ligera oleada de pánico le crecía por dentro y por ello le costaba interpretar su expresión. Se armó de valor y alargó la mano hacia el picaporte.

—¿Me permite?

Por fin Wegner se hizo a un lado. Julia se mordió los labios para no echar a correr. Fijó la mirada en su coche, que estaba a unos diez

metros, y contó los pasos. No mostrar nerviosismo, se dijo. Al menos Wegner no parecía seguirla. Llegó al coche y abrió la puerta. De pronto oyó sus pasos. Se lanzó al asiento y cerró de un portazo. Wegner se plantó junto a su ventanilla. Su mano izquierda aterrizó sobre el parabrisas. Julia se sintió amenazada. Arrancó el motor. Wegner golpeó con la derecha contra el cristal lateral. El corazón le dio un vuelco. Con el rabillo del ojo advirtió un objeto en su mano. Desconcertada, se volvió.

7

Florian seguía con el móvil en la mano. Respiraba con dificultad. Sabía que con su llamada a Julia se había excedido. Ya no se reconocía a sí mismo. Julia no era la primera mujer con la que estaba. Pero no conseguía descifrarla, y eso lo preocupaba cada vez más. No es que fuera posesivo ni que tuviera una imagen anticuada de la mujer. Al contrario, le fascinaba la Julia dura que siempre parecía tenerlo todo bajo control. Tanto sus colegas del Instituto de Medicina Forense como los agentes de la Policía Criminal de su comisaría sentían un enorme respeto por su competencia profesional. A sus ojos afilados no se les escapaba nada. Sabía leer la muerte como nadie. Admiraba la seguridad con que se desenvolvía por la vida. Pero eso también lo desconcertaba. Sus anteriores novias, en comparación, prácticamente se le habían echado a los pies, lo habían idolatrado y habían seguido sus consejos. Julia, en cambio, tenía cabeza propia. No se dejaba dirigir por él. Ni lo más mínimo. No la calaba. Por mucho que eso lo hubiera enamorado perdidamente de ella, la misma circunstancia alimentaba la sensación de estar indefenso a su merced.

Y desde aquella mañana sentía además algo que no le gustaba en absoluto: celos. Las manos se le cerraron en puños. Hanjo Wegner había devorado a Julia con los ojos. Lo peor era que no sabía

interpretar la reacción de ella ante el escultor de hielo. ¿Le gustaba aquel hombre a Julia? Durante todo el día, Florian había reprimido esa pregunta. Pero cuando no logró localizarla y Lenja Nielsen le contó además que Julia se había encaminado sola al taller de escultura en hielo, la duda le quemó por dentro. ¿Por qué no le había avisado? Sabía que había perdido una de sus llamadas mientras él y Saathoff tomaban declaración a testigos del bloque de viviendas frente al lugar del hallazgo en el Mediapark. Por desgracia, las distintas declaraciones se contradecían entre sí, como ocurría tantas veces. Solo un dato parecía perfilarse con claridad: dos vecinos habían visto una furgoneta blanca, la noche en que presumiblemente colocaron la estatua de hielo con la muerta, en una zona de estacionamiento enfrente del lugar del hallazgo. Un vehículo así también lo habían visto él y Julia en el patio de Wegner. Naturalmente, en Colonia y alrededores había muchas furgonetas de ese tipo. Aun así, no podía descartar que el escultor de hielo o alguien de su entorno estuviera detrás del asesinato. No sería la primera vez que Julia, con su cabezonería, se ponía en peligro. En cuanto olfateaba una pista, no había quien la frenara.

Florian suspiró y hojeó su cuaderno de notas. Se había llevado la documentación a casa y estaba ultimando los informes de los testigos. Los compañeros habían revisado las listas de participantes de los cursos de escultura en hielo de Wegner. Sin resultados destacables, por desgracia. Hasta el momento tenían demasiado pocos indicios para justificar una investigación más a fondo de nadie en concreto. Florian se frotó las sienes. Estaba sentado en el sofá con el portátil sobre las rodillas. El papeleo no figuraba precisamente entre sus actividades favoritas. Pero le daba la oportunidad de reflexionar con más detenimiento sobre el caso. Una cosa, al menos, le parecía ya bastante probable: el autor del crimen quería enviar un mensaje. No pretendía ocultar sus actos, sino ser visto. Presentaba a su víctima como un objeto artístico, y ningún esfuerzo le parecía excesivo para ello. Con toda probabilidad actuaba solo, pues el modo de matar le resultaba a Florian demasiado singular como para

encontrar a otra persona afín. Florian, que además tenía formación como analista de casos policiales, intentaba, como siempre, adentrarse lo más posible en la psique del asesino. Se enfrentaban a un artista que escenificaba su obra. Dejaba que el cadáver se congelara en agua hasta convertirse en un bloque de hielo, tallaba de él una figura, la exponía en un lugar público y la iluminaba con focos. Probablemente estaba orgulloso de su obra. Florian se frotó la barbilla pensativo y tecleó la siguiente declaración en su portátil. Era innegable que Wegner encajaba en el perfil del autor. Varón, corpulento, entre veinte y cuarenta y cinco años, propietario de una furgoneta, con talento artístico y experiencia en la fabricación de bloques de hielo. Volvió a ver en su mente las miradas que el escultor de hielo le había lanzado a Julia. Florian apartó el portátil de un manotazo.

Tenía que hacer algo para ganarse a Julia. Y de pronto supo también cómo, al menos aquella noche.

8

—Se ha dejado la muestra de agua. —Wegner golpeó el cristal del lado del conductor. No sonreía, sino que examinaba a Julia como un depredador antes del salto letal. Durante un segundo, ella consideró pisar el acelerador sin más y largarse. Pero algo en su interior bloqueó aquella reacción de pánico. En lugar de eso, bajó la ventanilla.

Wegner le tendió el frasquito.

—Ya es tarde. Conduzca con cuidado —murmuró, y se alejó. Por un instante Julia se extrañó de que el frasquito estuviera húmedo. Pero acto seguido subió la ventanilla a toda velocidad. Iba a comprarse un coche nuevo de una vez. Uno con elevalunas eléctricos, eso estaba claro. Cuando Wegner casi había llegado a su puerta, ella arrancó. Con el corazón desbocado, sacó el coche del patio. Tras recorrer alrededor de un kilómetro, marcó el número de Florian.

—Maldita sea, Florian. Me has dado un susto de muerte. ¿Qué pasa?

—¿Estás en el coche?

—Sí, joder. —Julia oyó cómo Florian respiraba aliviado al otro lado de la línea.

—Hemos pasado el día entero interrogando a testigos, vecinos y transeúntes que vieron la estatua de hielo con la muerta, y

probablemente hemos identificado el vehículo del autor del crimen. Una furgoneta blanca con dispositivo de grúa. Justo ese tipo de vehículo es el que conduce Wegner.

Julia recordó el coche que había visto al salir del patio. Muchos trabajadores tenían un modelo igual.

—¿Se trata de la matrícula de Wegner? —Al menos se había relajado lo suficiente como para pensar con claridad.

—No lo sabemos. Pero cuando tu asistente me contó que te habías ido sola a verle, se me puso el estómago del revés. Wegner podría perfectamente estar implicado en el crimen, o alguien de su entorno. De momento no podemos descartar nada. ¿Por qué no me has llamado?

—Sí que te he llamado, pero no cogiste el teléfono. —Se mordió la lengua y se tragó la frase siguiente. No podía reprocharle nada a Florian solo porque se preocupaba por ella. Aunque le pareciera todo un tanto exagerado. Por otro lado, Wegner se había comportado de forma bastante extraña, y por eso la llamada de Florian casi la había hecho entrar en pánico.

—Por cierto, tengo una pista sobre quién podría ser la muerta —se limitó a decir.

—¿Qué?

—Uno de los compañeros de Wegner cree conocerla.

Florian guardó silencio. Julia sabía que no le hacían especial gracia sus incursiones en solitario.

—Probablemente se trata de Jette Hoffner. Salía con el hermano de Frank Barton. —Julia oyó cómo Florian tecleaba.

—Puede que tengas razón —dijo al cabo de un rato—. Esta tarde la hermana de Jette Hoffner ha presentado una denuncia por desaparición. Por desgracia, todavía no han subido ninguna foto a la base de datos. Supongo que eso tardará un poco más. —Florian exhaló un profundo suspiro—. Mañana a primera hora agarraré a Saathoff y seguiremos la pista. ¿Puedes creer que varios testigos dicen haber visto un posible vehículo del autor del crimen, pero ninguno vio al conductor? Es increíblemente difícil extraer indicios razonables de las declaraciones. Y eso que la estatua era imposible

de pasar por alto para cualquiera que viviera, trabajara o pasara por el Mediapark.

Florian resopló de forma audible. El soplo le hizo cosquillas a Julia en el oído.

—¿Tienes hambre? —preguntó de pronto.

El estómago se le contrajo a Julia dolorosamente al instante.

—Sí, bastante.

—En mi horno se está haciendo un gratinado. Pásate. Estás cordialmente invitada.

Florian sonó tan formal que Julia no pudo evitar una sonrisa. Le encantaba su cortesía. Era un caballero de pies a cabeza.

De hecho ya iba de camino a su casa y estaba casi llegando. En realidad había querido darle una sorpresa. Aun así, la invitación le venía bien, porque así él no podía considerarla entrometida. Julia seguía sin tener claro si lo suyo con Florian era ya una relación formal o si mantenían una aventura. Del futuro no hablaban nunca. Quizá porque para eso era aún demasiado pronto.

Desde Valentin, Julia se había vuelto muy cautelosa con los hombres. Las relaciones no eran controlables. No tenían nada que ver con su trabajo, donde solo contaban los hechos. Hechos que, tratándose de un muerto, ya no podían alterarse. Las relaciones, en cambio, dependían únicamente de las emociones. No se podían gobernar con hechos. Eso desconcertaba a Julia. No quería volver a salir herida. Florian parecía ser el polo opuesto de Valentin. Empezando por el deporte y terminando por la necesidad de exhibirse. Valentin no entrenaba nunca y no se cansaba de salir en la prensa. Florian no necesitaba nada de eso. Estaba en plena forma, atlético de la cabeza a los pies. Tenía éxito con las mujeres a pesar de ser más bien introvertido. Julia conocía al menos a tres compañeras de policía que le lanzaban miradas que distaban mucho de ser puramente profesionales. A veces se preguntaba qué veía él en ella. En ella y en su profesión. Se dedicaba exclusivamente a los muertos y sabía que a él las autopsias no le entusiasmaban precisamente. A casi nadie. Pero entonces, ¿por qué se había enamorado de ella? Si no hacía otra cosa en todo el día. Resignada, Julia apartó aquellos pensamientos atormentados. Un enjambre de

mariposas le revoloteó por dentro cuando aparcó frente a su edificio y subió los pocos escalones hasta el portal.

Florian vivía en el quinto piso; justo al lado del edificio había un gran campo de deportes donde entrenaba con regularidad. Era triatleta. A Julia le gustaba su figura esbelta y atlética, su pelo rubio y corto. Florian era, tanto en carácter como en aspecto, la antítesis de Valentin.

Llamó al timbre y esperó hasta que la puerta se abrió con un zumbido, y subió las escaleras. No le gustaban los ascensores, por eso se había buscado un piso en la planta baja. La idea de quedar atrapada en una estrecha caja de acero le provocaba una sensación opresiva. Sabía que era irracional. Aun así, evitaba los ascensores desde que tenía uso de razón.

Florian estaba apoyado en el marco de la puerta y sonrió al verla. Pero cuando Julia se plantó justo delante de él, advirtió una fina arruga en su frente. Aparecía siempre que intuía que algo no iba bien.

—¿Estás bien? —preguntó, y dejó pasar a Julia.

Ella se escabulló junto a él, pero Florian la retuvo y le dio un beso.

—Siento haberte asustado antes. Es que Wegner no me cae nada bien. Esta mañana no ha dejado de mirarte. La idea de que estuvieras sola en su casa por la noche no me gustaba. —Florian se rascó la nuca con aire avergonzado—. Con lo del vehículo del autor del crimen puede que haya exagerado.

—No pasa nada. Wegner se ha comportado de forma bastante rara, la verdad. Ha discutido por teléfono con un colega y ha dicho que la policía le pisaba los talones. —Julia sintió alivio al ver que Florian cedía—. En cualquier caso, me alegré de estar de vuelta en mi coche después de tu llamada. —Sonrió y luego se puso seria—. Mi exnovio va a sustituir a Manfred Holsten. Eso es lo que me afecta mucho más ahora mismo.

Florian la miró con los ojos como platos. Julia casi podía ver los engranajes girar en su cabeza.

—¿Te refieres a ese Valentin?

Julia asintió. —Sí, Valentin Henzler. Ya le he pedido explicaciones. Pero, claro, él no ve por qué no podríamos trabajar juntos. —Julia se dejó caer en una silla de la cocina y aspiró el maravilloso aroma que salía del horno—. ¿Estás haciendo gratinado de berenjena? —El estómago le rugió de contento.

—Te conozco y sé lo que te gusta —respondió Florian, radiante. De alguna manera, aquella noche se mostraba especialmente solícito. Julia lo agradeció. Valentin jamás habría cocinado para ella. Y mucho menos su plato favorito. Estaba bastante segura de que ni siquiera lo conocía.

—Tú y ese Valentin. Hace mucho que ya no estáis juntos. ¿Lo verías a menudo si él dirige el instituto?

Julia gimió. —Probablemente una o dos veces por semana. Aun así, no tengo ninguna confianza en ese hombre. En su día me traicionó por completo. No quiero a alguien así de jefe.

Florian abrió el horno y depositó la humeante fuente sobre la mesa de la cocina. —Pero ¿puedes hacer algo al respecto? El contrato lo habrá firmado hace tiempo.

—Ese es justamente el problema. Valentin tendría que dimitir. Y eso no lo hará jamás. —Arrugó la nariz—. Es típico de él. Solo piensa en su propio beneficio, nunca en lo que su comportamiento puede provocar en los demás. Tenías que haberle oído hablar. Pretendía convencerme de que antes éramos un buen equipo y de que podíamos volver a serlo. —Julia notó cómo le subía la tensión. Solo de pensar en tener que ver constantemente a su exnovio y encima recibir órdenes suyas, le entraban náuseas. De pronto, hasta el gratinado dejó de oler tan bien.

Florian le puso delante un plato bien lleno y ella lo removió con el tenedor.

—Pero ¿tienes mucho trato con Holsten? Tengo la impresión de que te deja total libertad. —Florian mordió con cuidado un trozo de berenjena.

—De eso se trata precisamente. Con un nuevo jefe, todo eso puede cambiar, y a mí no me gusta que se metan en mi trabajo. La mayoría de los médicos forenses no participan en las investigaciones propiamente dichas y apenas salen de la sala de autopsias. Valentin

bien podría verlo así también. —Julia se obligó a comer algo. No quería decepcionar a Florian.

—Tu ex seguro que no se entrometería. —Florian sonrió con elocuencia—. Debería saber que es inútil intentar encadenarte.

Julia negó con la cabeza. La ironía de Florian no le sentaba bien en aquel momento. —Mañana hablaré con Holsten. Quizá haya otra posibilidad. —El móvil de Julia vibró. Molesta, miró la pantalla. Era un mensaje de Valentin.

¿Podemos hablar mañana con calma? Seguro que encontramos una solución.

Julia se enfadó. No paraba. ¿Tenía que acosarla y encima mandarle un mensaje por la noche? Eso podía esperar perfectamente hasta mañana.

—A propósito del tema. Valentin quiere hablar conmigo mañana. —Puso el teléfono en silencio y lo apartó. No iba a dejar que le arruinaran también la noche. Se acabó. Tenía que apartar todas aquellas emociones. Florian había cocinado expresamente para ella, y ahí estaba, sentada, hablando de su ex. ¿Qué iba a pensar de ella?

—Eh, todo saldrá bien —dijo Florian, como si le hubiera leído el pensamiento. Se levantó de la silla y se acercó a ella.

—Ya me apetecería ir pasando al postre —murmuró con suavidad, y la besó. Julia vaciló un instante. En realidad había querido hablar con Florian sobre el análisis del agua. El caso no se le iba de la cabeza. Por otro lado, su vida entera no podía girar en torno al trabajo. Además de la médica forense, existía también Julia Schwarz como persona. La mujer que había en ella. Y esa mujer no había ido a casa de Florian para hablar de muertos. Eso podía hacerlo igual de bien a la mañana siguiente. Los muertos no tenían prisa. Los que tenían prisa eran los vivos.

Se volvió hacia Florian y sintió cómo las manos de él le recorrían el cuerpo. Se había agachado frente a ella. Un cosquilleo se extendió por todo su ser. Julia correspondió al beso de Florian, y por primera vez en aquel día, se dejó caer sin más.

9

El café estaba cerca de la Escuela Superior de Música y Danza de Colonia. Era un conocido punto de encuentro para todo el que tuviera cierto renombre en la escena artística. No solo lo frecuentaban músicos y bailarines, sino también artistas de otras disciplinas, como diseño o pintura. Por eso Annabell adoraba aquel lugar. Después de su entrenamiento matinal de ballet, se sentaba a menudo allí, se tomaba un café y escuchaba las conversaciones, a veces apasionadas, de las mesas vecinas. Casi siempre se quedaba sola, aislada del resto.

—Eh. ¿No te encuentras bien?

Annabell levantó la vista y dejó caer la cucharilla de nuevo en el vaso de yogur con fruta. Acababa de terminar su primera sesión de entrenamiento. Los estudiantes podían usar las instalaciones de la escuela incluso fuera del horario de clases, y por eso Annabell entrenaba cada mañana poco antes de las seis. Durante casi una hora había bailado su coreografía, hasta que le dieron mareos porque no había comido nada. Su estómago era un gran agujero negro.

Marlon la miraba con compasión. Annabell se apresuró a responder.

—Ahora mismo tengo que entrenar mucho. Estamos preparando una gran actuación. Una reinterpretación de El Cascanueces, y voy a

ser la prima ballerina.

Sonrió con esfuerzo. Marlon también estudiaba en la escuela. Iba unos semestres por delante de ella y cursaba música. Annabell charlaba de vez en cuando con él. Probablemente se le notaba lo abatida que estaba. Él sacó una barrita energética del bolsillo y la dejó sobre la mesa.

—Seguro que esto ayuda. —Marlon esbozó una media sonrisa, y Annabell reparó en lo atractivo que era. Pero antes de que pudiera darle las gracias, ya se había dado la vuelta. Annabell lo siguió con la mirada y descubrió a Katharina, que entretanto se había sentado discretamente, sin saludar, en el otro extremo del café. Para su espanto, Marlon fue directo hacia ella y encima se sentó a su lado. Annabell tragó saliva. Últimamente Katharina se le cruzaba constantemente en el camino. En la danza. Con Philip, y ahora, por lo visto, ni siquiera quería hablar con ella. Se quedó mirando a los dos. Katharina alzó la vista y le hizo un breve gesto con la cabeza. Como siempre, tenía un aspecto impecable. Daba igual que estuviera entrenando o que saliera a primera hora de la mañana. A Katharina nunca se le notaban el esfuerzo ni el estrés. También aquella mañana irradiaba como una reina. Las palabras de Madame Bonnet seguían pesando sobre los pensamientos de Annabell y sobre su confianza en sí misma. Notó cómo su ánimo se hundía un poco más. Apartó la barrita energética, dejó unos euros sobre la mesa y abandonó el café.

Mientras Katharina estuviera allí, ella podía seguir ensayando. Quería aprovechar el tiempo. En cuarenta minutos empezaba la siguiente sesión de entrenamiento, y hasta entonces podría perfeccionar aún más su coreografía. Mientras caminaba por la acera de vuelta al campus, repasaba mentalmente las figuras una a una. De vez en cuando daba un saltito involuntario y acompañaba el salto con un movimiento de brazos. Un par de estudiantes se giraron a mirarla, pero a Annabell le daba igual. Estaba completamente concentrada en su tarea. Quería ser la prima ballerina. A toda costa. Al lado de Philip. Impulsada por la imagen de interpretar con él el papel principal, llegó a la sala de ensayo.

Pero ya estaba ocupada. Madame Bonnet estiraba su cuerpo delgado y fibroso en la barra frente al espejo. Annabell se detuvo indecisa en el umbral.

—Ma petite, entra. —La profesora de danza le hizo una seña—. Eres muy aplicada. Muéstrame, por favor, el final del segundo acto, la danza del Hada de Azúcar. —Dio dos palmadas y empezó a contar.

Annabell se dio prisa. Con gracia se colocó en la posición inicial. A diferencia de otros pasajes, esta pieza comenzaba bastante lenta. Exigía la máxima concentración para mantener el compás y el equilibrio.

—Gran salto —exclamó Madame Bonnet, y Annabell obedeció, ejecutando en el aire un arabesque. Le gustaba aquella figura de ballet en la que elevaba la pierna estirada bien hacia atrás. No solo sabía bailar las figuras, sino que además poseía un amplio conocimiento teórico del ballet. Así, por ejemplo, sabía que el arabesque tomaba su nombre del ornamento homónimo, un motivo decorativo de roleos cuyo origen se remontaba ya a la Antigüedad. Voló por los aires y aterrizó con seguridad de pie. Madame Bonnet aplaudió satisfecha. Annabell ejecutó otra secuencia de pasos, pero justo cuando se disponía a iniciar el siguiente salto, entró Philip. Falló de inmediato la última figura y se quedó paralizada.

—Philip —exclamó Madame Bonnet, y le rodeó el hombro con su delgado brazo—. ¿Te ha enviado Ígor? Mis chicas ya están impacientes por bailar la coreografía completa.

Philip sonrió. Annabell advirtió con el corazón desbocado que la estaba mirando a ella. No se limitaba a mirarla. La examinaba con intensidad. Algo en sus ojos de gato hizo vibrar cada célula de su cuerpo. Algo torpe, se agarró a la barra e hizo unos ejercicios de estiramiento.

—Todavía no se ha decidido quién asumirá el papel solista. Podría ser Antonio o yo. —No apartaba la vista de Annabell mientras hablaba—. ¿Annabell consigue el papel principal?

Madame Bonnet soltó una risa ronca. —Igual que con vosotros. Katharina también serviría. Muéstrame cómo armonizas con Annabell. Tú eres el príncipe y Annabell es el Hada de Azúcar.

Philip estuvo junto a Annabell en cuestión de segundos. Le tendió la mano y la atrajo hacia sí.

—Vamos a bailar. —Le guiñó el ojo con disimulo.

Annabell se dejó arrastrar, aturdida. Se encontraban en la sala de ensayo de las chicas. El aroma de perfume femenino impregnaba el aire y las paredes. El aura masculina de Philip transformó la atmósfera. Annabell percibió su olor. Sin querer se mordió el labio inferior y esperó la señal de Madame Bonnet.

Entonces comenzaron. Philip bailaba con gran expresividad y fuerza. La alzaba como una pluma. Sus ojos echaban chispas. La danza creó una conexión insospechada entre ellos. Se movían en sincronía, como guiados por una mano ajena, a pesar de haber bailado juntos solo unas pocas veces. En cuanto Philip la tocaba, Annabell tenía la sensación de fundirse con él en un solo ser. Los pies les correteaban al unísono, los corazones les latían en paralelo y las miradas se les atraían como imanes. Annabell habría podido seguir así durante horas. Pero Katharina y algunas otras chicas entraron en la sala de ensayo y de inmediato observaron su actuación con interés. Annabell sintió sus miradas críticas. Al instante, el hechizo se desvaneció. Sus últimos movimientos ya no tenían nada que ver con la fluida interpretación de los minutos anteriores. También Philip parecía otro. Bailaron mecánicamente los pasos restantes y se detuvieron.

—¿Va a ser Philip el primo ballerino? —preguntó Katharina, mirándolo con admiración descarada.

A Annabell se le desplomó una avalancha de rocas en la boca del estómago; los bordes afilados le arañaban por dentro.

—Quizá. —Madame Bonnet arqueó las cejas con gesto elocuente e hizo un ademán vago—. Ahora quiero verte a ti bailar con Philip.

A Annabell se le paró el corazón en seco. Conteniendo el aliento, observó cómo Philip hacía girar a Katharina. Con una sensación sorda comprendió que él miraba a su nueva pareja con la misma intensidad que a ella solo un momento antes. Los dos armonizaban a la perfección. Las otras chicas contuvieron la respiración también, y en el rostro de Madame Bonnet apareció una sonrisa de orgullo. Annabell no quería ni imaginar lo que aquello significaba. La presión

por rendir, el ansia por el papel solista y, sobre todo, sus sentimientos por Philip le atenazaban la garganta. En silencio se resignó a su suerte y se alegró cuando Madame Bonnet inició la sesión oficial de entrenamiento sin emitir valoración alguna sobre la actuación de Katharina.

Después del entrenamiento corrió al vestuario empapada de sudor y se duchó largo rato. El agua caliente le aflojó los músculos agarrotados. Sin embargo, le escocía en los dedos de los pies llagados y en las plantas. Le habían salido ampollas nuevas; algunas se habían reventado. La carne roja viva que asomaba debajo dolía como mil demonios, tanto parada como en movimiento. Las otras chicas cloqueaban y bromeaban mientras Annabell se frotaba apática. Incluso cuando las demás ya habían terminado hacía rato. Annabell se quedó bajo la ducha. Quería estar sola. La cháchara superficial la sacaba de quicio. Salvo Katharina, ninguna de las bailarinas de su grupo tenía verdadera ambición. Era como si no tuvieran sueños de futuro. Les bastaba con bailar sin más. No aspiraban con uñas y dientes a la posición de prima ballerina. Probablemente esa actitud era mucho más sana que la suya, pero Annabell no podía cambiar su naturaleza. En su vida solo existía aquel único deseo. Siempre soñaba con estar en primera fila, y por eso tenía que ser mejor que Katharina.

Cerró el grifo y aguzó el oído. Reinaba el silencio. El vestuario parecía vacío. Agarró la toalla y se envolvió en ella. Después asomó la cabeza con cautela. Contra la pared se alineaban algunas taquillas, en el centro los bancos. Su bolsa de entrenamiento yacía solitaria en el suelo. Su ropa colgaba del banco. No quedaba nadie. Annabell respiró aliviada y al mismo tiempo notó que tiritaba. Alguien había dejado la ventana entreabierta y el aire gélido del invierno se colaba sin obstáculos. Temblando, se vistió y se enrolló una gruesa bufanda al cuello. No podía resfriarse bajo ningún concepto, o echaría a perder su oportunidad. Se ajustó la bufanda un poco más y se calzó las botas. Al hacerlo reparó en un pequeño papel doblado que descansaba sobre su bolsa. Sorprendida, lo tomó en la mano y leyó las pocas líneas manuscritas.

Querida Annabell, me gustaría quedar contigo a las diez en el lago del parque. Bailar contigo ha sido divertido. Philip

Leyó el mensaje una segunda vez. De pronto ya no tenía frío, sino calor. Philip quería verla. A solas. Dio un salto y echó a correr. En el umbral se detuvo porque se había olvidado la bolsa. Volvió sobre sus pasos, agarró sus cosas y salió corriendo otra vez. Solo le quedaban unos diez minutos para llegar al punto de encuentro. Por un momento se preguntó si se refería a las diez de la mañana o de la noche. Daba igual, no quería perdérselo y se apresuró a salir. Menos mal que a pesar del frío había venido en bicicleta. Los aparcamientos de bicicletas estaban prácticamente desiertos en aquella época del año, muy distintos al verano, cuando estaban siempre abarrotados. Nevaba con fuerza y sobre su sillín se había acumulado ya una espesa capa blanca. Se puso los guantes y limpió el asiento. El pequeño lago al que se refería Philip estaba en el parque de Ebertplatz, no lejos de la escuela. En verano era un popular punto de encuentro de los estudiantes. Si se daba prisa, llegaría a tiempo. Annabell pedaleó con fuerza. Pero la nieve blanda se incrustaba en el dibujo de sus neumáticos, por lo que a los pocos metros empezó a derrapar sobre la calzada helada. Contrarrestó con destreza y mantuvo el equilibrio. Cuando alcanzó un tramo donde la nieve estaba retirada, aceleró. Exactamente dos minutos antes de las diez llegó a la orilla del lago, que medía unos cien metros de largo y en su punto más ancho no superaba los cuarenta. Nevaba ya con tanta intensidad que Annabell apenas distinguía nada a su alrededor. Aun así, no se le escaparon los pintorescos árboles cubiertos de nieve que bordeaban la orilla. El parque y el lago parecían encantados. Mágicos, de algún modo. Los edificios de viviendas al fondo desaparecían entre la ventisca, de modo que el mundo a su alrededor parecía completamente inmaculado. Como si jamás lo hubiera tocado mano humana. Ni siquiera el tráfico que rugía de fondo conseguía alterar esa impresión.

Annabell se bajó de la bicicleta y se empapó de aquella imagen. De pronto se sintió con los pies en la tierra. Su miedo a perder el puesto de prima ballerina en favor de Katharina se había esfumado de golpe. Ni siquiera que Philip aún no estuviera allí empañaba su

optimismo. ¿Qué había más poderoso y hermoso que la naturaleza? Nada podía impresionar al ser humano más que las fuerzas que, como por mano divina, transformaban un paisaje por completo de la nada. Annabell conocía el lago sobre todo en verano. Cuando todo estaba verde, las margaritas florecían en el prado y los pájaros trinaban. Ahora, el agua bajo la superficie helada cubierta de nieve ya no se distinguía. No había siquiera pisadas. El lago se extendía completamente intacto. En la orilla le llamó la atención un objeto enteramente cubierto de nieve que se alzaba del suelo, blanco y macizo, y que le recordó a un tronco de árbol. Sin embargo, Annabell sabía que allí no había ningún árbol. Se acercó y retiró un poco de nieve fresca. Debajo apareció una gruesa capa de hielo. Algo se transparentaba a través del hielo. Annabell retiró más nieve y descubrió, más adentro del hielo, algo parecido a tela. No tenía la menor explicación de qué podía ser, y apartó con ambas manos más nieve, esta vez a la altura de los ojos. En el hielo había algo incrustado que se traslucía con vaguedad. Algo claro. No era tela. No era un objeto. Annabell vio piel. Borrosamente distinguió un rostro. Dos ojos desorbitados la miraban fijamente.

Annabell lanzó un grito y retrocedió a trompicones. Horrorizada, se frotó los ojos como si con eso pudiera hacer desaparecer la imagen. Pero el rostro en el hielo seguía mirándola fijamente. Annabell gritó de nuevo. Mucho más fuerte esta vez, y durante tanto tiempo que se quedó sin aire.

10

Julia observó a la menuda testigo que, blanca como la tiza, estaba sentada junto a Florian en el coche patrulla haciendo su declaración. Annabell Pitschmann se tapaba la cara una y otra vez con las manos. Las lágrimas le brotaban sin cesar de sus grandes ojos castaños de cervatilla. Con el pelo oscuro y corto, no tenía en absoluto el aspecto de una bailarina clásica. Solo por su complexión y su porte lograba Julia identificar su profesión. La observó un instante más a través de la ventanilla y después se dirigió a la orilla del lago helado. Los miembros del equipo de recogida de pruebas ya habían llegado y acordonado ampliamente el lugar del hallazgo de la nueva estatua de hielo. Con sus monos blancos resultaban casi imposibles de distinguir entre la ventisca. Lenja Nielsen acompañaba a Julia. Era su primer lugar del hallazgo, y avanzaba detrás de ella como si tuviera miedo de mirar a la muerte a la cara.

—Está ahí delante —dijo Julia, y se acercó al objeto de dos metros de altura. Sobre la cabeza de la estatua la nieve se había acumulado formando un sombrero sin ala. Al contrario que la primera estatua, resultaba casi irreconocible como tal. Julia supuso que el autor del crimen había subestimado la nevada, que también cubría por completo los focos colocados alrededor de la escultura. De nuevo había elegido un emplazamiento junto a una calle. El estómago le rugió inquieto. ¿Qué haría el asesino cuando se diera

cuenta de que el tiempo le había arruinado la exhibición de su víctima? ¿Cuando comprendiera que su obra de arte había pasado desapercibida, oculta bajo una gruesa capa de nieve? Julia barajó a toda velocidad varias posibles reacciones. La más probable tomó forma en su mente. Repetiría el crimen. Se estremeció. No había tiempo para especulaciones. Apartó todos los pensamientos que la perturbaban y contempló la escultura de hielo con ojos de médica forense. En el lado derecho, aproximadamente a la altura del vientre, Annabell Pitschmann había retirado la nieve. Ropa blanca se traslucía a través de la gruesa capa de hielo. La muerta encerrada en el hielo parecía llevar el mismo vestido que la primera víctima. Un poco más arriba y justo en el centro, Julia distinguió el rostro de una mujer con los ojos muy abiertos. Involuntariamente pensó en el taller de Wegner y el proceso de fabricación de un bloque de hielo. ¿Era posible que la mujer aún estuviera viva cuando la sumergieron en el agua? ¿Habría visto lo que el asesino iba a hacer con ella? ¿Que pretendía matarla primero y después exponerla ante los ojos de todos? ¿O ya estaba muerta y no se había enterado de nada de aquella puesta en escena? Era igualmente concebible que el asesino, por alguna razón, no le hubiera cerrado los ojos deliberadamente, o que incluso se los hubiera vuelto a abrir. Julia miró con más atención, pero a través de la gruesa capa de hielo no logró distinguir lesiones que respaldaran una u otra tesis. De nuevo tendría que esperar a que la mujer estuviera descongelada y en la sala de autopsias.

—Esto es realmente espeluznante —murmuró Lenja Nielsen, arrancando a Julia de sus pensamientos.

Se había olvidado por completo de su asistente.

—Un cadáver en el ambiente artificial de una sala de autopsias siempre resulta de algún modo irreal. Un lugar del hallazgo o una escena del crimen son algo completamente distinto. Se vuelve a ver a la persona que una vez estuvo viva, y no solo la mera anatomía. Ya no resulta tan fácil reducir a la víctima a un objeto inerte de piel, carne y huesos. —Julia se subió las gafas y miró a Lenja con compasión. Recordaba con exactitud su primer lugar del hallazgo, que también había sido una escena del crimen. Un hombre había

matado a golpes a su esposa. Se trataba de un llamado crimen de honor, ejecutado con especial brutalidad. Julia casi vomitó al ver tanta sangre en las paredes y en el suelo y comprender los padecimientos con los que había muerto aquella mujer. Manfred Holsten la había llevado consigo a propósito en aquella ocasión. Quería que viera la dimensión completa de un asesinato y no solo el cuerpo inerte que después yacía de forma neutral en una camilla o en la cámara frigorífica.

—¿Quiere que retire la nieve? —preguntó Lenja.

Julia buscó con la mirada a un miembro del equipo de recogida de pruebas. No quería alterar la estatua de hielo antes de que cada detalle estuviera fotografiado y documentado. Al instante se acercó una mujer con mono blanco.

Era evidente que había escuchado, porque dijo:

—Yo me encargo.

Con un cepillo de mano retiró cuidadosamente la nieve de alrededor. Una vez terminado, fotografió la estatua desde todos los ángulos. Solo entonces pudieron Julia y Lenja acercarse de nuevo.

—Lleva el mismo vestido —constató Lenja.

—Pero no tiene un espejo en la mano. —A Julia aquel detalle le había saltado a la vista de inmediato.

—¿Qué es eso que tiene en la mano? —Lenja casi tocó el hielo con la nariz.

—Parece una planta. ¿No le parece? —Julia se acercó también todo lo posible.

—Sí, podría ser una brizna larga de hierba. —Lenja parecía haber superado el susto inicial. Estaba ahora completamente en su elemento, y de pronto Julia se vio a sí misma a su edad. Quizá Lenja Nielsen se le parecía demasiado. Su expresión concentrada irradiaba cierta inaccesibilidad. La misma distancia que muchos colegas le reprochaban a ella. No en vano, en el instituto Julia también era conocida como la Dama de Hielo.

—Podría ser también una espiga de cereal —observó, y dio un paso atrás para contemplar la estatua en su conjunto.

—El autor del crimen ha mejorado sus habilidades, en mi opinión. Las proporciones de cabeza, cuerpo y pies son casi correctas. Con la

primera estatua no era así. —Aprende, añadió Julia mentalmente.

—No va a parar. Suponiendo que sea un único autor.

Julia se volvió sorprendida hacia Florian. No se había percatado de que se había unido a ellos. En sus ojos vio un horror profundo.

—Va a más, y me temo que le ha cogido gusto a lo que hace. —Florian señaló los focos dispuestos alrededor de la estatua—. Hay más focos, aunque la luz no atraviese la nieve. Intenta perfeccionar su puesta en escena. —Florian suspiró con resignación.

La frase siguiente no necesitaba pronunciarla. Julia sabía lo que quería decir. El asesino quizá presentaría pronto una nueva víctima, a menos que lograran atraparlo antes.

—El agua tampoco ha sido filtrada esta vez —constató ella—. Distingo partículas de arena por todas partes y otras pequeñas inclusiones.

Julia olfateó la estatua.

—Aceites esenciales no detecto de entrada. ¿Y usted? —Julia miró a su asistente, que también olisqueó el hielo, pero a continuación negó con la cabeza.

Florian la miró interrogante.

—El laboratorio ha identificado restos de aceites esenciales en el hielo de la primera estatua. Suponemos que se añadió perfume al agua. Además, no se trata en absoluto de agua potable, ya que aparte de la arena también se encontraron nitratos. Estos son frecuentes en las aguas subterráneas de zonas agrícolas y proceden de los fertilizantes empleados —explicó Julia.

Florian olfateó la superficie del hielo.

—¿Tú percibiste algún olor en la última estatua?

Julia negó con la cabeza.

—No. Por eso fui a ver a Wegner. Dos de sus colegas ya han trabajado con aromas en el hielo. —Miró a Lenja—. ¿Ha encargado al laboratorio que identifique el perfume?

—Sí. Pero al parecer es complicado. Lo están intentando. El jefe del laboratorio dijo que se pondría en contacto en breve. En el ayuntamiento también lo he intentado. Los pozos de aguas subterráneas en el término municipal están todos registrados. Pero

no están autorizados a facilitarme la información. Por eso la Policía Criminal ha solicitado oficialmente la lista de pozos.

Florian sonrió.

—Sí, un compañero mío se ha encargado de eso. No debería tardar mucho. Así que buscamos un pozo cerca de una zona agrícola. —Frunció el ceño—. ¿El taller de Wegner también podría entrar en consideración?

Julia sonrió.

—Ayer tomé una muestra de agua de su pozo. En dos días sabremos más. Por cierto, ¿qué hay de la identidad de la primera víctima? ¿Se trata realmente de Jette Hoffner?

Florian se encogió de hombros.

—Saathoff está en ello. Por desgracia, todavía no tenemos foto. Los agentes que recibieron la denuncia por desaparición y que deberían conseguirla no son precisamente los más rápidos. —Florian caminó sobre la capa de hielo cubierta de nieve del lago, ya llena de pisadas. Señaló unos edificios de viviendas en la otra orilla, apenas visibles—. Unos cuantos compañeros están interrogando ahora mismo a los vecinos. A lo mejor alguien ha vuelto a ver una furgoneta.

Regresó a la orilla y rodeó la estatua; frente al rostro de la muerta se detuvo.

—Curioso que esta vez los ojos estén abiertos —murmuró, y cerró los párpados un instante.

Julia guardó silencio. Sabía que Florian intentaba representarse los hechos. Ella también lo probó, pero sin éxito. Le faltaba sencillamente la imaginación. No lograba comprender por qué alguien mataba. La vida era única e inmensamente valiosa. Quien la destruía cometía un pecado imperdonable. Julia sabía que el mal existía. Al menos desde la muerte de su hermano pequeño Michael, se había despojado de toda ilusión sobre la bondad humana. Aunque hacía más de quince años que Michael había sido víctima de abusos y asesinado, el dolor por su pérdida seguía ardiendo en ella con la misma intensidad. Su muerte fue la razón de su elección profesional. No se arrepentía un solo día, pues con el tiempo había contribuido a desenmascarar a muchos asesinos que sin su trabajo jamás habrían

sido capturados. Julia se veía como abogada de los muertos. Era la última esperanza de que una víctima obtuviera justicia. Precisamente por eso era bueno que no fuera capaz de ponerse en la piel de un asesino. Si durante cada autopsia se imaginara el horror de la víctima y la sed de matar del autor del crimen, no podría sostener un bisturí con pulso firme.

—No consigo explicármelo —dijo Florian al cabo de un rato, y abrió de nuevo los ojos. Señaló la espiga de cereal—. El símbolo también me resulta un enigma. Primero un espejo y una víctima con los ojos cerrados, y después una espiga, esta vez con los párpados abiertos. Súmale ese vestido blanco anticuado. ¿Qué pretende decirnos el asesino con todo esto?

Retrocedió unos pasos y se quedó mirando la escultura como si así pudiera obtener una respuesta a sus preguntas. Lenja Nielsen, que se había mantenido un poco en segundo plano, se colocó a su lado.

—Quizá esas mujeres le hicieron algo. Podría tratarse de un castigo. La primera víctima tal vez no le prestó atención o le rechazó. Él presenta a la mujer como ciega. Y la segunda muerta sí le vio, pero no reconoció su valor. Podría ser que ella no quisiera una relación estable. La espiga se usa a menudo como símbolo de fertilidad. Quizá ella no quería tener hijos.

Florian frunció los labios.

—Puede que tenga razón. Lo que está claro es que debemos descifrar el mensaje que se esconde detrás de toda esta puesta en escena. Si no, no pillaremos a ese desgraciado.

Julia tomó una muestra del hielo.

—La envío al laboratorio cuanto antes. Quizá averigüemos de dónde procede el agua. Si logramos acotar la zona, ya habremos dado un paso. —Se dio la vuelta porque oyó pasos sordos a su espalda. Martin Saathoff se acercaba jadeando. El hombre del bigote espeso parecía un esquimal. Sobre la cabeza llevaba un gorro de piel demasiado grande que le caía sobre las cejas. Además vestía una parka blanca hasta las rodillas que debía de datar de los años setenta. Julia necesitó varios segundos para reconocerlo por su figura corpulenta.

—Eh, compañero —dijo Saathoff dirigiéndose a Florian, y se sacudió unos copos de nieve que se le habían enredado en la espesa barba—. Por fin tengo una foto de Jette Hoffner. En mi opinión, se trata de la muerta. —Su mirada se detuvo en Lenja Nielsen, pasó fugazmente a Julia y regresó a la asistente.

—Caramba. Pero no me irá a decir que es la nueva asistente de Julia Schwarz. —Le tendió la mano con una sonrisa torcida.

—Permítanme presentarles: Lenja Nielsen, mi asistente, y este es Martin Saathoff, el compañero de Florian Kessler —intervino Julia. Conocía la debilidad de Saathoff por las mujeres jóvenes y guapas y quería cortarlo de raíz.

Saathoff se aclaró la garganta y le tendió la mano a Julia a modo de saludo. Luego examinó la estatua de hielo.

—Madre mía. El autor del crimen no se cansa. ¿Por qué no mete algo inanimado en el hielo? —Negó con la cabeza—. Un momento. Esa cara me suena. —Sin mediar palabra, Saathoff dio media vuelta. Fue hasta su coche y habló por teléfono. Al rato regresó con el móvil en la mano.

—Lo sabía. Me he pasado horas rebuscando entre las denuncias por desaparición —dijo, deslizando el dedo por la pantalla—. Denunciaron su desaparición hace cuatro días. Se llama Carola Schwennig y es diseñadora de moda. La edad y el aspecto cuadran a primera vista.

Julia le quitó el móvil de la mano. Saathoff probablemente tenía razón. Se lo pasó a Florian. Este contempló la foto un rato y devolvió el teléfono.

—Quiero atrapar a ese desgraciado. Mejor hoy que mañana.

11

El parte meteorológico retumbaba desde los viejos altavoces de madera. Abrió el grifo y lo cerró de inmediato.

—¡Maldita sea!

Malhumorado, fue a grandes zancadas hasta la radio. El locutor anunciaba el fin provisional del invierno. Una corriente de aire más cálido procedente del suroeste de Europa se extendería en los próximos días y haría subir las temperaturas justo por encima de cero.

Abrió el portátil y se sentó en una silla de la cocina. Hizo clic en la web de un servicio meteorológico que en las últimas semanas se había revelado extraordinariamente fiable y estudió la previsión del tiempo en un mapa con líneas onduladas y nubes. De la corriente de aire cálido mencionada en la radio no veía ni rastro. Su mirada se desvió a la ventana de la cocina. Copos de nieve se pegaban a los bordes del cristal.

—¡Malditos hombres del tiempo! —Para colmo, advirtió que con sus botas de goma mojadas había dejado medio suelo encharcado. La inquietud se apoderó de él. Llevaba tanto tiempo planeando aquel proyecto. Hasta entonces todo había marchado bajo una buena estrella. El frío glacial de aquel invierno le había favorecido constantemente. Pero hoy las cosas no iban según lo previsto. La culpa la tenía el frente de nieve inesperado que desde hacía unas

horas barría Colonia y casi sepultaba la ciudad. Nevaba con tal intensidad que le preocupaba si de su obra de arte quedaba algo a la vista. En realidad tenía que seguir trabajando en su nueva estatua. Pero tanta nieve perturbaba su concentración. ¿Y si nadie veía su obra de arte? Se había pasado media noche trabajando para dejarlo todo perfecto.

Se quedó sentado un momento más, indeciso, mirando fijamente por la ventana. Después decidió ir a comprobarlo. Se echó el abrigo por encima, salió y subió al vehículo. Al acercarse a Ebertplatz, ya desde lejos divisó las luces azules de la policía. Redujo la velocidad. Sobre su obra de arte se había acumulado nieve. Una mujer, enfundada en un mono blanco, estaba retirando la nieve. Los focos parecían no funcionar. Todo yacía en un gris anodino. La imagen fue como una puñalada en el corazón. Sus temores se hicieron realidad de golpe. Casi nadie había visto su estatua. Ni un alma reconocía la perfección con la que había trabajado. ¿Y cómo iban a hacerlo, sin la iluminación? ¡Aquella maldita nieve! Solo unos pocos agentes de policía contemplaban su obra. Seguramente ninguno de ellos entendía de arte. Había querido impresionar a la gente. Un policía miró hacia su coche y entrecerró los ojos con actitud escrutadora. Aceleró y siguió adelante. Los pensamientos se le atropellaban. Así no podía dejar las cosas.

En su mente empezó a tomar forma un nuevo plan. Necesitaba urgentemente más material. En la cámara frigorífica ya reposaba el siguiente bloque de hielo, del que surgiría una escultura. Pero tenía que aumentar el ritmo. Su obra debía estar consumada antes de que la policía le siguiera la pista. Solo así podría dejar una huella imperecedera en la historia. Quería que la gente lo viera como lo que realmente era: un gran artista.

Con resolución, se alejó de Ebertplatz y se dirigió a una obra en construcción que llevaba tiempo vigilando. A decir verdad, no le interesaba la obra, sino la arquitecta que acudía allí con regularidad a comprobar que todo estuviera en orden. Lleno de expectación, se relamió los labios y sonrió. Aparcó el vehículo y se apeó. En la caseta de obra de la esquina se puso una sucia chaqueta azul, cogió un casco y se calzó unas botas de goma toscas. Debido al mal tiempo,

la obra en bruto aún no estaba terminada. El proyecto de construcción se retrasaría. Eso le venía de perlas. De lo contrario, primero habría tenido que averiguar dónde surgía su nuevo proyecto. Había leído sobre ella en el periódico y al instante quedó fascinado. Qué mujer tan extraordinaria. Tenía que tenerla. Y luego se encargaría de que todos sus sueños se hicieran realidad.

El coche de ella aparcaba siempre al inicio, justo donde empezaba la valla de obra. Vio el Audi plateado, que en verano se convertía en descapotable. Su ánimo mejoró al instante, pues la descubrió en el interior de la obra en bruto. Se encontraba exactamente en el punto donde algún día surgiría un impresionante vestíbulo de recepción. En las manos sostenía un plano; varios caballeros la rodeaban. Uno de ellos vestía un traje azul oscuro; probablemente pertenecía a los inversores. El proyecto llevaba meses apareciendo en la prensa, ya que allí se iba a construir un complejo de oficinas especialmente moderno y sostenible. Agarró un martillo neumático y entró en una estancia contigua desde la que la veía bien y oía lo que decían. El ambiente entre los presentes parecía bastante tenso. El inversor preguntaba con impaciencia a cada momento por la fecha de finalización. El jefe de obra, un hombre rechoncho con gorro de lana, agitaba nervioso una carpeta y evitaba dar una fecha concreta. La arquitecta apaciguaba a ambas partes. Estaba entre dos fuegos. No podía ahuyentar al inversor, pero tampoco perder a su jefe de obra, sin el cual el proyecto se retrasaría inevitablemente aún más. Sin querer, una sonrisa le cruzó el rostro. Su elegida no sospechaba lo más mínimo lo que tenía planeado para ella.

12

Judith Haiden notó cómo el frío le trepaba por el cuerpo, a pesar de que acababa de bajar del coche con la calefacción puesta. El viento gélido le arrebató al instante la poca calidez que conservaba y se coló por cada mínima rendija de su caro abrigo de invierno. Y eso que la dependienta le había prometido algo muy distinto. Judith no volvería a pasar frío jamás, le había asegurado. Con aquel abrigo podía emprender en cualquier momento unas vacaciones en Siberia. Supuestamente, el material sintético se había probado incluso en el Polo Norte. ¿Cómo era posible entonces que ya en Alemania estuviera a punto de morir congelada? Mentalmente añadió la marca a su lista negra. A Judith le gustaba trabajar con listas. Se podían ir marcando. Era una buena sensación liquidar puntos y tacharlos para siempre. Su trabajo conllevaba una complejidad en la que sin orden no se podía funcionar. Aun así, no todo era planificable. Vivían en el siglo veintiuno, pero el tiempo seguía sin que nadie pudiera controlarlo. Era un riesgo. Eso sí, conocido. Por eso se preveían márgenes de tiempo. Ella había previsto un holgado margen para la ejecución de aquel proyecto, pero el inversor se lo había recortado de un plumazo. Ahora estaba allí plantado, lamentándose. Se había acalorado tanto con su perorata que, por lo visto, ni siquiera se percataba del frío. Era el único de todo el grupo que sudaba, mientras los demás se helaban.

Judith se contuvo y logró no poner los ojos en blanco.

—¿Cuándo estarán listas las oficinas? —ceceó el trajeado, poniendo una vez más en apuros a su jefe de obra.

—Escuche. No para de nevar. Estamos ante el invierno más frío en años. Un tiempo así es completamente atípico para Renania. No podemos emplear todos los materiales según lo previsto, porque las heladas los dañarían de inmediato. Un edificio defectuoso tampoco es lo que usted desea, ¿verdad? —Judith esbozó una sonrisa contenida y pensó en el premio que quería ganar de una vez por todas con otro proyecto.

Hasta el momento, un estudio de arquitectura rival siempre le había llevado la delantera. Quería volver a presentarse a un concurso de arquitectura, y esta vez ella sería la ganadora. Se había pasado media noche puliendo el diseño de un espacio de coworking en pleno centro de Colonia. Se trataba de un proyecto de prestigio que iba a levantarse sobre suelo edificable muy codiciado. Empresas emergentes podrían alquilar allí oficinas a precio asequible y de forma flexible. Judith incluiría incluso espacios para pernoctar. El diseño integral del edificio estaba concebido para fomentar la creatividad. Toda su pasión estaba volcada en aquel proyecto.

Observó al inversor y tragó saliva. El estrés que aquel tipo volvía a sembrar era lo último que necesitaba ahora. Lo que más le habría apetecido era dejarlo plantado y volver a sentarse en su coche calentito. Casi todos los días se reunían en la obra porque el señor Perfecto tenía algo que objetar. Le robaba el tiempo y los nervios. Además, había sido él quien había recortado el calendario; la culpa era suya. Ella había tenido en cuenta en su planificación todos los factores, incluido el mal tiempo.

—Señor Wahrendorf —comenzó de nuevo, mirando al inversor directamente a los ojos—. Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para terminar el complejo de edificios lo antes posible. Pero también velamos por la calidad y la seguridad. Con mucho gusto le apoyaré en la conversación con sus financiadores y les explicaré la situación.

Wahrendorf paseaba la mirada de un lado a otro. Aquel hombre era incapaz de sostenerle la mirada más de dos segundos. Judith

suspiró. No iba a calmarse, por mucho que ella intentara convencerlo.

—Quiero saber cuándo exactamente estará terminado el edificio. Esa es la única pregunta que tengo, y usted con la respuesta no para de irse por las ramas. Deme una fecha concreta. —A Wahrendorf le temblaba la voz. Sus mejillas estaban enrojecidas, y entonces se enjugó de verdad unas gotas de sudor de la frente, mientras Judith ya ni sentía los pies del frío.

—Marzo o abril —respondió, y se encogió de hombros—. Con más exactitud no se lo puedo decir. No puedo predecir el tiempo. Quédese simplemente con el treinta de abril. Así vamos sobre seguro. —Prácticamente vio cómo la tensión arterial de Wahrendorf se disparaba. Primero se le tiñó el cuello de rojo oscuro a ambos lados. A continuación, el rojo se extendió hacia arriba hasta la frente.

—Marzo —le espetó al fin—. Finales de marzo, o nos retiramos de la inversión.

Judith Haiden no daba crédito a lo que oía. ¿Qué significaba aquello? ¿Pretendía acaso hacer uso de su derecho de salida? El contrato incluía una cláusula que se activaba en caso de retraso considerable. Y había más formas de hacerle la vida imposible. Retrasar pagos. Llevar defectos a los tribunales. Desquiciar a sus empleados con quejas constantes.

Se obligó a esbozar una sonrisa amable.

—Querido señor Wahrendorf, le propongo que quizá esta noche, durante una cena, lo hablemos con calma. Ninguno de los dos quiere que este proyecto sea un fracaso. Todo lo contrario. —Lo miró y esperó hasta que él asintió con vacilación—. Hablaremos sin que nadie nos moleste y repasaremos todas las opciones una vez más. Seguro que encontramos una solución. —La sonrisa le resultaba ya más fácil, porque notaba cómo Wahrendorf se iba sosegando poco a poco. Por dentro, gimió. Había tantos directivos a los que bastaba con dedicarles un poco de atención para apaciguarlos. Pensó de nuevo en su propuesta para el concurso y suspiró. Aquella noche no le pertenecería a su proyecto de coworking, sino a Wahrendorf.

Miró al jefe de obra y le dio diversas instrucciones para la siguiente fase de construcción. Las plantas superiores podían seguir levantándose a pesar de las heladas. Eso ahorraba tiempo. Calculó mentalmente el número de semanas que le quedaban por delante. Si las heladas no se prolongaban durante los dos meses siguientes, lo cual era muy improbable, mediados de abril parecía al menos realista. Observó a Wahrendorf de reojo. Dos semanas seguro que podía sacarle. Reservaría en el Swan. Allí la comida era buena y el ambiente agradable. Wahrendorf disfrutaría sin duda de la velada y se le ocurriría algo para sus financiadores. Esperó hasta que el jefe de obra subió los peldaños hasta la planta siguiente. Wahrendorf subía resoplando detrás. Ella fue la última en ascender la escalera improvisada. Con el rabillo del ojo advirtió a un obrero con un martillo neumático y se preguntó por un instante qué pretendía hacer aquel hombre con el pesado aparato en su obra en bruto. Pero entonces Wahrendorf ya volvía a tener algo que criticar, y ella se apresuró a acudir en auxilio del jefe de obra.

—Esta pared no está según lo planificado —afirmó Wahrendorf, golpeando con el dedo el arrugado plano que siempre llevaba consigo.

Esta vez no logró sonreír y en su lugar puso los ojos en blanco por dentro. —Tiene que girar el plano. La pared la encuentra aquí. —Judith señaló el punto correspondiente y se preguntó por qué aquel hombre actuaba como inversor cuando ni siquiera entendía el plano. Al menos Wahrendorf quedó satisfecho con su respuesta. Fue corriendo tras el jefe de obra, al que se le notaba que también quería quitarse de encima aquella visita cuanto antes. Solo quedaba una estancia en el orden del día.

Ella se detuvo en la entrada. Wahrendorf parecía tener prisa de repente. Miró el reloj dos o tres veces e interrumpió las explicaciones del jefe de obra.

—Gracias. Gracias. Veo que la cosa marcha más o menos. Por desgracia, tengo que irme a mi siguiente cita. —Miró a Judith y sonrió—. Nos vemos.

Judith asintió. —Le envío la dirección y la hora en cuanto haya reservado algo bonito.

Wahrendorf desapareció y ella respiró aliviada.

—No soporto a ese tipo —murmuró el jefe de obra al salir. Judith se encogió de hombros con cansancio. Estaba completamente helada. Ojalá no se pusiera enferma. Aun así, se quedó unos segundos más en la futura sala de conferencias y contempló el paisaje a través de las ventanas inexistentes, que de momento no eran más que enormes huecos en el muro. Resopló y se infundió ánimos en silencio. Todo acabaría resolviéndose, y a pesar de una velada perdida, aún le quedaba tiempo suficiente para terminar su propuesta para el concurso. Esta vez tenía bastantes posibilidades. Con una pizca de suerte podría pasar de ser la eterna segunda o tercera clasificada a ser la número uno. Se metió las manos en los amplios bolsillos del abrigo y atravesó la obra en bruto hacia la escalera, donde se detuvo una vez más. Se volvió y vio al mismo obrero que ya había advertido al pasar. Seguía sujetando el martillo neumático. El cable colgaba suelto. El aparato no tenía corriente.

Frunció el ceño y observó al trabajador. ¿Qué estaba haciendo? O mejor dicho, ¿qué no estaba haciendo? Se limitaba a andar de un lado a otro mirándose los pies. ¿Aquel hombre no tenía una tarea concreta? Judith echó a andar de nuevo hacia él.

—¿Qué está haciendo usted exactamente? —preguntó, y le extrañó que el hombre no reaccionara.

—¿Oiga?

El hombre seguía inmóvil, de espaldas a ella. ¿No la había oído? Le resultaba ya muy extraño.

—¿Oiga? —volvió a llamar, y le tocó con decisión el hombro cuando lo alcanzó.

Entonces él se giró como un rayo, y Judith se llevó un susto de muerte.

13

Florian observó a la mujer rechoncha, cuyo jersey de punto parecía descolorido y lleno de pelotillas de tanto lavarlo. Estaba sentada en su sofá como si ella misma formara parte del mobiliario. Su trasero desbordante y la espalda encorvada se fundían con los profundos hundimientos del cojín, que con el tiempo había reproducido la forma de su cuerpo. En sus ojos apagados reconoció la falta de sentido que, al parecer, atribuía a su vida. Marianne Kraus vivía en un austero piso de protección oficial en la primera planta de un bloque de viviendas con vistas directas al pequeño lago del Ebertplatz. Frente a Florian había una taza de café con manchas que ella le había servido pese a sus protestas. Llevó la taza hasta la boca por cortesía, sin tocarla con los labios, se detuvo un instante y volvió a posarla.

—¿Así que vio usted una furgoneta que se desvió de la calle y se dirigió a la orilla del lago? —Florian estaba repasando su declaración de testigo por tercera vez. Lamentablemente, los detalles variaban en cada versión. Era lo habitual. Si se interrogaba a tres testigos, se obtenían cinco descripciones distintas de un mismo suceso. Resultaba curioso lo que la mente hacía con las cosas que nuestros ojos percibían. Solo se almacenaban los detalles relevantes. Y esa relevancia, a su vez, dependía de las preferencias y experiencias personales. A Marianne Kraus, por ejemplo, no le había llamado la

atención ninguna grúa en la furgoneta. Ni siquiera recordaba si la zona de carga estaba abierta o cerrada.

—Sí. Bueno, como le decía. Estoy en la cocina y voy a buscar un vaso de agua. Era en mitad de la noche; me despierto a menudo por la garganta seca. El médico dice que es por fumar. —Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza con desdén—. Mi abuela fumó durante toda su vida y llegó a los noventa y cinco. Todo eso son tonterías modernas que se inventa la ciencia hoy en día. En cada paquete de tabaco intentan ahora convencerme de que fumar es malo. —Como prueba, cogió un paquete y lo volvió a tirar sobre la mesita, meneando la cabeza—. Fumar puede ser mortal. No me hagan reír. La vida siempre acaba de forma mortal. Todos acabamos tarde o temprano bajo tierra. —Soltó un bufido y bebió de su taza de café igualmente manchada—. ¿Qué más me queda a mí de la vida? —murmuró, y dejó la taza. Miró a Florian con sus ojos claros y apagados y se apartó un mechón de la frente.

Florian sonrió con esfuerzo. —¿Qué hora era cuando fue a buscar algo de beber? —Golpeteó con el bolígrafo en el cuaderno de notas que tenía sobre las rodillas, confiando en que ella simplemente repitiera la hora que ya había indicado.

—Bueno. —Marianne Kraus se rascó a conciencia la nuca—. Era poco antes de las cuatro.

Florian respiró aliviado. Al menos algo. Se mantenía firme en eso, y aquella observación encajaba con las de otros testigos.

—Me acuerdo porque desde hace dos semanas tengo un despertador digital en la mesilla de noche. Uno de esos aparatos con números rojos enormes y luminosos. Cada vez que me despierto, veo al instante qué hora es. —Sonrió de verdad, y Florian se percató de que en otro tiempo debió de ser bastante atractiva. Antes de que la vida la arrastrase por una espiral descendente.

—¿Y qué observó después? —preguntó, porque no quería interrumpir innecesariamente su torrente de palabras.

—Así que fui a la cocina, al armario, saqué un vaso y entonces vi esa furgoneta. Circulaba sin luces y se detuvo en la orilla, ahí donde ahora está todo precintado. Un tipo bajó, justo al lado de una farola. Iba embozado, con una bufanda gruesa enrollada en la cabeza.

Pensé que era otro de esos camellos. Andan merodeando por aquí a menudo. No me interesó más. Me di la vuelta, llené el vaso en el grifo y volví al dormitorio. —Se encogió de hombros—. Eso fue todo. Como le digo, la furgoneta era blanca y no recuerdo ninguna zona de carga. Claro que también estaba oscuro, salvo por las pocas farolas.

Florian asintió. —¿Puede describir al hombre con más detalle?

—Mmm. Era bastante alto, por lo que pude ver, llevaba ropa oscura, por lo que recuerdo. Andaba con normalidad, no cojeaba ni iba corriendo. No parecía nervioso ni nada. Tenía pinta de ser de los que están acostumbrados a trapichear con droga.

—¿Y vio qué hizo ese hombre después de bajar de la furgoneta?

Marianne Kraus negó con la cabeza. —No. Estaba cansada y tenía sed. Solo vi cómo se iba hacia la orilla. Luego volví a la cama.

—Se lo agradezco, señora Kraus. Si recuerda algo más, póngase en contacto conmigo, por favor. —Florian se levantó y se metió el cuaderno en el bolsillo del pantalón. La cabeza le zumbaba. Llevaban todo el día interrogando testigos sin descanso. Se habían repartido. Martin Saathoff estaba en el edificio de al lado. Además, les ayudaban cinco agentes de patrulla. Los resultados hasta el momento eran desalentadores. Resultaba difícil de creer que el asesino hubiera conseguido por segunda vez colocar una gran estatua de hielo en pleno centro de Colonia sin ser visto. ¿Es que la gente se había vuelto completamente indiferente? ¿No veían nada o acaso preferían no ver? A veces deseaba estar en un pueblo donde los vecinos aún hoy registraran cualquier movimiento fuera de lo normal. Allí, seguro que alguien se habría apuntado al menos la matrícula. En una gran ciudad como Colonia podía olvidarse de algo así. Miles y miles de personas vivían simplemente a lo suyo. Solo se interesaban por sí mismas y apenas se enteraban ya de lo que ocurría delante de sus narices. Maldijo en voz baja después de que Marianne Kraus cerrara la puerta tras él. Arrastró los pies con cansancio por el rellano hasta la puerta de al lado y llamó al timbre.

Una niña de unos seis años, con rizos oscuros y alborotados, le abrió la puerta.

—¿Eres un príncipe? —le preguntó la pequeña con una sonrisa. Un gran hueco entre los dientes le sonreía a Florian. Él se puso en cuclillas y le devolvió la sonrisa.

—Por desgracia no soy un príncipe, pero sí un policía. ¿Puedo hablar con tu mami?

La pequeña abrió los ojos, impresionada, y asintió.

—¡Mamá! —gritó, y desapareció en el piso.

Poco después apareció una mujer de gesto malhumorado con un recién nacido en brazos y un niño de dos o tres años aferrado a su muslo.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer, visiblemente irritada.

Florian se presentó, mostró su placa de identificación y explicó en pocas palabras de qué se trataba. La mujer le indicó con un escueto movimiento de cabeza que pasara. Florian la siguió hasta el salón, donde se sentó en el sofá.

—Señora Herrmann, ¿notó usted anoche algo fuera de lo común…? —comenzó, pero el llanto del bebé lo interrumpió de inmediato. La madre intentó calmarlo con un chupete, pero no sirvió de nada. Finalmente desapareció en la cocina para calentar leche. Florian se levantó e inspeccionó la estancia, que apenas contenía algo más que el sofá, una mesita y un televisor. En el cristal de la ventana se pegaban copos de nieve. El lago no se veía desde el salón. Florian se adentró en el estrecho pasillo. Al fondo oía a la señora Herrmann trajinar en la cocina. Al lado había una habitación infantil, probablemente la de la niña, porque una estrella rosa con purpurina colgaba de la puerta. A la derecha estaba el dormitorio. Florian vio una cama ancha a través de la puerta abierta.

—¿Quieres ver a mi princesa?

Florian miró sorprendido a la pequeña, que de pronto estaba apoyada en el marco de la puerta de la habitación infantil y lo observaba con aquellos ojos redondos todavía muy abiertos.

—Pero si yo no soy un príncipe, ¿recuerdas? —respondió con una sonrisa, y se quedó de pie, indeciso, mientras la niña desaparecía en su habitación. La puerta estaba abierta de par en par. Florian podía ver a través de la ventana los árboles de la orilla del lago. Entró en la habitación, movido por la curiosidad. La vista al lago era perfecta.

Distinguió a los compañeros del equipo de recogida de pruebas, que seguían trabajando en el lugar del hallazgo.

—¿A que es preciosa? —La niña le tendió una muñeca de pelo dorado enfundada en un vestidito con volantes.

Él asintió algo distraído y se preguntó si la vista desde la cocina sería igual de buena. El bebé necesitaba su leche cada pocas horas. Quizá la madre había observado al posible autor del crimen desde la cocina, igual que la vecina. Pero al asomarse a la ventana y mirar en diagonal hacia la fachada, divisó un castaño que crecía frente a la ventana de la cocina y que probablemente tapaba por completo la vista. Florian quiso comprobarlo desde la cocina y dio media vuelta.

—Mi princesa conoció anoche a la Reina del Hielo.

Florian se quedó clavado en el sitio y se giró de nuevo.

—¿La Reina del Hielo?

La niña resplandeció. —Sí, un príncipe con una gran furgoneta blanca la trajo. —Se apretó el índice contra los labios—. Pero mamá no puede enterarse. No le gusta que me levante por la noche y ande por ahí.

Florian se acercó a la pequeña y se agachó delante de ella. —¿Y cómo era el príncipe?

La niña fue hasta una mesita rosa y acercó una hoja de papel de colores. —Así. Lo he pintado. Y a la Reina del Hielo también.

A Florian se le cortó la respiración cuando vio el dibujo. Efectivamente, reconoció el lago, los árboles, un coche blanco de forma cuadrada y un hombre. En la esquina superior derecha había un nombre en letras deformes: Greta. Primero de primaria.

—¿Qué tiene el hombre ahí en la cabeza? —preguntó, tocando el punto con el índice.

—El príncipe tenía frío. Por eso no podía ponerse la corona y prefirió enrollarse una bufanda en la cabeza.

Bingo. Encajaba con la declaración de Marianne Kraus.

—Greta. Así te llamas, ¿verdad?

La pequeña asintió.

—¿Viste la cara del príncipe?

Greta torció el gesto. —Solo un momento. Era un príncipe viejo.

Florian estudió el dibujo pensativo. Un príncipe viejo. ¿Qué podía significar eso? Para una niña de seis años, probablemente todos los adultos eran viejos.

—¿Tan viejo como tu papá o como tu abuelo? —preguntó con cautela.

Greta reflexionó.

—No tengo papá —respondió finalmente.

—¿Era quizá tan viejo como otros papás de tus compañeras del colegio?

Greta se hurgó la nariz con el índice y asintió. —Ajá, tan viejo como el papá de Emily.

Emily. Florian apuntó el nombre. Quizá pudiera preguntar a la madre de Greta por la edad aproximada. Giró un poco el dibujo y señaló una figura en la orilla del lago.

—¿Y esto qué es?

Greta puso los ojos en blanco. —Pues la Reina del Hielo. Es preciosa. El príncipe bailó con ella.

—¿Bailó?

Greta asintió. —Sí, lo vi con mi princesa desde la ventana. Sacó a la Reina del Hielo del coche y la llevó hasta el lago. Seguramente en el castillo hacía demasiado calor. Necesitaba frío. Así que el príncipe la llevó al lago helado. Dio dos vueltas bailando a su alrededor y luego volvió a subirse al coche y se marchó. La Reina del Hielo estuvo llorando toda la noche. —Greta señaló los copos de nieve pegados al cristal de la ventana—. ¿Ves?

Florian asintió y pensó en cómo podría sacarle más información a la pequeña. No era fácil, porque vivía completamente sumergida en el mundo de cuentos de su Reina del Hielo y él no podía determinar qué era fantasía y qué realidad.

—¿Qué es esto de aquí, en la furgoneta del príncipe? —Florian se preguntó si Greta había dibujado algo parecido a un brazo de grúa. Un grueso trazo negro salía de la puerta trasera de la furgoneta.

—No sé. Había una cosa así en el coche. Con eso ayudó a bajar a la Reina del Hielo. —Estiró los brazos.

Florian supuso que se refería a un brazo de grúa con el que la estatua de hielo había sido posiblemente descargada de la

furgoneta. Su mirada se posó en la mesita rosa, donde había otro dibujo.

—¿Esto también lo has pintado tú? —Florian contempló las líneas finas e inseguras que pretendían representar números.

—Esos dos números estaban en el coche —respondió Greta, y apartó la hoja a un lado—. No ha quedado bonito.

—A mí no me parece tan mal. ¿Puedo verlo otra vez?

Greta apretó los labios y le dio la hoja a Florian.

—¿Los números estaban en la matrícula?

Cuando Greta asintió, a Florian le dio un vuelco el corazón.

—También había letras, pero esas se me han olvidado —murmuró la niña.

—No pasa nada. Me has ayudado muchísimo, de verdad. Si algún día quieres hacerte policía, avísame. ¿Vale?

Greta se iluminó. Florian hizo fotos de los dos dibujos.

—Ah, ¿aquí está usted? —La madre apareció con el bebé en la puerta, y Greta se encogió. El niño de dos años parecía haberse fusionado con el muslo de su madre, que observaba a Florian con recelo.

—¿Me permitiría echar un vistazo por la ventana de la cocina? —preguntó Florian, procurando salir de la habitación de Greta. No quería que la pequeña se llevara una reprimenda por haber estado jugando de noche.

En la cocina solo había una ventana pequeña. Florian se vio de frente con el grueso tronco del castaño. El árbol estaba situado de tal forma que resultaba imposible ver la estatua de hielo.

—¿Estuvo usted anoche en la cocina o en la habitación de su hija? —Se contorsionó a izquierda y derecha intentando atisbar al equipo de recogida de pruebas.

—No. ¿Por qué?

—Desde la ventana de su hija se tiene una vista despejada del lago. Desde la cocina no se ve prácticamente nada.

—Es verdad. Por la noche rara vez estoy en la cocina. El calientabiberones del bebé lo tengo en mi dormitorio. Es más rápido y así el pequeño no llora tanto.

—¿Oyó usted anoche tal vez algo fuera de lo normal?

La señora Herrmann negó con la cabeza. —No, nada en absoluto. Tampoco me enteré de nada más. Solo cuando desperté a Greta esta mañana me fijé en la cantidad de policías. Pregunte a la vecina. Esa se entera siempre de todo.

El bebé comenzó a llorar de nuevo. Florian se despidió. Quería averiguar cuanto antes si a partir de las cifras de Greta se podía reconstruir la matrícula del coche.

14

Julia dibujó un círculo rojo en el plano de la ciudad de Colonia y retrocedió un paso, pensativa. El plano era tan grande que ocupaba casi toda la pared de su despacho. Hacía una hora, Lenja Nielsen le había hecho llegar un listado de los pozos de aguas subterráneas de Colonia y la región. Eran cientos, pero aun así Julia no pudo resistirse a analizar la lista. Procedió sistemáticamente. Basándose en los códigos postales, había logrado con relativa rapidez filtrar las zonas rurales con campos y granjas. Aunque así había reducido la cifra a cincuenta, el plano de la ciudad seguía plagado de círculos rojos. Su mente trabajaba a toda velocidad. El reloj corría. Si el asesino quería volver a llamar la atención pronto, la siguiente mujer probablemente ya estaba muerta dentro de un nuevo bloque de hielo. Esa idea ya era bastante espantosa de por sí. Pero Julia ató cabos: quizá el autor del crimen tenía ya en el punto de mira incluso a la víctima siguiente. Era posible que poseyera dos depósitos de congelación y pudiera fabricar varios bloques de hielo a la vez. Al fin y al cabo, ahora sabía que un arcón congelador artesanal podía construirse con bastante facilidad con materiales de cualquier tienda de bricolaje.

Julia se frotó las sienes. ¿Y si el pozo que buscaban no figuraba en la lista? Existía una obligación de registro, pero ¿cómo iba el ayuntamiento a descubrir si alguien tenía un pozo de aguas

subterráneas ilegal en su finca? ¿Tenía sentido tomar muestras de agua de los cincuenta pozos? Eso supondría un esfuerzo descomunal. Al fin y al cabo, la policía no podía irrumpir sin más en una propiedad privada sin que existiera sospecha de delito o peligro inminente. Si los propietarios no colaboraban voluntariamente, se necesitaba un auto judicial que, dada la cantidad de pozos y la falta de indicios sólidos, no iban a conseguir. Además, quizá no disponían de tanto tiempo; el caso le quemaba las manos. Se sentía inquieta. No podía practicar la autopsia al nuevo cadáver porque primero debía descongelarse. Esa circunstancia casi la volvía loca. Julia estaba acostumbrada a actuar. Le faltaba la paciencia para limitarse a esperar. A fin de cuentas, con toda probabilidad andaba suelto un asesino en serie. Cada día, cada hora que pasaba sin hacer nada le daba al criminal tiempo para hacerse con otra víctima. Miró la lista y marcó el siguiente pozo en el mapa con una banderita. El Rin dividía Colonia en dos. Solo siete puentes conectaban las distintas partes de la ciudad entre sí. Las dos estatuas de hielo con las mujeres muertas se habían encontrado en la orilla oeste. ¿Era pura casualidad o el asesino procedía realmente de una zona de Colonia en la margen izquierda del Rin? Quizá evitaba los puentes por algún motivo. Eran, al fin y al cabo, como un cuello de botella y provocaban numerosos atascos. Además, allí había bastantes controles policiales y radares. Eso era un riesgo.

Julia contempló las banderitas en la parte izquierda del Rin. Encontró unas treinta, incluido el taller de Wegner. Curiosamente, el escultor de hielo no había registrado su pozo. Julia ya se lo había apuntado para Florian. Comprobó brevemente el correo electrónico. El laboratorio aún no había entregado los resultados sobre la composición de la nueva estatua de hielo ni sobre la muestra del pozo de Wegner. Tampoco habían llegado los análisis de sangre de la primera víctima. Era lo normal. Aun así, le molestaba. Al menos sabían con casi total certeza que se trataba de Jette Hoffner. Sus padres la habían identificado a partir de las fotografías. El análisis de ADN estaba pendiente, pero desde el punto de vista de Julia eso era una mera formalidad. Florian la había mantenido al corriente en las últimas horas con algunos correos electrónicos. Julia lo adoraba por

eso. Él sabía cuánto le gustaba a ella colaborar en las investigaciones. Tras el hallazgo del cadáver, había pasado el resto del día con Lenja Nielsen en la sala de autopsias y entretanto había devorado sus mensajes. Las declaraciones de los testigos apuntaban a que se trataba de un único autor. Varios vecinos habían observado a un hombre embozado en el lugar del hallazgo.

Julia volvió a mirar el plano y fue recorriendo las calles con el dedo. «¿Por dónde has ido?», pensó, ladeando la cabeza. Varias veces partió desde fuera de Colonia por una carretera comarcal. Y cada vez acabó llegando casi automáticamente a la finca de Wegner. Visualizó al gran e imponente artista. ¿Sería capaz de matar? El móvil la arrancó de sus pensamientos. Registró sorprendida el número en la pantalla. Hablando del diablo… Descolgó.

—Hanjo Wegner al habla. ¿Hablo con Julia Schwarz?

La voz del gigante sonaba insegura. Completamente distinta a la de su último encuentro, cuando ella casi había huido de su casa y él la había mirado como un depredador. Julia se sintió al instante un poco tonta. Al fin y al cabo, aquel hombre no había hecho otra cosa que pasarle la muestra de agua olvidada.

—Sí, señor Wegner, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó por tanto.

—Bien. No estaba seguro de si la localizaría a estas horas.

Julia miró de inmediato el reloj de la pared. Poco después de las ocho.

—Pero mejor que mejor. Por fin he conseguido hablar con mi colega Sebastian Kaltenbach. En efecto, está experimentando actualmente con aceites esenciales. Está fabricando una rosa descomunal para nuestra exposición de hielo. Como le dije, tiene su propio taller. Le paso la dirección.

Julia cogió un bolígrafo de inmediato, anotó la calle y el número y volvió a mirar el plano. El círculo rojo alrededor de esa misma dirección le saltó directamente a la vista, así como la distancia a los dos lugares del hallazgo. El taller de Kaltenbach estaba en la margen izquierda del Rin. A primera vista no se distinguían campos. Aunque eso podía deberse al mapa, que mostraba en un verde intenso todo lo que no estaba edificado.

—¿Sabe usted qué cantidades de aceites esenciales añade al agua?

—Uf. Vaya preguntas hace usted. Sinceramente, no tengo ni idea. Solo sé que le habilitamos un nicho propio en la exposición porque quiere jugar con los sentidos de la vista y el olfato. Para que a temperaturas tan bajas se pueda percibir algún aroma, probablemente tendrá que emplear grandes cantidades de sustancia aromática. Pero puede que además coloque varitas aromáticas. Como le he dicho, está experimentando, y por eso le he dado su dirección. Puede pasarse a verlo cuando quiera y que le explique todo; está informado. —Wegner se aclaró la garganta y prosiguió—: Mi ofrecimiento sigue en pie, por cierto. Tendría mucho gusto en guiarla por la exposición en cuanto se inaugure.

Julia sonrió. —Ahora mismo tengo mucho trabajo. Además, aún faltan algunos días. Me lo pensaré en cuanto tenga un poco más de respiro.

—¿Sigue en su instituto?

La pregunta sorprendió a Julia. De algún modo lo percibió como una intromisión en su intimidad. Aun así, respondió: —Sí. Como le digo, hay mucho que hacer. La muerte no descansa.

—Vaya. Usted no encaja ahí. Una mujer tan guapa como usted debería estar rodeada de cosas hermosas. Como médica, seguro que tiene usted habilidad manual. ¿Ha hecho alguna vez algo artístico?

—No. No soy nada creativa. Me gusta guiarme por los hechos, y la anatomía del cuerpo humano es casi siempre la misma. Me produce satisfacción poder contribuir a la justicia incluso después de la muerte. Los muertos ya no tienen voz. Pero me tienen a mí y a mis colegas.

—Nunca lo había visto de ese modo. Suena muy interesante. —Wegner hizo una breve pausa—. Me alegro de verdad de haberla conocido, dejando a un lado las desagradables circunstancias.

Conseguía turbarla de verdad. De pronto ya no era capaz de comprender el miedo que había sentido ante él. No obstante, le quedaba un resto de cautela.

—A mí también me ha agradado. Nos ha ayudado mucho. —Enmudeció y aguzó el oído. Alguien aporreaba la puerta del instituto.

—Tengo que seguir trabajando. Hablamos en otro momento —dijo, y colgó. Después volvió a escuchar los golpes vehementes y salió al pasillo. ¿Se habría dejado la llave el vigilante? Desde que un yonqui se coló una vez en el Instituto de Medicina Forense para consumir droga en un rincón tranquilo, la entrada trasera se bloqueaba automáticamente. Julia nunca usaba la entrada principal, porque así llegaba mucho más rápido al despacho desde el aparcamiento. Volvieron a llamar. Durante un segundo inquietante, Julia fue consciente de que a esas horas probablemente estaba completamente sola. No había luz encendida en ningún sitio y ella misma había mandado a Lenja Nielsen a casa hacía más de una hora. Caminó lentamente por el pasillo y se detuvo ante la puerta exterior.

—Hola, ¿hay alguien ahí? He visto luz. Por favor, abra.

Julia oyó una voz de hombre que al final de la frase se quebraba de desesperación. No la reconoció.

—¿Quién es?

—Gracias a Dios. Me llamo Schwennig. —El desconocido enmudeció. El nombre no le sonaba a Julia.

—¿Quién, perdone? —preguntó por tanto.

—Otto Schwennig. Soy el padre de Carola Schwennig. La policía ha estado hoy en nuestra casa. Necesito ver a mi hija.

Julia alzó la cabeza sobresaltada. Abrió la puerta una rendija.

—Lo siento mucho. Pero no es posible que los familiares vean a sus allegados en el instituto. Quizá debería esperar a que el cadáver esté en la funeraria. —Se mordió la lengua de inmediato, porque el dolor en los ojos de aquel hombre la golpeó de lleno—. Lo siento —tartamudeó—. ¿Quién le ha enviado aquí?

—Nadie. Solo sé que la mujer del hielo es mi hija. ¿Dónde va a estar si no es aquí, con ustedes?

Julia pensó en la visión espantosa de la última víctima. En los ojos muertos que la habían mirado fijamente a través de la capa de hielo. Ningún familiar debería verla así. Esa última imagen se grabaría a fuego en la mente para siempre. Se debía al shock que se producía al ver de improviso a un ser querido sin vida. En cuanto la muerte relajaba definitivamente los músculos, la expresión facial

familiar cambiaba. La persona, o también el alma, se había ido. Ningún empleado de funeraria, por bueno que fuera, podía restituir la expresión de la vida. Daba igual cuánto maquillaje usara. La visión de su propia hija congelada bajo una capa de hielo cambiaría a Otto Schwennig para siempre. Julia no podía permitirlo.

—Escuche. No puedo franquearle el paso. Podría costarme el puesto. Además, aún no está confirmado al cien por cien que se trate de su hija.

—Necesito verla —insistió el hombre, y Julia suspiró.

—Voy a cerrar la puerta ahora. Lo siento infinitamente.

Al instante, Otto Schwennig metió un pie en la rendija. Julia intentó resistir, pero fue inútil. Contra aquel hombre corpulento no tenía ninguna posibilidad.

—Deje eso, por favor —le pidió, sujetando la puerta con todas sus fuerzas.

La resistencia cedió una fracción de segundo, pero entonces el hombre se lanzó con todo su peso contra la rendija. La hoja de la puerta le golpeó de lleno en la cara. El hueso nasal crujió de forma sospechosa. Las lágrimas le brotaron de los ojos. Destellos le cruzaron el campo visual. Cayó hacia atrás, incapaz de llamar al servicio de seguridad o siquiera de gritar. Otto Schwennig pasó junto a ella a la carrera.

—¿Qué está pasando aquí?

Julia no tenía ni idea de dónde procedía aquella voz. Había aparecido de repente a su espalda. Unas manos la agarraron por debajo de las axilas y la apartaron de la puerta. Julia notó un líquido caliente brotándole de la nariz. Aturdida, levantó la mano y se palpó la nariz y la boca. Vio borrosa la sangre en las yemas de los dedos. Ojalá Schwennig no le hubiera roto el hueso nasal. Siguió examinándose la cara, tanteando con cuidado los huesos, que afortunadamente parecían seguir todos en su sitio.

—¿Estás bien?

Un rostro se interpuso en su campo visual. Uno que conocía, que le resultaba familiar.

—Maldita sea. Tu nariz… —Unas manos le exploraron el cráneo. Con pericia. Con delicadeza. Un recuerdo afloró en Julia que la hizo

estremecerse.

—La nariz no parece estar rota. ¿Puedes levantarte? ¿Estás mareada?

Sabía adónde quería ir a parar y obedeció, al menos por el momento. Se trataba de descartar una conmoción cerebral. Se incorporó jadeando. Se tambaleó, aunque solo durante unos segundos. La cara le palpitaba, ardiente. El dolor se le propagaba como una medusa de fuego a través de los nervios. Aún le lloraban los ojos. Pero apretó los dientes y dio unos pasos.

—Ya estoy mejor —graznó, y se sacudió el aturdimiento—. ¿Adónde ha ido ese hombre? —preguntó, y miró a Valentin, en cuyos ojos reconoció auténtica preocupación.

—Se ha ido pasillo abajo. Tampoco puede hacer gran cosa. ¿De verdad estás bien? Estás muy pálida. —Le ofreció el brazo, pero Julia lo rechazó.

—Solo me ha dado la puerta. No es tan grave. Tenemos que encontrar a Schwennig antes de que vea a su hija. No lo soportará. Está en el cuarto de limpieza.

—¿En el cuarto de limpieza? —Valentin abrió los ojos imperceptiblemente.

Julia se encogió de hombros. —¿Qué íbamos a hacer? Quería que se descongelara lo más rápido posible. La cámara frigorífica no es adecuada, y en el cuarto de limpieza he puesto la calefacción al máximo. Por supuesto, lo vaciamos previamente.

Valentin sonrió. —Esa es mi Julia —constató.

Ella ignoró el pequeño posesivo, demasiado íntimo, delante de su nombre. No le pertenecía. Ya no.

—Ve tú delante. Necesito un poco de agua. —Entró en el aseo y se examinó rápidamente en el espejo. El puente de la nariz se veía enrojecido, pero no especialmente hinchado ni deformado. La sangre ya se había secado. Cogió un poco de papel higiénico, lo humedeció bajo el grifo y se limpió la nariz con toquecitos. Luego salió del aseo.

Las cámaras frigoríficas se encontraban al final del pasillo, igual que el cuarto de limpieza. La puerta estaba abierta y el pulso de Julia se aceleró de inmediato. Schwennig estaba arrodillado ante la capa de hielo que goteaba, en cuyo interior yacía atrapada su hija

sin vida. A su lado se había agachado Valentin, que le había puesto la mano en el hombro al hombre lloroso y le hablaba con calma.

—Es ella —sollozó Schwennig con voz rota.

Julia solo podía intuir lo que pasaba en aquel momento por la cabeza del padre. Estaba arrodillado en medio de un charco que se había formado bajo la mesa de acero inoxidable. El agua se escurría lentamente por un pequeño desagüe en el suelo de la estancia alicatada.

—Dios mío. ¿Por qué? La semana pasada aún fuimos juntos a cenar. Todo parecía ir bien. ¿Por qué tiene que ser el destino tan cruel? ¿Por qué precisamente ella? Era una optimista total. En su trabajo por fin le iban bien las cosas. También con su novio era muy feliz. ¿Y ahora? —Se cubrió la cara con las manos—. Ahora ya no está. —Se volvió y reparó en Julia, que estaba de pie en el marco de la puerta.

—Siento haberla atropellado. Tenía que llegar hasta ella. Es mi pequeña, mi niña. —Las lágrimas le corrían a raudales por las mejillas.

Julia tragó saliva. Pensó en Michael, su hermano, y al instante sintió el profundo dolor que su muerte le había dejado dentro. Aunque habían pasado años, aquel dolor seguiría ardiendo en ella hasta el fin de sus días.

—Lo siento infinitamente —murmuró, y contempló la capa de hielo que se iba derritiendo. Tardaría al menos veinticuatro horas más en poder comenzar la autopsia.

—Venga, señor Schwennig. Ya ha visto a su hija. Es mejor que se vaya ahora a casa y descanse. —Valentin se levantó y ayudó al hombre a ponerse en pie.

—¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Quién demonios le ha hecho esto?

—La policía y nosotros estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para averiguarlo y llevar ante la justicia al asesino de su hija —prometió Julia, y se adelantó para abrir la puerta. Valentin fue guiando al hombre con cuidado hacia fuera. No dejó de hablarle en ningún momento, hasta que Schwennig se calmó más o menos y finalmente se marchó.

—¡Uf! —Valentin se apoyó contra la puerta cerrada—. Menudo numerito. ¿Quién le habrá mandado aquí?

—Ni idea. —Julia se tocó de nuevo la nariz, que seguía ardiendo como fuego.

—Ven. Voy a mirártelo mejor. —Valentin la llevó a su despacho, donde sentó a Julia en la silla del escritorio.

—A ver —dijo Valentin, y le iluminó la nariz con una linterna de bolsillo—. ¿Esto te duele? —preguntó, tocando un punto del hueso nasal.

Julia gimió.

—Vale. Ahora voy a comprobar si el hueso se desplaza. —Valentin colocó ambos índices sobre la nariz y presionó. Ella cerró los ojos e intentó ignorar el dolor palpitante.

—No lo creo —murmuró Valentin, inclinándose muy cerca de ella. Tanto, que Julia pudo olerle el perfume.

—La hinchazón todavía es pequeña. Mañana seguro que será peor. Deberías ponerte hielo en la nariz unas cuantas horas. En realidad, deberías denunciar a Schwennig por esto. A pesar de todo el comprensible dolor, no tenía derecho a hacerlo.

Julia no respondió. Le daba pena aquel hombre, y a esas alturas lamentaba no haberle dejado entrar. En el fondo era decisión suya en qué estado quería ver a su hija. Mantuvo los ojos cerrados y esperó a que Valentin terminara de una vez. Necesitaba urgentemente un analgésico y cubitos de hielo, si no quería pasarse media noche en vela y presentarse al día siguiente en el instituto con pinta de boxeadora.

—¿Julia?

Abrió los ojos de inmediato y se incorporó de golpe. Por poco choca con Valentin, que seguía inclinado sobre ella examinándole los huesos de la cara.

—¿Florian? ¿Cómo has entrado? —La sangre le retumbaba tan fuerte en los oídos que ni siquiera lo había oído llegar. Por la expresión de su cara, Julia supo al instante que había hecho la pregunta equivocada.

—¿Quién es este? —Florian miró a Valentin, completamente sorprendido.

—Eso mismo podría preguntar yo —replicó Valentin, para colmo de males, y Julia notó al instante cómo el dolor palpitante en el hueso nasal se intensificaba.

Apartó a Valentin y se agarró al escritorio.

—Es Valentin Henzler —explicó. La tensión repentina en la habitación era palpable.

—¿Tu ex? —Florian la miró. En sus ojos había decepción. Solo en aquel momento Julia fue consciente de la situación tan comprometida en la que él la acababa de encontrar.

—No es lo que piensas —tartamudeó, porque la expresión de Florian le hacía perder pie. Él la miraba fijamente sin decir una sola palabra. Quiso seguir hablando, explicarle lo que había ocurrido de verdad.

Pero Valentin se interpuso: —No me digas que tienes novio nuevo. —Examinó a Florian de arriba abajo—. Pues entonces, con más razón no hay ningún problema con nuestra colaboración. De eso quería hablar contigo precisamente esta noche.

Julia tragó saliva, atónita. ¿Es que Valentin no pensaba en otra cosa que en su propio beneficio? Estaban en plena investigación de un asesinato complicado. Su nariz quizá estaba rota. Su novio creía haberla pillado in fraganti con otro, y Valentin solo pensaba en sí mismo. Como siempre.

—Cállate de una vez —le espetó. Se sorprendió del desdén con que acentuó sus palabras. Valentin cerró la mandíbula, cuando menos estupefacto, y también en los ojos de Florian algo cambió.

—Schwennig, el padre de la segunda víctima, ha irrumpido por la fuerza en el instituto y me ha estampado la puerta en la cara. —Julia se señaló la nariz—. Quería ver a su hija a toda costa y también la ha reconocido. Valentin me ha examinado para comprobar si tengo la nariz rota. —Calló, porque no sabía qué más decir. El aire de la habitación parecía haber adoptado las temperaturas bajo cero del exterior. Julia estaba helada.

Miró a Florian, pero él se limitaba a guardar silencio. Igual que Valentin. La situación era casi cómica. Precisamente ella, Julia Schwarz, rodeada de dos hombres que se peleaban por ella. Y eso que nunca había sido de las que hacían que los chicos se

desvivieran. De adolescente siempre había soñado con eso. Ahora que el sueño se materializaba, lo que más le habría gustado era pulsar un botón de reinicio en alguna parte.

—Me lo imaginaba. Martin Saathoff habló con Otto Schwennig y me avisó. Por eso he venido. El portero de la entrada principal me conoce y me ha dejado pasar. —Florian dio un paso torpe hacia Julia —. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió Julia.

En sus ojos vio que nada estaba bien en absoluto.

15

Julia no podía estarse quieta. Alterada, caminaba de un lado a otro frente al escritorio de Manfred Holsten.

—No sabía que Valentin Henzler era su exnovio ni que aquella antigua relación le siguiera pesando de ese modo. —Holsten se encogió de hombros con impotencia—. La dirección de la clínica ha dado su visto bueno. Los contratos están firmados desde hace tiempo. El señor Henzler ha dimitido de su puesto anterior. Me temo que es del todo imposible dar marcha atrás. —La observó pensativo —. Usted normalmente es muy pragmática. Henzler, igual que yo, no tendrá en la práctica demasiado trato directo con usted. Y, por supuesto, le concederá las mismas libertades. De eso me encargaré yo; siempre he estado sumamente satisfecho con su dedicación. Además, no tiene la menor intención de limitarla. Me lo ha asegurado él mismo esta mañana.

Julia resopló y siguió paseándose ante el escritorio de Holsten.

—Debería haberme informado antes. ¿Por qué me pone precisamente a mi ex delante de las narices?

—Pero si yo no lo sabía. He buscado a alguien que actúe como yo. Alguien que no coarte a sus colaboradores. Le ofrecí a usted sucederme. ¿Por qué no aceptó?

Julia negó con la cabeza. Holsten conocía la respuesta. No era persona para dirigir un instituto con tantas tareas administrativas

que la obligarían a estar detrás del escritorio demasiado a menudo. Quería hacer algo práctico.

—Eso ya lo habíamos discutido a fondo —se limitó a responder—. ¿Y si no logro entenderme con Valentin?

Holsten se frotó la barbilla con esfuerzo. —Comprendo sus preocupaciones. Aunque estoy convencido de que son innecesarias. —Esbozó una sonrisa—. Es usted mi mejor médica forense. Y al mismo tiempo la más testaruda. En todos estos años no he conseguido decirle lo que tiene que hacer, y a Henzler le va a resultar aún más difícil. Ese hombre piensa ante todo en su carrera. Si usted simplemente sigue como hasta ahora, para él valdrá su peso en oro. Se guardará mucho de cruzarse en su camino.

Julia reflexionó. Puede que Holsten tuviera razón. Aun así, el asunto seguía siendo arriesgado. No quería abandonar aquel instituto por culpa de Valentin. Desde luego, podría empezar en cualquier otro sitio de inmediato, pero rendirse o huir no era una opción para ella.

—Hablaré de nuevo con la dirección de la clínica. Quizá encontremos una solución que le resulte más llevadera.

Julia escudriñó el rostro de Holsten. Tenía claro que se le había ocurrido una idea, pero no alcanzaba a imaginar cuál. Aun así, agradeció el gesto. Asintió en silencio.

—Le mantendré informado sobre los muertos de las esculturas de hielo. —Julia no esperó la respuesta de Holsten. La siguiente autopsia la aguardaba, y ardía en deseos de empezar. Necesitaba rutina y algunos éxitos que la distrajeran de Valentin y, sobre todo, de Florian. La noche anterior no había transcurrido como esperaba. Notaba que Florian se había distanciado un poco de ella. Por alguna razón, no parecía creerse la historia de Otto Schwennig y Valentin. Toda la noche había repasado la escena desde distintos ángulos. Al final había llegado a la conclusión de que Florian estaba celoso. Por un lado, se sentía halagada. Pero, por otro, su actitud fría la hería. No la había acompañado a casa la noche anterior ni la había invitado a la suya. Después de que Valentin se marchara por fin, Florian había comprobado sin mucho entusiasmo el plano de la pared con los pozos marcados con círculos y luego se había despedido con un

beso en la mejilla. En sus ojos había decepción. Julia había intentado animarlo, pero fue inútil. Florian rechazó cortésmente sus intentos de acercamiento. Después de una noche en vela en la que apenas había dormido, ya no sabía ni cómo debía comportarse. Además, la nariz le palpitaba sin cesar a pesar de los analgésicos que había tomado. Por primera vez desde que su asistente había empezado en el instituto, Julia se alegró de verla.

—Buenos días, señora Nielsen. ¿Podemos empezar? —Al llegar a la sala de autopsias, Julia se detuvo como de costumbre junto a la mesa que había al lado de la puerta. En el armario de pared sobre la mesa se guardaban guantes de goma. Julia sacó un par y estaba a punto de ponérselos cuando Lenja Nielsen se aclaró la garganta.

—Verá, he cedido la autopsia pendiente al colega Neumann. Tenía hueco.

Julia se volvió en seco. —¿Ha hecho usted qué?

Lenja Nielsen se puso colorada como un tomate. Bajó la mirada rápidamente hacia las puntas de los zapatos. —Pensé que podríamos ocuparnos de los pozos —casi susurró.

Julia, en un primer momento, no supo qué pensar de aquello. ¿Es que estaban todos locos últimamente? Le bullía la cabeza. Se obligó a respirar hondo. De lo contrario habría estallado en el acto. Al menos así sentía la presión en la cabeza. Aunque probablemente se debía a la nariz, que de pronto volvía a palpitar como si la puerta acabara de golpearla.

—Usted siempre ha recalcado que un buen médico forense debe comprender el trabajo de investigación de la policía. Sinceramente, el lugar del hallazgo de la segunda muerta de hielo me fascinó por completo. No me lo habría imaginado tan intenso. Y como de momento no podemos practicar la autopsia, pensé que podríamos echar un vistazo a esos pozos. —Lenja Nielsen seguía con la cabeza gacha, con gesto de culpa.

Julia examinó a la joven y de pronto tuvo que sonreír. Lenja Nielsen parecía estar cortada por el mismo patrón que ella.

—¿Sabe qué? En el fondo tiene usted razón. Si nuestro colega Neumann quiere encargarse de la autopsia, que lo haga. Venga conmigo. —Julia dejó caer los guantes de goma sobre la mesa y se

dirigió a su despacho. Se detuvo ante el plano de la ciudad en la pared. Cuando su asistente estuvo a su lado, señaló los pozos marcados con círculos a la izquierda del Rin.

—De hecho, había pensado en conseguir muestras de agua o al menos explorar los alrededores. Tiene que haber un terreno agrícola en las inmediaciones del pozo para que se acumulen nitratos en las aguas subterráneas. Incluso si no logramos acceder al terreno, podríamos determinar así si el pozo en cuestión merece siquiera la pena.

Lenja asintió y se acercó más al plano. Solo entonces distinguió Julia unas finas líneas a lápiz trazadas a lo largo de las calles principales. —He intentado reconstruir el recorrido del autor del crimen. Es pura especulación, por supuesto, pero así serían quince los pozos cercanos a una carretera principal, de modo que podríamos pasar con el coche sin llamar la atención.

—Bien hecho —respondió Julia, impresionada, y fotografió el plano con su móvil—. Pues pongámonos en marcha.

16

Florian estaba con Martin Saathoff frente a la pizarra blanca. Sobre ella se enumeraban matrículas de Colonia: distintas combinaciones con las dos cifras que la pequeña Greta Herrmann había dibujado.

—¿Y de verdad te fías de que una niña de seis años haya apuntado bien una matrícula? —Su tono ya contenía la respuesta. No se lo podía imaginar en absoluto. Florian, en cambio, se aferraba a aquel clavo ardiendo.

—La niña vio al autor del crimen. También otros testigos han hablado de un hombre embozado que dio una vuelta alrededor de la estatua. Va a primero y sabe contar sin errores hasta veinte. ¿Por qué no iba a ser capaz de apuntar las cifras de una matrícula?

Saathoff le dio a Florian una palmada amistosa en el hombro.

—Ya sé que es nuestra única pista caliente ahora mismo. Aun así, no me gusta depender de una niña pequeña que cree en la Reina del Hielo y en Papá Noel. Además, la cría solo apuntó dos de tres o cuatro cifras y se olvidó de las letras. Sin letras ni siquiera sabemos si era una matrícula de Colonia. Hablemos con el exnovio de la primera víctima. Es una coincidencia bastante curiosa que precisamente el hermano de un escultor de hielo saliera con Jette Hoffner. Quién sabe, a lo mejor Chris Barton también conocía a Carola Schwennig. Ya sabes que la mayoría de los asesinatos son crímenes de pareja.

Florian suspiró. —Aun así, deberíamos cotejar las posibles matrículas con las de furgonetas blancas. La cifra dos, por ejemplo, aparece en la matrícula de Hanjo Wegner. Ya sé que la comprobación es laboriosa, precisamente porque solo tenemos dos cifras. —Se quedó mirando la lista que tenía en la mano, con el listado completo de las matrículas asignadas en Colonia. En la pizarra, Florian había empezado a cribar. Pero Saathoff tenía razón: no podían perder un tiempo valioso en el análisis. —Le paso la lista ahora mismo a los de al lado, que se encarguen ellos —respondió, y dejó las hojas sobre su escritorio. Se preguntó si Wegner podría tener algo que ver con los asesinatos. Sin embargo, dado que solo una de las dos cifras coincidía con su matrícula, descartó esa teoría por el momento.

—En lo de los crímenes de pareja te doy la razón. Entonces tenemos que empezar con Philip Jablonski. Al fin y al cabo, fue él quien atrajo a Annabell Pitschmann al lago. Puede que quisiera impresionar a la chica con su estatua de hielo. Sería casi demasiado fácil que fuera el asesino, pero no debemos olvidar que la pequeña Greta lo vio bailar alrededor de la muerta. Philip Jablonski es bailarín.

Martin Saathoff resopló pensativo mientras se retorcía el frondoso bigote.

—¿Y qué pasa con Julia Schwarz? ¿No iba a enviar al laboratorio la muestra de agua de ese escultor de hielo? Y los resultados de sangre de la primera víctima también están pendientes.

Florian se tensó cuando Saathoff mencionó el nombre de Julia. Se encogió de hombros y volvió a mirar la pizarra para contemplar las cifras de Greta y las matrículas.

—No me digas que tienes problemas con la Dama de Hielo.

El tono insinuante de Saathoff no le hizo ninguna gracia a Florian. Guardó silencio y siguió con la vista clavada en la pizarra.

—De verdad creía que la habías descongelado. Vaya. ¿Y qué te parece su nueva asistente? ¿Esa finlandesa rubia como la paja? —Saathoff esbozó una sonrisa—. Yo la encuentro tremendamente atractiva. Es increíble que semejante belleza se marchite en la

medicina forense. Menudo desperdicio. La preciosidad podría ser modelo perfectamente.

—¡Maldita sea, Martin! ¿Podemos hablar del caso y no de tus fantasías, por favor? —le espetó Florian.

Saathoff se irguió como una vela. —Caramba. Vaya si te ha dado fuerte. ¿Es que te ha dado calabazas? Creía que lo vuestro estaba arrancando. Por cómo te miró ayer.

—Eso fue ayer por la mañana —replicó Florian, brusco.

Martin Saathoff lo examinó con ojo crítico. —Entiendo. O sea, que discutisteis anoche.

En realidad, Florian no quería hablar con su compañero de su vida privada en absoluto. Pero la escena de Valentin Henzler inclinado sobre Julia, a punto de besarla, no se le iba de la cabeza. Julia seguía sintiendo algo por su ex. A estas alturas estaba convencido de ello, y no sabía cómo manejarlo. Quizá estaba demasiado acostumbrado a que todo le resultara fácil. Normalmente no tenía que pelear por las mujeres. Además, hasta ahora se había conformado con aventuras. En cuanto una relación se le hacía demasiado estrecha, prefería poner tierra de por medio. Pero con Julia era distinto. Con esa mujer no se mantenía una relación superficial. Era demasiado inteligente para prestarse a algo así. Sin embargo, él se encontraba completamente a la intemperie, porque ella tampoco parecía precisamente deseosa de una relación estable. De hecho, había esperado que le llamara. Pero no lo había hecho. No desde la noche anterior.

—Su exnovio va a ser su nuevo jefe —murmuró—. Ayer fui a ver a Julia al instituto y me lo encontré allí.

—¿Anoche? ¿En el instituto? —Saathoff arqueó las cejas. Lo miró con creciente intensidad—. Déjame adivinar: los dos se tratan con mucha confianza. Tanta, que tú crees que ahí sigue habiendo algo.

Florian miró a Saathoff sorprendido. ¿Cómo lo sabía?

—Estás enamorado hasta las trancas de esa mujer, amigo. Los celos van incluidos. ¿Cuánto duró lo de su ex? ¿Unos años? Pues entonces se conocen. No creo que Julia Schwarz siga interesada en él. La mayoría de las mujeres como ella trazan una línea bien clara después. Si todavía lo quisiera, estaría con él. Pero te quiere a ti. Así

que no la cagues, compañero. —Señaló el móvil de Florian—. Mejor la llamas hoy. Y sé amable con ella, maldita sea. ¿O quieres empujarla directamente a los brazos de su ex?

Florian se rascó la nuca. ¿Se habría pasado? No lo sabía. El nudo en el estómago no quería deshacerse.

—Hablemos con Chris Barton y Philip Jablonski. Llevan pendientes demasiado tiempo. ¿Con quién empezamos? —Florian se levantó de un salto y salió corriendo del despacho; Saathoff le siguió pisándole los talones.

—Nos ocupamos primero del bailarín —gruñó Saathoff—. Es el que tiene la relación más directa con el lugar del hallazgo. De Chris Barton solo sabemos que es el ex de Jette Hoffner. Trabaja como agente inmobiliario, le saca unos diez años y no tiene antecedentes policiales. Además, los compañeros ya le han interrogado. Según parece, hacía tiempo que no tenían contacto.

* * *

Philip Jablonski tenía la complexión esbelta típica de un bailarín. Nada más abrir la puerta de su piso, Florian se preguntó qué aspecto tendría embozado. La mirada se le fue automáticamente al perchero, del que colgaban varias chaquetas de invierno y una parka. Jablonski no vivía solo. Compartía el piso con otros cuatro estudiantes de la Escuela Superior de Música y Danza. Jablonski se había criado en Rusia y hacía apenas medio año que había llegado a Alemania. Los compañeros seguían con la verificación de antecedentes, que estaba resultando difícil. Obtener datos de Rusia no era sencillo. Mientras que de Chris Barton lo sabían todo dentro de lo oficialmente disponible, las autoridades rusas se tomaban su tiempo. Jablonski los saludó en un alemán prácticamente sin acento y los guio a través del pasillo atestado de cosas hasta una habitación de quizá doce metros cuadrados. Florian y su compañero tomaron asiento en la estrecha cama, que hacía las veces de sofá. Un armario torcido con puertas desvencijadas y un escritorio igualmente

tambaleante adornaban la austera habitación, cuyas paredes estaban cubiertas de pósteres de espectáculos de ballet.

—Estamos investigando un caso de asesinato y necesitamos su declaración —comenzó Florian, después de que el joven se sentara en una silla giratoria y los observara con ojos vigilantes—. ¿Tenía usted una cita con Annabell Pitschmann junto al lago cercano al Ebertplatz el día en cuestión?

Philip Jablonski bajó la mirada. —Sí —masculló—. Pero me refería a por la noche, no por la mañana. Le dejé una nota a Annabell. —Se pasó la mano por la frente—. Siento mucho que tuviera que ver algo tan horrible. Desde entonces no quiere hablar conmigo. —En la voz de Jablonski vibraba el pesar.

Florian sacó una copia de la nota. —Pero aquí pone «a las diez en el lago». ¿No se escribiría entonces «a las veintidós horas» o al menos «a las diez de la noche»? —Florian observó a Jablonski con atención. Un tic le agitó el párpado derecho. Tardó en responder.

—No pensé en eso —contestó finalmente.

—Estamos en invierno. A las diez de la noche está completamente oscuro y hace un frío glacial. Querían verse para una cita romántica, ¿no es así? —Saathoff se inclinó hacia delante y miró a Jablonski con insistencia—. ¿Desde cuándo se lleva a una chica a un parque a oscuras? ¿Qué tenía pensado hacer?

Philip Jablonski negó con la cabeza. —No sé. Simplemente quería verla.

—Eso podría haberlo hecho también en un bar o en la Escuela Superior. En un sitio donde uno no se congela al instante —insistió Florian, a quien aquel punto de encuentro le resultaba tan extraño como a Saathoff. Fuera ya había temperaturas bajo cero de día, por no hablar de la noche. Igual de extraña era la forma de concertar la cita. ¿Qué joven de hoy en día se comunicaba todavía mediante notas? La mayoría tecleaba mensajes en el móvil sin parar, a menos que uno quisiera mantenerse en el anonimato. Si a la chica le hubiera pasado algo en el parque junto al lago, la policía no habría encontrado en su teléfono ningún indicio de la cita.

—Sé que a ella le gusta la naturaleza y que el frío no le molesta. Por eso escribí una nota y no un SMS. Eso lo hace cualquiera. Quería

hacer algo especial e impresionarla.

Florian enarcó las cejas. No sabía si debía tragarse esa justificación.

—¿Dónde estuvo usted esa mañana?

—En el ensayo de danza.

—Ese ensayo terminó a las nueve y media. Lo hemos comprobado.

Jablonski tragó saliva visiblemente. —Fui al trabajo. Me gano un dinero extra.

Florian sacó su bloc de notas. —¿En qué trabaja?

—Reparto paquetes.

—¿Paquetes? —Florian tenía la sensación de que había que sacarle cada dato con sacacorchos.

—¿Para quién?

—Bueno, no son paquetes exactamente. Son productos congelados. Hacemos entregas tanto a domicilios particulares como a la hostelería.

A Florian le pitaron los oídos. —¿Desde cuándo tiene ese trabajo?

—Desde hace unos tres o cuatro meses.

—¿Y qué tipo de furgoneta conduce?

Jablonski se encogió de hombros. —Hay varias. La empresa es grande.

—¿De qué color son los vehículos?

—La mayoría son blancas. ¿Por qué?

Florian ignoró la pregunta de Jablonski. Se había quedado con la mirada clavada en una foto que había sobre el escritorio.

—¿Qué es eso?

—¿Qué? ¿La foto? Es la granja de mi tío. Para él también trabajo de vez en cuando. Sobre todo los fines de semana. Cría pollos.

—¿Dónde? —Las piezas del rompecabezas iban encajando en la cabeza de Florian—. ¿Dónde está la granja de su tío?

—En Stotzheim. Cerca de Hurth.

Florian conocía esos lugares. Todos estaban en la margen izquierda del Rin, en las afueras de Colonia.

—¿Y su tío tiene, por casualidad, un pozo de aguas subterráneas?

Philip Jablonski lo miró con los ojos muy abiertos. —¿Por qué quieren saber todo esto de mí? ¿Solo porque quería quedar con una chica? ¿Me he perdido algo? —Jablonski se levantó y su voz se volvió de pronto extrañamente grave.

—Quiero un abogado. Y hasta entonces no digo ni una palabra más.

17

—¡La tengo! —chilló Lenja, con la cara como un tomate, y cerró de un portazo la puerta del coche.

—Increíble —rio Julia entre dientes, y aceleró. Las ruedas patinaron un instante sobre la gruesa capa de nieve, pero enseguida recuperaron agarre. No tenía ni idea de cuándo se había sentido por última vez como una adolescente en una excursión de aventuras. Lenja Nielsen se había transformado de repente en una aliada, y menuda aliada. Su asistente no se arredraba fácilmente ante nada. Tenía valor. La barrera que al principio había percibido entre ellas se había esfumado. En el asiento trasero del viejo Golf de Julia había ya tres muestras de agua. Llevaban diez pozos inspeccionados. Siete estaban fuera de servicio por el invierno. Sin embargo, numerosas explotaciones agrícolas utilizaban resistencias calefactoras auxiliares o bombas especiales antigelo para poder seguir extrayendo agua para los animales incluso con temperaturas bajo cero. Dos explotaciones habían entregado voluntariamente una muestra. La última la había conquistado Lenja, después de que un granjero fornido y sin afeitar rechazara a Julia. Julia sonrió involuntariamente. Lenja se había colado en el granero sin más y había sacado un poco de agua. Julia dudaba de que ella misma hubiera tenido ese arrojo, por no hablar de que el procedimiento no era precisamente legal.

—¿La ha visto ese barrigón?

Lenja miró a Julia con ojos como platos y estalló en carcajadas. —Disculpe. Pero ¿esas palabras en su boca? Jamás lo habría imaginado. Usted siempre parece tan correcta y también un poco reservada.

Julia soltó una risa. —Sinceramente, lo soy, a no ser que esté robando muestras de agua con mi asistente.

Una furgoneta blanca se les acercó de frente por la estrecha carretera, y Julia se arrimó al borde para dejar paso.

—El tipo no me ha visto. He esperado a que volviera a meterse en la casa. Luego he cruzado por detrás el patio y me he metido en el granero. Uf. Si me llega a pillar, habría tenido usted que llamar al comisario Florian Kessler para que me rescatara.

El nombre le estalló a Julia como una bomba en el estómago.

—En todo caso, lo ha hecho muy bien —declaró, y volvió a acelerar—. ¿Cuál es el siguiente pozo?

Lenja recorrió la lista con el índice. —Granja avícola Jablonski. A ver si aquí también tenemos que colarnos.

Lenja introdujo la dirección en el navegador. En solo cuatro minutos llegaron a la granja. Junto a la modesta casa, bastante destartalada, había un granero, y más a la derecha Julia vio una nave de la que salía un cacareo incesante. Allí se resguardaban al parecer las gallinas con aquellas temperaturas gélidas. En el prado frente a la casa había una capa de nieve de al menos veinte centímetros. Unas rodadas surcaban el suelo blanco. Julia aparcó y bajó del coche. Su aliento se convirtió al instante en una pequeña nube. En la puerta de la casa le llamó la atención que el nombre figurara también en cirílico en la placa. Llamó al timbre y se volvió un momento hacia su asistente, que debía quedarse vigilando en el coche.

Poco después abrió un hombre enjuto de mejillas hundidas y rostro arrugado.

—Buenos días, me llamo Julia Schwarz, vengo del Instituto de Medicina Forense de Colonia. Colaboramos con la Policía Criminal en una investigación y en ese contexto necesitaríamos una muestra de agua de su pozo de aguas subterráneas. Será muy rápido.

El hombre entrecerró los ojos hasta formar dos rendijas y la examinó con recelo.

—¿Y qué tiene que ver mi pozo con eso?

—Lamentablemente, no puedo revelarle esa información. Al menos de momento. ¿Dónde se encuentra el pozo?

—El pozo está fuera de servicio en invierno. Tendrá que volver en primavera. —La puerta se cerró de golpe y Julia se quedó plantada un instante con el corazón palpitante. Aquel hombre le daba mala espina. En sus ojos había algo acechante. Aunque quizá se lo estaba imaginando. Respiró hondo, se dio la vuelta y echó a andar hacia el coche. Sin embargo, el cacareo procedente de la nave la hizo detenerse a mitad de camino. Las gallinas necesitaban agua. La mayoría de las explotaciones abastecían a su ganado con pozos propios. Resultaba mucho más económico que el agua potable municipal. ¿Por qué iba Jablonski a ser una excepción? Julia miró hacia el coche y cruzó la mirada con Lenja Nielsen. Lo que su asistente era capaz de hacer, ella también podría lograrlo. Hizo una breve señal y se desvió hacia la nave de las gallinas. En realidad, daba igual dónde estuviera el pozo. Julia solo necesitaba encontrar el punto de toma. Y ese estaría sin duda cerca de los animales. El laboratorio determinaría rápidamente si se trataba de agua potable o de aguas subterráneas.

Julia avanzó con dificultad por la nieve profunda rodeando la nave hasta llegar a un portón ancho por el que podía pasar incluso un tractor. La puerta más pequeña de al lado estaba cerrada únicamente con un pestillo. La abrió y se quedó paralizada, abrumada. Nunca había visto tantas gallinas juntas en un mismo sitio. El suelo entero estaba cubierto. Hedía de un modo indefinible a excrementos o abono. Quizá era también el pienso lo que olía tan repugnante. Algo no cuadraba allí. Julia vio algunos animales muertos y aparentemente enfermos tirados en medio, pisoteados por las demás gallinas. Jablonski incumplía con toda seguridad la normativa sobre bienestar animal. Las gallinas tenían sin duda demasiado poco espacio. Sobre unos bidones en una esquina ponía «DEGA 16». De inmediato, su mente se puso a trabajar. Conocía la denominación de aquel producto de limpieza. Se había utilizado

antes contra el ácaro rojo de las aves y estaba ya prohibido en Alemania. El producto contenía fipronil, un insecticida tóxico. Otra infracción más. Se tapó la nariz y respiró por la boca. Así el hedor resultaba más soportable. Al menos ya no pasaba frío. La nave estaba caldeada. Julia buscó con rapidez un punto de toma. Encontró sacos de pienso y más al fondo, en la pared, un grifo. Se dirigió directamente hacia él con el frasquito de muestras en la mano. El grifo funcionaba. Si ahora no estaba sacando agua potable, Jablonski había mentido. El corazón le empezó a latir desbocado. Se había alejado mucho del coche. Se apresuró, recorrió el pasillo a la carrera y salió de nuevo al frío. A mitad de camino hacia Lenja, resbaló en la nieve. Cuando se estaba levantando, oyó a lo lejos una voz furiosa.

—Largo de aquí. No tienen nada que hacer aquí.

Maldición. Probablemente Jablonski había descubierto su coche y estaba echando a Lenja Nielsen. El motor rugió. Con el corazón desbocado, se asomó por la esquina al final de la nave. Su viejo Golf se alejaba a toda velocidad. El granjero sostenía una escopeta de caza y se quedó inmóvil unos instantes. Después dio media vuelta, pero a los pocos pasos cambió de dirección y se encaminó directamente hacia ella. Julia se agazapó detrás de la nave. Se acordó de golpe de que el hombre tenía que haber visto sus huellas en la nieve. Lo observó desde su escondite y pensó frenéticamente en cómo escapar de aquella situación. ¿Correr? ¿Pero adónde? No había cobertura por ningún lado, solo la carretera comarcal y campos que se extendían hasta el infinito. Además, Jablonski le llevaba ventaja. Si le disparaba, estaba perdida. Huir era inútil. La localizaría enseguida; sus pisadas en la nieve la delataban. Solo quedaba una posibilidad. Julia se irguió y se llevó el móvil a la oreja.

—Sí, exacto. Granja avícola Jablonski. Sí. Hay cadáveres entre los animales vivos. —Caminó sin vacilar hacia el hombre enjuto, que la fulminaba con la mirada—. También he visto sustancias prohibidas. Las fotografías deben de estarles llegando ahora mismo. —Julia se detuvo frente a Jablonski. Con alivio comprobó que su Golf se acercaba de nuevo desde el otro lado de la carretera.

—Un momento, por favor. —Se apartó el móvil de la oreja y miró al granjero con severidad.

—¿Qué está haciendo? ¿Está informando a la autoridad de protección animal? ¿Está usted loca? —Jablonski cruzó los brazos sobre el pecho—. Ya me lo imaginaba yo, que usted no trabaja para la pasma. Quería inspeccionar mi explotación. Eso es ilegal sin notificación oficial.

Julia se llevó el índice a los labios. —Psst. ¿Quiere que la señora al otro lado de la línea escuche todo esto? —Julia no necesitó añadir que eso significaba problemas para Jablonski. Se puso blanco como la cal.

—¿Qué quiere, maldita sea? —siseó en voz baja.

—Quiero ver su pozo de aguas subterráneas. —Julia lo miró con frialdad—. ¿Las gallinas se abastecen de él?

El hombre asintió con agresividad.

Julia notó la muestra de agua en el bolsillo del pantalón. Ya tenía lo que quería. Volvió a llevarse el móvil a la oreja. —Bien, vuelvo a estar en línea. ¿Cuándo dijo que será la inspección?… Dentro de dos semanas. Gracias. —Julia fingió colgar—. Ya lo sabe. Tiene dos semanas para solucionar las irregularidades de su nave. —Dejó plantado a Jablonski y se dirigió en línea recta al coche. El granjero tenía ahora otros problemas. Sin prisa, subió al coche, cerró con calma la puerta del copiloto y le dedicó a Lenja una sonrisa satisfecha.

—¿Qué le ha dicho? Creía que me iba a pegar un tiro. Por eso he arrancado inmediatamente. —Lenja aceleró. Con las ruedas patinando, salieron disparadas.

—Le he amenazado con la autoridad de protección animal. En su nave hay sustancias prohibidas y los animales tienen un aspecto espantoso. Hay cadáveres tirados por el suelo. Una inspección le va a traer serios problemas. —Julia sonrió—. Del susto, casi se le cae la escopeta.

—El tipo daba miedo. ¿Cree que podría tener algo que ver con los asesinatos? ¿Había ahí dentro algún depósito de agua?

Julia negó con la cabeza. —No, no lo creo. Pero primero me mintió diciendo que el pozo estaba fuera de servicio en invierno.

Quién sabe qué hay en los otros edificios. La granja es bastante grande. Sería bueno que la Policía Criminal echara un vistazo por allí. —Julia se interrumpió, porque había visto algo en el retrovisor del copiloto. Una furgoneta se acercaba a considerable velocidad. Julia reconoció el vehículo. Había estado aparcado en la granja avícola, frente al granero.

—Acelere. Jablonski nos persigue.

—¿Qué? —Lenja pisó el pedal a fondo. El motor aulló y el coche aceleró de golpe. Julia se hundió en el asiento.

—¿Qué quiere de nosotras? Rápido, a la carretera. Ahí delante. A la derecha.

Lenja Nielsen clavó los frenos y tiró del volante. Julia se encogió e imaginó por un instante cómo el coche volcaba. Pero su viejo Golf se deslizó como un coche de carreras hacia la derecha. Julia contempló asombrada a su asistente, que se mordía el labio inferior y se aferraba al volante concentrada.

—¿Adónde voy? —preguntó Lenja con pánico, sin apartar la vista de la carretera.

A Julia le bullía la cabeza. Por fin tuvo una idea.

—Todo recto. Tenemos que dejarlo atrás. —Se giró y comprobó con satisfacción que Jablonski, con su pesada furgoneta, no había tomado la curva tan rápido. Le sacaban ahora unos buenos cincuenta metros.

—Vamos. Acelere. Ahí delante tiene que girar otra vez a la derecha. Así volvemos a la ciudad.

—Vale —graznó Lenja sin aliento. Echó un vistazo al retrovisor—. ¿Por qué conduce usted este trasto tan viejo? El desgraciado nos va a alcanzar. Se acerca.

Julia vio lo que Lenja quería decir.

—Concéntrese en la carretera. Lo conseguiremos. Además, ¿qué va a hacer? En cuanto estemos de vuelta en la ciudad, no puede embestirnos ni dispararnos a la vista de todo el mundo.

—Ojalá tenga usted razón. El tipo está como una cabra. También teníamos uno así en el vecindario en Finlandia. Aquel disparaba con la escopeta a todo lo que se movía. Las leyes y las normas le importaban bien poco.

—Gire a la derecha —ordenó Julia, y se volvió. Jablonski frenó también. Estaba otra vez justo detrás, casi pegado a su parachoques.

—La siguiente calle a la izquierda. Rápido.

Los neumáticos chirriaron, pero Lenja mantuvo el control del coche.

—Ahora ahí delante a la derecha, al aparcamiento.

Julia observó cómo Jablonski pasaba de largo por la estrecha bocacalle. Se detuvo y dio marcha atrás. Para cuando volvió a seguirlas, Lenja había alcanzado la entrada del aparcamiento.

—¿Y ahora qué? Aquí estamos atrapadas.

—No. Lo despistamos. Suba una planta. Rápido. Arriba hay una segunda salida.

Lenja siguió las flechas del suelo. El Golf estuvo a punto de salir volando en las curvas. Y al instante estaban de nuevo fuera y de vuelta en la calle.

—En el próximo cruce giramos a la derecha. Desde ahí llegamos a la calle principal y al instituto. —Julia se giró una vez más. Jablonski no se veía por ningún lado. Respiró aliviada.

—Uf. Su idea de las muestras de agua ha sido muy buena. Pero quizá deberíamos dejar los pozos que quedan en manos de la policía. Tendrán que conseguir una orden de registro, aunque probablemente sea difícil.

Lenja Nielsen le lanzó a Julia una larga mirada de reojo. —No lo dirá en serio —dijo al cabo de un momento—. A nosotras dos no nos va a asustar un granjero chalado. —En vez de girar a la derecha, giró a la izquierda—. Pasemos al menos por los otros sitios y comprobemos si hay algún campo o algo parecido en las proximidades y si el pozo está siquiera en funcionamiento.

Julia asintió, aunque levantó el índice. —De acuerdo, pero antes le hacemos una visita al colega de Hanjo Wegner en su taller. Wegner me contó que Sebastian Kaltenbach está experimentando con aceites esenciales.

18

Judith Haiden recorrió la obra en bruto sin hacer ruido. Habría jurado que aquel extraño obrero estaba merodeando otra vez por su obra en construcción. Había oído un ruido sospechoso. En el encuentro del día anterior, él simplemente la había empujado a un lado y había salido huyendo. Judith estaba bastante segura de que se trataba de un trabajador no declarado y de que detrás estaba la empresa constructora. No sería el primer caso así para arañar los míseros márgenes del sector de la construcción. ¿Por qué otro motivo habría salido aquel hombre corriendo? Pero incluso si trabajaba allí ilegalmente, ¿por qué andaba el tipo continuamente con un martillo neumático? De algún modo, nada de aquello tenía sentido. Oyó un crujido en el piso de arriba y subió corriendo la escalera con paso ligero. Si volvía a pillar al individuo, lo sujetaría. Se lo había jurado. Nadie arruinaba así como así su reputación colando trabajadores no declarados. Si las autoridades tributarias se enteraban y descubrían que ella estaba al corriente, estaría perdida. Adiós al sueño de un estudio de arquitectura premiado. No podía permitir que la cosa llegara a eso. Subió de un salto el último peldaño y se pegó a la pared. Judith buscó el móvil en los bolsillos profundos de su abrigo de invierno. Necesitaba una foto del trabajador como prueba para enfrentarse después al empresario de la constructora. Debía presentarle el expediente oficial de personal.

Sospechaba que no existía. Ni foto, ni expediente, ni transferencias salariales. Eso se llamaba también evasión fiscal. Y no se trataba de un delito menor en el que simplemente se pagaba lo adeudado, se añadía una pequeña suma extra y todos contentos. No, en la prensa aparecían cada vez más casos de personalidades que habían subestimado ese tipo de fraudes y ahora estaban entre rejas. Con una empresa constructora así, Judith no quería colaborar.

Después del incidente del día anterior, había irrumpido furiosa en la oficina del empresario de la construcción y había exigido una explicación. Naturalmente, aquel bribón quitó importancia al asunto. Le presentó una lista de todos los empleados y juró y perjuró que en su empresa algo así jamás sucedería. Pero Judith conocía el sector demasiado bien. Los fraudes estaban a la orden del día. Y no solo se trataba de trabajo no declarado, sino también de comprar y usar materiales de construcción dudosos. Todo el mundo perseguía únicamente crecer y maximizar beneficios. Para morirse de risa. ¿Por qué tenía que crecer todo siempre más y girar cada vez más deprisa? La Tierra tampoco crecía. Sin embargo, hoy en día un crecimiento estancado era ya la estocada mortal para cualquier empresa. Los inversores se abalanzaban sobre esas cifras y retiraban su dinero. Aun así, con ella esos trucos no colaban. Era una arquitecta seria, trabajando en una propuesta para un gran concurso. Nadie le ponía la zancadilla precisamente ahora.

Detrás de ella algo crujió. Judith se giró en seco, pero no vio a nadie. ¿Quién iba a estar allí? Era la hora de comer. Los obreros no podían llegar lo bastante rápido a sus casetas de obra o a los bares de comida rápida más cercanos. Fuera, con aquel frío, nadie aguantaba más tiempo del necesario. La mejoría prevista del frío extremo no se había producido. Una vez más nevaba sin cesar y el viento le cortaba la cara, calándole a través de la ropa de invierno. Los labios se le habían agrietado pese a los buenos cuidados y la piel le tiraba por el frío. Molesta, recorrió el hormigón desnudo de un futuro pasillo de oficinas. Ahora el crujido sonó al otro extremo del

corredor. Se encaminó hacia allí con determinación, pero la estancia a la que llegó estaba vacía. Si alguien acababa de estar allí y ese alguien no había saltado por la ventana, debía de haberse equivocado. Quizá se lo estaba imaginando todo. Al fin y al cabo, estaba sometida a una presión enorme. Su inversor, tras la cena de la noche anterior, ya no apretaba tanto, pero seguía insistiendo. Desde el inicio de las obras no había pasado un solo día en que no exigiera información sobre el avance de los trabajos.

Judith suspiró y se dirigió de nuevo hacia la escalera. Probablemente debía dejarlo estar y concederse algo caliente de comer. Llevaba horas con el estómago rugiéndole sin parar. Había vuelto a trabajar en los diseños hasta la madrugada y ya no le había quedado tiempo para desayunar. A la larga, con ese ritmo de vida, su salud se iría al traste. Negó con la cabeza, molesta consigo misma, al llegar a la escalera. Todavía no había barandilla, de modo que bajó despacio. Sobre el hueco abierto de la escalera aún no habían colocado el techo. Varios centímetros de nieve se habían acumulado sobre los peldaños. Habría que despejar y asegurar la escalera antes de que alguien se hiciera daño. Se detuvo un momento y tecleó una nota recordatoria en el móvil. Ensimismada, se lo guardó de nuevo en el bolsillo del abrigo. En su mente flotaba el diseño del espacio de coworking. Quizá encontrara un poco de calma durante la pausa del mediodía para seguir desarrollándolo. El plazo de entrega se acercaba sin tregua.

A través de una abertura en la pared exterior, Judith alcanzó a ver su coche. Un obrero estaba junto a él. Se detuvo en seco. Llevaba casco y sostenía un martillo neumático en la mano. De modo que no se había equivocado.

En un instante sacó el móvil e hizo una foto. Mierda, pensó al mirar la imagen. No estaba demasiado nítida. El trabajador llevaba una gruesa bufanda enrollada alrededor del cuello y la cara. Solo

asomaban los ojos, y el pelo quedaba oculto bajo el casco de obra. Judith maldijo y decidió encarar al individuo de inmediato. Sin prestar atención a la nieve, bajó a toda velocidad los últimos peldaños y corrió hacia su coche. El tipo estaba allí plantado, igual que en su primer encuentro, sin moverse.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Judith, sacando de nuevo el teléfono para fotografiarlo. No se le escaparía otra vez. La aplicación de la cámara hizo clic. Pero antes de que Judith pudiera comprobar la foto, el hombre dejó caer el martillo neumático y le arrancó el móvil de la mano de un golpe.

Judith gritó de rabia y se agachó a por su teléfono. Una mano de hierro se cerró desde atrás en torno a su garganta. No pudo agarrar el móvil. Algo maloliente se le aplastó contra la nariz. Le cortó la respiración. Agitó los brazos, se revolvió con todas sus fuerzas y se giró. Vio destellos cegadores; después, un extraño velo cayó pesadamente sobre sus sentidos. Lo último que vio fueron los ojos gélidos del desconocido, que en aquel instante ya no parecía en absoluto un obrero.

19

Florian contemplaba fascinado la piel blanca y lechosa de Julia, tan fina y translúcida que en algunos puntos veía brillar tenuemente sus venas azuladas. La dura médica forense parecía tan vulnerable en aquella foto. Y era precisamente esa vulnerabilidad la que despertaba en él sentimientos que jamás había albergado por ninguna mujer. Quería proteger a Julia. Naturalmente, sabía que ella podía hacerlo perfectamente sola. Aun así, sentía una necesidad abrumadora de protegerla. A estas alturas reconocía que debía llamarla si no quería destruir de inmediato el frágil vínculo entre ellos. Saathoff probablemente tenía razón en eso. Si Julia todavía quisiera algo de su ex, ya habría actuado. No debía dejarse guiar por los celos ni darle vueltas a la vida sentimental de ella. Julia era una mujer orgullosa. No daría el primer paso, y, bien pensado, tampoco tenía motivos para hacerlo. Florian suspiró y deslizó la foto con el pulgar hacia el borde de la pantalla del móvil. Al instante desapareció. De momento, la investigación tenía prioridad. Julia tendría que esperar hasta la noche.

Después de que Philip Jablonski se negara a decir una palabra más sin su abogado, habían decidido hacerle una visita a su empleador. Al fin y al cabo, Philip repartía productos congelados en una furgoneta blanca. Quizá alguna de las matrículas de la flota de la empresa coincidiera con las cifras de la pequeña Greta.

Paralelamente, un coche patrulla se había dirigido a casa del tío de Jablonski. Su granja avícola disponía de un pozo de aguas subterráneas. Los compañeros debían inspeccionar la situación y, a ser posible, conseguir una muestra de agua. De un modo u otro, tenían que ir cercando al autor del crimen. Miró a su compañero, que iba al volante del coche oficial y no paraba de sorber por la nariz. Saathoff había pillado un resfriado. No era de extrañar con aquel frío permanente. Los limpiaparabrisas se movían sin descanso de un lado a otro. Simplemente no dejaba de nevar. Florian abrió la aplicación del tiempo y consultó la previsión para el día siguiente. No se esperaban nevadas, aunque las temperaturas se mantendrían bajo cero. Suspiró y deseó con todas sus fuerzas que llegara la primavera.

—Ahí delante es —dijo Martin Saathoff de repente.

Florian vio una enorme nave industrial blanca con un logotipo descomunal compuesto por varios copos de nieve azules. Debajo lucía el nombre de la empresa en letras azul claro. Delifrío se llamaba el fabricante de productos congelados de todo tipo, conocido en toda Alemania. Desde pizza congelada hasta medias canales de cerdo, allí se encontraba de todo. Florian se había informado previamente. Además de domicilios particulares y establecimientos hosteleros, también abastecían a cadenas de supermercados, aunque a estas últimas con grandes camiones frigoríficos. La empresa disponía de un sofisticado sistema logístico. Los pedidos podían entregarse en cuestión de pocas horas. La necesidad de personal, especialmente de conductores, parecía considerable. Florian había encontrado en internet varias ofertas de empleo.

Martin Saathoff condujo el coche hacia un portón de hierro y se detuvo. Un vigilante con uniforme azul oscuro salió del edificio cuadrado situado a la derecha de la entrada.

—Buenos días, caballeros. ¿En qué puedo ayudarles?

Saathoff le puso la placa en la mano al vigilante. —Queremos hablar con el superior de Philip Jablonski.

—Un momento, por favor. —El hombre se alejó y desapareció en la caseta, casi enteramente acristalada.

—¿Crees que Jablonski podría ser el autor del crimen? —preguntó Saathoff mientras esperaban.

—Me parece bastante extraño que pida un abogado de inmediato. En realidad no tenía motivo para ello. Al fin y al cabo, solo lo interrogamos como testigo.

Saathoff estornudó y echó mano de un pañuelo de papel. —Maldita sea. Estoy ardiendo. A pesar de este frío horroroso. Espero no tener fiebre.

Florian examinó a su compañero, que estaba inusualmente pálido. —Llevo un analgésico encima —respondió, y sacó la caja del bolsillo.

—Gracias —murmuró Saathoff, y se tragó una de las pastillas con un trago de agua de su botella.

—Eso sí, el tipo es bastante fuerte para ser bailarín.

El vigilante volvió a salir y levantó la barrera.

—Diríjanse a la izquierda hasta la puerta AB. Allí les espera el señor Mischke, el superior de Jablonski.

Saathoff condujo el coche despacio por el amplio recinto, pasando junto a numerosos camiones. Una flecha roja señalaba a la izquierda. Saathoff giró. En aquel lado de la nave blanca solo había vehículos de reparto más pequeños. Sobre la primera rampa de carga había una gran H. La puerta AB se encontraba, por tanto, al final del largo edificio, donde las rampas de carga con sus correspondientes entradas se sucedían como perlas en un collar. Frente a la puerta AB esperaba un hombre con mono de trabajo azul oscuro. Debía de ser el jefe de Philip Jablonski. Saathoff se detuvo y Florian fue el primero en saltar del coche.

—¿Es usted el señor Mischke? —preguntó, y se presentó brevemente.

Mischke asintió, y Florian prosiguió de inmediato: —¿Podría enseñarnos las furgonetas con las que Philip Jablonski trabaja para su empresa? Actualmente lo estamos interrogando como testigo en una investigación por asesinato y en ese contexto hemos llegado hasta su empresa.

Mischke levantó las cejas alarmado. —¿Un asesinato? Pero Jablonski no tiene nada que ver con eso, espero.

—No —respondió Florian, aunque él mismo no estaba ni mucho menos convencido—. Como le digo, Philip Jablonski es testigo.

—Entonces vengan conmigo. Tengo veinte conductores que se reparten diez furgonetas. Salvo cinco empleados fijos, todos son trabajadores con miniempleo, incluido Jablonski. Los aparcamientos están allí. —Los condujo al otro lado de la explanada hasta diez furgonetas blancas, todas con compartimento de carga cerrado. Florian los siguió decepcionado. Había esperado que al menos uno de los vehículos tuviera un dispositivo de grúa.

—Eh, compañero. Mira eso. La segunda furgoneta empezando por la izquierda lleva las cifras de la niña en la matrícula. Incluso en el orden correcto.

—Es verdad. ¿Con qué frecuencia se usa esa? —preguntó Florian.

Mischke se encogió de hombros. —Normalmente todas las furgonetas están en servicio al mismo tiempo. Puedo darles la lista de servicios. Ahí queda registrado exactamente qué conductor salió con qué vehículo, cuándo y adónde.

—Eso nos sería de gran ayuda —respondió Florian, y rodeó la furgoneta sin detectar nada llamativo.

—Con este vehículo abastecemos principalmente a la hostelería. Es la única furgoneta que lleva grúa integrada.

Florian se quedó petrificado.

—¿Dónde está el dispositivo de grúa?

Mischke abrió la puerta trasera y señaló el interior del compartimento de carga. —Es una grúa pequeña. Levanta algo más de una tonelada. En el sector hostelero solemos entregar en palés.

De golpe, Florian visualizó el dibujo de Greta. Ahora comprendía por qué la niña había pintado la raya en la puerta trasera del vehículo. Durante todo aquel tiempo no había estado seguro de dónde se encontraba la grúa en la furgoneta. Ahora todo encajaba.

—Es bastante moderna —constató Mischke con orgullo—. Este sistema de grúa no lleva mucho en el mercado. Funciona incluso sin bomba hidráulica ni batería. —Sonrió y dio una palmada al metal blanco—. Antes teníamos que mandar camiones grandes y para ello agrupar muchos pedidos. Eso podía llevar hasta una semana. Ahora entregamos incluso pedidos pequeños de inmediato.

Florian miró a su alrededor. El recinto estaba completamente vallado.

—¿Cómo se accede al recinto y cómo se sale? ¿Solo por la barrera de la entrada?

Mischke asintió.

—¿Y por la noche? ¿La garita del vigilante está ocupada las veinticuatro horas?

—No, solo en horario principal, de ocho a dieciséis horas. El vigilante controla a proveedores externos y visitantes. Nuestros conductores tienen una tarjeta magnética con la que pueden abrir la barrera en cualquier momento. Algunos días empiezan a repartir ya a las tres de la madrugada.

—¿Y las entradas y salidas se registran automáticamente? —insistió Florian. Esta vez Mischke negó con la cabeza.

—No. Llevamos un registro manual. Yo firmo personalmente los trayectos de cada empleado.

—¿Dónde se guardan las llaves de los vehículos? ¿Sus empleados tienen acceso en todo momento?

—Sí. Las llaves están en la oficina. Con la tarjeta magnética se accede al recinto y también a la nave.

Entonces intervino Saathoff. —¿Ha ocurrido alguna vez que algún empleado se haya llevado prestada una furgoneta de la empresa?

—¿Para uso privado? Sí, alguna que otra vez. Somos bastante flexibles en ese sentido. Nuestros empleados pueden, por ejemplo, llevarse un vehículo para mudanzas, pero la gasolina y los posibles daños corren de su cuenta.

Florian reflexionó. Si Philip Jablonski poseía una tarjeta magnética, tenía acceso ilimitado a la furgoneta blanca con grúa. Nadie controlaba si se llevaba el vehículo de noche.

—Si pudiera facilitarme la lista con los horarios de servicio de sus empleados, se lo agradecería mucho —dijo Florian, y Mischke se puso en marcha.

La oficina era un cuartito diminuto con estanterías abarrotadas y un escritorio estrecho. A la izquierda, sobre el aparador, estaban las llaves de los vehículos. Cualquiera que pasara por allí podía servirse sin impedimento alguno.

Mischke rodeó el escritorio y sacó una carpeta de una estantería.

—Philip Jablonski ha estado repartiendo palés durante las dos últimas semanas.

—Entonces conducía la furgoneta con la grúa, ¿correcto? —se cercioró Florian.

—Correcto. Suele trabajar por las tardes, una o dos horas. Farfulló algo de que estaba preparando una actuación de danza. —Mischke torció el gesto con desdén. No parecía tenerle mucha estima al ballet—. Sea como sea, espero que el chaval no se meta otra vez en líos. Por lo demás es bastante cumplidor, y esa clase de gente nos hace falta.

Florian aguzó el oído. —¿A qué se refiere con líos? ¿Ha tenido Jablonski problemas últimamente?

Mischke se dio la vuelta y cogió otra carpeta. —Solicitamos a cada empleado un certificado de antecedentes penales. De Jablonski no existe ninguno en Alemania. Pero nos proporcionó uno de Rusia. Aquí está la traducción.

Florian recorrió las líneas con la vista y no daba crédito. Jablonski había sido condenado en Rusia a una multa por tráfico de sustancias ilegales. El hombre no tenía, pues, unos antecedentes limpios. No era de extrañar que sin un abogado se negara a dar más información. Lamentablemente, el documento no revelaba qué sustancias eran ni las cantidades. Florian debía confiar en que las autoridades rusas se dieran prisa con la información. En cualquier caso, a Jablonski le dedicarían un seguimiento especial. Desde luego, tenía los medios a su alcance. Florian estaba impaciente por recibir noticias de la patrulla que inspeccionaba la granja avícola del tío.

Se despidieron de Mischke dándole las gracias y abandonaron la nave. Cuando estaban de vuelta en el coche, el móvil de Florian sonó estridente.

—Jablonski se niega a entregar muestras de su pozo de aguas subterráneas. Ni siquiera nos deja entrar en la finca y afirma que hace un rato dos mujeres se presentaron por encargo de la Policía Criminal y le robaron.

A Florian le invadió un mal presentimiento. —¿Qué aspecto tenían esas mujeres?

—Una rubia como la paja y otra con corte oscuro a lo paje.

—Gracias —dijo Florian, y colgó.

20

—No hay nadie —susurró Lenja, sacudiendo la puerta de madera podrida de la casa de Sebastian Kaltenbach.

—Pero la finca es enorme. No me lo puedo creer. Aquí tiene que vivir más gente, no solo el escultor de hielo. —Julia se quitó las gafas, sopló contra el cristal helado de la ventana junto a la entrada y se limpió una mirilla con la manga. Dentro no se distinguía nada, estaba completamente a oscuras.

—No sé. No hay ni un solo coche en el patio. Eso sí, en el camino de acceso he visto unas cuantas marcas de neumáticos. Creo que han salido todos.

Julia se dio por vencida. —Está bien. Aunque así sea, no podemos entrar sin más y ver cómo fabrica los bloques de hielo. Al fin y al cabo, no somos ladronas. —Pensó en la granja avícola de Jablonski y en aquel granjero chalado que las había echado con la escopeta. No necesitaba más aventuras por hoy. Vio la expresión decepcionada de Lenja y rectificó—: De acuerdo. Al menos consigamos la muestra de agua. ¿Dónde podría estar el pozo? —Miró a su alrededor. Varios edificios se sucedían a lo largo del recinto. La mayoría eran graneros, poco más que cobertizos destartalados cuyos tejados crujían bajo el peso de la nieve. Gruesos carámbanos puntiagudos en los canalones componían un escenario de cuento de hadas. El patio, salvo por las marcas de neumáticos,

parecía completamente intacto. La finca se encontraba solitaria en el extremo más remoto de Colonia, como si quisiera esconderse del resto del mundo. Pero en alguno de aquellos edificios tenía que estar el taller de Kaltenbach. Lamentablemente, a diferencia del de Hanjo Wegner, no estaba señalizado. Kaltenbach no parecía interesado en recibir visitas. Ni siquiera en la entrada de la finca había descubierto Julia un cartel indicador.

Lenja se encogió de hombros. —Difícil. En nuestra lista no figura ningún pozo. Por otro lado, podría simplemente no estar registrado, igual que el de Wegner. O quizá se haga traer los bloques.

—De acuerdo. Lo mejor es que nos separemos. Usted vaya por la izquierda y yo por la derecha. Puede que encontremos una toma de agua exterior. Si no, esperamos hasta que vuelva Kaltenbach.

Lenja Nielsen asintió obediente y se dirigió hacia el lado indicado.

Julia se quedó un momento más y miró a su alrededor. Cada vez le extrañaba más lo poco que en la propiedad de Kaltenbach apuntaba a un taller de artista. En una esquina se amontonaban bolsas de basura azules, y delante de ellas había varias palas y un pico. El patio, pese a la capa de nieve, tenía un aspecto descuidado. No parecía que por allí anduviera alguien con talento artístico ni sentido de la estética. Los árboles desnudos del entorno no mejoraban la impresión. Julia se estremeció de frío y se ciñó la bufanda. Dio unos pasos y se detuvo de nuevo enseguida. Le sonó el móvil. Era Florian. Lo descolgó con alegría.

—¿Qué hacíais tu asistente y tú en la granja avícola de Jablonski? —Florian sonaba duro y gélido. Julia se mordió el labio inferior. ¿Había llamado Jablonski a la policía? No podía creerlo.

—Hemos recogido muestras de agua —replicó ella con tono neutro.

—Estupendo. ¿Y por qué no me has avisado? ¡Maldita sea, Julia! No puedes inmiscuirte en investigaciones policiales. Al menos no sin coordinarte conmigo antes. Quedo delante de los compañeros como un perfecto idiota. Además, no podéis entrar sin más en propiedades ajenas. Eso es allanamiento, y tomar una muestra de agua constituye hurto. El propietario podría denunciaros.

—Lo siento —susurró Julia, y sintió cómo la alegría por la llamada de Florian se transformaba en amarga decepción—. Solo queríamos ayudar.

—Está bien —respondió Florian en tono más conciliador—. Tendría que haberlo imaginado ya ayer, cuando vi los círculos rojos en tu plano de la ciudad. —Suspiró—. ¿Tienes al menos la muestra de agua? Jablonski afirma que le habéis robado.

—¿Robado? ¡Si quieres llamarlo así, allá tú! Ese individuo nos echó de la finca y nos persiguió con su coche —explicó Julia fuera de sí—. Las carreteras estaban heladas, podríamos haber acabado fácilmente en la cuneta. Además, Jablonski amenazó a mi asistente con una escopeta mientras yo recogía la muestra en su gallinero. Los animales, por cierto, no están nada bien, y Jablonski utiliza sustancias prohibidas. Eso quería denunciarlo de todos modos ante la autoridad competente. Es una irresponsabilidad. —Tragó saliva y añadió con más calma—: Ya sé que aun así nada de eso nos daba derecho a entrar sin permiso.

Florian suspiró al otro lado de la línea. —Philip Jablonski se comporta de manera muy extraña. Ha exigido un abogado de inmediato. Algo huele mal. ¿Cuánto puede tardar el laboratorio en analizar las muestras?

—Espero que no más de uno o dos días —respondió Julia, y se puso de nuevo en marcha. Poco a poco empezaba a tener frío.

—¿Dónde estáis ahora? —quiso saber Florian.

—Queríamos hablar con Sebastian Kaltenbach. Pero por desgracia parece que no está.

—¿Estáis en su finca? No se os ocurra entrar así como así. Os vais a buscar problemas con el fiscal —exclamó Florian.

—No lo haremos —aseguró Julia, sin mencionar que en ese mismo momento estaban rastreando el recinto en busca de una toma de agua.

—¿Nos vemos esta noche?

—Con mucho gusto. ¿Me recoges en el instituto? ¿Sobre las siete? —Florian se lo prometió, y Julia colgó.

Un portón abierto llamó su atención. Avanzó con dificultad por la nieve profunda y entró en el enorme granero. Para su decepción, el

edificio estaba vacío. No había ni siquiera un viejo tractor ni nada parecido. Julia descubrió una puerta más pequeña en el otro extremo y atravesó el granero. La finca tenía forma de U. Si salía por aquella puerta, debería encontrarse con su asistente. Abrió la puerta, cruzó el patio interior y se acercó al siguiente granero. Inspeccionó el entorno con sumo cuidado, pero no descubrió ni un pozo, ni tuberías, ni un grifo. El taller estaba probablemente justo delante de ella, en el siguiente edificio. Rodeó la construcción de madera y encontró enseguida la entrada. Un grito agudo la hizo sobresaltarse. Era Lenja. Julia echó a correr de inmediato; el grito había venido del interior del edificio.

—¿Lenja? —gritó mientras irrumpía dentro e intentaba orientarse. A diferencia del primer granero, allí reinaba un caos absoluto. Vigas, tablas apiladas, barras de hierro oxidadas, herramientas y trastos le impedían ver.

—¿Lenja? —llamó de nuevo, abriéndose paso entre el revoltijo.

—Aquí.

El graznido apagado inquietó a Julia. Siguió la voz de Lenja y se detuvo junto a su compañera. A sus pies había un enorme depósito de fabricación casera empotrado en el suelo. Dentro se encontraba un gran recipiente de acero inoxidable. Julia calculó que medía uno por dos metros. Recorrió con la mirada el metal reluciente y al principio no detectó nada fuera de lo normal. El depósito le recordó al taller de Wegner. La tapa del extremo inferior del recipiente de acero inoxidable estaba abierta. Cuando vio el hielo, se le cortó la respiración.

—¿Qué demonios es eso?

Lenja la miró con los ojos muy abiertos de espanto.

—Pies —susurró con voz ronca—. Son los pies de una mujer. —El pánico en su voz era inconfundible—. Tenemos que salir de aquí. Si Kaltenbach nos ve, nos mata.

Lenja echó a correr sin pensar. Julia, en cambio, no podía moverse. Luchó contra su miedo. Poco a poco, la razón fue imponiéndose. Sacó el móvil e hizo unas cuantas fotos. Solo entonces se dio la vuelta y corrió hacia la puerta. Pero se había olvidado de tomar una muestra de agua. Se detuvo en seco.

—¡Fuera de aquí! —gritó Lenja, que había vuelto y agarró a Julia del brazo—. Tenemos al asesino. Es Kaltenbach. Que se encargue la policía. Tenemos que largarnos ahora mismo. —Lenja tiró de ella con una determinación asombrosa. Cruzaron el patio a trompicones y llegaron jadeando al coche de Julia, que habían aparcado al borde de la carretera, delante del acceso a la finca. Lenja se escurrió hasta la puerta del conductor. Julia subió por el lado del copiloto y envió de inmediato las fotos a Florian. Mientras tanto, Lenja intentó arrancar el motor. El viejo Golf lanzó un chirrido breve, gorgoteó y se sumió en un profundo silencio.

—Mierda. El motor no arranca. Tenía que ser justo ahora. —Lenja giró la llave de contacto adelante y atrás. El coche traqueteó un par de veces. Después se hizo el silencio.

Julia, que estaba a punto de marcar el número de Florian, se quedó mirando por el parabrisas. Por la carretera se acercaba un vehículo; estaba aún a unos quinientos metros.

—Viene un coche. —Su propia voz le sonó extraña. Sorda y mucho más grave que de costumbre. En su mente se desplegó una pesadilla. Veía a Kaltenbach. No. En realidad veía a Jablonski. No sabía qué aspecto tenía Kaltenbach. Se acercaba en su coche. Detenía el vehículo. Se bajaba. Apuntaba con la escopeta y… ¡pum!

—¿Hola?

—¿Hola, Julia?

La voz de Florian, que salía metálica de su teléfono, la devolvió al presente. Debía de haber pulsado su número sin darse cuenta. Seguía con la mirada clavada en el vehículo que se aproximaba, ahora a solo cincuenta metros. Mecánicamente se llevó el móvil al oído.

—Hemos encontrado al asesino. Es Sebastian Kaltenbach. Mi coche no arranca. Estamos atrapadas delante de su finca.

—Cerrad los seguros. La ayuda va de camino. Yo también estoy a punto de llegar.

—Es Kaltenbach. ¡Maldito cacharro! ¡Arranca de una vez! —Lenja tironeó de la llave y maltrató los pedales. El motor no emitió ya ni un solo sonido. Julia se palpó el bolsillo del abrigo buscando el espray de pimienta que siempre llevaba encima. Contra una escopeta era

un medio de defensa casi ridículo, pero lo más probable era que Kaltenbach no tuviera ninguna. Lenja echó los seguros, y Julia, con el corazón desbocado, vio cómo el vehículo entraba en el camino de acceso.

21

Annabell tenía las rodillas pegadas al cuerpo y la cabeza escondida bajo los brazos. No quería oír ni ver nada. El móvil no paraba de sonar. Philip llevaba horas intentando llamarla. Pero no podía hablar con él. No después de todo lo que había ocurrido. Los ojos muertos de aquella mujer en el hielo la miraban fijamente en cuanto cerraba los párpados o se hacía de noche. La última noche había sido especialmente horrible. En el sueño, había bajado dando tumbos hasta el lago y se había detenido ante el bloque de hielo. Miró aquellos ojos de hielo rígidos y muertos y quiso huir. Pero la mujer despertó de repente a la vida. Sus dedos gélidos se desprendieron de la capa de hielo y se aferraron a Annabell. Tiraron de ella sin piedad, arrastrándola hacia el frío. Hasta que el hielo se cerró a su alrededor y Annabell quedó encerrada junto a la muerta. Para siempre. En el hielo eterno. Rígida, convertida en un núcleo congelado por el que nunca más fluiría la vida. Cuya alma quedaba condenada por toda la eternidad, porque el cuerpo no se descomponía bajo tierra, sino que mantenía cautivo al espíritu.

Annabell se enjugó las lágrimas de las mejillas y apartó las imágenes crueles. Llamaron a la puerta de su habitación. Su madre asomó por la rendija.

—Madame Bonnet quiere hablar contigo, cariño.

Annabell levantó la vista un instante. ¿Qué quería la vieja arpía? De todas formas, Madame Bonnet prefería ver a Katharina en el papel principal. La bailarina que, como una maldita reina, jamás sudaba ni parecía esforzarse. Y que seguramente tampoco se inmutaría ante el hallazgo de una mujer muerta. Annabell se había rendido por dentro. Nunca podría volver a bailar y no había vuelto a los ensayos.

—¿Cómo estás? —Madame Bonnet pasó como una tromba junto a su madre y la estrechó entre sus brazos flacos. Se sentó a su lado en la cama—. Acabo de enterarme de lo que ha pasado. Qué espanto. Debes olvidar esa imagen cuanto antes, ma petite.

Annabell no había esperado en absoluto tanta compasión por su parte. Sin querer, nuevas lágrimas se abrieron camino por sus mejillas.

—Fue horrible. Me miraba fijamente. Había sufrido. Pude verlo en sus ojos.

—Santo cielo. Te creo a pies juntillas. Una chica joven como tú debería disfrutar de la vida. La muerte queda todavía muy lejos para los jóvenes como vosotros. —Madame Bonnet apartó ligeramente a Annabell de sí y le sostuvo la mirada—. Tienes que volver a bailar. Después de un trauma como este hay que buscar refugio en la rutina del día a día para superar la conmoción. Todo jinete que se cae del caballo vuelve a montar de inmediato. Tu sitio está en mi grupo de danza. He venido a buscarte. No puedes faltar a más sesiones de entrenamiento.

Annabell se sorprendió. —Pero si ya es tarde. Ahora no tenemos ensayo.

—Es cierto. Pero vas retrasada y tienes que ponerte al día. Te daré unas horas extra para que estés al mismo nivel que Katharina. Debes tener una oportunidad justa. Aún no he elegido a la prima ballerina. —Madame Bonnet colocó su largo dedo índice bajo la barbilla de Annabell—. Tienes madera. Te conozco. Eso sí, tienes que sacarte todo lo demás de la cabeza. Solo cuenta la danza. Nada más. —Se levantó y sacó a Annabell de la cama—. Venga. Recoge tus cosas y vente conmigo.

22

Julia cerró los ojos y contuvo la respiración. El vehículo venía disparado directamente hacia ellas.

—Mierda —maldijo Lenja, que intentaba febrilmente resucitar el viejo Golf—. Estamos perdidas. Yo…

Lenja no terminó la frase, y Julia oyó cómo el vehículo que se acercaba pasaba de largo a toda velocidad. Abrió los ojos de golpe.

—No ha parado. Entonces no era Kaltenbach. —No podía creerlo.

—Menos mal. —Lenja se recostó en el asiento del conductor y exhaló ruidosamente—. Aun así, tenemos que salir de aquí. —Se deslizó de nuevo hacia delante y giró la llave de contacto.

—¿No hay nada que hacer? —preguntó Julia—. Seguramente se ha quedado sin batería.

—¿Cuándo va a llegar la policía de una vez?

Julia se encogió de hombros. —Espero que pronto. Será mejor que llame a la asistencia en carretera. Quizá puedan poner el coche en marcha. —Cuando se llevó el móvil al oído, ya se oían las sirenas de la policía. Poco después apareció en el horizonte un coche patrulla.

—Gracias a Dios —resopló Lenja, y se bajó del coche.

Julia informó brevemente al servicio de asistencia en carretera y siguió a su asistente, que agitaba los dos brazos en el aire como si

pidiera socorro en alta mar. El coche patrulla redujo la velocidad y se detuvo junto a ellas en el arcén.

—¿Son ustedes Julia Schwarz y Lenja Nielsen? —preguntó una agente de cierta edad a través de la puerta abierta del coche, y saltó del vehículo.

Lenja asintió enérgicamente. —Hemos descubierto un cadáver ahí dentro. —Señaló a su espalda, hacia el granero.

—Ya nos han informado. Los compañeros de la Policía Criminal y la policía científica están de camino. ¿Está presente el propietario de la finca?

—No. Gracias a Dios. Nuestro coche se ha quedado tirado y no podíamos salir de aquí. No quiero ni pensar qué nos habría hecho Kaltenbach.

La agente miró a Lenja con compasión. —Hemos venido lo más rápido posible para ponerlas a salvo. —A su compañero, que también había bajado del coche, le dijo—: Aseguramos todo esto primero. Nadie entra en el recinto hasta que lleguen la Policía Criminal y la policía científica.

El policía asintió y sacó cinta de precinto roja y blanca del maletero. Julia observó cómo acordonaba cuidadosamente el acceso a la finca. Había empezado a nevar de nuevo. Alzó la vista hacia el cielo, casi gris oscuro, del que caían infinitos copos de nieve. Se abrazó el cuerpo, tiritando, y esperó a Florian.

Tardó casi veinte minutos en llegar por fin. Julia estaba helada de la cabeza a los pies. Le dolían las puntas de los dedos, igual que los dedos de los pies, rígidos dentro de las botas finas. La muerte por hipotermia no era precisamente agradable, de eso no cabía duda. No quería ni imaginar los fuertes dolores que las víctimas debieron de soportar hasta que el frío les arrebató finalmente la consciencia. Por su formación sabía que aquello podía prolongarse mucho y que, para quien lo sufría, esa franja de tiempo se hacía mucho más larga aún.

—¡Julia! —Florian llegó corriendo con Saathoff pisándole los talones—. Me alegro muchísimo de que no os haya pasado nada. De ahora en adelante no hacéis nada sin coordinarlo con nosotros. —La miró con severidad, pero el alivio en sus ojos era imposible de

ocultar. Florian la estrechó con fuerza contra sí a la vista de todos—. Te he echado de menos anoche —le susurró al oído.

Sorprendida, Julia percibió el agradable cosquilleo que sus palabras despertaron en un cuerpo ya casi entumecido por el frío. Sonrió y miró con apuro a Lenja, que, sin embargo, apartó discretamente la vista. Hasta ahora no le había contado nada de Florian a su asistente. A estas alturas, probablemente ya no hacía falta.

—¿Dónde está la muerta? —Florian la soltó.

—Está en el depósito de congelación, dentro de un molde de acero inoxidable. Allí, en el granero de la izquierda del todo. Solo se ven los pies.

Florian asintió. —Lo he visto en tus fotos. Los bomberos deberían estar aquí en cualquier momento para sacarla del hielo. También se ha puesto en marcha una búsqueda de Sebastian Kaltenbach.

Cruzaron el patio. Lenja Nielsen iba en cabeza. Martin Saathoff le seguía de cerca. Julia contempló la escena con sentimientos encontrados. No tenía nada en contra del compañero de Florian. Era un buen policía. Solo que su debilidad por las mujeres más jóvenes la sacaba de quicio. Por otro lado, sabía que Lenja Nielsen era perfectamente capaz de defenderse sola.

Llegaron al edificio y se abrieron paso entre los trastos amontonados hasta el depósito. Florian examinó el hallazgo.

—A juzgar por el tamaño, son los pies de una mujer o de un adolescente. —Miró a su alrededor e hizo una seña a varios miembros de la policía científica—. Fotografiad primero todo y asegurad las pruebas. Dos de vosotros id a la vivienda y buscad más pruebas. Quizá encontremos la ropa de las víctimas o su documentación. Después inspeccionaremos el resto de los edificios y la finca. Quiero que aquí no quede piedra sin mover.

Mientras la tormenta de flashes de las cámaras repiqueteaba sobre el depósito casero empotrado en el suelo, Julia recorrió con la mirada el taller. El depósito helado se encontraba aproximadamente en el centro del granero. En su punto más alto, el techo alcanzaba unos cuatro metros. Varias vigas de madera robustas sostenían el tejado. Unos cuantos ventiladores y conductos de chapa discurrían

por debajo. Formaban parte del sistema de refrigeración que enfriaba el granero hasta ponerlo bajo cero. De una viga transversal colgaba un dispositivo de elevación, probablemente destinado a izar los bloques de hielo. En el lado derecho se alzaba una rosa descomunal de hielo, la escultura de la que Wegner les había hablado. Julia se inclinó un poco y aspiró hondo. Efectivamente, le llegó un leve aroma a rosas. En el suelo yacía un bloque de hielo de aristas vivas, de aproximadamente un metro cúbico. Una regadera verde estaba atrapada dentro. Plumas negras en el hielo daban la impresión de fluir directamente desde la boquilla. Inspeccionó el hielo, que le pareció impecable, igual que el de Wegner. Al menos, a primera vista no distinguió inclusiones de arena ni suciedad. Tomaría una muestra más tarde. Pensativa, se acercó a una estantería con diversos bidones. Además de gasolina, encontró trementina, que se utilizaba entre otras cosas como disolvente para pinturas al óleo. Encima se guardaban pinceles y pinturas, junto con unos cuantos lienzos sucios. Y entonces Julia descubrió un tarro de rosca con agua de rosas, según indicaba la etiqueta. Kaltenbach lo había utilizado probablemente para la fabricación de la escultura de la rosa. Pero lo que de verdad le llamó la atención fue un cabello adherido a la tapa. No uno cualquiera, sino uno rojo. Jette Hoffner había tenido el pelo rojo.

—Florian, ven un momento.

Le señaló el cabello, y él supo al instante de qué se trataba. Con unas pinzas depositó la prueba en una bolsa de evidencias.

—¿Cuánto tardará el laboratorio con el análisis de ADN? —quiso saber.

—Depende de si conserva la raíz. Lo enviaré a analizar lo antes posible.

—De acuerdo. —Florian le puso la bolsa en la mano a Julia—. Voy a echar un vistazo rápido a la casa antes de que lleguen los bomberos.

Julia asintió. —Sí, ahora te sigo.

Rastreó sistemáticamente el resto del granero. En la parte trasera reinaba de nuevo el mismo caos que en la zona de entrada. Los trastos amontonados resultaban irreconocibles. La policía científica

necesitaría días para examinarlo todo. Bajo sus pies se oyó un crujido. Julia se detuvo, extrañada, y se preguntó por qué de repente pisaba tablas de madera. El resto del suelo era de hormigón. Al parecer, Kaltenbach lo había reparado en algún momento. Las tablas eran antiquísimas y cedían a cada paso. Se agachó y golpeó una de ellas. No parecía haber ningún hueco debajo. Se levantó y buscó a Lenja, que iba de un lado a otro frente al depósito de congelación.

—He revisado todo. ¿Vamos también a la casa? Quizá encontremos algo interesante. En algún sitio tuvo que retenerlas y desnudarlas.

Julia fue la primera en entrar. Lo primero que percibió al acceder a la anticuada cocina fue la expresión decepcionada de Florian.

—Nada —dijo, apretando los labios—. Hemos hecho una primera inspección somera de todo. Puede que haya utilizado alguno de los otros edificios. En el baño hay dos cepillos de dientes y maquillaje. Según parece, Kaltenbach tiene novia. Y ella no puede enterarse de lo que anda tramando.

—¿Sabemos ya quién es? —preguntó Julia, observando los platos y las ollas sucias que debían de llevar días en el fregadero.

—No. Por desgracia, no.

—No parece que Kaltenbach coma aquí con otra persona —constató Julia, señalando los restos de comida—. Todo me parece comidas distintas, y en cada caso hay un solo plato con los mismos restos.

Florian frunció los labios y asintió despacio. —Tienes razón. Eso no se me había ocurrido.

—¿Quizá su novia esté de viaje? —intervino Lenja.

—Puede ser que ni siquiera viva aquí o que haya dejado de venir. —Julia pensó en la conversación telefónica que había oído en el pasillo de Hanjo Wegner. Wegner mencionó entonces que Kaltenbach al parecer había discutido con su novia. Era posible que ella hubiera cortado por lo sano.

—Los bomberos están aquí. Van a sacar el bloque de hielo. —Saathoff se encontraba en la puerta—. Deberíamos ir a verlo.

23

A Judith le retumbaba la cabeza al menos con tanta fuerza como le rugía el estómago. No había comido nada en todo el día. Una oleada de náuseas la invadió. Al hambre se sumaba el producto apestoso con el que la había aturdido. Durante el trayecto hasta aquel agujero se había despertado una vez. El muy canalla la había arrojado a una furgoneta. Cuando la sacó, ella se hizo la inconsciente y esperó una oportunidad para pillarle desprevenido. Pero la cargó sobre sus fuertes hombros hasta una casa y después la ató en el sótano. No había tenido la menor posibilidad de escapar. Al menos, hasta ahora no la había tocado. Tiritaba a pesar de —o más bien a causa de— su abrigo de invierno mal forrado. Habría invertido mejor el dinero en un espray de pimienta o una navaja suiza. Así podría cortar ahora mismo la cuerda con la que estaba atada de pies y manos. Para colmo, el móvil se le había quedado en la calle, donde el canalla la había reducido. Probablemente aquí abajo tampoco tendría cobertura. Por una estrecha ventana del sótano se filtraba algo de claridad. Aun así, Judith solo distinguía vagamente el entorno.

No lejos de ella había un plato con restos de comida resecos. Que antes que ella ya hubieran retenido aquí a alguien la inquietó. Alguien a quien el canalla había mantenido con vida durante un tiempo. El estómago le volvió a protestar. ¿Por qué no le daba de

comer? ¿Acaso pretendía dejarla morir de hambre? ¿Y qué quería de ella? No había pronunciado una sola palabra. ¿Por qué no la había robado sin más? Siempre llevaba dinero en efectivo encima. Le regalaría incluso su coche con tal de que la dejase marchar. Judith se incorporó un poco. Alrededor de la cadera tenía otra cuerda enrollada, que no estaba tan apretada como las de las manos y los pies. Abrió la boca todo lo que pudo e intentó deshacerse de la repugnante mordaza que le dificultaba la respiración. Pero el trasto estaba demasiado ajustado. Solo podía confiar en que le trajera algo de comer y de beber. Entonces tendría que quitarle la mordaza. Judith miró desesperada hacia arriba, a la trampilla del suelo por la que la había bajado. No parecía haber rendijas. Parpadeó e intentó distinguir algún hilo de luz en los bordes. Pero no había nada. Probablemente había deslizado una alfombra encima. Exactamente igual que en las películas policíacas. Los investigadores registraban la casa, lo ponían todo patas arriba y se olvidaban de buscar un hueco bajo la alfombra. La víctima yacía maniatada y amordazada justo debajo de sus pies, pero ellos no se daban cuenta y se marchaban. Menuda pesadilla.

Judith oyó en ese mismo instante ruidos procedentes de arriba. Pasos. Y voces.

Se incorporó más y aguzó el oído en la oscuridad. ¿Había algo de verdad o se lo estaba imaginando? No. Ahora lo oía otra vez. Sonaba como la voz de una mujer. Y después, de nuevo, pasos. Pisoteaban justo por encima de su cabeza. Un hombre gritó algo, pero no logró entenderlo. ¿Quién era? ¿Su secuestrador y una cómplice? Judith tiró como una posesa de sus ataduras. ¿Y si era la policía? La cuerda se le clavó dolorosamente en las muñecas. Ardía como fuego. De nuevo oyó pasos justo encima de ella. Y la voz exaltada de una mujer.

Judith lanzó un grito ahogado. La mordaza actuaba como un silenciador. Su voz se extinguió a apenas unos centímetros de sus

labios resecos.

Se dejó caer contra la viga de madera a la que estaba atada y se fijó de nuevo en el plato sucio.

Claro. La revelación la golpeó casi como un puñetazo. Era posible que nadie la estuviera buscando todavía. Su ausencia seguramente no se notaría hasta la mañana siguiente, cuando no apareciera en la oficina. Pero quizá alguien andaba buscando a quien habían retenido aquí antes que ella. Podía ser la policía, allí arriba, sobre su cabeza. Gritó con todas sus fuerzas. De algún modo tenía que hacerse notar antes de que desaparecieran y la abandonaran aquí abajo a su suerte. Sola en la oscuridad. A merced de aquel monstruo del martillo neumático. Quién sabía lo que pretendía hacer con ella. Dinero, desde luego, no quería. Probablemente tampoco sexo. Si fuera un agresor sexual, seguramente no se habría contenido más de lo necesario y ya habría abusado de ella. Veía al hombre. Cómo se quedaba inmóvil en su obra en bruto. ¿Por qué había ignorado el peligro? Visto en retrospectiva, su agresividad resultaba evidente. Pero estaba tan encasillada en su papel de arquitecta que había juzgado completamente mal la situación. Si aquel tipo se le hubiera cruzado en el parque, habría salido corriendo al instante.

Judith gritó de nuevo. Un sonido lastimero se filtró a través de la mordaza. Su desesperación crecía y crecía, porque todo lo que oía ahora eran pasos que se alejaban lenta pero inexorablemente.

24

Julia dio un paso y oyó crujir las viejas tablas de la cocina de Kaltenbach. Lenja se mantenía a su lado. Florian había vuelto con Saathoff al granero para dirigir a los bomberos.

—¿Hay sótano aquí? —preguntó Julia a un miembro del equipo de recogida de pruebas que estaba tomando huellas dactilares en la mesa de la cocina.

—No hemos encontrado ninguno. Es una casa de labranza antigua. La mayoría de las de la zona no tienen sótano por miedo a las crecidas del Rin.

Julia asintió y echó un último vistazo a la cocina. Después salió con Lenja.

—¿Qué pasará si Kaltenbach vuelve a casa? —preguntó Lenja mientras cruzaban el patio, ya cubierto de pisadas en la nieve.

—Lo detendrán. —Julia apretó el paso, pues el frío volvía a trepar por su cuerpo—. Pero lo más probable es que huya en cuanto vea todos los coches de policía. La búsqueda está en marcha. Tarde o temprano la policía lo atrapará.

Llegaron al taller. El equipo de recogida de pruebas había abierto un ancho pasillo entre los trastos. La vista del depósito de congelación quedaba despejada. Julia vio a varios bomberos con sopletes de gas en la mano. Calentaban desde fuera el molde de acero inoxidable, que ya reposaba sobre el suelo junto al depósito.

Bajo el molde se extendía un charco de agua. El bloque de hielo, sin embargo, no se movía. Podía pasar todavía un buen rato hasta que las llamas derritieran suficiente hielo y el molde pudiera separarse. Solo entonces podrían ver bien a la muerta. Julia decidió aprovechar el tiempo y entregó la bolsa de evidencias con el cabello rojo al equipo de recogida de pruebas. La agente prometió enviarlo de inmediato al laboratorio. Julia estaba impaciente por conocer el resultado.

Mientras tanto, los bomberos seguían bregando con el hielo. Sus rostros habían adquirido un intenso color rojo. Julia, por primera vez en todo el día, tenía verdadero calor. Incluso volvía a sentir los dedos de los pies. Aun así, la visión del molde de acero inoxidable le producía un malestar en el estómago.

Inquieta, comenzó a caminar de un lado a otro. Esperar no era su fuerte. Transcurrió una eternidad. Bajo la estatua de la rosa también se había formado un gran charco. Wegner maldeciría si no podía exponer aquella pieza. Aunque probablemente todas las obras de arte que Kaltenbach había creado estaban perdidas. ¿Quién iba a querer presentar las obras de un asesino y darle publicidad encima? Julia suspiró. El hielo parecía soldado al molde de acero inoxidable. Los sopletes llevaban funcionando veinte minutos y todavía nada se movía. Un bombero golpeó con un mazo, pero sin resultado. El golpe apenas dejó una pequeña abolladura.

Transcurrieron otros veinte minutos hasta que el bloque de hielo, de un metro de ancho por dos de largo, se deslizó finalmente fuera de su carcasa de acero. Julia estaba tensa a más no poder. Primero aparecieron las piernas desnudas. Después las caderas, también sin ropa. Poco a poco se fue revelando el torso, y a Julia le costaba ver a través de la gruesa capa de hielo. Los bomberos se apartaron y Julia se acercó más. Las proporciones parecían distorsionadas, probablemente porque el bloque aún no había sido trabajado y el hielo era por tanto mucho más grueso que en la escultura terminada. Y había algo diferente. Las dos primeras víctimas llevaban un vestido blanco. La nueva víctima estaba completamente desnuda. Un largo cabello negro le cubría el rostro. La muerta le recordó a Julia una figura de una película de terror. ¿Qué demonios

significaba aquello? La primera muerta sostenía un espejo en la mano, la segunda una espiga de cereal, y a la tercera le había colocado el pelo como un velo sobre la cara. ¿Qué juego perverso se traía Kaltenbach con aquellas pobres mujeres?

Florian parecía hacerse las mismas preguntas. —Sigo sin entender la simbología —murmuró pensativo, agachándose junto al bloque de hielo.

—¿Las decoloraciones de la piel no deberían ser de un rojo claro? —Esa fue Lenja, que hasta ese momento había observado la escena en silencio.

Julia, que seguía dándole vueltas a la cuestión de la vestimenta, necesitó un segundo para procesar la pregunta de Lenja.

—Sí, deberían serlo. ¿Por qué? —Julia no siguió hablando, sino que prácticamente se metió dentro del hielo. Le llegó un delicado aroma a vainilla. La fragancia era sutil, pero no podía escapar a su olfato. También aquí Kaltenbach había trabajado con aromas. Dirigió la mirada a través del hielo, de varios centímetros de grosor, al cuerpo inerte. Recorrió con los ojos los contornos del muslo y se detuvo, extrañada.

—¿Qué es eso?

Una fina línea negra recorría la carne. En la otra pierna, Julia descubrió la misma línea.

—Creo que no tiene uñas en los pies —exclamó Lenja—. Santo cielo. La ha torturado.

Julia hacía malabarismos con las piezas del puzle y las encajaba en un todo. Se incorporó y dio un paso más para examinar el torso de la mujer. De nuevo se inclinó tan cerca del hielo que casi lo rozaba con la punta de la nariz. Por encima del bíceps vio otra vez una línea oscura. Lamentablemente, todo aparecía borroso. Parpadeó y observó las manos, que normalmente eran las primeras en enrojecerse con el frío. Nada. La piel parecía impecable. Y tenía también la impresión de que faltaban las uñas de las manos. Julia limpió un momento las gafas para ver con más nitidez. Los lechos ungueales no presentaban alteración de color. Arrancar las uñas de las manos era un procedimiento extremadamente doloroso. Una lesión así dejaba numerosas marcas visibles, pues los lechos

ungueales estaban muy irrigados. Sin embargo, Julia no detectaba herida alguna. Aspiró hondo y examinó después el cabello, tan cuidado que incluso a través del hielo brillaba. Tanto que resultaba antinatural. Aunque eso también podía deberse a la gruesa capa de hielo. Julia negó con la cabeza y se irguió. A su alrededor se había hecho el silencio. Todas las miradas estaban fijas en ella, expectantes. Julia apenas podía imaginar lo que sus próximas palabras iban a provocar. Pero a estas alturas estaba segura de su valoración, y no podía guardarla para sí por más tiempo.

—Esto que hay en el hielo no es una persona. Es un maniquí.

Nadie se movió. Florian la miraba fijamente. Saathoff también. Lenja bajó la vista al suelo con el rostro enrojecido. Las expresiones de los bomberos y la policía científica resultaban indescifrables. El mundo pareció quedarse paralizado un instante. Entonces un bombero se arrancó el casco de la cabeza, y de repente volvió la actividad al granero.

—¿Un maniquí? —preguntó Florian, incrédulo, examinando el objeto dentro del bloque de hielo—. Pues parece bastante real.

—Lo sé —respondió Julia con un suspiro—. Lo siento. Debería haberlo reconocido de inmediato. Estaba demasiado impresionada. —Señaló las líneas negras en muslos y brazos—. Las extremidades están encajadas en estos puntos. En el cuello se ve la misma marca. Además, no hay livideces. Tampoco uñas de manos ni de pies. El pelo parece artificial. Sin duda, no es una persona.

—¡Maldita sea! —estalló Saathoff, retorciéndose el bigote—. ¿Eso quiere decir que hemos venido aquí con este enorme despliegue de efectivos para nada?

Julia se encogió de hombros con gesto culpable. Si hubiera mirado con más detenimiento desde el principio, quizá le habrían llamado la atención las plantas de los pies impecables. Por otro lado, era casi imposible distinguir algo con precisión a través de la gruesa capa de hielo.

—No pasa nada —dijo Florian, frotándose las sienes con gesto agotado—. Ahí fuera sigue habiendo un asesino suelto. Tenemos que atraparlo antes de que haga más daño. Lo mejor es que sigamos el plan original.

Saathoff frunció el ceño. —Deberíamos echarle otro vistazo al rusito ese. A estas alturas ya tendrá abogado.

Florian asintió. —Y luego está el exnovio de Jette Hoffner. Deberíamos hablar con él y verificar las declaraciones que hizo ante los compañeros.

—¿Qué está pasando aquí? —Un hombre de unos treinta años irrumpió en el granero y se arrodilló ante el bloque de hielo medio derretido con el maniquí—. No puede ser. Mi pieza de exposición. Hanjo me mata. —Levantó la vista. En sus ojos ardía fuego—. ¿Qué demonios hacen aquí? ¿Quieren arruinarme? —Señaló desesperado el bloque de hielo que se derretía—. He tardado días en meterla ahí dentro. Han destruido mi obra de arte.

Florian le sostuvo la mirada con expresión impasible. Julia supo por qué. Se llevó la mano automáticamente al bolsillo de la chaqueta donde poco antes había guardado la bolsa de evidencias. El cabello probablemente ya había llegado al laboratorio. Pero un análisis ya no era necesario. Sebastian Kaltenbach, que estaba frente a ellos completamente fuera de sí, tenía el pelo rojo.

25

Caminaba furioso de un lado a otro de la cocina. Las tablas de madera crujían bajo su peso.

—Madre. ¿Cuántas veces te he pedido que no te metas constantemente? —No la veía, porque no le había seguido a la cocina—. ¿Cuántas, vamos?

Naturalmente, ella no contestó. Era terca. Más terca que nadie en todo el planeta. Hecho una furia, barrió una taza de porcelana de la mesa. Se hizo añicos contra la pared con un tintineo.

—Por todos los diablos. Di algo de una vez. —Salió corriendo de la cocina y recorrió el pasillo hasta la habitación favorita de ella. El frío le saltó encima al instante. A su madre parecía no afectarle. Lo miraba sin afecto, sin moverse.

Respiró hondo. Si seguía gritándole, ella se pondría aún más terca y al final quizá pasara días sin dirigirle la palabra. No sería nada nuevo. Sin embargo, en aquel momento no se encontraba en condiciones de discutir con ella. Sabía que su última estatua de hielo se había perdido bajo la nieve. Ni siquiera los informativos habían considerado necesario informar sobre ella. Ni mucho menos había dado para una foto. Era una catástrofe, sí, y aun así no era motivo para ponerse a pelear.

—Esta noche no va a nevar, ni mañana tampoco —dijo en tono más conciliador—. El momento perfecto para arreglarlo todo. Mi

próxima estatua saldrá en el periódico. Quizá incluso en televisión. Te lo prometo, madre.

La mirada gélida de ella lo decía todo.

—¿Y si te pillan? El lago seguro que está vigilado. ¿Por qué no buscas otro sitio?

Negó con vehemencia. Una vez más, ella no entendía nada. Y eso que se lo había explicado tantas veces.

—Quiero que mi estatua esté a orillas de ese lago. Ese es el plan.

Su madre no dijo nada más. Quizá fuera mejor así. No iba a cambiar su propósito. Había elegido deliberadamente lugares concurridos para que su arte recibiera atención. Eso era lo que todo artista quería, ¿no? Las bandas de música querían oyentes, los escritores querían lectores, y él, él quería espectadores. Quería que la gente por fin lo viera como lo que era. Y a cada una de las mujeres que seleccionaba les otorgaba fama eterna. Naturalmente, solo si había fotos y la policía no acordonaba demasiado rápido el lugar del hallazgo. Esta vez actuaría de forma diferente. Hasta ahora había colocado las estatuas en plena noche, normalmente sobre las tres o las cuatro. Hoy lo adelantaría. Así la gente tendría más tiempo para admirar su arte. Satisfecho, dio una pirueta y regresó danzando a la cocina.

—¿Quieres un té caliente, cariño? Hace tanto frío últimamente…

Le sorprendió que su madre estuviera de pronto detrás de él. Era capaz de moverse sigilosamente como un gato sobre patas de terciopelo. Sonrió.

—Con mucho gusto. Después me pondré en camino.

Su sonrisa se congeló, pues había oído algo. Un grito, o más bien un estertor. Alarmado, apartó a su madre de la cocina.

—Yo me encargo —murmuró, y cogió un trapo viejo que empapó en cloroformo. A continuación, retiró la alfombra y levantó la trampilla del sótano.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué pasa aquí? —regañó mientras bajaba los escalones. Encendió la linterna. En la otra mano llevaba el trapo preparado. La mujer estaba acuclillada en el suelo, atada a una viga. A primera vista no alcanzó a ver por qué estaba armando tanto

alboroto. Golpeaba el suelo con los pies e intentaba gritar a través de la mordaza. Solo cuando lo vio a él, enmudeció.

—Ya te he explicado que todavía no te toca. ¿Es que no puedes esperar? Te hacía más lista.

La mujer balbuceó algo. Desviaba la mirada una y otra vez hacia el plato que él aún no se había llevado. De repente cayó en la cuenta de lo que la atormentaba. Se golpeó la frente con la palma de la mano. Claro. Tenía hambre. No era de extrañar que estuviera empezando a perder la cabeza.

—Te traeré algo de comer —prometió, y se llevó el plato sucio arriba, a la cocina. Una vez allí, sin embargo, cambió de opinión. Debía seguir su plan. Era casi medianoche. No nevaba. El cielo nocturno estaba despejado y cuajado de estrellas. La media luna colgaba sobre la tierra como un columpio. Qué noche. No existía un momento mejor. Cerró con llave la trampilla y volvió a deslizar la alfombra encima. Después salió de la casa y se dirigió a su vehículo. La estatua llevaba rato cargada.

Su objetivo estaba claro, y esta vez todo saldría exactamente como él se lo imaginaba.

26

—¿Y dónde has dejado a Florian?

La madre de Julia era, una vez más, la diplomacia personificada. Su padre no habría hecho esa pregunta. Julia había notado en su mirada que percibía su inquietud.

—Seguro que todavía tiene que trabajar. Estáis investigando ese caso horrible de asesinato con las mujeres muertas metidas en esculturas de hielo —dijo Ulrich Schwarz, en un intento de echarle un cable a Julia.

—Exacto —murmuró Hannelore, y le pidió a Julia que pasara. Desde que el asesino de Michael estaba entre rejas, la casa había recuperado la luminosidad. La madre de Julia seguía arrastrando la pesada carga de la muerte de su hijo, pero de algún modo, después de todos aquellos años, lo había superado. Incluso su sitio en la mesa ya no estaba puesto, como lo estuvo durante años.

—La próxima vez lo traeré otra vez —dijo Julia, y colgó la chaqueta en el perchero—. El caso es muy complicado. Hasta ahora apenas hay pistas, y eso a pesar de que el autor ha colocado a sus víctimas en lugares públicos. Nadie ha observado nada decisivo, salvo una niña pequeña que apuntó por casualidad dos cifras de la matrícula que probablemente corresponde al vehículo del autor. La gente de la ciudad no se entera de nada. —Iba a pasar al salón, pero su padre la detuvo.

—¿Qué te ha pasado en la nariz? ¿Te has peleado?

Julia había borrado por completo de su mente el encontronazo con el padre de la segunda víctima.

—Me he llevado una puerta en la cara. Pero no es nada —explicó con gesto evasivo, y tiró de él consigo.

—Yo voy preparando la cena —anunció Hannelore, y desapareció en la cocina.

Julia se dejó caer en el sofá y exhaló un suspiro.

—¿Qué te pasa, hija? —Ulrich se sentó a su lado y la miró con preocupación.

—Hoy la he liado a base de bien —murmuró Julia—. He confundido un maniquí con una mujer muerta y he provocado un caos monumental. No te puedes imaginar la vergüenza que siento.

Su padre la observó en silencio y le acarició suavemente el pelo. —No debes ser tan dura contigo misma. Todo el mundo comete algún error. Al fin y al cabo, lo positivo es que no hubo otra víctima.

Julia asintió. Su padre tenía razón. Aun así, las miradas de los policías que habían acudido en vano al taller de Kaltenbach seguían persiguiéndola. Y Kaltenbach, ni que decir. El hombre era inocente y estaba profundamente afectado. Julia había hecho destruir su obra de arte. Se sentía fatal y deseaba que la tierra se abriera y se la tragara. Hasta la parlanchina de Lenja apenas había dicho una palabra en el camino de vuelta. Demasiado bochornosa era la confusión de un cadáver con un maniquí. ¿Y Florian? ¿Qué debía de pensar de ella? Sus intentos de consolarla no habían podido ocultar su estupor ante el error. Saathoff incluso le había preguntado si últimamente estaba todo bien con ella. Nadie, absolutamente nadie habría creído a Julia capaz de semejante fallo. Su buena reputación se había esfumado. Para siempre.

Su padre parecía capaz de leerle el pensamiento. Una habilidad por la que lo adoraba.

—Sé que piensas que la gente te juzgará siempre por ese único error. Pero no es así. La mayoría lo olvidará antes de lo que crees. Puede que haya algunos que te lo echen en cara, pero esos lo harían de todos modos. Quien no te desea el bien siempre andará buscando basura que tirarte. —De nuevo le acarició suavemente el

pelo—. Seguro que esa no es la única razón por la que esta noche no has traído a Florian, ¿verdad?

—Ya te he contado brevemente que Valentin va a suceder a Manfred Holsten. La idea de que se convierta en mi jefe es casi insoportable. —Se estremeció—. Florian me vio con Valentin cuando este me estaba examinando la nariz, después de que me diera la puerta en la cara, y ahora cree que sigo sintiendo algo por Valentin.

—¿Y es así?

—Pues claro que no. —Julia saltó del sofá—. No quiero volver a ver a Valentin en mi vida. Pero se ha ganado a todo el mundo con su labia. La dirección de la clínica ha firmado su contrato. Ya no hay marcha atrás.

—Sigues enfadada con él.

Julia fulminó a su padre con la mirada. —¿Y qué? Es lo que debo sentir. Valentin me traicionó.

Ulrich Schwarz torció el gesto. —La rabia también es un sentimiento fuerte. Si hubieras pasado página del todo, ya no quedaría nada. Florian parece ser muy sensible. Lo nota. —El padre de Julia se levantó también y la rodeó con los brazos—. Aun así, me lo tomo como una señal positiva. A Florian le importas, y mucho. Parece que va en serio contigo.

Julia apoyó el rostro en el hombro de su padre. —Ni siquiera sé bien qué es lo que hay entre nosotros. Florian a veces es tan distante. Quizá es que todavía no estoy preparada para abrirme a él.

Ulrich Schwarz le levantó la barbilla. —Tienes miedo de una nueva decepción. Pero la vida es así. Para amar hay que arriesgarse a que te hagan daño. Creo que Florian lo merece.

—¡La cena está lista! —llamó Hannelore desde la cocina. Genial, su sentido de la oportunidad era, como siempre, perfecto. La madre de Julia tenía un olfato infalible para las conversaciones difíciles, y se las arreglaba siempre para intervenir justo cuando Julia se acercaba a una solución.

—Todo irá bien —murmuró su padre, le dio un beso fugaz en la mejilla y desapareció rumbo a la cocina para traer los platos. Julia lo siguió despacio. De la cocina llegaba aroma a asado. El estómago le rugió y de repente sintió un apetito enorme.

—Tienes que comer, Julia. Estás muy delgada.

Julia puso los ojos en blanco y recogió la fuente con el asado humeante.

—Huele de maravilla. Gracias por cocinar, mamá.

Hannelore sonrió y le dedicó a Julia una mirada cálida. Eso también había cambiado en ella. Por fin estaba de nuevo presente y no se perdía constantemente en los pensamientos sobre su hijo asesinado.

—Tu padre y yo queremos contarte algo —anunció Hannelore con tono casi solemne, una vez sentados a la mesa—. Hemos reservado un viaje de vacaciones. Una semana en Nueva York.

Julia levantó la vista del plato con sorpresa. —Vaya. ¿Nueva York? ¿Cuándo?

—Dentro de dos meses. Estoy emocionadísima. Son nuestras primeras vacaciones en quince años. Desde que perdimos a Michael. —Hannelore parpadeó con tristeza, pero se recompuso enseguida e incluso logró esbozar una sonrisa—. Siempre quise ir a Nueva York. Es una ciudad magnífica. —En sus ojos brillaron de pronto lágrimas —. Tenemos que intentar empezar de nuevo en algún momento. Ahora que ese monstruo está en la cárcel. —Se secó una lágrima con la servilleta.

—Os lo merecéis —dijo Julia, y tomó la mano de su madre—. Michael se alegraría.

Hannelore asintió. —Sí. Pero hablemos de ti. ¿Quién te ha dado con la puerta en la cara? Espero que lo hayas denunciado a la policía.

Julia negó con la cabeza y le contó lo de Otto Schwennig, que estaba desesperado por despedirse de su hija muerta. La velada transcurrió plácidamente, y cuando Julia miró el reloj, comprobó horrorizada que eran casi las doce de la noche. Su padre bostezó y pareció tener el mismo pensamiento.

—Hora de acostarse. Te acompaño al coche —dijo, y se levantó.

—Espero que arranque. Ha habido que cambiar la batería. —Julia abrazó a su madre como despedida y le deseó buenas noches.

—Hasta la semana que viene, papá. —Abrió la puerta. Al instante le azotó el aire gélido del invierno. Su padre la acompañó los pocos

metros hasta el coche y la abrazó.

—Trae a Florian la próxima vez —le susurró, y la soltó.

—Adiós, papá, y buenas noches. —Julia se despidió brevemente con la mano y arrancó. Las calles brillaban por la nueva capa de hielo que se había formado en el asfalto pese al trabajo incesante de los camiones de sal. Al menos su Golf volvía a funcionar a la perfección. Por un momento pensó en llamar a Florian para darle las buenas noches. Pero al fin y al cabo había dejado plantada su cita por culpa del maniquí y no quería resultar pesada. Resignada, Julia lanzó el móvil al asiento del copiloto. En el siguiente cruce debería girar a la izquierda para ir directa a casa. Pero Julia giró a la derecha.

La culpa la tenía el cielo nocturno despejado y sin nubes. En las últimas horas había consultado la previsión meteorológica varias veces. Ni esa noche ni al día siguiente se esperaban nevadas. Era el momento perfecto para alguien que quisiera exponer su obra de arte sin que la nieve lo estropease. Esa idea no le daba tregua a Julia. Quería asegurarse. El desvío que ello suponía era asumible. Llegaría a la cama solo veinte minutos más tarde. Le daba igual. Decidida, puso rumbo a Ebertplatz. Cuando estaba a punto de llegar, le asaltaron las dudas. ¿Actuaba ahora por instinto? Lo pensó, pero llegó a la conclusión de que la calma meteorológica podía ser un dato importante. Algo le decía que el autor corregiría su error, y precisamente en el mismo lugar. Echar un vistazo no hacía ningún daño. Lo peor que podía pasarle era equivocarse. Entró en el pequeño parque y fue directa al punto que seguía marcado por las cintas policiales. La orilla estaba desierta. Unas cuantas farolas proyectaban una luz vacilante que daba a las ramas de los árboles la apariencia de brazos de fantasmas. Julia miró hacia el edificio de viviendas desde donde la pequeña Greta había observado al autor. ¿Estaría ahora también junto a la ventana? ¿Y vería lo que Julia estaba viendo? A una niña de seis años debía de parecerle un cuento de hadas. A orillas del lago helado se alzaba una estatua centelleante, iluminada en colores vivos y visible desde lejos. Los coches en la calle de enfrente aminoraban la marcha para admirar la obra de arte. Tantos testigos, y nadie se fijaba bien. Nadie veía la

muerte que se hallaba en el centro de la obra y que era cualquier cosa menos hermosa. Julia se acercó. Se le cortó la respiración y la imagen de la mujer congelada se le grabó a fuego en las retinas. Se subió las gafas por el puente de la nariz y examinó con ojo experto la piel de las piernas, la parte superior de los brazos y el cuello. No había líneas negras. Además, la víctima llevaba de nuevo un vestido blanco. Los dedos enrojecidos de la mano derecha sostenían un cuenco. Julia tragó saliva. Aquello no era, en absoluto, un maniquí. Retrocedió bruscamente un paso y echó mano del móvil. Cerró los ojos aliviada cuando Florian descolgó al instante.

—Ven rápido, por favor. Junto al lago de Ebertplatz hay un nuevo cadáver congelado.

27

Los focos del equipo de recogida de pruebas competían con los reflectores de colores que el autor había dirigido hacia la estatua de hielo. La luz blanca y cruda de los focos destruía el juego cromático que había conferido a la estatua un aspecto de cuento de hadas. Ahora la envoltura helada se mostraba tal como era: un manto gélido de muerte que mantenía prisionera a una mujer inocente.

Numerosos vecinos se congregaron tras la cinta policial pese a lo avanzado de la hora. Alguien entre la multitud disparó un destello hacia la estatua de hielo. Un periodista que necesitaba imágenes para la próxima edición.

—Deje de hacer eso —exigió un policía en voz alta, casi arrancándole la cámara de las manos—. Está obstaculizando una investigación policial.

Al periodista aquello le impresionó más bien poco. Retrocedió unos pasos y siguió fotografiando sin más. Julia se desentendió de la escena y se concentró por completo en la víctima. De nuevo el asesino había elegido a una mujer; debía de rondar los veinte años. El largo cabello negro le recordó en un primer momento al maniquí del taller de Kaltenbach. Pero el pelo era auténtico. La muerta tenía los ojos abiertos, como la segunda víctima, Carola Schwennig. A través de la gruesa capa de hielo, Julia no detectó a simple vista lesiones evidentes. La coloración rojiza de la piel apuntaba a una

muerte por hipotermia. El asesino seguía un patrón conocido. Las proporciones de la estatua resultaban armónicas. Estaban, por tanto, ante un hombre inteligente, capaz de adaptarse a circunstancias cambiantes. Aquella tercera víctima no era otra cosa que una corrección de la segunda presentación, que la intensa nevada nocturna había perjudicado. Florian probablemente acertaba con su tesis de que el autor exponía a sus víctimas y pretendía que las viera el mayor número posible de personas. Esta vez incluso aparecerían fotos de la estatua en el periódico. El periodista seguía sacando fotos con entusiasmo.

—¿Qué significará el cuenco que lleva en la mano? Primero un espejo, luego una espiga de cereal y ahora esto. —Julia no hallaba explicación. Florian, que había rodeado varias veces a la muerta, torció el gesto.

—Me he recorrido medio internet buscando una explicación. Podrían ser símbolos. Pero hasta ahora, nada. Mujeres con un espejo de mano las hay a millares y en todas las variantes imaginables. Mujeres con espigas de cereal, igual. La espiga representa la agricultura y ya la utilizaban hace milenios las culturas más diversas. Y ahora un cuenco. Los había ya en la Edad de Piedra. —Florian sonaba frustrado. Hizo una seña a Martin Saathoff, que justo en ese momento estaba enzarzándose con el periodista.

—Déjalo —le siseó Florian en voz baja—. Ese tipo es peligroso y además pesado como una mosca cojonera. Ya me causó problemas en otras investigaciones y luego se escudó en la libertad de prensa. Mejor mantén las distancias.

—No soporto al tío —refunfuñó Saathoff—. Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

—Deberíamos interrogar a cada uno de los curiosos. Y ahora mismo. Mientras los recuerdos están frescos, puede que alguien haya visto al autor o una furgoneta blanca. Con un poco de suerte, algún testigo se habrá fijado en la matrícula. Tuvo que haber venido en un vehículo. Y entonces tendremos a nuestro artista del hielo.

—¿Y qué pasa con el bailarín? ¿Mando a un compañero a comprobar su coartada?

—Buena idea. —Florian se volvió hacia Julia y preguntó—: Cuando llegaste aquí, ¿estabas completamente sola?

—Sí, ¿por qué?

—Creo que probablemente llegaste poco después de que el autor terminara con su obra. Puede que incluso pasara por tu lado sin que te dieras cuenta.

Julia hizo memoria y negó con la cabeza.

—Una furgoneta blanca la habría visto con total seguridad. Vine hasta aquí precisamente porque esperaba encontrar una nueva muerta. Estaba muy concentrada.

—Aun así, es posible que estuvieras muy cerca en el tiempo. Una patrulla pasa regularmente por aquí. La última vez fue a las once, y juran que a esa hora todavía no había ninguna estatua junto al lago. —Florian clavó en Julia una mirada intensa—. No quiero ni pensar qué habría pasado si hubieras caído en sus manos. —Suspiró y le tomó la mano—. ¿Por qué no vinimos juntos?

Se quedó callada. ¿Qué podía decir? ¿Que se avergonzaba por lo del maniquí? ¿Que temía que él dejara de quererla a causa de su error?

—Eh —susurró Florian—. Sé que te sientes mal por el error en el granero de Kaltenbach. Pero todos vimos los pies y pensamos que era un cadáver. Incluso cuando el bloque de hielo quedó al descubierto y tú ya lo habías reconocido, seguíamos creyéndolo, yo incluido. No hiciste nada mal.

Curiosamente, ahora sus palabras sí la reconfortaban. Todo lo contrario que por la mañana, cuando su compasión había rebotado en ella como en un escudo. Pensó en su padre y le dio las gracias en silencio por la conversación. Florian era alguien especial. Alguien a quien no se podía dejar escapar. Era completamente distinto a Valentin y exactamente lo que ella necesitaba.

—Te he echado de menos esta noche. —Las palabras le brotaron tan deprisa que se mordió la lengua con fuerza en cuanto se dio cuenta.

Florian la miró sorprendido y después sonrió.

—Ven. Averigüemos si alguien ha visto una furgoneta blanca.

28

Julia se despertó con un dolor de cabeza sordo. El móvil sonaba estridente y lo buscó a tientas, frenética. El tono de llamada la estaba matando.

—Schwarz —murmuró medio dormida.

—Soy Florian. ¡Buenos días! Quería mantenerte al corriente —dijo con frustración—. Parece que estamos gafados. Ni un solo testigo se fijó en una furgoneta ni en el autor. Supongo que fue por las luces. Los reflectores de colores distrajeron a todo el mundo, y los curiosos dieron por hecho que se trataba de arte.

Artista del hielo, le cruzó por la cabeza a Julia, y se incorporó de golpe.

—El tío nos está tomando el pelo —estalló Florian—. Anoche mismo enviamos una patrulla a casa de Philip Jablonski. Pero no estaba. Un compañero de piso declaró que se había ido a un club nocturno. Sin embargo, nuestros compañeros no lograron encontrarlo allí. Estamos comprobando si condujo la furgoneta de su empresa durante ese intervalo. Si resulta que sí, se catapulta definitivamente al primer puesto de la lista de sospechosos. Espera un momento.

Julia oyó la voz de Saathoff al otro lado del teléfono. Se puso las gafas. Eran apenas las seis de la mañana. Los dos se habían puesto en marcha temprano. Aunque no alcanzaba a entender las palabras

de Saathoff, notó que estaba maldiciendo. Al cabo de un rato, Florian volvió a ponerse al aparato.

—Hemos analizado las cámaras de la estación de metro, las que apuntan hacia la calle. Nada. Ni una sola furgoneta blanca.

—Quizá no pasó por la estación de metro, sino que se acercó por el otro lado.

—Sí, el tío es astuto. Probablemente conoce las cámaras y las ha esquivado a propósito. Ahora voy a repasar las denuncias de personas desaparecidas.

—¿No puedes conseguir una orden de registro para la granja de pollos? A lo mejor ese bailarín está ahí mismo trabajando en su próxima obra de arte.

Julia oyó a Florian suspirar. —Para conseguir una orden de registro en la propiedad del tío de Jablonski no hay pruebas suficientes. Ningún juez la autorizará. Además, anoche mismo mandé una patrulla. No vieron luces ni detectaron nada sospechoso.

—¿Me avisas en cuanto identifiquen a la muerta? Yo me voy directa al instituto y empiezo con la autopsia de Carola Schwennig. Tal vez encontremos indicios útiles.

—Eso espero. Tenemos que parar a ese canalla —dijo Florian, y colgó.

Julia saltó de la cama y fue al baño. En apenas diez minutos estuvo lista. Prescindió del café y del desayuno. Ya lo recuperaría en el instituto. La autopsia pendiente era importante. Debían seguirle la pista al autor cuanto antes, porque estaba claro que no iba a dejar de matar por voluntad propia. Antes de salir, envió un mensaje a su asistente para que se presentara en la sala de autopsias lo antes posible.

Cuando Julia recorrió el pasillo en dirección a la sala de autopsias, se topó de frente con Valentin.

—¿Podemos hablar un momento? Tenemos que zanjar por fin nuestra discusión.

Julia no le hizo caso y pasó a toda prisa por su lado. —No tengo tiempo —exclamó, y le cerró la puerta de la sala de autopsias en las narices. Lo que le faltaba: su exnovio. Ojalá Holsten estuviera

negociando una solución con la dirección de la clínica. Sencillamente, no soportaba a Valentin.

Se enfundó unos guantes de goma y fue al cuarto de productos de limpieza, donde el cadáver de Carola Schwennig se estaba descongelando. Julia lo examinó y comprobó con satisfacción que el cuerpo estaba listo para la autopsia. Empujó la camilla hasta la sala de autopsias y encendió la luz cenital. El cuerpo parecía de cera blanca. Hizo todos los preparativos, realizó el examen externo del cadáver y a continuación tomó un bisturí para practicar la primera incisión.

—¿Por qué no me avisó anoche?

Julia alzó la vista; Lenja estaba en el umbral con expresión de decepción.

—¿Es porque fui yo la que cometió el error con el maniquí? —se lamentó, y entró—. Mire, señora Schwarz. Lo siento de veras, muchísimo. Por supuesto, tendría que haberme dado cuenta: las plantas de los pies tenían un aspecto demasiado liso y no se apreciaba ninguna decoloración. Fue el pánico. El miedo no es buen consejero. Pero le aseguro que no volverá a pasarme.

Desconcertada, Julia dejó el bisturí. Ni en sueños se le habría ocurrido que a Lenja Nielsen la atormentaran las mismas dudas que a ella. Aquella joven empezaba a ganarle el corazón.

Julia negó con la cabeza y sonrió abiertamente. —Es que no quise sacarla de la cama. Y, por cierto, usted hizo todo bien. Todos pensamos que había un cadáver atrapado en el hielo. Aun de haber caído en que era un maniquí, habríamos sacado igualmente el bloque de hielo del molde, aunque solo fuese para despejar cualquier duda. Así que venga, empecemos. —Julia observó a su asistente con aire pensativo—. Por cierto, yo soy Julia. Podemos tutearnos si quieres.

El alivio se le pintó en la cara a Lenja Nielsen. Asintió encantada y se enfundó un par de guantes de goma con una sonrisa en los labios. Luego se acercó a Julia y comenzó a asistirla.

A esas alturas ya eran un equipo compenetrado. La autopsia de la cavidad corporal la completaron en poco menos de una hora.

Trabajaron con tal concentración que Julia no se percató de que la puerta de la sala de autopsias se abría.

—Han llegado los resultados del laboratorio de Jette Hoffner y también los análisis de agua —dijo un colega—. He pensado que querría examinarlos lo antes posible.

—Gracias —dijo Julia, y pidió a Lenja que continuara sola un momento. Se quitó los guantes y tomó el informe. Un valor le saltó a la vista de inmediato.

—A Jette Hoffner la sedaron con benzodiazepinas. Todos los medicamentos con este principio activo requieren receta médica. —Siguió pasando páginas hasta llegar al análisis de las muestras de agua. Torció el gesto con frustración—. Maldita sea. El laboratorio no ha podido diferenciar significativamente las distintas muestras de las granjas.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Lenja sin levantar la vista.

—Todas las muestras contienen aproximadamente la misma proporción de nitratos que el agua en la que congelaron a Jette Hoffner. Y ninguna de las muestras contenía aceites esenciales. Seguramente se añadieron directamente en el depósito de agua, así que no sirven como criterio de exclusión. Es decir, todos los emplazamientos son igualmente sospechosos. No podemos descartar a nadie.

—O sea, que nuestra operación no ha servido de nada. —Lenja sonaba decepcionada.

Julia asintió. —Eso parece. En cualquier caso, la policía no necesita recoger más muestras de agua, porque así no se puede cercar al autor. —Recorrió con la mirada las páginas siguientes—. Al menos han identificado con un ochenta por ciento de probabilidad el nombre del perfume. Se llama Aphrodite y se vende en cualquier droguería corriente. Estupendo. —Julia se ajustó las gafas—. Así que eso tampoco nos ayuda demasiado. —Pasó la página y se detuvo en seco—. Aunque quizá sí tengamos algo que podría ser relevante.

Esta vez, Lenja levantó la vista expectante.

—La muestra del pozo de Hanjo Wegner es interesante. Resulta que no es agua de pozo en absoluto, sino agua potable sin lugar a dudas. La hoja se había traspapelado. Por eso la veo ahora. —Julia

releyó las líneas. No cabía duda. Pero ¿cómo era posible? Wegner le había enseñado su pozo y ella misma había tomado la muestra. Repasó la escena mentalmente. Hanjo Wegner se había adelantado para hablar con un colega artista. Lo vio hablando por teléfono en el pasillo. Después llamó Florian para advertirla, porque Wegner conducía una furgoneta blanca. Una furgoneta cuya matrícula coincidía en parte con las observaciones de los testigos. Ella estaba nerviosa y había perdido la muestra. Probablemente se le cayó del bolsillo. ¿O se la había quitado Wegner? Julia recordó lo cerca que se le había arrimado en la puerta. Tuvo que pasar apretándose contra él. ¿Había sustituido la muestra por agua potable y luego se la había pasado junto al coche? La revelación la golpeó como un mazazo. Le había bloqueado el paso durante lo que pareció una eternidad, y ahora sabía por qué. ¿Qué tenía Wegner que ocultar? ¿Acaso no era tan inocente como aparentaba? El pozo de Wegner no estaba registrado en el ayuntamiento. ¿Habría intercambiado las muestras de agua solo por eso? ¿Mentía o se trataba tan solo de un malentendido?

—Envío los resultados inmediatamente a Florian y a su equipo. Tienen que examinar a Hanjo Wegner con lupa.

29

Judith Haiden cobró nuevas esperanzas. Al fin y al cabo, le habían dado algo de comer y de beber. Se había librado por fin de la repugnante mordaza y solo con eso ya se sentía mucho mejor. Aunque el aire del sótano olía a rancio y estaba viciado, disfrutó de cada bocanada. Le entraban arcadas cuando pensaba en el trapo empapado de saliva que había tenido metido hasta el fondo de la garganta. Apestaba de un modo espantoso; no conseguía quitarse el hedor de la nariz. El secuestrador no actuaba solo. Su madre vivía en algún lugar ahí arriba. Hacía poco habían discutido. Él había gritado: «Madre, cállate de una maldita vez». ¿Permitiría esa mujer que le hiciera daño? Judith no tenía ni idea. En todo caso, no podía contar con la ayuda de desconocidos. A fin de cuentas, aquel hombre podía hacer con ella lo que quisiera. Tenía que idear un plan para salir de allí por sus propios medios.

Como arquitecta, estaba acostumbrada a abordar las cosas con lógica. Solo había dos posibilidades: o conseguía liberarse de sus ataduras, o esperaba a que su secuestrador regresara y la soltase. En algún momento lo haría, de eso estaba convencida. Sin embargo, la primera alternativa le parecía más sensata. Cuanto antes lograra escapar, mejor. Tenía las manos atadas por delante del pecho. Llevaba lo que se le antojaba una eternidad royendo las toscas cuerdas que le habían rozado la piel de las muñecas hasta dejarla en

carne viva. Pero el dolor le daba igual. Apenas lo sentía, porque su cuerpo estaba inundado de adrenalina. Sistemáticamente, clavaba los incisivos una y otra vez en el mismo punto. La cuerda era gruesa, pero ninguna cuerda del mundo resistiría indefinidamente a su tenacidad. Eso lo sabía. Solo tenía que aguantar. Pasó brevemente la lengua por el material áspero. La mitad ya había desaparecido. Eso era bueno. Casi eufórica, siguió royendo. La saliva le resbalaba a chorros por la cuerda y la iba reblandeciendo. Como una máquina, maltrató la atadura y no se detuvo ni siquiera cuando notó el sabor de la sangre.

Su empeño dio frutos. Por fin, la cuerda cedió. Judith no podía creérselo. Resopló de felicidad y se puso de inmediato a deshacer las ligaduras de la cadera y los tobillos. Tardó una eternidad, porque no veía nada y le temblaban los dedos. Aun así, lo consiguió. Se separó tambaleándose de la viga de madera a la que aquel canalla la había atado. Gateó a través de la oscuridad hasta la escalera; los dedos se le hundieron en un líquido espeso y pegajoso. Ignoró la repulsión que le trepaba por la garganta y siguió tanteando el camino hasta alcanzar el primer peldaño. Temblando, subió a gatas la escalera. Arriba se quedó quieta como un ratón. No quería, después de todo, caer en los brazos de aquel individuo. No parecía haber nadie. No oía ni voces ni pasos, así que empujó la trampilla con todas sus fuerzas. Pero no se movió ni un centímetro. Mentalmente, Judith repasó todos los posibles diseños de trampilla. El secuestrador no era tonto. Seguramente había colocado un cerrojo en algún sitio. Miró por las rendijas. No lograba distinguir ningún cerrojo. Se registró los bolsillos y sonrió. El metro plegable seguía en el bolsillo interior de su abrigo. Lo desplegó y lo introdujo por la ranura que bordeaba la trampilla. En la parte delantera se detuvo justo en el centro. Ahí debía de estar el cerrojo. Empujó con el metro. Nada. Lo sacó y lo intentó desde el otro lado. Esta vez funcionó. Deslizó el cerrojo fuera de su anclaje y abrió la trampilla con el corazón desbocado apenas un resquicio.

De nuevo aguzó el oído y se aseguró de que no hubiera nadie. Salió reptando del agujero del sótano y cerró la trampilla sin hacer ruido. Junto a ella había una alfombra doblada hacia atrás. Era

evidente que su secuestrador había olvidado colocarla sobre la trampilla. Judith miró a su alrededor. Se encontraba en una cocina vieja, bastante deteriorada. A través de la ventana vio árboles que bordeaban una finca; detrás se extendían campos cubiertos de nieve. Ya no estaba en el centro de Colonia. El terreno era visible a gran distancia. Eso dificultaba su huida, porque el secuestrador podría verla desde allí a kilómetros.

Una voz surgida de la nada sobresaltó a Judith. Se escabulló al instante detrás de la puerta de la cocina.

—Te he dicho cien veces que dejes en paz a la chica.

—Pero quiero ayudarla. Desea con tantas ganas que alguien le preste atención, por una vez. No se merece ser siempre el segundo violín.

—Haz lo que te dé la gana. Total, no me haces caso. Pero una cosa te digo: a la cárcel no pienso acompañarte.

—Deja de amenazarme, madre.

Una puerta se cerró de golpe. Después volvió a reinar el silencio. Judith no se movió de su sitio. Con ojo profesional, evaluó el edificio. Se encontraba en el campo. El edificio era con toda probabilidad una casa de labranza; a juzgar por su estado, muy antigua. No podía ser demasiado grande, por tanto. De la puerta de entrada la separaban probablemente no más de seis metros.

Maldición, había olvidado volver a correr el cerrojo. Con sigilo, se deslizó hasta la trampilla y empujó el cerrojo de vuelta a su anclaje. De pronto oyó pasos, pero pasaron de largo por la puerta de la cocina y se alejaron. Judith decidió sin pensárselo dos veces correr en la dirección opuesta. Se asomó al pasillo, dio tres, cuatro pasos rápidos y se pegó a la pared. Escuchó con atención y luego siguió avanzando. Al fondo del pasillo distinguió una puerta. Judith maldijo para sus adentros, porque no era la puerta de la calle.

—¿Madre?

La voz se acercó de nuevo y el corazón amenazó con estallarle en el pecho. Estaba desprotegida en el pasillo. En cualquier momento la descubriría. Bajó el picaporte y se escurrió dentro de la habitación.

—¿Madre? Vamos, ven. Deja de discutir. Es una pérdida de tiempo.

Judith se apoyó contra la pared junto a la puerta e intentó controlar su respiración agitada. Nada de pánico, se repitió varias veces. Tenía que calmarse si quería salir de aquel infierno. Oyó pasos de nuevo y estuvo a punto de gritar de miedo. Se acercaba. Temblando, se desplazó al otro lado de la puerta. Si la abría, quedaría oculta detrás. Ya vio cómo el picaporte descendía. El hombre empujó la puerta con tanta violencia que casi le golpeó en la cabeza. Una oleada de aire cálido entró. Solo entonces reparó Judith en que en la habitación hacía un frío gélido. Percibió un zumbido uniforme, casi como el de un sistema de refrigeración.

—Madre. Solo voy a ayudar a esta única chica más. Luego me tomaré un descanso. Lo prometo.

—Ay, hijo mío. Ya sabía yo que tienes buen corazón.

Judith se preguntó de dónde venía de repente la voz de la madre. Con cautela, se asomó por detrás de la hoja de la puerta. El hombre estaba en el centro de la habitación, de espaldas a ella, solo. ¿Debía salir corriendo al pasillo? Pero allí tenía que estar la madre, en alguna parte. Era demasiado arriesgado.

—Ven aquí, hijo mío, y dame la mano.

Judith escuchó desconcertada. La voz parecía provenir del centro de la habitación. Pero solo le veía a él. El hombre dio unos pasos. Contra la pared de enfrente distinguió una estatua reluciente. Judith parpadeó.

El secuestrador posó la mano sobre ella.

Aquello era hielo. Hielo en cuyo interior había algo.

Una mujer.

Una mujer anciana.

Su madre.

No había hablado ella, sino él, con la voz fingida.

Con ojos muertos, la madre miraba a su hijo desde arriba mientras él la acariciaba con suavidad. A Judith le recorrió un escalofrío. Sin querer, aspiró bruscamente. Se arrepintió al instante.

—Ahí hay alguien, hijo mío. —Los ojos muertos la miraban.

Judith soltó un alarido y echó a correr.

30

Florian habló con tono frío. Julia veía su nuca a través del cristal espía. Habían reservado el día entero para los interrogatorios de Jablonski y Wegner.

—¿Dónde estuvo usted esas tres noches? —repitió, golpeando con el bolígrafo sobre una hoja de papel donde figuraban las fechas. Julia había visto la lista antes. Frente a Florian estaba sentado Philip Jablonski. El joven estaba pálido, al contrario que su abogado, sentado a su lado con un bronceado impecable.

—Estimado señor Kessler. Lamento repetirlo, pero mi cliente se acoge a su derecho a no declarar. Como usted sabe, en su país de origen ya tuvo problemas. Y ahora desea evitarlos —explicó el abogado con gesto serio.

—¿Tiene usted acceso a benzodiazepinas? —prosiguió Florian impertérrito.

Jablonski se inclinó hacia delante. —Mire, sí, podría tenerlo. Pero yo no he hecho nada ilegal.

Al instante, el abogado alzó la mano indicándole que guardara silencio.

Florian extendió sobre la mesa las fotografías de las mujeres muertas.

—Mire bien. Muy bien. Mire lo que ha hecho.

Jablonski no miró. Tenía los ojos fijos en el espejo. Por un instante, Julia tuvo la incómoda sensación de que podía verla.

—De acuerdo. —Florian volvió a empezar desde el principio—. Así que también en Alemania podría conseguir sustancias ilegales. Quizá le convenga hablar de una vez. Porque no puede faltar mucho para que tengamos la orden de registro de su habitación. Si encontramos algo allí, le conviene más comunicarlo ahora. Y, por cierto, también sabemos que esa noche circuló con una furgoneta de su empresa. ¿Qué hacía con ese vehículo? ¿Puede explicarlo?

—Un momento —intervino el abogado—. Mi cliente no va a decir nada más. Da igual lo que intente. Consiga primero la orden, y después ya veremos. —Se levantó y arrastró a Jablonski consigo—. Nos gustaría marcharnos ya. —En la puerta se dio la vuelta—. Y seguramente sabe usted que la carga de la prueba recae en ustedes. Mientras no tenga más que meras suposiciones, que pueden ser acertadas o no, le ruego que no moleste innecesariamente a mi cliente. —Abrió la puerta, empujó a Jablonski fuera y desapareció con él.

Florian se quedó sentado un rato más y se giró hacia el espejo.

—Deberíamos hacer pasar ahora a Hanjo Wegner.

La agente que estaba junto a Julia asintió y dijo algo por su emisora. No pasaron ni dos minutos antes de que el hombre barbudo entrara en la sala de interrogatorios y tomara asiento en la silla que antes había ocupado el abogado de Jablonski. Julia estaba impaciente por oír su declaración, igual que la del exnovio de Jette Hoffner, al que Martin Saathoff interrogaba al mismo tiempo en otra sala. Habían dado vueltas una y otra vez a los expedientes y las declaraciones de los testigos. Habían revisado la lista de furgonetas sospechosas varias veces. Al final, el resultado era siempre el mismo: esos tres hombres se encontraban en ese momento en el centro de la investigación. A la cabeza de la lista de sospechosos figuraba Philip Jablonski.

—Disponemos del análisis de la muestra de agua de su pozo —dijo Florian, iniciando el interrogatorio—. Usted utiliza un pozo de aguas subterráneas, ¿correcto?

Wegner masculló un escueto sí. Se frotaba las manos sin cesar, inusualmente nervioso. Muy distinto a como Julia lo recordaba.

—Entonces sin duda podrá explicarnos por qué el laboratorio ha concluido que la muestra era agua potable y no agua de pozo.

A Wegner se le dilataron los ojos un instante.

—¿En serio?

Hasta Julia le vio la mentira. Un rojo intenso le trepó por el cuello y se extendió por las mejillas.

—Sí. No hay ninguna duda. Así pues, ¿cuál es su explicación?

Un mechón de pelo le cayó a Wegner sobre la frente. Se lo apartó con gesto nervioso.

—Bueno, pues... sinceramente, no. No tengo ni idea de cómo es posible. Quizá se confundió la muestra.

—La médica forense responsable, Julia Schwarz, sospecha que usted sustituyó la muestra.

Florian fue al grano más deprisa de lo que a Julia le habría gustado. En la mirada de Wegner apareció algo acechante. La misma expresión que ella había percibido entonces en el pasillo de su casa y que la había asustado.

—Así que la zorrita esa me ha delatado —murmuró el escultor de hielo.

—Le ruego que se ciña a los hechos. Le recuerdo una vez más que todo lo que diga se está grabando.

—Ya me he enterado.

Florian calló. Julia conocía esa técnica. El silencio era un arma eficaz en los interrogatorios. La mayoría de las personas acababan por no soportarlo. Wegner no fue una excepción. Se removió en la silla hasta que al fin siguió hablando.

—¿Qué quiere de mí? Muestra sí o muestra no, yo no tengo nada que ver con los asesinatos. Eso lo sabe usted.

Florian siguió callado.

—¿Acaso me considera sospechoso?

Silencio.

—Maldita sea. Diga algo. Yo les he ayudado. Les he enseñado cómo, en teoría, se podría meter a una mujer dentro de un bloque de hielo así. ¿Así es como demuestra su gratitud? —Wegner estrelló

el puño contra la mesa. Su rostro había adquirido un rojo oscuro alarmante.

—Debemos seguir cada pista. Eso lo entenderá. Le estamos muy agradecidos por su colaboración. Sin embargo, hay varias irregularidades. Por un lado, su furgoneta blanca con una combinación de matrícula que los testigos observaron en un lugar del hallazgo. Hasta ahora, eso no nos había llevado a tenerle en el punto de mira. Aunque usted posee todos los conocimientos y los medios necesarios para un acto así. Pero lo de la muestra de agua falsa fue sencillamente demasiado. Usted oculta algo, y ahora sería el momento de hablar.

Wegner se pasó la mano por la barba. —De vez en cuando algún amigo o colega usa mi furgoneta.

Florian sacó otra fotografía del expediente. Julia sabía que era su carta de triunfo.

—Su padre ha declarado que usted estuvo en casa todas las noches durante las últimas dos semanas. Explíqueme entonces, por favor, cómo es que una cámara de vigilancia captó esta imagen. Aquí arriba, a la derecha, figura la fecha. Fue la noche en que se colocó la escultura de hielo con el cadáver de Carola Schwennig junto al lago del Ebertplatz. Usted estaba a solo una calle de distancia.

—Yo estaba en casa —aseguró Wegner con voz temblorosa.

Florian puso la siguiente fotografía sobre la mesa. Era una ampliación del rostro del conductor: sin lugar a dudas, Hanjo Wegner.

El escultor de hielo agachó la cabeza, abatido, y volvió a pasarse la mano por la barba.

—Tenía algo que hacer.

Julia contuvo la respiración. Apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Y qué tenía que hacer? —preguntó Florian.

—Iba de camino a ver a un amante del arte que patrocina nuestra exposición.

Florian suspiró. —Necesito el nombre y la dirección para poder verificar su declaración.

Wegner alzó la vista. —El mecenas desea permanecer en el anonimato.

—¿Cómo dice?

—Bueno, no quiere figurar en el registro de donaciones. Es un político conocido, y ya sabe cómo son estas cosas.

—O me da el nombre, o le dejo aquí a que se cueza.

Esta vez fue Wegner quien guardó silencio.

—Muy bien. Vuelvo en una o dos horas. Hasta entonces tiene tiempo para reflexionar. —Florian se levantó y abandonó la sala.

Julia observó a Wegner un rato más. Sin duda ocultaba algo.

—¿Crees que es él? —preguntó sin apartar la mirada cuando Florian entró en la habitación contigua.

—No lo sé —respondió—. Pero desde luego nos oculta algo. Hay numerosos indicios en su contra. Aun así, no quiero precipitarme. Philip Jablonski es igual de sospechoso. Lo que sigo echando en falta en ambos casos es el móvil. Además, hasta ahora no conocemos ninguna conexión con las víctimas. Ni siquiera sabemos con qué criterio eligió a las tres mujeres. Tampoco parecían conocerse entre ellas. Entonces, ¿cómo se fija el autor en ellas?

Julia se encogió de hombros. En eso ni siquiera había pensado.

—¿Has averiguado ya quién es la tercera víctima? La autopsia de la muerta no podré hacerla hasta mañana como muy pronto. Solo espero que esta vez demos con alguna pista. Con las dos primeras víctimas apenas pude determinar algo más que la causa de la muerte. Quiero por fin una muestra de ADN del autor.

—Yo también. —Florian suspiró y prosiguió—: La tercera víctima se llama, con gran probabilidad, Mila Papendieck. Sus padres la denunciaron como desaparecida hace tres días. Su foto coincide con la muerta. Acababa de terminar el instituto y se estaba formando como peluquera. El análisis de ADN para la identificación definitiva lo tienes tú. Pero eso ya lo sabes.

Julia asintió. —Las víctimas son todas mujeres, pero difieren mucho en aspecto, edad y profesión.

—La única coincidencia es el lugar de residencia. Todas eran de Colonia y vivían bastante cerca del centro.

—¿En la orilla izquierda del Rin? —preguntó Julia.

—Sí.

Florian abrió la puerta e indicó a Julia con un gesto que lo acompañara.

—¿Dónde has dejado a tu asistente? —se interesó mientras empujaba la puerta de la escalera al fondo del pasillo. El despacho de Florian estaba dos plantas más arriba.

—Lenja está redactando el informe de la autopsia de Carola Schwennig.

El móvil de Florian sonó y Julia enmudeció.

—Kessler —respondió. A Julia le llegó una voz fina de mujer.

—De acuerdo. Entonces nos vemos enseguida. —Florian colgó—. Era Annabell Pitschmann. Quiere contarme algo urgente sobre Philip Jablonski.

Julia se detuvo en mitad de la escalera. —Será mejor que vuelva al instituto a ver cómo va Lenja.

Florian sonrió. —Qué va. Vienes conmigo. Apuesto a que estás deseando oír lo que Annabell tiene que decir.

31

Annabell se había buscado en su cafetería favorita un sitio desde el que pudiera dominar todo el local. Disfrutaba de esos momentos de calma en los que podía ser simplemente ella misma y nadie la criticaba. Como Madame Bonnet, que de algún modo nunca estaba satisfecha con ella. En lugar de decidir de una vez quién sería la prima ballerina, seguía manteniendo abiertas todas las opciones. A Annabell se le estaban agotando las fuerzas y los nervios. La muerta en el hielo la perseguía sin tregua. La imagen se le había grabado a fuego en el reverso de los párpados, porque cada vez que cerraba los ojos veía el cadáver. Madame Bonnet, eso sí, tenía en cuenta esa circunstancia. Aun así, los entrenamientos se habían endurecido considerablemente. Supuestamente seguía con retraso por haberse saltado unas cuantas sesiones. Annabell no se lo creía. Pero mientras Madame Bonnet opinara así, poco podía hacer al respecto.

Y luego estaba Philip, con sus preciosos ojos verdes, en los que se habría sumergido encantada. Para entonces ya volvía a hablar con él y todo entre ellos parecía estar en orden. Al menos eso pensaba, hasta que de pronto él quedó con Katharina. Annabell no paraba de preguntarse qué había hecho mal. Naturalmente, no le había devuelto la llamada en un día entero. Pero estaba en estado de shock. Y estaba completamente sola cuando descubrió a la muerta. Philip quería hacerle creer que se refería a las diez de la

noche y no de la mañana. A esas alturas ya no sabía si debía creerle. Claro, lo que le había pasado le daba pena. Pero en lugar de volver a quedar con ella y consolarla, le había pedido una cita a Katharina. Se le partía el corazón. Annabell suspiró y miró hacia la puerta. Tenían que aparecer en la cafetería en cualquier momento. Los había escuchado por casualidad. Y enseguida le daría una lección. Que Philip pensase al menos por un instante que ella no cumplía con lo acordado. Él le había pedido ayuda. Y por supuesto haría lo que le pedía. Pero no a cualquier precio. Sabía que su idea era infantil. Pero quería que él temblara y sufriera. Además, quería ver los ojos como platos de Katharina. Al fin y al cabo, el hombre con el que había quedado allí dentro de cinco minutos era tremendamente atractivo. Que Katharina se muriera un poquito de envidia, y que Philip no se creyera que ella dependía de él o que iba detrás de él. En todo caso, le iba a arruinar a conciencia la cita con Katharina.

Tuvo que sonreír satisfecha. Paseó la mirada por los demás clientes. Los sospechosos habituales se habían congregado. En la mesa de unas bailarinas de su grupo estaba sentado Marlon. De vez en cuando le lanzaba una mirada. Annabell ya volvería a eso más tarde. Ahora no tenía cabeza para nada más, porque la puerta se abrió de par en par y apareció Florian Kessler.

—Guau —murmuró Annabell, y al mismo tiempo se fastidió de que Katharina aún no estuviera allí. Alto, deportivo, rubio. Casi lo contrario de Philip, con sus rizos oscuros y su constitución mucho más esbelta. Annabell agitó la mano emocionada y se quedó petrificada en el acto. Detrás del comisario de policía criminal se coló por la puerta una mujer de pelo negro con corte a lo paje y gafas de pasta. Era evidente que estaba con él, ya que le puso la mano en la cadera como si fueran un matrimonio de toda la vida. Annabell tragó saliva. Eso no encajaba en su plan.

—Buenas tardes, Annabell —la saludó Florian Kessler con una sonrisa arrebatadora que por un instante la compensó—. Esta es mi compañera, Julia Schwarz. Quizá la haya visto alguna vez.

Annabell se acordó de la médica forense, envuelta en un aura impenetrable.

—¿Qué quería contarnos sobre Philip Jablonski? —preguntó él, sentándose frente a ella.

Annabell no respondió de inmediato, porque Philip y Katharina entraron en ese preciso instante. Decidió ignorarlos de momento. Aun así, no se le escapó la mirada de Philip, que saltaba de ella a Florian Kessler y viceversa. Tenía la inseguridad escrita en la cara. Los ojos de Katharina se quedaron pegados a la figura atlética de Florian Kessler. Por desgracia, desde su posición solo lo veía de espaldas. El plan de Annabell funcionaba en cualquier caso. Florian Kessler parecía poseer un sexto sentido, porque se dio la vuelta.

—¿Philip Jablonski viene a menudo por aquí? —preguntó, volviéndose de nuevo hacia ella.

Annabell asintió. —Sí. Todos venimos. La cafetería es un conocido punto de encuentro de artistas. —Se pasó la mano por el cuello con gesto tímido e inspiró hondo—. Bueno, lo de Philip... quería comunicarle que en realidad no me dejó plantada. No se refería a las diez de la mañana, sino a las diez de la noche. Así que no tiene nada que ver con aquella estatua.

Florian Kessler se inclinó sobre la mesa. Sus ojos eran de un azul tan increíble que Annabell tuvo que tragar saliva.

—Gracias por la información. Eso mismo ha declarado Philip.

Annabell acercó la silla a la mesa. —Ah, sí, hay algo más. La noche antes de que me topara con la muerta en el hielo, Philip estuvo en mi casa.

A Florian Kessler se le abrieron los ojos de par en par. En el rostro de la médica forense, en cambio, Annabell no percibió reacción alguna.

—¿Podría acotar la franja horaria?

—Sí. Fue desde las nueve de la noche hasta las tres de la madrugada.

—¿Y cómo fue a su casa?

—Con una furgoneta de su empresa. La aparcó delante del portal. Un trasto horroroso. —Annabell sonrió, pero la expresión pétrea de Florian Kessler le borró la sonrisa al instante.

—¿Y está segura de que Jablonski estuvo con usted esa noche?

Annabell dirigió la mirada hacia Philip, que la observaba con ojos gélidos. Se le cayó el alma a los pies. ¿De verdad la creía capaz de delatarle a la policía? Asintió con vehemencia.

—Sí. Si no, no lo diría.

A Florian Kessler se le marcó una arruga en la frente. Sus ojos la traspasaron como rayos X.

—De acuerdo. —Se giró hacia Philip. Annabell no pudo ver cómo lo miraba. Philip, sin embargo, apartó la vista al instante—. Consúltelo con la almohada y llámeme mañana. Si entonces sigue manteniendo su declaración, la tomaré por escrito.

—¿Cómo? —preguntó Annabell, insegura. ¿Acaso aquel comisario le veía la mentira en la cara?

Florian Kessler se levantó bruscamente. —Me ha entendido perfectamente. —Se alejó con paso rápido y la mujer del pelo negro lo siguió con la misma celeridad. Annabell los vio marcharse. Después espió con cautela hacia Philip. Pero él ni la miraba. En su lugar, Katharina se había levantado y venía hacia ella.

—Hola —dijo Katharina, poniéndose colorada. Algo completamente atípico en ella—. Prefería contártelo directamente. —A Annabell se le desbocó el corazón. De nuevo miró hacia Philip, mientras la voz de Katharina iba subiendo más y más de volumen. Tanto que medio café podía enterarse—. Madame Bonnet me ha dado el papel de prima ballerina. Voy a bailar con Philip. Es que antes, cuando te fuiste, ella no pudo decírtelo, pero quiere que vayas a verla enseguida.

A Annabell le zumbaban los oídos. Casi como si quisieran ahogar a toda costa la voz de Katharina y protegerla de las horribles palabras que brotaban sin cesar de su boca. No se lo esperaba en absoluto. Tenía la sensación de que todos en la cafetería la miraban. Llenos de compasión. Como se mira a una perdedora. Deseó que se la tragara la tierra en aquel mismo instante. Pero nada sucedió. Estaba allí sentada, expuesta como en un escaparate. El corazón le dio un tropezón. Las lágrimas le subieron a borbotones. Clavó la mirada en Katharina y después en Philip, que seguía sentado en su sitio sin dignarse a mirarla. Tenía que salir de allí. Ya. Sin pensar, se levantó de un salto y corrió hacia el baño.

32

—Estupendo, y para eso hemos venido hasta aquí —refunfuñó Florian mientras le sujetaba la puerta a Julia—. La verdad, yo la hacía más lista. ¿Qué ve en ese Philip para encima mentir por él?

—¿Crees que lo encubre? —Julia se giró una última vez hacia Annabell Pitschmann y a través del cristal de la puerta la vio levantarse de un salto de la mesa. A su lado estaba la chica que había estado sentada con Philip Jablonski. La siguió con la mirada hasta que desapareció en el aseo de señoras. En la pared, a la izquierda de la puerta, había una cómoda con unas figuritas de mármol blanco. Encima colgaba un cuadro que representaba a Zeus, padre de los dioses griegos. En la mente de Julia se compuso de pronto una imagen.

—Creo que ya sé qué símbolos llevan las mujeres muertas en la mano.

—¿Qué? —preguntó Florian perplejo.

Julia no respondió. Volvió a entrar en la cafetería e hizo una foto de una de las figuras de mármol.

—¿Ves esto? —preguntó cuando estuvo de nuevo fuera—. Esta mujer lleva un espejo en la mano. —Se golpeó la frente—. Tendría que haberme dado cuenta mucho antes. ¿Sabes cómo se llama el perfume que se mezcló con el agua helada?

Florian enarcó las cejas, atónito. —No.

—Aphrodite —soltó ella, y vio cómo algo se ponía en marcha en la cabeza de Florian. Parecía no entender.

—Es la diosa griega del amor y la belleza. En la mayoría de las representaciones lleva un espejo en la mano.

A Florian le centellearon los ojos. Julia tecleó «diosas griegas» en el buscador de su móvil. Al instante aparecieron varias entradas con imágenes. Se ajustó las gafas, nerviosa, y leyó en voz alta: —Deméter, la diosa griega de la agricultura y hermana de Zeus, suele representarse con espigas de cereal. Hera, la madre de todos los dioses y esposa de Zeus, aparece en esta imagen con un cuenco en la mano. Aunque a menudo se la muestra también con un cetro o una pluma de pavo real.

—¿Y cuántas diosas griegas hay? —preguntó Florian mientras Julia recorría el texto con la mirada.

—Muchas. —Intentó contarlas—. Al menos una docena, o más. Maldita sea. —Julia alzó la vista—. Si pretende representarlas a todas, le queda mucho por hacer.

—Ven, vamos a mi despacho y buscamos todo lo que haya sobre esas diosas. Con esta pantallita no puedo hacer nada. Quizá este enfoque nos lleve directamente al autor. Tenemos que parar a ese demente.

—Buena idea. ¿Habrá también representaciones de ballet sobre la mitología griega? —Julia no pudo resistirse. Tecleó con curiosidad en su móvil y enseguida encontró una confirmación.

—Aquí pone algo sobre un ballet llamado «Sylvia». La diosa de la caza aparece en él. Aquí hay otro sobre Ariadna, una diosa de la fertilidad. El francés Albert Roussel compuso la música. Si Jablonski bailó en una pieza así, tendríamos una conexión. —Julia se pasó la mano por el pelo, pensativa—. Quizá podamos averiguar si Hanjo Wegner hizo alguna vez figuras de este tipo. O si las víctimas tienen alguna relación con las diosas griegas. ¿Usarían acaso un perfume similar a Aphrodite? Las tres vivían en el centro de Colonia y podrían haberlo comprado en la misma perfumería.

—Voy a pedir que lo comprueben ahora mismo. Espero que por fin le sigamos la pista al asesino.

Florian abrió el coche y se montaron. Cuando llegaron a su despacho, Martin Saathoff ya los estaba esperando.

—Tengo novedades interesantes —anunció—. ¿Empiezo por la buena o por la mala?

Florian resopló. —Por la mala.

—No hemos conseguido convencer a Hanjo Wegner de que se quedara más rato. A la media hora se puso como loco y se largó.

—Vale. Me lo temía. Y ahora la buena.

—Como sabéis, he interrogado al exnovio de la primera víctima, Jette Hoffner. Tiene una coartada blindada para todas las noches en que se colocaron las estatuas de hielo. Como sospechoso, queda descartado. Pero me ha contado por qué Jette Hoffner rompió con él hace seis meses. —Saathoff hizo una pausa y se atusó el bigote con gesto elocuente—. Tenía una aventura con Hanjo Wegner.

—No puede ser. ¿Por qué no nos lo ha dicho? No puede ocultarnos una información así sin más. —Florian apretó los puños—. Tenemos que averiguar si existen también conexiones entre él y las otras dos víctimas. Además, ahora los indicios podrían bastar para una orden de registro. Le vamos a poner su taller y toda la casa patas arriba.

—Y deberíamos repasar las denuncias de desaparición en busca de más víctimas potenciales. Si de verdad pretende representar a todas las diosas griegas, habrá más muertas.

Florian chasqueó los dedos. —Informo a los compañeros. Nos ponemos en marcha ahora mismo. —Salió del despacho. Saathoff lo siguió.

Julia se quedó y contempló el plano de la ciudad, en el que estaban marcados los domicilios de las tres víctimas. Mila Papendieck, la tercera y más joven de las víctimas, vivía a menos de doscientos metros de la cafetería donde acababan de hablar con Annabell Pitschmann. Por Florian sabía Julia que los autores solían actuar en su entorno habitual, porque allí se movían con soltura y podían evaluar mejor la situación. Philip Jablonski, a diferencia de Wegner, vivía en el mismo barrio que las víctimas. Pensativa, Julia miró a su alrededor y vio los expedientes de las muertas sobre el

escritorio de Florian. Seguía preguntándose qué tenían en común esas tres mujeres y qué las vinculaba con su asesino.

Jette Hoffner, víctima número uno, había sido actriz; Carola Schwennig, diseñadora de moda. Se trataba, pues, de artistas. La tercera víctima, Mila Papendieck, que estaba formándose como peluquera, no encajaba en el patrón. Julia abrió su expediente. Los datos recabados eran de lo más escueto. No era de extrañar, la habían encontrado muerta hacía apenas dos noches. Julia no podría comenzar la autopsia hasta la mañana siguiente como muy pronto. Solo entonces sería posible el análisis de ADN para la identificación definitiva de la víctima.

—¿Por qué te eligió a ti? —murmuró, y se preguntó si una peluquera podía considerarse, en el sentido más amplio, una artista. Pero aunque el autor hubiera puesto la mira en personas del mundo del arte, ¿dónde estaría entonces la conexión con las diosas griegas?

Julia sacó su tableta del bolso y tecleó el nombre de la tercera víctima en un buscador. Ya los tres primeros resultados arrojaron más detalles que el expediente. Mila Papendieck no era solo aprendiza. Al parecer tenía también una gran afición. La joven de veinte años había participado en un programa de talentos muy conocido, concretamente como cantante. Mila había alcanzado incluso el segundo puesto. Para un concurso de ámbito nacional que se emitía regularmente por televisión, era un éxito notable. Julia se abrió paso entre centenares de fotos de la atractiva joven. ¿Era esa la razón de su muerte? ¿Quería el autor conservarla en hielo? No. Las esculturas de hielo no eran permanentes. No era eso lo que perseguía el asesino. Julia siguió buceando entre los resultados de búsqueda. Un periódico de Colonia había entrevistado a Mila tras el final del programa. Recorrió el artículo con la mirada; transmitía lo ilusionada que estaba por el contrato discográfico. Pero ese solo existía para el ganador, y a ella le habían faltado un tres por ciento de los votos del público. Había sido un empate virtual. Julia observó la foto de la ganadora, cuyo nombre no había oído jamás y cuyo rostro tampoco le decía nada. Mila era, a su juicio, mucho más atractiva, pero eso era más bien cuestión de gustos.

Buscó a Jette Hoffner. La actriz apenas había tenido presencia pública. Julia encontró el reparto de un teatro pequeño en el que había interpretado un papel secundario. Entrevistas o artículos de prensa parecía no haber ninguno. Y luego estaba Carola Schwennig. Sobre la diseñadora de moda había abundante información en la red. Schwennig gestionaba su propia página web y estaba muy activa en las redes sociales. En Facebook tenía más de diez mil seguidores. Julia leyó unas cuantas publicaciones y contempló a las modelos de piernas interminables que desfilaban con la colección de Schwennig por la pasarela. La mujer tenía talento. A Julia le gustaba aquel estilo singular, aunque ella misma nunca se habría puesto esa clase de vestidos. Era más bien de carácter práctico. A los cadáveres de la sala de autopsias les daba igual lo que llevara debajo de la bata verde de protección.

Julia repasó los tres nombres una vez más y añadió a la búsqueda el término «Aphrodite». Nada. Lo intentó con «diosa griega». De nuevo, sin resultado. Julia tecleó unas cuantas denominaciones más. No se apreciaba ninguna conexión entre las víctimas y los símbolos que les habían puesto en la mano. Investigó cada una de las tres diosas y leyó con atención los textos que encontró en diversas fuentes en línea. Afrodita representaba la belleza. Pero hermosas eran, en opinión de Julia, las tres víctimas, no solo Jette Hoffner. El pelo rojo no se mencionaba en ninguna descripción de Afrodita. ¿Por qué había elegido el autor a una mujer con un color de cabello tan llamativo y poco frecuente? La búsqueda sobre Deméter, la diosa de la fertilidad y la agricultura, tampoco dejó más que incógnitas. Carola Schwennig no estaba embarazada, sin lugar a dudas. Con la agricultura no tenía absolutamente nada que ver, a menos que se contasen las tres macetas de su balcón. Y Mila Papendieck era, a juicio de Julia, demasiado joven para asociarla con la diosa Hera. A Hera se la denominaba también madre de todos los dioses y se la consideraba protectora del matrimonio y de las mujeres. Era hermana y esposa de Zeus. Mila Papendieck, en cambio, no estaba casada, vivía aún con sus padres y tampoco había tenido pareja estable. Por no hablar de un papel de madre.

Julia suspiró. De algún modo, nada encajaba. Sin embargo, el autor no representaba a las mujeres como diosas griegas sin motivo. Cavilaba y cavilaba, y ni se dio cuenta de que Florian regresaba al despacho.

—Listo, todos informados y muy motivados. —Se sentó en el borde de su escritorio y miró a Julia expectante—. ¿Y? ¿Has averiguado algo?

—Por desgracia, no demasiado. He repasado los expedientes de las víctimas, he comprobado qué se encuentra sobre ellas en internet y después he intentado relacionarlas con las diosas griegas. —Se encogió de hombros con frustración—. No he encontrado absolutamente nada. Nada de nada. Ni la profesión, ni la edad, ni el aspecto encajan. No me explico por qué estas mujeres fueron representadas como diosas. Más bien al contrario. Si se miran sus trayectorias y sus logros, no hay nada de divino. Jette Hoffner nunca interpretó un papel protagonista. Carola Schwennig llamó mucho la atención con sus diseños de moda, pero aun así nunca ganó un concurso. Siempre había alguien por delante. Y exactamente lo mismo ocurre con Mila Papendieck. Participó en un concurso de canciones y solo quedó segunda. Ninguna de las tres ha logrado dar el salto definitivo. Eran, en el sentido más literal, las eternas segundas; eso no encaja en absoluto con una diosa. —Julia enmudeció al darse cuenta de que Florian la miraba con los ojos como platos.

—Eres genial —exclamó, y le plantó un beso en la frente—. Me encanta tu forma analítica de ver las cosas. Lo resumes con una claridad meridiana. A mí jamás se me habría ocurrido.

Julia no entendía nada. ¿No acababa de contarle que su investigación no había dado el menor resultado?

—Quiero decir que quizá al autor le importa precisamente eso: convertir a estas mujeres en algo especial. Algo que en vida se les negó. Por eso se esfuerza tanto y las presenta al público.

—Y como con Carola Schwennig nevó demasiado, repitió su puesta en escena con mejor tiempo con la víctima siguiente —concluyó Julia.

—Exacto. Y sospecho que él mismo también ha fracasado. Así que estamos buscando a un autor que hasta ahora no ha recibido el reconocimiento que desea. —Florian dirigió la mirada a la pizarra blanca donde figuraban los nombres de los sospechosos.

—Hanjo Wegner —dijo Julia, y notó cómo se le secaba la garganta.

33

Se frotó las manos con aire triunfal. Llevaba tiempo perfeccionando un método para acelerar la fabricación de los bloques de hielo. Mientras que al principio colocaba el cuerpo inerte sobre una fina placa de hielo dentro del molde de acero inoxidable y luego debía esperar aproximadamente cuatro días hasta que todo se congelara, ahora fabricaba dos bloques con un hueco cada uno que, al ensamblarlos, formaban una cavidad en el centro. Colocaba a la elegida dentro. Necesitaba mucha menos agua para rellenar por completo el espacio restante. Este procedimiento tenía dos ventajas decisivas. Por un lado, la pequeña cantidad de agua con el cuerpo se congelaba en un solo día; por otro, podía prefabricar los bloques. Con orgullo contempló cuatro medios bloques de hielo que había alineado con esmero en el suelo. Lo que aún le faltaba era la que, por el momento, sería la última chica. Torció el gesto al pensar en su madre, que insistía en hacer una pausa. Quizá lograra convencerla si esta vez todo volvía a salir perfecto. No se cansaba de mirar el artículo del periódico que mostraba su estatua de hielo en primera plana. Qué éxito tan grandioso. Lo llamaban el artista del hielo.

Un leve gemido lo arrancó de sus pensamientos. La rebelde arquitecta iba recuperando poco a poco la consciencia. El corazón le dio un vuelco, porque estuvo a punto de escapar. Solo le habían

faltado tres metros de pasillo. Sin su madre, ahora estaría en un aprieto. Menos mal que la tenía, aunque no pudiera dejar de sermonearle. Se dio la vuelta y cogió el cuenco con el sedante. Había pulverizado las pastillas hasta convertirlas en polvo fino. Así se disolvían mejor en el agua. La mujer no debía oponer resistencia cuando la tendiera sobre el hielo y esperara a que muriera. Después le pondría un arco en la mano, como a Artemisa, la diosa de la caza.

—Esta vez vas a ganar —prometió, y sonrió a la mujer. A ella le aleteaban los párpados con fuerza—. Eh —susurró, y le dio unas palmaditas en la mejilla—. No tengas miedo. Ahora vas a recibir todo aquello por lo que siempre has luchado. Todo el mundo te conocerá y tus proyectos serán inolvidables.

En lugar de gratitud, de su garganta brotó algo parecido a un gruñido. No era de extrañar que nunca hubiera tenido verdadero éxito en la vida. No reconocía la oportunidad, a pesar de tenerla justo delante. Lo necesitaba, aunque no fuera consciente. Juntos alcanzarían la auténtica gloria.

—Bebe —dijo, y observó cómo ella bebía con avidez.

No habían pasado ni diez minutos cuando llegó el momento. La levantó en brazos y la depositó en la cavidad del bloque de hielo inferior. Allí la dejaría tumbada hasta que hubiera muerto. Disponía ahora de unas cuantas horas. Cuando regresara, vería si en la muerte mantenía los ojos abiertos o cerrados. Hasta entonces lo había dejado al azar y no había modificado a ninguna muerta. Pero para que su obra fuera perfecta, Artemisa debía tener los ojos abiertos. Al fin y al cabo, era la diosa de la caza.

34

Annabell sollozaba. Se sentía más humillada que nunca en toda su vida.

—Déjame en paz —pidió. No se movió del sitio.

—Venga, abre la puerta. No puedes esconderte eternamente.

Annabell no respondió. Ella misma sabía que no podía quedarse en el baño para siempre. Aquel lugar parecía convertirse poco a poco en su refugio. Una vez más había salido corriendo como un conejo asustado. Antes en la cafetería y ahora en la Escuela Superior. Simplemente porque ya no podía soportar los sentimientos que la devoraban por dentro. Y porque no quería ver cómo Katharina ensayaba con Philip. Claro que era infantil, y más le valdría mostrarse buena perdedora. Pero eso era más fácil de decir que de hacer.

—Tú siempre me quitas todo —graznó, dolida, y se arrepintió al instante de la frase. Delante de Katharina no podía mostrar debilidad. Katharina no era una amiga, sino su rival.

—Cariño. No quería hacerte daño. Siento habértelo contado en la cafetería. Quería avisarte antes. Pero supongo que se interpretó mal.

Annabell puso los ojos en blanco. Katharina actuaba como si de pronto fuera su aliada. «Pero supongo que se interpretó mal.» Menos mal que no se echó a reír. Todos lo habían oído. Todos la

habían mirado fijamente. Jamás olvidaría ese momento. Todo en su interior se apagó de golpe.

—Reconozco que me gusta bailar el papel principal. Pero aun así somos amigas, ¿no? ¿Es que no te alegras de mi éxito?

A Annabell se le atascó el no rotundo en la garganta. En su lugar murmuró: —He trabajado tan duro para conseguirlo y estaba tan cerca. Quería bailar con Philip.

Katharina suspiró y llamó una vez más a la puerta. —Abre, por favor.

—No.

—Si no hubieras descubierto a esa muerta, todo habría ido bien. Tú habrías conseguido el papel. Ya casi desearía no ser la prima ballerina. No merece la pena. Habrá muchas más funciones. Todo el mundo pasa por una buena o una mala racha. A pesar de todo, no es el fin del mundo.

Annabell se levantó de un salto. Abrió el pestillo y fulminó a Katharina con la mirada. —Has quedado con Philip, aunque sabías que me gusta.

—Ay, Annabell. Siempre lo entiendes todo al revés. —Katharina guardó silencio un momento y la observó—. Está bien. No se lo he contado a nadie todavía porque en realidad aún no es oficial. —De pronto se le iluminó toda la cara y continuó—: He quedado con alguien. Una cita de verdad.

A Annabell se le descompuso el rostro. —¿Con Philip? —susurró con voz ronca.

—Qué tontería. Con Marlon.

—¿En serio?

—Philip es bailarín. La mayoría de ellos descubren tarde o temprano que son homosexuales. ¿Te has fijado en lo delgado que es y en cómo levanta la mano derecha? Con uno así yo no me liaría nunca. Y a ti tampoco te lo recomiendo. Imagínate cómo te sentirías si te dejara por un tío. Mira en cambio a Marlon.

Annabell asintió, atónita. Hasta entonces ni se lo había planteado. Por supuesto, Philip no podía competir con los músculos de Marlon ni con su aura masculina.

—El aspecto no tiene por qué significar nada —protestó, aunque en el fondo estaba profundamente aliviada de que Katharina no quisiera nada con Philip.

—Eres de una ingenuidad... Pero no discutamos por eso. Philip es sin duda atractivo. Y sobre todo es un bailarín brillante. Y eso es todo lo que quiero con él: bailar. Por eso habíamos quedado en la cafetería. Nuestro trabajo juntos todavía tenía puntos débiles, al contrario que el tuyo con él. Queríamos hablarlo fuera del campus y sin presión. Por desgracia fue casi imposible, porque el bueno de Philip no te quitaba ojo en todo el rato.

No es de extrañar, pensó Annabell. Le preocupaba que ella fuera a delatarle a la policía. En vez de eso, le había proporcionado una coartada.

—¿Te ha contado algo? —preguntó con cautela—. ¿Lo de la policía?

Katharina la miró con los ojos muy abiertos. —¿Te refieres a lo de las drogas? —Soltó una risita—. Es que es un chico malo. Eso es lo que te atrae de él, ¿a que sí?

Annabell torció la boca con desdén. O sea que ya le había confiado su secreto a Katharina. Annabell sabía que Florian Kessler le tenía en el punto de mira también por eso. Su padre le había conseguido un abogado de inmediato. Que Philip tuviera algo que ver con aquella muerta lo descartaba por completo. Lo conocía demasiado bien para eso.

—Oye. Volvamos a ser amigas sin más —propuso Katharina—. A Philip puedes quedártelo, y en cuanto al papel principal de El Cascanueces, tampoco te comas la cabeza. Ya conoces a Madame Bonnet. Cambia de opinión a cada momento hasta poco antes de la función.

—De acuerdo —respondió Annabell, y le tendió la mano a Katharina. Justo en ese momento le sonó el móvil. Era Philip. Quizá quería quedar con ella.

35

—Maldita sea. Creo que tenemos otra víctima —soltó Florian.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julia, y alzó la vista hacia él. Estaba estudiando una vez más el plano de la ciudad en el despacho de Florian y le irritaba que la investigación de los pozos de agua subterránea no hubiera arrojado ningún resultado hasta el momento.

En realidad solo repasaban los expedientes para matar el tiempo, pues la orden de registro de la finca de Wegner se hacía esperar.

—Una arquitecta de Colonia. Su asistente la denunció como desaparecida. Ayer por la mañana. Quizá sea también una coincidencia.

—¿Has metido su nombre en el buscador?

Florian asintió. —Sí, y adivina qué he encontrado. —Giró la pantalla para que Julia pudiera verla.

—«Judith Haiden, segunda clasificada, quiere presentarse de nuevo el año que viene» —leyó en voz alta—. Oh, no. Encaja exactamente en el patrón.

—Eso me temo yo también —intervino entonces Saathoff, que había estado callado todo el rato frente a su pantalla—. Vive en la margen izquierda del Rin, cerca del centro.

—¡Maldición! —Julia calculó mentalmente el tiempo transcurrido —. Espero que no lleguemos demasiado tarde.

Florian y Saathoff guardaron silencio. Todos sabían que desde el hallazgo de la última estatua de hielo habían pasado dos días. El móvil de Florian rompió el silencio. Descolgó al instante, sin mover un músculo del rostro.

—De acuerdo. Gracias. Muy bien. —Negó con la cabeza y colgó —. Tenemos resultados nuevos. Ninguna de las mujeres muertas había usado un perfume con nombre de diosa. La pista no lleva a ninguna parte —explicó Florian con frustración—. Quizá deberíamos ir reuniendo ya a todo el equipo. La orden de registro de la finca de Wegner debería llegar en cualquier momento.

—¿Y si no mató a las víctimas en su taller? —preguntó Saathoff, lleno de dudas—. Entonces estaremos perdiendo el tiempo.

—No tenemos otra pista. En la habitación de Philip Jablonski no vamos a encontrar nada, y para la granja avícola del tío las pruebas no son suficientes. Pero tienes razón. Deberíamos dividirnos.

Saathoff se levantó. —Yo hablaré con la asistente de Judith Haiden. Puede que consigamos algo. Alguien tiene que haber visto algo.

—¿Y tú? —Florian miró a Julia—. ¿Vienes conmigo o te vas al instituto?

—Voy contigo. Lenja dice que el cadáver de Mila Papendieck todavía no se ha descongelado del todo. La autopsia tendrá que esperar hasta mañana por la mañana. —Julia consultó el móvil y descubrió un nuevo mensaje del laboratorio: ya estaban disponibles los valores sanguíneos de Carola Schwennig y los resultados del análisis del hielo. También a la segunda víctima la habían atiborrado de sedantes. Por lo demás, nada llamativo. El análisis del hielo reveló el nombre del perfume añadido: Demeter. Ya se lo había imaginado. El fabricante de esa línea de fragancias comercializaba diez esencias, cada una bautizada con el nombre de una conocida diosa griega. Era una cifra alarmante, pues si el autor se guiaba por el número de fragancias, asesinaría a siete mujeres más. Apartó ese pensamiento de inmediato. No podían resignarse, tenían que actuar.

—Vámonos —dijo con determinación, y esperó a que Florian recogiera sus cosas.

* * *

—¿Dónde está su hijo? —preguntó Florian con voz cortante.

El padre de Hanjo Wegner gesticulaba nervioso. —Ni idea. Tenía prisa y no me dijo adónde iba. Puede que haya algún problema con la exposición.

—Pero si su furgoneta está ahí en el patio.

—Ha cogido mi coche.

—Escuche. Lo estamos buscando con urgencia. ¿Desde cuándo se ha ido? —Julia contuvo la respiración. Del hombre emanaba un olor penetrante a puro. Aquello le revolvía el estómago.

—Se marchó hace aproximadamente dos horas. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Su hijo se ha enredado en numerosas contradicciones durante su declaración. Tenemos que investigarlas —explicó Florian—. ¿Puede enseñarnos qué dependencias utiliza en esta casa?

El anciano dio un respingo y recorrió con la mirada la orden de registro que Florian le plantaba delante como un trofeo. Las arrugas del rostro del padre, ya de por sí marcadas, se acentuaron al instante.

—Entonces sígame. Mi hijo es buena persona. Le garantizo que no ha hecho nada malo. Desde la muerte de su madre quizá esté a veces más ensimismado que otros de su edad. Pero mi Hanjo tiene un gran corazón.

—¿Por eso le proporcionó una coartada falsa para la noche en que encontramos muerta a su antigua amante Jette Hoffner?

El padre de Wegner se detuvo en la escalera y se dio la vuelta. Tenía el rostro blanco como la cal.

—No puedo traicionar a mi hijo. Soy su padre.

—¿Dónde estaba su hijo aquella noche? Fue visto cerca del lugar del hallazgo, en Ebertplatz, dentro de su furgoneta.

El anciano apretó los labios.

—Lo averiguaremos de todos modos. Mejor que hable con nosotros.

—Necesitaba dinero. Por eso fue a ver a ese hombre. Yo... necesito subir primero las escaleras. —El padre de Wegner tosió con sequedad y subió penosamente los peldaños. Florian le pisaba los talones. Habían acudido con veinte agentes, que se repartían por la finca y los edificios anexos. Un especialista del equipo de recogida de pruebas examinaba la furgoneta en el patio. Los viejos escalones de madera crujían bajo tantas pisadas. Julia reparó en que la barandilla se tambaleaba peligrosamente y prefirió pegarse a la pared. En la planta superior había seis habitaciones. Tres dormitorios, uno de los cuales pertenecía a la madre fallecida y se hundía bajo una gruesa capa de polvo. Un trastero, un despacho y un baño.

—¿Adónde ha ido su hijo? —Florian no cedía, a pesar de que el anciano apenas podía respirar del nerviosismo y el esfuerzo.

Julia sintió compasión y lo sujetó del brazo. —Siéntese —dijo, y lo condujo hasta una silla.

—¿A casa de qué hombre fue su hijo? Si quiere ayudarle, hable. Tenemos que detener a un asesino.

—Pero si no sería capaz de hacer daño a una mosca —gimió el anciano, luchando por respirar.

—¿Dónde estuvo? —repitió Florian, algo más suave.

—Creo que se llama Poschel. Olaf Poschel. Dirige la comisión de Arte y Cultura. Hanjo necesitaba dos mil euros más de lo previsto para el alquiler del pabellón y la electricidad.

—Gracias. Lo comprobaremos —dijo Florian—. ¿Y las otras dos noches Hanjo estuvo en casa?

—Creo que sí.

—Eso tendrá que precisarlo más.

—Ya no lo recuerdo. Tengo demencia senil incipiente. Probablemente estuviera aquí. —El anciano lanzó a Florian una mirada suplicante—. No ha hecho nada. Créame, por favor.

—Si es así, lo averiguaremos nosotros mismos. —Florian esbozó una sonrisa forzada y pasó al despacho, donde ya estaban trabajando dos compañeros. Julia lo siguió. La habitación estaba atestada de bocetos y dibujos del artista que mostraban esculturas de personas y animales en las posturas más diversas. Se apilaban

sobre el escritorio y en el suelo. Hasta en las paredes colgaban diseños. La casa no estaba especialmente bien aislada. El gélido viento invernal se colaba por la vieja ventana de madera e hinchaba algunos papeles. Julia examinó los trabajos.

Cuando el padre de Wegner apareció en el umbral, le preguntó: —¿Desde cuándo se dedica su hijo a la escultura en hielo?

—Estudió Bellas Artes e intentó durante muchos años abrirse camino como escultor clásico. Lamentablemente, sin grandes éxitos. El salto lo dio con el hielo. Ese material se le da sin más. —El anciano sonrió con orgullo—. Mire aquí. Esta es su madre.

Julia contempló el dibujo de una estatua. —¿Qué lleva en la mano?

—Es una espiga de cereal. A Marianne le encantaban los campos. —Se le quebró la voz—. El cáncer se la llevó demasiado pronto.

—¿Y en qué material hizo la estatua?

—En mármol. Mire, allí. —El padre de Wegner señaló por la ventana.

Julia distinguió la pequeña figura sobre un pedestal en el borde del campo contiguo. Al lado había un banco.

—La colocó en su lugar favorito. A veces la veo sentada en el banco. —El padre de Wegner se enjugó una lágrima del rabillo del ojo—. Ya va siendo hora de que volvamos a reunirnos.

Julia tragó saliva, porque en cada una de sus palabras resonaban soledad y dolor. La muerte de un ser querido no se olvidaba. Era un compañero constante hasta que uno mismo exhalaba el último aliento. Al instante sus pensamientos saltaron a su hermano Michael, ya fallecido.

—Bien. Vamos a seguir echando un vistazo. —Casi a la carrera, Julia salió de allí. Ni un segundo más podía sostener la mirada de aquel hombre. Entró en el dormitorio de Hanjo Wegner. Una agente estaba registrando el armario ropero.

—Hasta ahora no hemos encontrado nada llamativo —murmuró cuando Florian también entró.

—¿Qué pastillas son esas? —quiso saber Julia, que había reparado en un envase sobre la mesilla de noche.

—Vitamina D. En el baño hay más. Todo complementos alimenticios. Además hay bastantes medicamentos, pero todos son del padre.

—¿Hay sedantes entre ellos?

—No. Ninguno.

Julia miró a su alrededor. Una cama de matrimonio grande con un cuadro en la cabecera que representaba un campo de trigo bajo un cielo azul de verano. Entre las espigas asomaba una mujer desnuda con los labios de un rojo encendido. La pintura era extrema, pero encajaba de algún modo con Wegner. En el cajón de la mesilla de noche había preservativos y un lubricante. Un vulgar consolador azul de plástico dejó a Julia sin palabras. Se puso guantes de goma y sacó el juguete sexual.

—Hay que analizarlo en busca de restos de ADN —declaró, y lo guardó en una bolsa de pruebas—. Voy a echar un vistazo al baño.

En el cuarto de unos diez metros cuadrados había una ducha, dos lavabos y un inodoro. Sobre una repisa descansaba un peine.

—¿Han encontrado cabellos? —preguntó al agente, que ya tenía apiladas varias bolsas de pruebas en una caja a su lado.

—Sí. Pero a primera vista parecen pertenecer exclusivamente a los dos Wegner. Cada uno usa su propio peine.

Julia dio media vuelta y vio cómo Florian desaparecía en el desván. Ella, entretanto, bajó las escaleras hasta la planta baja. Martin Saathoff venía a su encuentro. Por su cara supo que, respecto a Judith Haiden, no había tenido éxito.

—¿Han descubierto algo?

Julia negó con la cabeza, apesadumbrada. —No. ¿Y usted?

Saathoff se encogió de hombros. —Esa arquitecta se la ha tragado la tierra. Su asistente me ha dado incluso las llaves de su piso. Allí es como si solo hubiera salido un momento a hacer la compra. Además, siempre avisa cuando tiene una cita fuera de la oficina, y también coge el teléfono siempre, sea la hora que sea. Ahora lo tiene apagado.

—Entonces tiene que haberle pasado algo —respondió Julia en voz baja, y se preguntó dónde podía haber escondido Wegner —suponiendo que fuera el autor— a sus víctimas. La finca no era

especialmente grande. Dado que el padre también vivía allí, para un plan semejante probablemente se habría trasladado a otro lugar. Pero ¿adónde?

—¿No habrá quizá algún granero o algún edificio en alguno de los campos de la finca de Wegner? —preguntó. Florian, que justo bajaba la escalera, respondió—: No. Hemos analizado imágenes de satélite de antemano y no hemos encontrado nada parecido.

—¿Y si las retiene bajo tierra? ¿Quizá en una especie de almacén de grano? Si solo hubiera una pequeña entrada o una trampilla, en una imagen de satélite no se distinguiría, ¿verdad?

—Si estuviera tapada, probablemente no. Aunque entonces seguramente habríamos dado con huellas en la nieve. Hemos analizado imágenes del verano pasado y otras actuales. Además, estamos hablando de una superficie de cincuenta hectáreas. Tendremos que emplear perros para rastrearla. Eso no estará listo antes de mañana a mediodía.

—Yo voy a ponerlo en marcha de todos modos —declaró Martin Saathoff, y se alejó con su móvil.

Florian se frotó los ojos. —La verdad es que ya no sé por dónde tirar. En el fondo, ahora tenemos que esperar a que lleguen los resultados de los análisis capilares. Al menos la policía científica también ha podido recoger algunos cabellos en la furgoneta de Wegner. Quizá alguno pertenezca a una de las víctimas; entonces podríamos detener a Wegner. Pero para Judith Haiden podría ser ya demasiado tarde.

En la mente de Julia los engranajes giraban a toda velocidad. Repasó sistemáticamente los datos de cada víctima. De pronto tuvo una idea.

—Judith Haiden es arquitecta. ¿En qué estaba trabajando últimamente?

—Eso puedo decirlo con exactitud —respondió Saathoff, que entretanto había terminado su llamada—. Había diseñado un edificio para un concurso de arquitectura y le dedicaba cada minuto libre.

—No me refiero a eso —dijo Julia.

Saathoff frunció el ceño.

—¿Hay algún proyecto de construcción que esté supervisando actualmente? Han visto su piso, la oficina, y han hablado con la asistente de Haiden. Pero ¿se han pasado también por la obra que lleva en este momento?

—No —contestó Saathoff.

—Entonces llama a esa asistente y pregúntale otra vez —pidió Florian.

36

Había vuelto a nevar. El cielo se mostraba gris sobre gris. Eran las ocho de la mañana. Toneladas de copos caían a la tierra para engrosar aún más la capa blanca. La obra en bruto se ocultaba tras una valla de obra de dos metros por la que normalmente se podía ver. Pero ahora la nieve se había acumulado también en los huecos. Aquel muro blanco solo permitía echar un vistazo al interior en unos pocos puntos. Julia se estremeció de frío. Se subió el cuello del abrigo y se ciñó la bufanda. Las huellas en el suelo le indicaron el camino. La asistente de Judith Haiden ya la estaba esperando. Julia había ido en su viejo Golf, mientras que Florian y Saathoff venían en el coche oficial. De los dos no había ni rastro todavía, pero no quería esperar más. Hacía frío y, además, presentía que cada minuto contaba. No dejaba de imaginar a la arquitecta abandonada por el autor en un lugar gélido, su corazón latiendo cada vez más lento. Hasta que en algún momento se detenía.

—Un momento. Abro la puerta. —La asistente sacó una llave fina para un candado que difícilmente habría disuadido a un ladrón. Abrió y condujo a Julia hasta la entrada del edificio, que de momento solo era hormigón desnudo.

—Lamentablemente vamos muy retrasadas respecto al calendario. Por eso Judith tenía un estrés tremendo con el inversor. Estoy muy preocupada. Ya solo por esa razón no desaparecería así

sin más. El señor Wahrendorf es uno de nuestros principales clientes, y ella siempre se esfuerza por mantenerle contento.

—¿Y dice usted que la señora Haiden venía casi todos los días aquí?

La asistente asintió con vehemencia. —Sí. Controlaba meticulosamente el avance de la obra.

—¿Puede enseñarme la zona en la que se estuvo trabajando más recientemente?

—Con mucho gusto. Tenemos que subir a la segunda planta. Se han instalado escaleras de obra. Con las heladas continuas no hemos podido empezar aún con los acabados interiores. Vaya con cuidado, todavía falta la barandilla. —La asistente condujo a Julia por la inestable escalera metálica hasta el segundo piso.

—Aquí está el ala de oficinas. Eso de ahí delante será una sala de conferencias.

Julia miró a su alrededor. Paredes desnudas. Numerosas herramientas y materiales de construcción. Un grupo de obreros que estaba levantando un tabique y se giró a mirarla con curiosidad.

—En unos días se colocará el techo superior. Así la caja de escalera se quedará por fin seca. Y, con suerte, dejará de haber tanta corriente.

Julia sabía exactamente a qué se refería la asistente de Judith Haiden. Un viento helado silbaba por la obra en bruto y la empujó, tras un breve recorrido, escaleras abajo hasta la primera planta. Al menos allí la corriente era menor. Apenas había tabiques, de modo que Julia pudo abarcar la distribución de un solo vistazo.

—¿Se ha cambiado algo aquí por casualidad desde la desaparición de la señora Haiden?

—Eso no sabría decirle. No vengo mucho a la obra. Solo sé que ella andaba a la caza de trabajadores no declarados. En una visita había visto a un obrero que le resultó sospechoso.

Julia aguzó el oído. —¿Lo describió con más detalle?

—No. Solo se quejó de que alguien andaba por ahí con un martillo neumático y ella no sabía por qué. Los trabajos con ese equipo se habían terminado hacía tiempo.

—¿Y puede indicarme dónde se guardan las herramientas y la maquinaria de obra? —preguntó Julia, y cambió sus guantes de piel, que la abrigaban, por unos fríos guantes de goma.

—Ahí abajo, en la caseta de obra.

Julia bajó la escalera a toda prisa. Por una abertura en la estructura vio llegar a Florian y Saathoff. Su mente trabajaba a toda máquina. Era casi como en una autopsia. Recorría sistemáticamente todos los lugares por los que presumiblemente se había movido la arquitecta. En algún sitio tenía que haber una pista. La caseta de obra, para sorpresa de Julia, no estaba cerrada con llave. Además de otros equipos, dentro había tres martillos neumáticos.

—¿Florian? —lo llamó, y le hizo señas para que se acercara—. Judith Haiden persiguió a un obrero sospechoso con un martillo neumático. Deberíamos analizar estos tres en busca de huellas dactilares y restos de ADN. —Señaló una estantería a la altura de la cabeza—. Y esos cascos también.

Agarró el primer martillo neumático y se asombró del peso. Arrastró el aparato hasta su coche. Florian forró el maletero con plástico y levantó el pesado equipo para meterlo dentro.

—¿Desde cuándo se ha terminado la fase de obra en la que se necesita un martillo neumático? —preguntó a la asistente, que los había seguido.

—Desde que se vertieron los cimientos. Esos equipos se usan para preparar la superficie. Antes aquí había otro edificio; lo derribaron.

—Necesitaremos las huellas dactilares de todos los obreros para poder determinar quién ha trabajado con un martillo neumático —explicó Florian.

La asistente asintió. —Seguro que se puede organizar de algún modo. Judith era muy querida, también entre los obreros.

—¿Dónde solía aparcar la señora Haiden? —quiso saber Julia.

—Justo donde está usted ahora. Siempre aparca aquí delante, pegada a la valla.

Julia escrutó la nieve como si tuviera ante sí la piel de un cadáver que debiera examinar en busca de hematomas y otras marcas. Una irregularidad le llamó la atención. Era solo una pequeña elevación.

Quizá una piedra o un trozo de madera bajo la capa de nieve. Estaba a punto de agacharse cuando sonó el móvil de Florian. Julia se dio la vuelta. En su frente se había formado un surco profundo.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando hubo colgado.

—Annabell Pitschmann ha desaparecido. Su profesora de ballet acaba de denunciar su desaparición.

—¿Qué? No puede ser. —A Julia se le cortó la respiración del susto.

—Había quedado con Philip Jablonski y desde entonces nadie la localiza.

—A ese lo atrapamos ahora mismo —dijo Saathoff, y subió al coche oficial.

Julia también dio unos pasos hacia su Golf, pero se detuvo. No actuar impulsivamente, pensó, y volvió hasta la pequeña protuberancia en la nieve. Con cuidado apartó la nieve con los dedos. Algo plateado destelló. Julia notó cómo se le aceleraba el pulso. Había encontrado un móvil. No uno cualquiera. En la parte trasera había un nombre grabado: Judith Haiden.

37

—Por favor, no lo hagas —suplicó Annabell, y cerró los ojos un instante. Inspiró hondo, como si con eso pudiera poner fin a la pesadilla. Pero no sirvió de nada. El fuego desprendía un olor tan intenso que le resultaba imposible ignorarlo. Volvió a abrir los párpados.

—Ella no te ha hecho nada. ¿Por qué haces esto? —suplicó de nuevo, sin que le hiciera caso—. ¡Que seas precisamente tú quien está detrás de todo esto! —Annabell tiró de las ataduras que la sujetaban a una viga.

—Quiero que veas exactamente lo que hago con ella. Porque después pienso hacer lo mismo contigo. —Señaló dos bloques de hielo en el suelo. Las dos mitades de una tumba gélida.

A Annabell se le contrajo la garganta en un espasmo. No conocía el nombre de la mujer muerta, pero la había visto un par de veces en el café. Siempre parecía muy estresada y se pasaba la mitad del tiempo pegada al móvil. Ahora estaba muerta y metida en un bloque de hielo. Rompió a sollozar y ya no pudo contener las lágrimas. En realidad no quería mostrar debilidad ante aquel cabrón, pero no lo consiguió. Su miedo era tan grande que temblaba de pies a cabeza.

—Eh. ¿Por qué lloras? Tú querías ser la prima ballerina, ¿no? Confía en mí. Voy a convertirte en una obra de arte que el mundo jamás olvidará.

Le plantó un periódico delante de la cara. —¿Ves? Ella es inmortal.

—Yo no quiero eso. Por favor, déjame ir —imploró, y le lanzó una mirada desesperada. Pero no podía llegar hasta él. Ya no. Lo veía en sus ojos, que brillaban desquiciados. Era la locura lo que la miraba desde ellos. Volvió a tirar de las ataduras.

—Serás Atenea. Era la hija favorita de Zeus. ¿Lo entiendes? La hija favorita. Nadie volverá a bailar delante de tus narices. Este es el papel principal absoluto. El papel de tu vida. Eso es lo que siempre has querido. —Sonrió—. Y además tienes el gran honor de verme trabajar. Pero para eso necesito tranquilidad. —En sus ojos centelleó la maldad. Antes de que Annabell pudiera replicar, le metió un trapo apestoso en la boca. La tela sabía a saliva. Tuvo una arcada violenta, pues intuía quién lo había tenido entre los dientes antes que ella.

Se dio la vuelta y avivó la llama del gas. Después trabajó sobre el bloque de hielo con la mujer muerta. El fuego lamió la superficie reluciente. En el suelo fue extendiéndose poco a poco un charco. Los ojos entreabiertos de la mujer la miraban con desesperación. Annabell la oyó gritar. Por favor, ayúdame. Sálvame. Contempló los labios lacerados de la muerta y supo de pronto que aquella mujer había luchado por su vida.

Exactamente eso debía hacer ella también, hasta el último aliento.

38

Por favor, por favor, enciéndete, pensó Julia mientras clavaba la mirada en el móvil de Judith Haiden. La pantalla, que seguía en negro, no auguraba nada bueno.

—Tenemos que esperar —dijo el especialista informático de la policía, cuyo despacho estaba dos plantas por encima del de Florian —. La humedad tiene que evaporarse del todo. Con un poco de suerte, después volverá a funcionar.

Julia puso los ojos en blanco. No había tiempo para esperar. Nerviosa, miró el reloj. Lenja ya había empezado hacía rato la autopsia de Mila Papendieck. En realidad Julia debería estar presente. Por otra parte, Lenja era muy hábil, y la probabilidad de que el autor hubiera cambiado su modo de actuar y dejado huellas en el cadáver era escasa. Aquel caso, para gran pesar de Julia, probablemente no se resolvería mediante una autopsia.

De pronto, la pantalla del móvil se iluminó.

—Bingo —dijo el especialista informático—. Ahora solo tengo que descifrar el código. Un momento. —Conectó el móvil a un cable. En la pantalla de su ordenador se abrió un programa que de inmediato empezó a producir hileras de números frenéticas. Las matemáticas no eran el fuerte de Julia. Por eso observó fascinada la columna de cifras que generaba un algoritmo cada vez más rápido, hasta que al final escupió seis números que parpadearon en la pantalla. El

experto informático los introdujo en el móvil y lo desbloqueó al primer intento.

—Vaya, eso ha sido rápido —murmuró Julia, impresionada.

—¿Puede averiguar qué fue lo último que Judith Haiden hizo con su móvil? —preguntó Florian con curiosidad.

—Pues claro. —El experto deslizó el dedo por la pantalla. Las ventanas se abrían y se cerraban tan deprisa que Julia apenas podía seguirlas con la vista.

—Estas dos fotos las sacó ella —determinó finalmente, y sostuvo el teléfono en alto—. Las voy a cargar en el ordenador para que puedan verlas mejor. —En tres segundos apareció la primera imagen.

—Es él. Tiene que ser nuestro hombre, el trabajador no declarado al que Judith Haiden seguía la pista poco antes de desaparecer. —Julia examinó la figura borrosa con casco azul, martillo neumático y una bufanda que le tapaba la cara. El hombre estaba justo al lado del coche de Judith Haiden. Por lo visto, ella había tomado la foto desde arriba, desde la obra en bruto.

—¿Y la segunda imagen? —preguntó Florian, tenso.

Al instante se abrió la otra foto. Esta vez un primer plano.

—Maldita sea. Aquí también lleva la cara tapada. Ni siquiera se le ve el pelo —se quejó Florian—. Lo tenemos y al mismo tiempo no lo tenemos. —Golpeó el escritorio con el puño, frustrado.

—¿Puede ampliar la imagen? —pidió Julia, casi metiéndose dentro de la pantalla. La cara no se distinguía, pero los ojos sí. El experto informático amplió la foto.

—¿Puede más? Quiero ver los ojos. —Julia sabía perfectamente que Wegner tenía los ojos de un azul claro. Los de la foto se veían distintos.

—Verdes —soltó—. Ese no es Hanjo Wegner. Estamos persiguiendo al hombre equivocado.

Florian la miró. —¡Maldita sea! Será Philip Jablonski. Tiene los ojos verdes. Voy a dar aviso de búsqueda de inmediato. ¿Puede enseñar otra vez la primera foto, por favor?

El experto informático hizo lo que se le pedía. La primera imagen, algo desenfocada, reapareció en la pantalla.

—Ahí está la furgoneta blanca —dijo Florian, entusiasmado, dando con el dedo en el monitor—. ¿Puede descifrar la matrícula?

Julia entornó los ojos. Estaba aparcada justo detrás del turismo de Judith Haiden.

—Lo siento. El coche de la víctima tapa la matrícula; no se ve en absoluto. Pero a partir de la forma del techo y del parabrisas podemos averiguar la marca de la furgoneta.

—Hágalo. Jablonski tiene acceso a un Mercedes. Llámeme cuando lo haya averiguado. —Miró a Julia—. Voy a conseguir ahora una orden de registro para esa granja avícola. Al mismo tiempo nos ocupamos del piso de estudiante.

Martin Saathoff irrumpió por la puerta. Se apretaba el móvil contra la oreja derecha y agitaba el brazo izquierdo. Todas las miradas se dirigieron hacia él.

—Era Katharina Polonski, una amiga de Annabell Pitschmann y también bailarina en la Escuela Superior. Sabe dónde había quedado Philip Jablonski con Annabell anoche.

—¿Dónde? —preguntó Florian, alarmado.

Saathoff torció el gesto. —Precisamente en el Skulpturenpark de Colonia. Está situado...

—... a apenas un kilómetro de Ebertplatz. En la margen izquierda del Rin —completó Julia la frase de Saathoff.

—De acuerdo. Pues nos dividimos en tres equipos. Martin se encarga de la granja avícola con unos cuantos agentes. Otro equipo registra el piso de Jablonski y yo me voy ahora al Skulpturenpark. El recinto es de acceso público, así que no necesitamos orden judicial para eso.

* * *

Las fuerzas de intervención llegaron con cinco coches. Florian había organizado un perro rastreador. El extenso parque abarcaba tres hectáreas y exhibía esculturas de artistas de todo el mundo. Cada año atraía a miles de visitantes. Aquel día, sin embargo, el parque yacía virginal bajo el cielo cargado de nieve. La capa blanca de

cristales de hielo parecía intacta. El viento había arreciado y soplaba un frío glacial a través de la gruesa chaqueta de invierno de Julia. De poco servían la bufanda, el gorro y los guantes de piel forrados. Florian dio instrucciones a los agentes y estos se dispersaron de inmediato en todas las direcciones. El perro rastreador olfateó una prenda usada de Annabell. Julia esperaba que la nieve recién caída no afectara demasiado al olfato del animal y que dieran pronto con un rastro que los condujera hasta la chica. ¿Por qué se había citado otra vez con aquel tipo en un lugar tan apartado? Julia se hacía esa pregunta por centésima vez. A Annabell tenía que haberle quedado claro que se exponía a un peligro. Julia suspiró y miró a su alrededor con atención. Según la declaración de su amiga, Annabell había ido en bicicleta, igual que la vez anterior. La primera tarea consistía en encontrar esa bicicleta. Desde allí el perro policía podría seguir buscando. Por desgracia, la nieve había sepultado todas las huellas. También las posibles marcas del vehículo de Jablonski.

—Hemos encontrado su bicicleta —gritó una agente, haciéndoles señas para que se acercaran.

Florian echó a correr de inmediato, seguido del guía canino con su pastor alemán. Julia corrió tras ellos. La bicicleta estaba apoyada junto a una escultura rectangular, asegurada con un candado. Sobre el sillín y el cuadro se acumulaban tres centímetros de nieve. El perro ladró al instante. Con el hocico pegado al suelo, dio unas vueltas sobre sí mismo y salió disparado. Pocos metros más allá se detuvo junto a un árbol. Lo primero que Julia advirtió fueron las ramas rotas en la parte baja.

—Marcas de forcejeo —dijo Florian, y sacó unas fotos.

Julia se agachó y retiró la nieve fresca. Aparecieron unas manchas de color rojo oscuro.

—Es sangre. —Tomó una muestra.

El pastor alemán olfateó de nuevo con excitación. Se puso otra vez en movimiento y corrió hacia una estatua que a Julia le recordó un árbol. Corrieron tras él y se detuvieron cuando el perro dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

—Ha perdido el rastro. Vamos a intentarlo otra vez —resopló el guía canino, y lo hizo olfatear de nuevo las manchas de sangre. El

robusto animal tensó los músculos y trotó una vez más hacia la estatua, que estaba a unos cien metros escasos. El perro rodeó la estatua y continuó adentrándose en el parque. La extensión era enorme. El perro se detenía de vez en cuando, y cada vez Julia temía que hubiera perdido el rastro de nuevo. Pero entonces volvía a avanzar a toda velocidad, pasando junto a numerosas esculturas, hasta llegar a un montículo de nieve alargado al que se puso a ladrar de improviso. A Julia se le cortó la respiración, pues intuía lo que había debajo.

Florian, que había llegado antes que ella, retiró la nieve con cuidado. Asomó cabello. Otro agente acudió a ayudarle. Entre los dos liberaron de nieve a la persona. Apareció una cabeza oscura de rizos. Annabell tenía el pelo corto. Julia recordó su figura menuda. Se abalanzó hacia la persona, que no mostraba el menor signo de vida. El rostro estaba exangüe, los ojos cerrados. Un largo corte ensangrentado le cruzaba la frente de lado a lado.

No habían encontrado a Annabell, sino a Philip Jablonski.

Julia le buscó el pulso con urgencia.

—Está atado de manos y pies —constató, sorprendida, y por fin percibió un latido débil—. Está vivo. Necesitamos una ambulancia de inmediato.

—Sigan buscando. Tenemos que encontrar a la chica —ordenó Florian al guía canino.

Esperaron a que el pastor alemán captara un nuevo rastro. A solo treinta metros se detuvo y ladró. Florian escarbó en la nieve en aquel punto y sacó a la luz un guante de cuero rojo. Un agente se arrodilló a su lado y fue retirando nieve con cuidado en los alrededores. El perro giraba en círculos. Había perdido el rastro una vez más.

—Son marcas de neumáticos —dijo el agente, alzando la vista.

—Entonces el autor la ha metido aquí en su vehículo. —Florian se plantó con los brazos en jarras—. Maldita sea. Puede habérsela llevado a cualquier parte.

Julia solo escuchaba a medias. Estaba agachada junto a Philip Jablonski y le había echado encima su chaqueta de invierno. Su

estado parecía crítico. Probablemente había pasado toda la noche a la intemperie.

—No debemos calentarle demasiado rápido —explicó, y colocó a Jablonski en posición lateral de seguridad.

—Deme una manta —pidió a un agente, y se aseguró de que primero solo se calentara el torso del herido. Mientras no llegara la ambulancia, debía vigilar que la sangre fría de brazos y piernas no fluyera al sistema circulatorio central y provocara un posible colapso.

Jablonski dejó escapar un gemido casi inaudible.

—¿Me oye? ¿Philip? Está a salvo.

El joven movió los labios y Julia le acercó el oído al rostro.

—Marlon —susurró, y se sumió de nuevo en la inconsciencia.

—Deme su chaqueta —ordenó al agente que había traído la manta, y reforzó la capa protectora alrededor del torso de Jablonski.

—Se pondrá bien —prometió Julia, y le posó la mano en la mejilla un instante.

—En cuanto recobre el conocimiento, llámenme y denle té caliente. —Señaló el termo del que el agente acababa de beber. Este se lo apartó de los labios al instante y asintió.

—Buscamos a un tal Marlon —gritó Julia a Florian, que a cierta distancia hablaba frenéticamente por teléfono y daba instrucciones diversas.

—¿Qué? —Bajó el móvil y miró a Julia con asombro.

—Jablonski ha vuelto en sí un momento. Ha dicho un nombre: Marlon.

—Maldita sea. Así de pronto no me dice nada. ¿No ha dicho nada más?

Julia negó con la cabeza. —No. Su estado es realmente crítico. Sufre una hipotermia grave. Cuando llegue la ambulancia necesitará infusiones calientes. Con suerte, volverá en sí pronto y podrá darnos el nombre completo.

—¿Cuánto tardará? —Un profundo surco de preocupación se le marcó en la frente.

—Hay que calentarle despacio; de lo contrario podría sufrir un shock circulatorio y morir. No puedo decirlo con exactitud, ni arriesgarme a despertarle ahora. No soy médica de urgencias, sino

médica forense. —Se abstuvo de explicar que su experiencia en el tratamiento de personas vivas era más bien escasa.

Tendrían que esperar. No les quedaba otra.

Pero el reloj corría en su contra. Contra ellos y contra la vida de Annabell y de la arquitecta.

39

—De verdad que desearía poder ayudarles. Pero aquí no estudia ningún Marlon con ojos verdes. —La voz de Madame Bonnet crepitaba por el altavoz.

A Julia le daba vueltas la cabeza. Seguía la conversación solo a medias. Se habían reunido en el despacho de Florian. Lenja había concluido la autopsia de Mila Papendieck, como se temían, sin hallazgos nuevos, y había acudido a ayudarles. Juntos rastreaban todos los expedientes y repasaban cada detalle una vez más, mientras Florian hablaba por teléfono con Madame Bonnet y un representante de la dirección de la Escuela Superior. Había puesto el teléfono en altavoz para que pudieran escuchar. Martin Saathoff estaba agachado frente a su pantalla, analizando con un experto las grabaciones de las cámaras de la noche anterior que habían reunido en los alrededores del Skulpturenpark. Sin embargo, no eran demasiadas. Solo había allí un radar de velocidad y un aparcamiento cubierto que disponía de cámaras.

Era una guerra de nervios en toda regla. Marlon era un fantasma. A esas alturas, Julia se preguntaba si habría oído mal. Una y otra vez intentaba recordar la palabra que Philip había susurrado. Seguía siendo Marlon.

El joven bailarín seguía inconsciente; su estado era crítico pero estable. Habían transcurrido cinco horas desde que lo encontraron.

Cinco horas de búsqueda frenética y febril. Horas que podían significar la muerte de Judith Haiden y Annabell Pitschmann.

—¿Y tampoco hubo en el pasado ningún estudiante con ese nombre? —Florian no se daba por vencido.

—En los dos últimos años hemos tenido incluso dos con el nombre de pila Marlon, pero ninguno con ojos verdes. Le envío encantada los datos de contacto.

—Hágalo. Gracias.

—Y, por favor, pregunten también en el café de artistas que hay justo al lado del campus. Los jóvenes se reúnen allí muy a menudo. Quizá alguno de los camareros se llame Marlon o alguien conozca a ese Marlon de ojos verdes.

Florian colgó y marcó de inmediato el número del café. Julia siguió estudiando la documentación.

—¡La tercera víctima dio una entrevista en ese café! —exclamó Lenja de repente.

Julia alzó la vista. —Sí. Es verdad. Mila Papendieck quedó segunda en un concurso de canto.

—¿Y está usted segura?... O sea, ¿que no trabaja ahí nadie que se llame Marlon? —Florian estampó el auricular contra la horquilla, mientras Julia ya tenía abierta la entrevista. El artículo contenía dos fotos. Una del interior del café y la segunda mostraba a Mila mientras se ganaba un dinero con música callejera en la acera de delante. Algo se activó en la mente de Julia. Fue desmontando la entrevista pieza a pieza. De pronto tuvo una idea.

—¿Son todas las fotos?

—¿Por qué?

—Mira esto. —Julia señaló a un joven que estaba sentado al fondo y no le quitaba ojo a Mila Papendieck.

—No dejo de preguntarme cómo encuentra el autor a sus víctimas. Y quizá lo haga precisamente en el momento en que a Mila Papendieck, como segunda clasificada, la están entrevistando. Ese café es muy popular y tiene muchos clientes habituales. El autor habría tenido tiempo de sobra para observar allí a una víctima potencial y elegirla.

—Voy a acercarme ahora mismo al café para preguntar al personal y a los clientes por un Marlon. ¿Quieres venir? —preguntó Florian.

Julia negó con la cabeza, pensativa. —No, espera. ¿Puedo usar tu ordenador?

Florian asintió y le cedió el sitio. Julia introdujo un nombre en el buscador y acto seguido marcó un número de teléfono. Cuando la periodista descolgó al instante, Julia respiró aliviada.

—Me llamo Julia Schwarz. Soy médica forense y colaboro con la Policía Criminal en investigaciones. No sé si lo ha leído en el periódico. Mila Papendieck fue asesinada la semana pasada y usted la entrevistó hace poco, ¿verdad?

—¡Válgame Dios! Sí, me he enterado y estoy totalmente conmocionada. Era una joven tan abierta y llena de vida. Lo siento muchísimo. —La mujer al otro lado del teléfono suspiró—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Hay más fotografías de Mila Papendieck y del café que quizá no se publicaran?

—Tendría que mirarlo. Normalmente nuestro fotógrafo hace toda una serie de tomas y luego seleccionamos las mejores.

Julia oyó a la periodista teclear en su ordenador. Nerviosa, se pasó la lengua por los labios.

—¿Me da su dirección de correo electrónico? Le envío todas las fotos de inmediato.

Julia le dictó la dirección de Florian, dio las gracias y colgó. Después se quedaron mirando fijamente el ordenador. Tras lo que pareció una eternidad, el mensaje apareció en pantalla. Contenía diez fotos. Julia hizo clic en la primera imagen y se ajustó las gafas. Mila Papendieck estaba sentada en el café, sonriente. Era una chica muy guapa. No era de extrañar que un tipo al fondo la mirara boquiabierto. Julia abrió la siguiente foto. Lenja se sentó con ellos y examinó también la imagen.

—¿Cree que podría ser ese hombre de ahí?

—Ni idea —dijo Florian con un suspiro.

—Sería pura especulación —admitió también Julia—. Esperaba encontrar alguna pista. Quizá un hombre con ojos verdes. No lo sé.

Pero de alguna forma el autor tiene que seleccionar a sus víctimas, y un punto de encuentro de artistas como ese me parece ideal. —Julia recordó el encuentro con Annabell. Ya iban de camino a la salida cuando Julia había descubierto la estatua de la diosa griega. Y había algo más. Una frase a medias que había dormitado todo ese tiempo en su subconsciente y que justo ahora regresaba a la superficie. Otra estudiante se había acercado a la mesa de Annabell y le había anunciado que ella conseguía el papel principal de un ballet y no Annabell. El autor podía haberse enterado de eso. Lo mismo valía para la entrevista de Mila. Si había estado en el café ese día, habrían avanzado un buen trecho. Pero aparte del color de ojos no tenían indicios. Julia hizo clic en las siguientes imágenes. Mila recogía dinero en la calle frente al café. Algo blanco en el borde derecho de la imagen le llamó la atención. Expectante, abrió la siguiente foto; mostraba la misma escena desde otra perspectiva. Lenja se lanzó hacia delante. Así que ella también lo veía.

—Le tenemos —soltó Julia, y Florian se levantó de un salto.

—Hay una furgoneta blanca aparcada en la calle delante del café. —Florian agarró las llaves de su coche. Justo en ese instante, un agente irrumpió por la puerta.

—He podido identificar el modelo de la furgoneta en la foto de Judith Haiden. Se trata de un fabricante francés, y en nuestra lista de vehículos matriculados en Colonia solo hay cinco unidades.

Julia se levantó también y miró al agente fijamente a los ojos. —Déjeme adivinar. Una de las matrículas es: K-MS-2478.

—¿Cómo lo sabe?

Julia señaló el monitor. —¿Cómo se llama el titular del vehículo? ¡Rápido!

—Marlon Stoffels; la dirección de empadronamiento se la acabo de enviar a Florian Kessler —respondió con un gesto hacia Florian. Este levantó el móvil y salió a toda prisa de la sala.

40

El nombre de Marlon Stoffels no aparecía en ninguna lista de la Escuela Superior de Música y Danza. Tampoco figuraba en la nómina del café de artistas. En cambio, era mucho más activo en internet, donde se presentaba como escultor con un currículum falso y premios que jamás había recibido. El hombre de treinta y dos años vivía con su madre en una granja en el rincón más suroccidental de Colonia y hasta la fecha no tenía antecedentes policiales. Más no habían podido averiguar en tan poco tiempo. La información les llegaba por teléfono mientras iban en el coche camino de la dirección de Stoffels. Un comando de operaciones especiales había rodeado ya la finca. El número de edificios era manejable. Solo había una casa y detrás un granero. En el patio estaba aparcada la furgoneta blanca que habían buscado durante tanto tiempo.

Julia tuvo que quedarse en el coche con Lenja para no estorbar a los agentes fuertemente armados. Pero cuando todos hubieron desaparecido en los edificios, ya no pudo más.

—Vamos detrás de ellos —propuso, y Lenja no dudó ni un segundo.

Se escabulleron por la entrada cubierta de nieve y entraron en la casa, que ya tenía unas cuantas décadas a cuestas. Un recuerdo desagradable de la granja avícola de Jablonski asaltó a Julia por un instante. Apartó el pensamiento de inmediato. Aquí estaba en juego

la vida de dos mujeres. Ahora había que actuar rápido. Al entrar oyeron botas pesadas subir atropelladamente las escaleras hacia la buhardilla. Julia no quería entorpecer a las fuerzas de intervención, así que se quedó abajo y miró a su alrededor. Se encontraba con Lenja en el pasillo. Sobre sus cabezas zumbaba algo. Julia distinguió unos tubos metálicos. Al frente vio una cocina pequeña y deteriorada. La alfombra del centro estaba tiesa de mugre. Julia torció a la derecha. Allí estaba el salón, una habitación casi vacía con un televisor y un sofá raído. En el pasillo de enfrente, la pared estaba forrada con material aislante. Parecía una obra en construcción. Saathoff se hallaba allí, petrificado en el umbral de otra habitación.

—¿Han encontrado a las mujeres? —preguntó Julia, esforzándose por mirar por encima de su ancha espalda, pero el hombre era un gigante comparado con ella. Seguía sin moverse. Le tocó el hombro y por fin su corpachón reaccionó.

—No —respondió, y se apartó—. Hemos encontrado eso. —Señaló hacia arriba, a una escultura en la pared de enfrente.

—¡Madre mía! ¿Quién es? —preguntó Julia, horrorizada, y notó de pronto el frío que emanaba de la estancia. Se coló junto a Saathoff y se detuvo ante el objeto reluciente. Una mujer desconocida la miraba sin vida a través de una gruesa capa de hielo. Era mayor que las otras víctimas y tampoco llevaba un vestido blanco. Julia advirtió una falda de tela basta y gris. Una blusa anticuada con estampado de flores y un sombrero que debía de datar de los años sesenta o setenta. Por debajo asomaban unos mechones de pelo canoso.

—A juzgar por la edad, podría ser la madre de Marlon Stoffels.

Lenja se llevó la mano a la boca. —¿Ha congelado a su propia madre?

—Eso parece —murmuró Saathoff. Su walkie-talkie crepitó.

—Buhardilla limpia —informó una voz por el aparato—. Procedemos a acordonar.

—Recibido —transmitió Saathoff, y cambió a otro canal—. Alfa uno. Estado.

Se oyó la voz de Florian: —Granero rodeado. Sospechoso armado. Entramos ahora. Se...

Un disparo retumbó ensordecedor en el aire. La comunicación por radio se cortó. Fuera, varios agentes gritaban a la vez. Julia se agachó instintivamente. Más disparos. Después un grito prolongado que se perdió entre el vocerío de los agentes. Saathoff pasó junto a ella resoplando y salió corriendo por la puerta trasera. Julia lo siguió con cautela. Aún no podía evaluar bien la situación. Lenja se pegó a sus talones en silencio.

—Necesitamos una ambulancia —oyó Julia gritar a alguien, y se acercó con el corazón desbocado a un grupo de agentes, todos con el fusil en posición de tiro. En medio de ellos distinguió a Florian. Estaba arrodillado sobre un hombre tendido en el suelo. La sangre teñía la nieve de rojo. Julia se abrió paso entre los policías que los rodeaban y se arrancó el cinturón del pantalón. Por lo visto, le habían alcanzado la arteria del muslo. Ciñó el cuero alrededor de la pierna herida.

—Tenemos que detener la hemorragia o morirá —dijo, y apretó el cinturón con fuerza. El hombre bajo ella gemía. Sin embargo, no sentía compasión alguna por él. Marlon Stoffels no la merecía.

—¿Dónde están las mujeres? —preguntó cuando hubo terminado la primera atención al herido de bala, y miró de Stoffels a Florian.

—En el granero. —La mirada de Florian decía más que mil palabras. Julia se puso en pie de un salto. No quería creer que fuera demasiado tarde. En el granero, lo primero que vio fue una escultura de hielo. Artemisa, la diosa de la caza, la miraba desde los ojos de Judith Haiden. Para ella ya no había ayuda posible. Al lado, en el suelo, había dos bloques de hielo, y sobre el izquierdo yacía Annabell Pitschmann. Llevaba un vestido blanco y parecía dormida sin más. Julia tragó saliva y se precipitó hacia ella. Le buscó el pulso, pero no lo encontró.

—Eso ya lo he comprobado yo. Está muerta —dijo un agente con voz ronca.

Julia ignoró sus palabras. —Ayúdeme a colocarla sobre una manta o, no, mejor rápido sobre su chaqueta.

El agente la miró desconcertado, pero se quitó la chaqueta y la extendió en el suelo. Con cuidado levantaron el cuerpo helado del bloque de hielo y lo depositaron sobre el cálido plumón.

Julia no tenía mucha experiencia en la atención médica de personas vivas, pero en cambio sabía muy bien qué aspecto tenía la muerte. Examinó a Annabell. Piel pálida, apenas irrigada. Ninguna lividez. Ninguna rigidez. Eso sí, todas las constantes vitales reducidas al mínimo. Pero Julia no se dejó engañar por ello.

Annabell Pitschmann no estaba muerta.

Todavía no.

Su respiración era apenas perceptible, pero respiraba. El pulso en la carótida era casi imperceptible, apenas visible, pero estaba ahí para quien supiera dónde buscarlo. No era de extrañar que el agente la hubiera dado por muerta.

—Llame a otra ambulancia. Vamos, deprisa. Aún está viva.

Lenja, con gran presencia de ánimo, se había quitado el abrigo de invierno. Cubrieron con él el torso de Annabell, dejando brazos y piernas al descubierto. Julia añadió su propia chaqueta encima. Con delicadeza, dio unos golpecitos en las mejillas de la chica.

—Annabell. ¿Puede oírme?

Los párpados le temblaron un instante. Por lo demás, no mostró reacción alguna. A Julia se le contrajo el estómago. Cualquiera podía ver que la joven estaba muy grave. La sirena anunció la llegada de la primera ambulancia y Julia salió corriendo al patio agitando los brazos.

—Vengan primero aquí —gritó, y condujo a la médica de urgencias hasta la paciente gravemente hipotérmica—. Necesita infusiones de inmediato. Si no, no llegará al hospital.

La doctora colocó una vía en el dorso de la mano de Annabell en menos de treinta segundos y conectó una bolsa de suero.

—Al hospital —ordenó.

Dos técnicos de emergencias levantaron a la chica medio muerta sobre la camilla y salieron corriendo con ella. Julia se quedó allí sin aliento. Lenja estaba rígida a su lado. Visiblemente desbordada por la situación. Florian llegó a toda prisa y las observó con preocupación.

—¿Estáis bien? —Florian le tendió un pañuelo. Solo entonces Julia se dio cuenta de que estaba cubierta de sangre. Intentó limpiarla, pero se le pegaba.

—¿Saldrá adelante? —preguntó Florian.

—No lo sé —confesó Julia—. Eso espero. La chica está en plena forma y es sana. Las posibilidades son buenas. —Julia tiró el pañuelo ensangrentado a un lado—. ¿Cómo está Stoffels?

—Se queja sin parar, y eso que no tuvo ni una pizca de compasión con ninguna de sus víctimas.

Julia salió al exterior y vio cómo lo subían a la segunda ambulancia. Florian fue tras ella despacio.

—Es tan triste que Judith Haiden no lo haya conseguido —susurró, y le miró—. ¿Has visto sus labios reventados? Creo que fue un puñetazo. Y luego todos esos arañazos en los brazos. Luchó hasta el final. Y al fin y al cabo fue ella quien nos puso sobre la pista de Stoffels con la foto de su móvil.

—No fuimos lo bastante rápidos —respondió Florian sin expresión.

Saathoff apareció con la cara encendida en la puerta trasera de la casa. —Hemos encontrado un sótano —gritó agitado, haciendo señas—. Tienes que ver esto, Florian.

La alfombra de la cocina estaba enrollada junto a una trampilla abierta. Julia bajó al sótano, bien iluminado, detrás de Florian y Saathoff. Apestaba a comida podrida y a heces. Julia reparó en unas marcas de rozadura en una viga de madera que podían proceder de ataduras.

—Por aquí detrás —dijo Saathoff, y atravesó la primera estancia, llena de aparatos técnicos. Julia supuso que se trataba de un sistema de refrigeración que convertía la habitación de la madre de Stoffels en una cámara frigorífica. Varios grupos de refrigeración se alineaban uno junto a otro.

—La casa tiene sótano completo —prosiguió Saathoff, y los guio por un pasillo estrecho hasta la siguiente sala. Hacía un frío glacial. Por todas las paredes colgaban fotos: Jette Hoffner en el escenario. En el café. Encadenada en el granero. Con los ojos abiertos de par en par por el miedo. Jette Hoffner completamente desnuda, la

mirada clavada en el suelo con vergüenza. Jette con un vestido blanco. Con un espejo en la mano. Una última mirada sin vida. Jette Hoffner en el agua. En el hielo. Atrapada en la escultura. Las mismas imágenes se sucedían con las otras víctimas, con ligeras variaciones. Carola Schwennig con una modelo en la pasarela. Mila Papendieck en televisión, cantando ante un público de millones. Judith Haiden inspeccionando la obra en bruto y Annabell bailando en un pequeño escenario junto a Katharina, cuyo rostro estaba tachado con una cruz roja.

—Este tipo está claramente chalado —espetó Florian.

—Ha llevado un diario. —Saathoff sostuvo en alto un cuaderno manoseado—. Por lo que alcanzo a ver, ha anotado cada detalle. Comienza con representaciones de diosas griegas. —Saathoff abrió el cuaderno y se lo tendió a Florian—. Quería crear diez esculturas.

Florian se quedó mirando la página abierta durante varios segundos antes de pasar la hoja y empezar a leer. Al cabo de un rato alzó la vista.

—¡Madre mía! Quería estudiar Bellas Artes y lo rechazaron en todas las escuelas superiores. —Señaló una estantería en la que había diez pequeñas esculturas. Todas réplicas de diosas griegas—. Por lo visto, siempre tuvo predilección por la mitología griega. Como no lo admitieron en ningún sitio, lo intentó por su cuenta y talló esculturas en piedra arenisca. Todos los intentos de colocarlas en exposiciones fracasaron. Parece que eso le afectó muchísimo. —Florian pasó más páginas—. Mira, incluso ha pegado la respuesta de un comisario artístico. Le escribe que no puede admitirle por falta de destreza y creatividad. Ay. La carta de rechazo no es precisamente delicada. Dice que las figuras de Stoffels son los peores trabajos que ha visto en su vida. Una ofensa a los dioses, sin brillo, sin carisma alguno y llenas de defectos. —Florian negó con la cabeza—. Dios. Nos va a llevar varias horas leer toda esta porquería enfermiza.

—Este tipo se va a pudrir el resto de su vida en la cárcel —sentenció Saathoff.

—O en un psiquiátrico —apuntó Julia, y contempló de nuevo las fotos de las mujeres asesinadas en la pared, hasta que reparó en un montón de ropa en la esquina.

—Oh, no. ¿Son las pertenencias de las víctimas? —Julia tragó saliva; contó dos pantalones vaqueros, una falda, varias prendas de arriba, cinco sujetadores y diversas joyas. Ojalá Annabell salga de esta, pensó, y se dio la vuelta porque le entraron mareos. Solo quería una cosa: alejarse de aquel lugar de horror.

41

Olía intensamente a desinfectante. A Florian no le gustaban los hospitales. Sus zapatos chirriaban sobre el linóleo reluciente. Saathoff resoplaba detrás de él. Sabía que caminaba demasiado rápido para él, pero desde que el médico había dado luz verde para interrogar a Marlon Stoffels, no podía esperar a llegar a su habitación. Ante la puerta montaban guardia dos agentes. Florian mostró su placa de identificación y abrió la puerta.

Marlon Stoffels tenía aspecto de no haber roto un plato en su vida. Pero Florian sabía que no era así. Los dos últimos días los habían pasado leyendo el diario de Stoffels y registrando su casa. No habían dejado piedra sobre piedra.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, aunque le habría encantado ir directo al grano. Pero debía guardar las formas y, sobre todo, no acorralar al hombre de entrada. Hasta entonces apenas había hablado. Necesitaban una confesión. Así que Florian se tragó la rabia por aquellos asesinatos brutales y sin sentido. Quería sacarle a Stoffels tantos detalles como fuera posible y no arriesgarse a que se cerrara en banda.

—¿Cómo quiere que me encuentre con un balazo en el muslo? —se quejó Stoffels, y Florian apretó el puño izquierdo. En la otra mano sostenía el diario.

—¿Tiene dolores? —preguntó Saathoff. Se sumaba al juego. Lo habían acordado de antemano.

—Un poco. Los médicos me han puesto hasta arriba de medicamentos. No es de extrañar. Tuvieron que operarme para sacar la bala. —Stoffels apartó la sábana y mostró su vendaje.

Florian se obligó a no apartar la vista. Le daba igual si aquel hombre sufría un tormento. No se merecía otra cosa. Los rostros de las cuatro mujeres muertas le rondaban la cabeza día y noche. Una y otra vez se preguntaba si no podría haberlas salvado.

—Tenemos algunas preguntas para usted. —Dio unos golpecitos sobre el diario.

—¿Qué quieren saber?

—Para empezar, explíquenos por qué mató a esas mujeres. —Florian acercó una silla y se sentó. Saathoff estaba junto a la ventana; se mantendría al margen de momento y se limitaría a escuchar.

Stoffels se incorporó en la cama y miró a Florian con ojos centelleantes. —Solo las ayudé. ¿Es que no lo entienden? —Stoffels gesticulaba en el aire—. Eran perdedoras. Nadie veía en ellas lo especial. Nadie, excepto yo. ¿Saben lo que es estar siempre en segunda fila? Soy un artista. Creo algo absolutamente perfecto a partir de lo imperfecto. Gracias a mí, esas mujeres invisibles han tenido la actuación de sus vidas. Gracias a mí por fin las reconocen por lo que son. Las he transformado en diosas. En seres únicos envueltos en un caparazón reluciente. Ya nadie pasa de largo sin más ante ellas. Serán inolvidables.

Florian se quedó sin palabras por un momento. No se había hecho ilusiones. Un psiquiatra ya había echado un vistazo al diario de Stoffels. Pero aquel monstruo que tenía delante parecía más que un simple loco. Loco y megalómano sería probablemente la descripción más adecuada.

—Bien —respondió Florian, e inspiró hondo—. Así que ha matado a esas mujeres porque quería ayudarlas.

—Exacto. Ahora salen en el periódico, y además en primera plana. Antes tenían que conformarse con un papel secundario.

—De acuerdo. ¿Y por qué tenían que ser diosas griegas?

Stoffels le miró con asombro. —¿No lo saben? Las diosas griegas perduran a través de los tiempos. Su belleza y su prestigio son inmortales. Quería crear diez diosas, pues el número diez simboliza la divinidad. Representa la plenitud. Diez nombres de Dios, diez arcángeles.

Florian frunció los labios. —¿No será más bien que su madre usaba un perfume llamado Aphrodite y de ahí le vino la idea? Da la casualidad de que el fabricante de esa línea de perfumes produce exactamente diez fragancias distintas, bautizadas con los nombres de las diosas griegas más conocidas.

Stoffels le fulminó con la mirada. —Ustedes no saben nada. Troya estuvo nueve años bajo asedio y cayó en el décimo. Odiseo vagó nueve años por el mundo y regresó a casa en el décimo. Los olímpicos lucharon diez años bajo Zeus contra los titanes. Podría continuar la enumeración hasta el infinito.

—Está bien. —Florian levantó las manos en gesto apaciguador. Stoffels se estaba exaltando. Tenía que redirigirle cuanto antes. La mitología griega no iba a llevarles a ninguna parte de todos modos.

—Empecemos por Jette Hoffner. ¿Por qué tuvo que morir esa mujer?

Stoffels parpadeó varias veces. El cambio repentino de tema pareció desconcertarle. Pero luego sonrió. —Es preciosa, ¿verdad? La conocí en el café de artistas. Un gran talento, pero lamentablemente solo hacía papeles secundarios insignificantes. Ella creyó que yo era director de cine. Quería ayudarla a toda costa y le prometí un papel protagonista. Y lo consiguió.

—¿Y no sentía usted la menor compasión?

Stoffels hizo un gesto desdeñoso con la mano. —¡Por Dios! ¿Compasión por qué? Bueno, temblaba un poco. Ya conocen ustedes los nervios de los actores justo antes de una audición. Claro que estaba nerviosa. Es lo más normal.

—No estaba nerviosa. Tenía un miedo de muerte. Usted la ató y la sedó con medicamentos.

Stoffels se encogió de hombros. —Hay gente a la que hay que obligar a ser feliz.

—¿Reconoce entonces que secuestró a Jette Hoffner por la fuerza y que después la asesinó?

Stoffels puso los ojos en blanco, como si Florian fuera corto de entendederas. —La transformé. En algo hermoso. Dicho así, suena malvado.

Florian ya no podía seguir mirando a aquel hombre. Bajó la vista y abrió el diario. —En el caso de Carola Schwennig se hizo pasar por asesor de diseño de moda con excelentes contactos en el sector, si lo entiendo bien. Quedó con ella en el café y le ofreció una asesoría gratuita. Después se ofreció a llevarla a casa. Pero ella nunca llegó, ¿correcto?

—Sí. Siempre seguí el mismo patrón. Las mujeres me siguieron casi todas por voluntad propia. Querían la fama. Y yo les cumplí ese deseo. Una quería llevar su colección de moda a las pasarelas del mundo, la pequeña Mila se moría por un contrato discográfico. Yo estaba sentado por casualidad en el café el día que la entrevistaron para una revista. Ese lugar tiene un ambiente maravilloso, ¿saben? En fin. Bastó una palabra y ya se subió a mi coche. Ni siquiera le extrañó que yo estuviera allí con una furgoneta. —Torció los labios con desprecio por la ingenuidad de la joven, y Florian habría querido saltarle al cuello.

—Con Judith Haiden no lo tuvo tan fácil, ¿verdad?

A Stoffels se le endureció la mirada. —No —gruñó—. Quiso echar a correr. Tuve que detenerla. Sus labios reventados casi me estropearon la obra de arte. Me enteré de su existencia por el periódico. Nunca había ganado un concurso de arquitectura, a pesar de llevar años intentándolo. Pero no aceptó mi oferta de asesoramiento. Así que no me quedó más remedio que arrastrarla directamente desde la obra hasta la furgoneta. —Le clavó la mirada —. ¿Qué hay de la frágil Annabell? ¿Sigue viva? Iba a ser mi coronación.

Florian sintió una punzada en el pecho. No respondió a la pregunta, sino que pasó a la siguiente página del diario de Stoffels.

—En realidad usted quería a Katharina, ¿no es así?

Stoffels negó con vehemencia. —No. Katharina ya no necesitaba mi ayuda. —Se encogió de hombros con pesar—. Por eso no la elegí.

Aunque teníamos una cita aquella noche. Habría sido facilísimo. —Guiñó un ojo y enarcó las cejas—. A la chiquilla yo le encantaba. Pero cuando me contó que iba a bailar el papel de prima ballerina, me decidí por Annabell. No fue especialmente difícil averiguar dónde encontrarla. Katharina es una cotorra. Bastó una pregunta discreta y me contó con pelos y señales dónde estaba Annabell aquella noche y que iba a reunirse con Philip. Los recibí allí. Estaban al aire libre. Solos. En plena noche, en un parque donde nadie podía oírlos.

Florian guardó silencio. La sangre le bombeaba por las venas. Le costaba digerir lo que acababa de escuchar. Pero tenía que hacer bien su trabajo.

—¿Por qué no enterró a su madre? ¿Es que no podía prescindir de su pensión? —A la madre de Stoffels le habían practicado la autopsia aquella mañana. La mujer de setenta años había fallecido de un ictus. Julia había descartado la intervención de terceros. Seguía empadronada en la misma dirección. Nadie se había percatado de que llevaba muerta medio año.

La expresión de Stoffels se petrificó. Por fin Florian vio una reacción distinta de la alegría y el triunfo. El dolor por la pérdida se le leía en la cara a aquel miserable. Se estrujaba las manos y mantenía la mirada baja.

—No podía enterrarla.

Florian sabía que Stoffels había estado extremadamente apegado a su madre y que seguía manteniendo conversaciones con ella. Actuaba como si siguiera viva. Cada palabra de aquellos diálogos irreales quedaba registrada en su diario. El psiquiatra había sospechado de inmediato una obsesión.

—¿Y por eso metió a su madre en un caparazón de hielo y convirtió su habitación en un arcón congelador?

—¡No hable así de ella!

—¿Y cómo quiere que hable de ella? Su madre seguía hablando con usted. O al menos eso creía usted. ¡Ella quería que dejara de matar! —Florian habló más alto de lo que pretendía.

En los ojos de Stoffels centelleó la locura. —¡Yo no me lo invento! ¡No tiene derecho a hablar así! —Se incorporó de golpe y quiso

saltar de la cama. La herida de la pierna se lo impidió. Maldiciendo, cayó de vuelta sobre el colchón.

—No tiene derecho a hablar así de ella —repitió escupiendo saliva. Florian se levantó de un salto y sujetó a Stoffels por el hombro.

—Cálmese —dijo, pero fue inútil. Stoffels le lanzó un golpe. Florian le agarró la mano. El hombre se agitaba y gritaba como un poseso. Los dos guardias de fuera entraron y le sujetaron las piernas. Saathoff también acudió a ayudar. De pronto, Stoffels empezó a temblar de pies a cabeza. Los ojos se le pusieron en blanco. Solo se veía la esclerótica. Al instante, los cuatro lo soltaron.

—Está sufriendo un ataque. Llamen a un médico.

Dos enfermeros y un médico acudieron a toda prisa a la habitación; los enfermeros sujetaron el brazo de Stoffels y el médico le puso una inyección de inmediato. El temblor cesó y los rasgos crispados y furiosos de Stoffels se desvanecieron de un segundo a otro. Florian se asombró una vez más de lo inofensivo que podía parecer aquel asesino en serie.

EPÍLOGO

Cuatro semanas después

El pesado telón de terciopelo rojo se alzó y un grupo de gráciles bailarinas salió a escena bajo los focos. Julia observó fascinada sus movimientos perfectamente sincronizados y se preguntó sin querer cuánto tiempo debía de llevarle a una bailarina alcanzar semejante perfección. Años, de eso estaba segura. Años repletos de esfuerzos físicos, sudor, dolor y privaciones. Mientras la mayoría de los estudiantes iban de fiesta en fiesta, aquellas bailarinas vivían conforme a un plan estricto que apenas dejaba margen para distraerse del entrenamiento diario. Julia examinó los cuerpos firmes y tonificados, en los que apenas se advertía un gramo de grasa. Se sumaron al escenario bailarines masculinos cuya gracia no tenía nada que envidiar a la de las mujeres.

Julia miró primero a la izquierda, hacia Manfred Holsten, y después a la derecha. Disimuladamente contempló el perfil de Florian. Sus rasgos parecían relajados. Por fin. Las últimas semanas habían sido durísimas. Habían interrogado a Stoffels en repetidas ocasiones y habían rastreado su granja de arriba abajo para esclarecer el caso sin dejar cabos sueltos. A esas alturas, a todas las víctimas se les había practicado la autopsia. Judith Haiden seguía sin salírsele de la cabeza, pues ahora sabía que la arquitecta había estado a punto de escapar de su asesino; lamentablemente, solo a

punto. Las marcas en su cuerpo confirmaban la declaración de Stoffels. Hubo una lucha encarnizada. Julia deseaba que aquella mujer hubiera logrado escapar del infierno que sin duda tuvo que soportar. A veces la vida y la muerte estaban separadas apenas por un aleteo.

Sobre Marlon Stoffels se había emitido un informe psiquiátrico pericial. El hombre sufría un trastorno de identidad disociativo. Su imputabilidad estaba gravemente reducida. Aun así, debido a su peligrosidad, jamás volvería a quedar en libertad. Le aguardaba un internamiento indefinido en un centro psiquiátrico. Ya en su infancia, su madre lo había humillado casi a diario porque no cumplía con sus expectativas. Toda su vida corrió tras el reconocimiento materno. Tras la muerte de ella, el trastorno psíquico de Stoffels se desencadenó. Una y otra vez se deslizaba en el papel de su madre, lo que explicaba las numerosas conversaciones registradas en el diario. El perito lo había observado incluso hablando con la voz de su madre. La desmesurada ansia de atención llenaba a Stoffels como vapor ardiente llena una caldera. En algún momento la presión se hizo tan grande que necesitó una válvula de escape. Al no lograr abrirse camino como artista, decidió crear algo extraordinario. Además, quería procurar a sus víctimas el reconocimiento que estas ansiaban con tanta desesperación. Aún hoy aquel hombre no reconocía su culpa. Insistía en que había ayudado a sus víctimas a salir por fin de la sombra.

El escenario se vació de golpe y Julia escuchó la encantadora música, una mezcla de piano y violín. Una maravilla para el oído. Sin embargo, sus pensamientos saltaron de nuevo apenas segundos después. Esta vez a Wegner. El artista había sido víctima de sus propias mentiras. Si hubiera revelado desde el principio la aventura con Jette Hoffner, jamás habría entrado con tanta fuerza en el punto de mira de la policía. Pero así fue encadenándose una cosa con otra: el intercambio de las muestras de agua, la coartada falsa proporcionada por su padre y la llamada telefónica, que en realidad trataba de una mujer completamente distinta. Su matrícula y la negativa a revelar el nombre de su patrocinador fueron la gota que colmó el vaso. Y con eso último se habría exculpado de inmediato.

Florian había hablado con Olaf Poschel, el patrocinador de la exposición de hielo de Wegner. El hombre dirigía la comisión de Arte y Cultura de Colonia y había pasado dinero a Wegner por debajo de la mesa, un dinero que en realidad requería una convocatoria pública. Por esa razón Wegner había guardado silencio. Julia, aun así, no lograba comprender del todo los motivos del escultor de hielo para actuar como lo hizo.

Suspiró y lanzó a Florian una mirada pícara. ¿Sería siempre así a partir de ahora? Él le apretaba la mano derecha y le provocaba un cosquilleo permanente. En la sala resonó una sucesión de acordes potentes; se concentró de nuevo en la función. Un hombre de rizos oscuros bailaba con gracia por el escenario. Ejecutó con fuerza unos saltos que le valieron numerosos vítores del público. Philip Jablonski había actuado, al igual que Hanjo Wegner, movido por el miedo. Es cierto que él se había limitado a callar, sin mentir ni manipular pruebas, pero la negativa a colaborar con la policía le había colocado innecesariamente en la lista de sospechosos. A ello se sumaba la coartada falsa que se había procurado sin necesidad, porque aquella noche estaba solo. Julia comprendía que las leyes en Rusia eran diferentes y que allí a un condenado probablemente lo marginaban con más rapidez que en Alemania. En cualquier caso, había sido el pasado de Jablonski lo que le había empujado a la reacción equivocada. La sensación de ver bailar animosamente a aquel hombre que hacía apenas un mes estaba medio congelado era, desde luego, indescriptible. Julia sonrió y notó cómo Manfred Holsten le daba unas palmaditas de ánimo en el hombro.

—¿Y, contenta? —le susurró.

—Baila bien, para haber estado medio muerto.

Holsten le lanzó una mirada penetrante. —Sabe perfectamente que no me refería a eso.

A Julia se le ensanchó la sonrisa. —Muy contenta y, aun así, triste —susurró, y exhaló profundamente—. Me parece estupendo que le haya conseguido a Valentin Henzler un puesto en Duesseldorf. Ha sido una idea realmente buena.

Holsten sonrió abiertamente. —No le ha hecho gracia, la verdad. Pero enseguida se dio cuenta de que no iba a poder manejar a

alguien con una personalidad como la suya. —Holsten levantó el dedo índice—. Enhorabuena por el ascenso. ¿Sabía, por cierto, que su nuevo cargo conlleva un buen aumento de sueldo?

Julia negó con la cabeza. Todo en la vida tenía dos caras. Al final se había librado de Valentin, pero a cambio tenía que asumir la dirección del Instituto de Medicina Forense. Al menos la dirección del hospital le había asegurado que podría seguir trabajando en la sala de autopsias y no tendría que pasarse el día entero sentada ante un escritorio. El dinero, de todos modos, no le importaba tanto. Lo que le importaba era su libertad y poder hacer algo que contara. Dar voz a los muertos. Y luego estaba Florian, que aunque no lo admitía, desde aquella solución estaba de mucho mejor humor. La cercanía entre ellos había vuelto, pero también le daba un poco de miedo. Se lo tomaría con calma. Las luces del escenario se apagaron y unos tambores al fondo anunciaron el momento culminante de la velada. La actuación de la prima ballerina. Florian le apretó la mano, y Julia no pudo evitar que una lágrima le resbalara por la mejilla. Demasiado dolorosos eran los pensamientos sobre lo que le había sucedido a Annabell.

Pero no solo eso.

Una menuda bailarina de pelo corto y una presencia arrolladora flotó por el escenario. Giró piruetas, saltó, danzó, sin que se le notara el menor esfuerzo. Y entonces, como en la versión clásica de El Cascanueces, se encontraron el príncipe y su Clara. El instante fue mágico. Un murmullo recorrió el público cuando la pareja se fundió y bailó por el escenario como si no hubiera nada más importante en este mundo.

Annabell. Julia tuvo que parpadear dos veces para comprender que de verdad estaba allí arriba. Verlos a ella y a Philip rebosantes de vida y en su elemento, sentir su armonía, hizo a Julia increíblemente feliz. No pudo evitarlo. No era su estilo, pero nada la retenía ya en su butaca. Se puso en pie de un salto y aplaudió con entusiasmo.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector, querida lectora:

Gracias de todo corazón por elegir La chica del pantano. Espero sinceramente que hayas disfrutado acompañando a Julia Schwarz en su primer caso y que la historia te haya mantenido en vilo hasta la última página.

Aunque el escenario de este libro es ficticio, se inspira en los páramos reales cercanos a mi hogar. Durante mi investigación, me heló la sangre descubrir que, hace años, apareció efectivamente el cuerpo de una mujer joven en uno de estos pantanos locales. Un caso que, a día de hoy, sigue sin resolverse.

La buena noticia es que no tendrás que esperar mucho para saber qué ocurre a continuación. Las próximas investigaciones de Julia y Florian ya te están esperando. Puedes reservar las secuelas, Noche letal y El artista del hielo, ahora mismo en Amazon para recibirlas en tu Kindle en el momento del lanzamiento.

De hecho, puedes empezar a leer ya mismo. He incluido un avance exclusivo de „Noche letal" justo a continuación de esta nota.

Si quieres ser el primero en enterarte de los nuevos lanzamientos y recibir contenido adicional exclusivo, te invito a unirte a mi lista de lectores en: www.catherine-shepherd.es

Por último, me gustaría pedirte un pequeño favor. Las reseñas son vitales para que los autores podamos ayudar a otros lectores a descubrir nuestros libros. Si has disfrutado de este thriller, te agradecería enormemente que dejaras una breve opinión en Amazon.es. No tiene que ser larga; una sola frase significa un mundo para mí.

Gracias por tu apoyo y... ¡disfruta del avance!

Catherine Shepherd

AVANCE: „MENSAJE OSCURO“

Prólogo

Sus pequeños y finos dedos se deslizan sobre el papel rugoso. Se detiene y vuelve a la primera línea. El problema de cálculo lo mira fijamente; él suspira desesperado. En su cabeza todo es un traqueteo. La solución está al alcance de la mano. Pero de pronto la luz del flexo parpadea. La breve distracción basta para desbaratar sus laboriosas reflexiones. La sensación cortante en la boca del estómago hace el resto. El hambre y la sed lo atormentan. Si no resuelve pronto el ejercicio, la cosa no hará más que empeorar. Cierra los ojos e intenta concentrarse.

Se sobresalta involuntariamente cuando las viejas tablas del suelo crujen ante la puerta de su habitación.

—Dos minutos más —le espeta la voz de su abuelo a través de la rendija de la puerta.

No mira. Con los párpados cerrados, recorre de nuevo la hoja con el dedo. Si hoy no lo consigue, no recibe ni comida ni bebida hasta el día siguiente.

La puerta se cierra de un portazo y él respira un instante.

Estudia de nuevo la columna de números, que no es sino otra crueldad más de su abuelo. Le pone a diario varios ejercicios que resultan casi imposibles de resolver. Disfruta viéndolo sufrir.

Presionándolo y castigándolo cuando fracasa. Debe convertirse en algo mejor. No en un perdedor, como su padre. Con él, su abuelo nunca afloja las riendas. O resuelve las ecuaciones y responde a las preguntas, o pasa hambre. Sin trabajo no hay recompensa. Su destino está en sus propias manos, dice siempre. Él puede decidir cómo le van las cosas.

—Cinco por dos menos veintisiete dividido entre tres —lee en voz alta, mientras los labios le tiemblan con cada palabra. Se atasca, pues la segunda parte de la fórmula es más complicada. Reflexiona y calcula. Anota el resultado con inseguridad y pasa al siguiente ejercicio, que parece aún más difícil. Contiene raíces y potencias. No puede usar calculadora. La cabeza le arde. Calcula febrilmente y garabatea toda la hoja hasta que por fin obtiene la solución. Se levanta de un salto, pero se sienta de inmediato. Es mejor revisar el resultado con esmero. El abuelo odia los errores. Los errores se castigan. Apenas hay nada que le dé más miedo.

Se acaricia con cuidado el brazo izquierdo. El más leve contacto ya duele. Ayer no lo consigue. Pero hoy el estómago le ruge tanto que tiene que resolver los ejercicios como sea. Son las vacaciones de verano y no tiene posibilidad de gorronear comida en el colegio. En otro momento siempre cae algo. Pero cuando pasa el día entero bajo la férula del abuelo, no tiene ninguna oportunidad. Aunque se siente terriblemente débil, el anhelo de comida y bebida le otorga fuerzas insospechadas. Vuelve a repasar los cálculos. Su solución parece encajar. Se levanta de nuevo y va de puntillas hasta la puerta. La abre despacio y aguza el oído hacia el hueco de la escalera. Del abuelo no se oye nada.

Baja la escalera. Los peldaños carcomidos de la vieja casa crujen a cada paso, y eso que él es un peso pluma. Se pega al borde, donde la madera no cede tanto como en el centro. De la cocina llega el olor a asado. Recorre los últimos peldaños y echa un vistazo cauteloso al salón. El abuelo está sentado en su sillón, roncando, con la cabeza ladeada. Se da la vuelta y se cuela en la cocina. El horno está encendido y desprende un aroma irresistible. Se arrodilla frente al cristal y al instante se le hace la boca agua. Se relame con avidez. Un asado de ternera con guisantes y patatas lo tienta desde

dentro. Suspira con anhelo y mira su hoja de ejercicios. Ha garabateado allí una solución de cuatro cifras. Agarra el candado de combinación que asegura la puerta del horno con una cadena. Si sus cuatro cifras son correctas, puede abrirlo. Gira nervioso las pequeñas ruedecillas hasta que los números coinciden con su solución. Espera el clic liberador, pero no ocurre nada. Frenéticamente introduce las cifras en el orden inverso.

Nada otra vez.

Cambia la última cifra. Quizá se ha equivocado en una o dos posiciones.

Nada.

El corazón le late ya como después de un esprint. Aspira desesperado el delicioso aroma. Finalmente, tira furioso del maldito candado. La cadena golpea ruidosamente contra el cristal. Se asusta y se vuelve con miedo. Lo primero que ve son las zapatillas bastas. Su mirada asciende por las piernas gordas enfundadas en un pantalón oscuro y manchado, hasta la panza maciza que se desborda por encima del cinturón.

—¿Es que no has sido capaz otra vez, pequeño imbécil? —resopla su abuelo, acercándose tanto que puede distinguir cada poro de su cara.

Calla y baja la mirada. El miedo le atenaza la garganta. ¿Qué puede responder? ¿Que el ejercicio es demasiado difícil sin calculadora? ¿O debe pedir más tiempo? La respuesta es siempre la misma. No tiene remedio. Se escurre junto al hombre corpulento y se escabulle hasta la puerta de la cocina.

—Venga. Largo a tu cuarto —brama el viejo, y sube detrás de él atronando la escalera.

Corre todo lo rápido que puede y se mete en su habitación. Se acurruca en el suelo delante de la cama y se cubre la cabeza con las manos. Se siente como un animal acorralado. Sabe lo que viene ahora y cierra los ojos, temblando. Se asegura de que el brazo derecho quede arriba. El izquierdo lo necesita para escribir, da igual lo que le pase al otro. El cinturón se abate sobre él. El dolor le expulsa el aire de los pulmones. Hunde los incisivos en el labio inferior. Las articulaciones de la mandíbula le crujen. El cinturón silba

de nuevo por el aire y le alcanza el hombro. Un ardor insoportable recorre sus terminaciones nerviosas. Tan intenso que ni siquiera puede gritar. Sin pausa, la correa lo azota una y otra vez, hasta que deja de sentir nada y su conciencia se sumerge en los destellos cegadores que bailan ante sus ojos.

Capítulo 1

Julia Schwarz estaba sentada en su nuevo despacho hojeando con hartazgo un montón de papeles que se había acumulado en los últimos días. Manfred Holsten, su antiguo jefe, no había exagerado en absoluto. Las tareas administrativas que conllevaba su nuevo puesto como directora del Instituto de Medicina Forense eran múltiples y, sobre todo, voluminosas. Suspirando, apartó la pila de papeles a un lado. No tenía la más mínima gana de leer ni una sola página. Detestaba aquel fastidioso papeleo. Para cada trámite, fuera importante o no, parecía haber un formulario en aquella clínica. Por un instante se arrepintió de haber aceptado el puesto de Holsten. ¿Cómo lo había soportado? Lo echaba de menos.

Unos golpes suaves sonaron en la puerta del despacho. Su secretaria asomó la cabeza.

—Disculpe, ¿ha firmado ya los documentos? Tendría que enviar las solicitudes del presupuesto anual a la administración antes de esta tarde.

Julia inspiró hondo y volvió a acercar la pila de papeles. Aún no se había acostumbrado a que la señora Brandt fuera ahora su secretaria y no la de Manfred Holsten. ¿Tendría también ella problemas para adaptarse? Miró a Kerstin Brandt a la cara, pero no descubrió otra cosa que serena amabilidad.

—Puede simplemente firmar conforme. Llevo haciéndolo veinticinco años y a Manfred Holsten tampoco le gustaba entretenerse con los detalles. —Sonrió con complicidad y entró. Antes de que Julia pudiera replicar, Kerstin Brandt había dividido la pila de papeles en tres partes.

—Esto de aquí es el presupuesto del material fungible. Lleva años más o menos igual. Le he adjuntado los valores del ejercicio anterior. Luego hemos solicitado dos mesas de autopsia nuevas para la sala número cinco. Las solicitudes las tiene aquí. Las mesas antiguas están amortizadas desde hace tiempo, así que no debería haber problema. En unos días se celebra además la presentación ante la junta directiva de la clínica. Tiene que informar de cómo ha ido el año pasado, cuántas autopsias se realizaron, cómo han evolucionado los costes, etcétera. Es una cita que se repite cada año. He adaptado el archivo del año pasado. Debería echarle un vistazo.

A Julia le daba vueltas la cabeza. Se subió las gafas de pasta por el puente de la nariz y estampó su firma en los lugares que Kerstin Brandt iba señalando con el dedo índice.

—Eso es todo —declaró su secretaria alegremente y le guiñó un ojo—. Acaban de traer un caso nuevo. Lenja Nielsen ya está preparando la autopsia. —Recogió los papeles y salió con pasos rápidos y menudos.

Julia se levantó de un salto al instante y salió tras ella. No soportaba ni un segundo más el aire viciado del despacho. Tenía que hacer algo útil y se dirigió hacia las salas de autopsia.

—La llamo si la necesitan —le gritó Kerstin Brandt a sus espaldas, pero Julia apenas la oyó ya.

Sus zapatos chirriaban sobre el suelo gris del pasillo. Cuando abrió la puerta de la primera sala, se sintió liberada. Y eso a pesar del opresivo olor a muerte y desinfectante. Al ver a su asistente finlandesa Lenja no pudo evitar sonreír.

—¿Qué tenemos? —preguntó, y se enfundó los guantes de goma sin esperar respuesta.

—Estaba a punto de llamarte —explicó Lenja con ligero acento, incorporándose. Ante ella, sobre la mesa de autopsia, yacía un cadáver femenino—. Pero ¿ya estás al corriente?

—No, aún no tengo los datos básicos. —Julia suspiró—. Estar sentada en el despacho de Holsten no me sienta bien, así que me he venido directamente.

Lenja le dirigió una larga mirada. —A mí el papeleo tampoco me gusta —confesó, y señaló unas rojeces en el torso de la fallecida.

Finas estrías rojizas recorrían el pecho y la parte superior de los brazos—. Probablemente ha sido un accidente, o quizá un suicidio en la bañera. A mí me parece un caso de electrocución.

Julia examinó las rojeces, que en una electrocución en la bañera podían aparecer ocasionalmente a la altura de la línea del nivel del agua.

—Es posible —murmuró. Su mirada recorrió a la joven, que debía de tener poco más de veinte años. La piel hinchada presentaba leves decoloraciones en numerosos puntos. Al parecer había permanecido largo tiempo en el agua. Tenía los ojos cerrados. A través de los labios entreabiertos, Julia distinguió una dentadura cuidada. La muerta parecía estar simplemente dormida.

—¿Ya estaba desnuda? —preguntó Julia, estudiando el cabello rubio y corto.

—Sí, como te decía, la encontraron en la bañera. —Lenja se quitó los guantes y se acercó a la mesa donde estaba el informe policial.

—Se trata de Fabienne Lammertz, de veintidós años. Empleada en una funeraria. Al parecer pasó toda la noche en la bañera. La vecina tiene una llave del piso y la descubrió ayer a primera hora de la mañana, cuando iba a salir a pasear al perro. Por lo visto, Fabienne Lammertz la acompañaba de vez en cuando. Al no responder al timbre, la vecina entró en la vivienda y la encontró muerta en el cuarto de baño. El móvil seguía conectado al cable de carga y había caído a la bañera.

—¿De verdad? —preguntó Julia, incrédula.

Lenja se encogió de hombros y dejó el informe sobre la mesa. —Estas cosas pasan de vez en cuando. A estas alturas todo el mundo debería saber que un móvil enchufado en la bañera puede ser tan mortal como un secador.

—Deberíamos pedir a un electricista que revise la instalación del baño. No vaya a ser que en el futuro haya otro accidente eléctrico en esa vivienda. —Julia estudió la piel hinchada de la fallecida.

—¿Ha encontrado la policía una nota de despedida?

—No creo. Al menos no consta nada en el informe. —Lenja, que estaba a punto de ponerse unos guantes de goma nuevos, se detuvo—. ¿Piensas en un suicidio?

Julia se encogió de hombros. —No, pero en la mayoría de los casos de suicidio se encuentra una nota de despedida. Si no había ninguna en la vivienda, apunta más bien a un accidente. —Julia cogió los documentos de la mesa y examinó unas cuantas fotos del lugar del hallazgo. El cuarto de baño databa aparentemente de los años setenta. Azulejos verdes decoraban las paredes de la diminuta estancia, en la que bañera y ducha estaban combinadas.

—El móvil podría haber estado en el borde del lavabo y haberse caído. —Julia giró la foto y frunció el ceño—. Pero, por otro lado, la distancia entre la bañera y el lavabo no es tan pequeña. ¿No tendría que haber caído al suelo? —Le mostró la imagen a Lenja.

Su asistente entornó los ojos.

—Puede que la perspectiva engañe en la foto —respondió—. He examinado las manos en busca de marcas eléctricas, pero no hay nada.

Julia asintió. —Probablemente no tenía el móvil en la mano cuando murió. De lo contrario, tendríamos que ver el punto por el que la corriente entró en su cuerpo. Suele parecer una quemadura. Pero si la corriente fluye primero del móvil al agua y luego impacta sobre la piel en una superficie amplia, no aparecen marcas eléctricas en el sentido convencional. Solo se reconoce por las estrías rojizas. —Entornó los ojos con gesto pensativo.

—La distancia es demasiado grande. Eso debería revisarlo la policía. —Julia dejó la foto a un lado y se colocó a la cabecera del cadáver—. ¿Has buscado heridas? Es posible que no haya sido un accidente en absoluto. Las estrías rojizas también pueden formarse después de producirse la muerte. Solo por si acaso alguien quiso que pareciera una electrocución. —Julia examinó el cuero cabelludo de la fallecida, apartando sección por sección el cabello rubio y corto. Cuando no encontró nada en la coronilla, giró la cabeza hacia la izquierda. Pasó los dedos entre el pelo y suspiró. Justo cuando iba a examinar el otro lado, algo azulado asomó entre los cabellos. Se detuvo.

—¿Qué es eso? —Julia tomó una lupa y separó el pelo en aquel punto—. Mira, Lenja. Es un tatuaje. ¿Puedes fotografiarlo?

Lenja hizo la foto. Julia cogió la maquinilla de afeitar y retiró el cabello. Poco a poco se hizo visible una inscripción. Lenja fotografió de nuevo el cuero cabelludo rapado.

—Una almohadilla —dijo Julia—. Y luego pone: El juego comienza. ¿Qué significa eso?

Lenja se inclinó sobre el tatuaje. —No creo que sea solo una almohadilla, es un hashtag. Si lo buscamos en las redes sociales, quizá encontremos algo al respecto. —Lenja levantó la vista—. Es raro que lleve un tatuaje en el cuero cabelludo, donde nadie lo ve. ¿Tendría el pelo rapado en algún momento?

Julia se encogió de hombros. —No lo sé. El tatuaje parece muy reciente. —Julia examinó la zona de piel con más detenimiento—. Los pinchazos de la aguja de tatuar se distinguen claramente, pero falta la hinchazón típica del tejido lesionado. En mi opinión se hizo post mortem. Además, el tatuaje no está bien hecho. —Julia señaló la inscripción, que en varios puntos parecía deshilachada—. Sospecho que el pelo molestaba.

Lenja se quedó mirando a Julia boquiabierta. —¿Post mortem? Eso significaría que podría haber sido un asesinato.

Julia asintió. —Terminemos primero la autopsia. Quiero estar completamente segura. —Julia empuñó un bisturí y comenzó a abrir el tórax—. ¿Puedes ir tomando muestras de sangre? Necesito saber si había ingerido alcohol o medicamentos.

Lenja obedeció, mientras Julia seccionaba las costillas. Por un instante le vino a la mente Emanuel, su antiguo asistente, que no soportaba el sonido de los huesos al quebrarse. A Lenja, en cambio, aquel crujido inquietante no parecía afectarle. La finlandesa de nacimiento procedía de un pueblo pequeño. Su tío había sido carnicero, de modo que ya de niña había tenido contacto con la muerte. A Julia la invadió una tristeza infinita, como siempre que pensaba en Emanuel. Había elegido la profesión de médico forense por motivos puramente idealistas. Quería ayudar, pero a la muerte nunca había podido acostumbrarse, y ahora él mismo yacía bajo tierra. ¿Le iría bien, dondequiera que estuviese? Julia suspiró y cerró los ojos un momento. Ojalá siguiera vivo.

—Llevo las muestras al laboratorio enseguida, así con suerte mañana ya tendremos resultados —dijo Lenja, sacando a Julia de sus sombríos pensamientos.

—Hazlo —respondió, y seccionó la última costilla. A continuación abrió la cavidad torácica, dejando a la vista los pulmones y el corazón de la fallecida. Los órganos presentaban un aspecto completamente sano, tal como cabía esperar en una persona joven. Julia dictó los hallazgos con rutina al grabador y, con la ayuda de Lenja, extrajo ambos órganos antes de ocuparse de la cavidad abdominal. El estómago de la fallecida contenía efectivamente una gran cantidad de alcohol. Julia estaba impaciente por conocer los valores en sangre. Según su primera valoración, la víctima debía de haber estado muy ebria. Muy concentrada, examinó con Lenja el resto de la cavidad abdominal. A esas alturas formaban ya un equipo compenetrado que funcionaba a la perfección. A Julia le gustaba trabajar con su nueva asistente. Era atenta e inteligente. En un tiempo récord completaron juntas la autopsia y Julia se dirigió con Lenja al despacho.

En la antesala, su secretaria tecleaba meticulosamente en el ordenador.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó, y comprobó aliviada que Kerstin Brandt negaba con la cabeza. Julia se volvió hacia Lenja y le hizo un gesto para que la acompañara a su despacho. Allí introdujo #El_juego_comienza en el buscador del navegador y recorrió la lista de resultados. Efectivamente, eran siete páginas enteras con innumerables entradas.

Lenja se inclinó sobre la pantalla.

—Deberíamos mirar las entradas en Twitter —propuso, y Julia abrió la página. Leyó con premura las líneas que aparecieron. Sin decir una palabra, descolgó el teléfono y marcó el número de Florian.

FIN de la muestra de lectura

CRÉDITOS / AVISO LEGAL

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, empresas, organizaciones, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El artista del hielo

Copyright © 2026 Catherine Shepherd
Diseño de cubierta: © Alex Saskalidis
Imagen de cubierta:shutterstock / Nejron Photo

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización por escrito de la titular de los derechos, salvo en el caso de citas breves incorporadas en artículos de crítica y reseñas.

Primera publicación: 2018 (Edición actual en español: 2026)

www.catherine-shepherd.es

Boletín de noticias Le invito a visitar mi página web www.catherine-shepherd.es y a suscribirse a mi boletín para recibir noticias exclusivas y contenido adicional.